



Tipo de documento: Tesis de Maestría

Título del documento: Ni de aquí ni de allá: para una construcción de la experiencia migratoria en primera persona

Autores (en el caso de tesis y directores):

María Cristina Martín Sarrat

Ana Paula Penchaszadeh, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2018

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



NI DE AQUÍ NI DE ALLÁ
PARA UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA EXPERIENCIA
MIGRATORIA
EN PRIMERA PERSONA

TESIS

para obtener el grado de

MAESTRÍA EN COMUNICACIÓN Y CULTURA
en la Facultad de Ciencias Sociales
de la Universidad de Buenos Aires

Autora

MARÍA CRISTINA MARTÍN SARRAT

Directora:

Ana Paula Penchaszadeh

Fecha de ingreso: abril de 2010

Buenos Aires, 21 de mayo de 2018

DEDICATORIA

Dedico estas memorias a mi hija Amanda García Martín.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Universidad de Guadalajara la oportunidad de estudiar esta maestría en Buenos Aires. A Ana Paula Penchaszadeh, por abrirme al pensamiento filosófico de las subjetividades, confiar en mí y dirigir esta tesis con hospitalidad infinita.

Al maestro José Fuerte, coordinador de Posgrados del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, al dr. Jorge Ramírez Plascencia, coordinador de la Maestría en Ciencias Sociales, a la dra. Tania Rodríguez Salazar, coordinadora de la Maestría en Comunicación, y al dr. Pablo Arredondo Ramírez, permitirme completar los cursos de homologación que tuve necesidad de revalidar en la Universidad de Guadalajara.

A la memoria de Nicolás Casullo, fundador y director de la Maestría en Comunicación y Cultura, que se hubiera alegrado de verme cursarla y terminarla, y a la memoria de Ana María Amado, primer puente con la Maestría y profesora de Lenguajes Cinematográficos. Amigos entrañables los dos y compañeros de vida en México, que hubiera querido reencontrar hoy aquí, como en mis primeros viajes de regreso a Buenos Aires. Agradezco a ambos la fortuna de haberlos conocido. A Ricardo Forster, su generosa bienvenida a esta Maestría.

A Ana Mayagoitia, su compañía casi diaria por teléfono desde Londres. A María Guadalupe Diego Hernández, *Lupita*, mi anfitriona y huésped en México, el verdadero jurado que me espera en Guadalajara, cuando se sepa retratada. A Franco Giovanni Pastrana, Omar Ramos, Lisandro Aguilar y Arnaldo Alvarado, migrantes hondureños que no leerán esta tesis, porque sin estas páginas seguiríamos todos nosotros en el anonimato, el don de sus relatos de vida sin espera de reciprocidad, entre un tramo y otro del tren La Bestia.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN O BREVE DIGRESIÓN ACADÉMICA	3
II. RELATO AUTOBIOGRÁFICO: UN CASO <i>ARGENMEX</i>	25
1. La Tenderona	25
2. Isabel Guerra	27
3. Nicolás Martín	30
4. Santina y Luis Sarrat	31
5. Papá me visitó en un sueño	35
6. Muñecos de papel	42
7. Lo mejor del campo	45
8. Mamá me tomó miedo	46
9. Güemes y Bustamante	50
10. Salir de Buenos Aires	51
11. México, al llegar	54
12. Otro México	59
13. Dejar Guadalajara	68
14. Volver a Buenos Aires	70
15. Moriencia	83
16. Yo hoy	91
III. RELATOS HETEROGRÁFICOS. BIOGRAFÍA: HISTORIAS DE LUPITA	
1. Jovita Hernández y Lupita Diego	97
2. Lupita para todos	101
3. Lupe terrateniente	109
4. Cruzar al otro lado	111
5. El humor de Lupe	112
IV. ENTREVISTAS A MIGRANTES HONDUREÑOS	
DESCANSANDO DE LA BESTIA	114
1. Franco Giovani Pastrana	114
2. Omar Ramos	115
3. Lisandro Aguilar	116
4. Arnaldo Alvarado	118
V. BIBLIOGRAFÍA	146

I. INTRODUCCIÓN O BREVE DIGRESIÓN ACADÉMICA

Esta tesis está guiada y sostenida por el problema de la hospitalidad. Siguiendo la línea de Jacques Derrida, la hospitalidad no se reduce a un concepto, sino que es sobre todo una experiencia singular de visitación (Derrida & Dufourmantelle, 2000). Esta tesis se basa entonces en la escritura como ejercicio testimonial hospitalario del radicalmente otro que habita en el yo.

Acompañada por las lecturas de distintos pensadores, especialmente, de los trabajos de Derrida, en *Monolingüismo del otro* (1997b) y *La hospitalidad* (2000), aunque no exclusivamente; de Leonor Arfuch en *El espacio biográfico* (2010) y de Ana Paula Penchaszadeh en *Política y hospitalidad. Reflexiones urgentes sobre la figura del extranjero* (2014) y otros pensamientos de los cuales son portadores, esta escritura se ofrece como reflexión sobre y en sí misma. Hay en ella una indagación implícita, literariamente expuesta, sobre los condicionamientos histórico-sociales y subjetivos que indujeron lo que supuse en su momento mis decisiones autónomas. No es una lectura crítica exhaustiva, sino una expresión literaria, más connotativa que denotativa, de lo que las lecturas del pensamiento deconstructivo me hicieron revivir y pensar de mi propia historia, de María Guadalupe Hernández, *Lupita* –la mujer mexicana con quien mantengo una larga relación de hospitalidad mutua– y de los cuatro migrantes hondureños que pude entrevistar en su trayecto por México, Franco Giovanni Pastrana, Omar Ramos y Lisandro Aguilar y Arnaldo Alvarado.

Según Aristóteles en *Tópicos*, una *thesis* es un juicio paradójico de lo dicho por alguien conocido en el terreno de la filosofía, algo que es posible contradecir, algo a revisar o un argumento contrario a lo que normalmente “se dice” (Aristóteles, *Tópicos*: (169 I, 11). Si nos olvidamos de toda la tradición filosófica que vendrá después (especialmente de la tradición dialéctica hegeliana) la *thesis* se presenta como una paradoja, pues algo de lo dicho por las voces “autorizadas” en su campo del saber no coincide con la idea que se intenta *reponer*. Es decir, la *thesis* aristotélica contiene, alberga, parasitándola, su *anti-thesis*. Retomando así el método deconstructivo que busca desarmar la coartada de los conceptos, negando las tensiones que los fundan, esta “tesis” se propone una mirada distinta de la que se espera, tanto en el terreno de la metodología aceptada para alcanzar la tan preciada “objetividad” científica, como en la

economía académica textual clásica donde el “yo” autobiográfico (e insistiremos, en realidad *heterobiográfico*) debe desaparecer para dar lugar a lo objetivo y generalizable.

¿Qué pasa cuando alguien llega a describir una ‘situación’ presuntamente singular, la mía, por ejemplo, a describirla dando testimonio de ella en unos términos que la superan, en un lenguaje cuya generalidad asume un valor en cierta forma estructural, universal, trascendental u ontológico? ¿Cuando cualquier recién llegado sobreentiende: “Lo que vale para mí, irremplazablemente, vale para todos, la sustitución está en curso, ya se ha efectuado, cada uno puede decir, para sí y de sí, lo mismo. Basta con escucharme, soy el rehén universal”? (Derrida, 1997: 34)

Abierto a la paradoja, este escrito viene a “poner” una experiencia que no ofrece conclusiones sino una apertura del sentido sin síntesis, sin pretensión dialéctica o superadora (Ferrater Mora, 1999: 3485-6). En la dinámica propia de los pensamientos posmodernos que aquí se ejercitan, la estrategia ya no sería postular “esto o lo otro”, sino más bien “esto y esto y esto...” al infinito, bajo forma del *rizoma* (Deleuze & Guatari: 2002). No debe sorprender entonces al lector que no siendo ésta una tesis, sin embargo, lo sea. Es una *thesis* (transliteración de *θεσις*, palabra griega derivada del verbo *τιθημι*, transliterado en *tithemi* = “yo pongo”) como acción de “poner”, como se pone una piedra en un edificio, una palabra en un poema, o doctrinas, o principios, aposiciones o preposiciones, dimensiones no registradas por lo ya dicho o por las firmas del decir (Ferrater Mora, 1999: 3485-6).

Estos filósofos de un tipo nuevo aceptarán la contradicción, la antítesis o la coexistencia de valores incompatibles. No pretenderán ni disimularla ni olvidarla ni superarla. Y es ahí donde la locura acecha, pero es también donde su urgencia reclama en verdad el pensamiento. (Derrida, 1998: 52)

Desarrollo de una palabra paradójica que contradice en varios sentidos la palabra autorizada, esta tesis demoró cinco años en tomar forma. Ese largo y arduo proceso interior impuso deconstruir toda forma de soberanía (o intentarlo) en el sentido de una unidad que se cierra sobre sí misma, enviando lo extranjero hacia fuera y declarando que “todo mal viene de afuera”, como explica Penchaszadeh (2009). Volví sobre los relatos que me contaba a mí misma entrecortadamente o contaba en fragmentos a otros, para hacer lugar a la singularidad de los exilios superpuestos e imbricados que confluían “en guerra”, conflictivamente, en este “yo escribiente” más que autobiográfico, insistamos, heterográfico (un “yo” habitado por muchas voces y cuya identidad aparece como trunca y en fuga). Refiriéndose a su historia

judeo-magrebí, a la privación de la ciudadanía francesa y a la posterior asimilación de su familia en dos generaciones, dice Derrida:

Ese ‘trastorno de la identidad’, ¿favorece o inhibe la *anamnesis*? ¿Aguza el deseo de memoria o llena de desesperanza al fantasma genealógico? ¿Refrena, reprime o libera? Todo a la vez, sin duda... (Derrida, 1997: 31)

Las acciones de contar y releerme para analizarme, desdoblarme en escritora y lectora, se volvieron en muchos momentos tareas incompatibles e imposibles. El desafío consistía desde el comienzo en renunciar a todo fundamento, en hacerme cargo de la ficcionalización del “origen”, en poner en movimiento “mi identidad”, entendida como un “proceso” infinito e imperfecto de identificación (es decir, la recuperación de la Relación con otros que la fundaba siempre-ya). De ahí la potencia de la “estructura de alienación sin alienación” que propone Derrida (Derrida, 1997: 40) para pensar los trastornos de identidad: no hay sustrato al cual remitir ese “quien”, sino más bien un trabajo de recolección de huellas que remiten a otras huellas y de traumas que se montan unos sobre los otros.

La hospitalidad compromete, cada vez, la economía poética del lenguaje: no hay democracia sin literatura, sin una ficcionalización del origen que haga lugar a la singularidad del otro en el orden del cálculo. (Penchaszadeh, 2017: 60).

Del sujeto y las subjetividades, y de la cualidad paradójicamente ficcional de la autobiografía dice Paul de Man, (Arfuch, 2010: 61) que “[...] se trata de un *resultado* de la escritura, la puesta en funcionamiento de un mecanismo retórico que *engendra el modelo* más que lo replica –la vida como producto de la narración”. Y dice Derrida, citado en la misma reflexión: “[...] la estructura técnica del archivo archivante determina asimismo la estructura del contenido archivable en su surgir mismo y en relación con el porvenir. La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento” Derrida (1997: 24).

Compatibilizar, entonces, ambas funciones, la de lectora que siempre fui y la de escritora que sólo había ejercido escondida en el género epistolar, en el oficio editorial de “corregir” a otros –mimetizada con la escritura impropia, en su doble sentido de incorrección y de no autoría, para penetrarla con mi “orden”– o contratada más de una vez como *ghost writer*–, requirió incontables relecturas y pausas –fugas y regresos– para rescatar las distintas miradas a la singularidad de mi propia (cuando no ajena) historia. Este “quién” migrante y en tránsito que,

la mayor parte del tiempo de redacción, se dejó dictar este manuscrito en primera persona por otros presentes y ausentes, se volvió de a ratos demasiado "ajeno" a mí misma. Lo que buscaba recobrar no era una memoria biográfica lineal, sino –toda proporción guardada– una memoria involuntaria, resistente a la presión, emparentada con la memoria proustiana.¹

El ejercicio de memoria que aquí se presenta, donde el recuerdo sobrevino como llegan los sueños, me exigió olvidar (detenerme) para recordar de manera más vívida, escarbar el tiempo del inconsciente atemporal e infinitamente disyunto respecto del propio "ser quien", como identidad abierta y relacional (con otros-otros vivos y muertos). Al respecto dice Derrida en *Mal de archivo*:

[...] la memoria fiel de una singularidad [...] no puede más que entregarse al espectro.
(Derrida, 1997a: 105)

Mi experiencia como exiliada argentina en México, mediando los años 70, mis fugaces regresos, con sabor a poco, una vez de restaurada la democracia en Argentina en 1983, mis tránsitos mexicanos y mi fallido retorno a la patria en 2010, ridículamente "tarde" –¿tarde?–, para obtener la maestría cuya tesis doy a leer aquí, precipitaron vivencias y comprobaciones

¹ Dice de esta cualidad de la memoria Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*: [...] me llevé a los labios unas cucharadas de té en el que había echado un trozo de magdalena. Pero en el mismo instante en que aquel trago, con las migas del bollo, tocó mi paladar, me estremecí, fija mi atención en algo extraordinario que ocurría en mi interior. Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que lo causaba. Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria, todo del mismo modo que opera el amor, llenándose de una esencia preciosa; pero, mejor dicho, esa esencia no es que estuviera en mí, es que era yo mismo. [...] Me daba cuenta de que iba unida al sabor del té y del bollo, pero le excedía en mucho, y no debía de ser de la misma naturaleza. [...] Y de pronto el recuerdo surge. Ese sabor es el que tenía el pedazo de magdalena que mi tía Leoncia me ofrecía, después de mojado en su infusión de té o de tilo, los domingos por la mañana en Combray. [...] Ver la magdalena no me había recordado nada, antes de que la probara; quizá porque, como había visto muchas, sin comerlas, en las pastelerías, su imagen se había separado de aquellos días de Combray para enlazarse a otros más recientes [...] cuando nada subsiste ya de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmatrimoniales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más, y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo. En cuanto reconocí el sabor del pedazo de magdalena mojado en tilo que mi tía me daba (aunque todavía no había descubierto y tardaría mucho en averiguar por qué ese recuerdo me daba tanta dicha), la vieja casa gris con fachada a la calle, donde estaba su cuarto, vino como una decoración de teatro [...]; y con la casa vino el pueblo, desde la hora matinal hasta la vespertina, y en todo tiempo, la plaza, adonde me mandaban antes de almorzar, y las calles por donde iba a hacer recados, y los caminos que seguíamos cuando había buen tiempo. (Proust: e.d.) (*Por el camino de Swan*, <http://bibliotecadigital.tamaulipas.gob.mx/archivos/descargas/31000000781.PDF>)

acerca de la extranjería como condición ontológica que esta escritura intenta condensar. Desde mi cuerpo hoy envejecido, en sedición y retirada, que amenaza con un nuevo exilio –ahora de la comunidad de los vivos–, como *contexto* de esta tesis –y no sin resistencias psíquicas y somáticas– me pienso como esa enigmática figura platónica retomada por Derrida, que nos dio a conocer el seminario de Penchaszadeh: *khôra*, “un lugar que da lugar sin ser un lugar” (Derrida, 1995). Si vivir consiste en aprender a despojarse de la vida misma, la experiencia del exilio –partir es “morir un poco”, dice el lugar común– acelera ese aprendizaje desmontando toda ficción de posesión, de seguridades, de previsiones, de cálculo. El exilio me volvió, por necesidad primero y luego por vocación, deconstructiva (todo lo que alguna vez tuve debió y debe ser puesto en cuestión) y afecta al secreto. La misma labor opera la muerte cuando comienza a acercarse y anticipa el destierro (por entierro) o “la difunta ceniza”, la escritura como ceniza y su productivo secreto.

[...] del secreto mismo, por definición, no puede haber archivo. El secreto es la ceniza misma del archivo, el lugar donde ni siquiera tiene ya sentido decir “la ceniza misma” o “en la mismísima ceniza”. No tiene sentido buscar el secreto de lo que cualquiera ha podido saber. (Derrida, 1997a: 106)

El exilio de los argentinos en México del que fui parte ha sido recordado “una vez concluido”, cuando retornaron al país los desterrados (retorno de redención para muchos), y a partir de las voces de algunos de sus protagonistas, aquéllos que desempeñaron funciones relevantes en el colectivo exiliado y en el país de acogida, que realizaron reconocidas obras durante ese periodo o después, evocando ese tiempo en la huella de los lugares que habitaron dificultosamente, creo, mientras duró el exilio, y con agradecimiento después, desde el recuerdo. En México, para muchos argentinos todo fue ganar tiempo para preparar el regreso, a costa de un mayor conocimiento/ingestión del país anfitrión. “Es posible que nosotros hayamos empezado a volver el mismo día que llegamos a México”, admite Carlos Ulanovsky (Yankelevich, 2010: 14). Algunos colaboraron en el servicio público mexicano como asesores. Acumularon capital profesional, curricular, económico, de lo que se pudiera invertir y rendir rédito al volver. Se publicó la revista de pensamiento político *Controversia*, que reunió colaboraciones de exiliados en México y en otros países. Pero, entiendo yo, los exiliados no se integraron, pues integrarse era traicionar. De lo que fue un sálvese quien pueda, se intenta en retrospectiva construir una visión integradora de la comunidad y de su vinculación con México. Para quienes lo vivimos, todo fue más caótico y menos claro. Esa falta de claridad, ese caos singular, no generalizable,

es el que intento rescatar aquí, a contrapelo de lo que desvela a los historiadores: el punto en que las tramas de vida particulares se vuelven materia común de la trama de la historia.

La mía es la historia (con minúsculas) de una integrante anónima de aquel *demos* extrañado en México, una más del exilio *argenmex* –denominación de autoría imprecisa, surgida en el último tramo del exilio y estrenada en letra impresa, según Yankelevich (p. 337), por *Mempo Giardinelli* en *El cielo con las manos* (1981)– como fenómeno histórico político entre los años 1974 y 1983.² Algunos rasgos específicos de aquel exilio, espejo de la dictadura, aparecen registrados, sin detenimiento, en mi narración: las causas políticas, el golpe militar de 1976 y el ominoso proceso de terrorismo de Estado que terminó en 1983. Este relato –insisto para afirmar mi *tesis* en sentido aristotélico – es el de alguien que fue parte de aquellos hechos, representante (sin cualidad distintiva) de ese exilio compuesto por más de ocho mil personas, que ha reunido ahora –cuarenta años después– el coraje de ofrecer algunas miradas sobre esa experiencia colectiva.

Para mí el acontecimiento fueron México y los mexicanos, aunque al principio los percibiera, igual que los demás argentinos, como “lo más otro de lo otro”. Situados en los extremos opuestos de la América hispanohablante, Argentina y México difieren radicalmente en su composición étnica y social, su pasado prehispánico y colonial, su historia política moderna y su vinculación con Estados Unidos, país hegemónico de occidente desde hace casi un siglo, con el que hablar de “relaciones carnales” –una *boutade* del canciller argentino Guido Di Tella caracterizó así en 1991 un acercamiento argentino/ estadounidense– no es en México metáfora humorística sino convivencia histórica y geopolítica insoslayable y determinante en todos los aspectos de la vida nacional mexicana, así como la coexistencia de lo arcaico y lo moderno, la persistencia viva del pasado prehispánico y del barroco como modalidad expresiva más allá de la estética, como cultura. La idiosincrasia mexicana y la argentina chocan en muchos rasgos culturales que el exilio argentino experimentó con agobio. Por circunstancias de mi historia personal en parte expuesta en esta tesis, México fue para mí no solo el lugar hacia donde huir

² Aunque fue antecedido, este exilio político, por otras olas migratorias de argentinos a México, como la de los cineastas vetados de trabajar en Argentina por el peronismo de los años 40 del siglo pasado (Libertad Lamarque, Niní Marshall, Hugo del Carril, Luis Sandrini, Ulyses Petit de Murat, Alberto de Zavalía, Delia Garcés, entre otros), o el de los futbolistas que prefieren retirarse en México al terminar su carrera deportiva, y fue proseguido después y hasta la actualidad por otras olas menores, de motivación económica, en una corriente de flujo variable pero continuo, que no es éste el lugar de examinar, pero sería relevante en un análisis más amplio de la relación bilateral Argentina-México y de la historia latinoamericana. Ese análisis podría explicar por qué la corriente ha fluido desde Argentina a México y no a la inversa, aunque desde hace algunos años han aumentado los estudiantes mexicanos, todavía muy pocos, en la universidad argentina.

para salvar la vida, sino el sitio donde quedarme después. México fue y es mi acontecimiento, el punto de fuga de la trama que aquí se trama. La compleja relación con lo mexicano que registra Pablo Yankelevich en *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983* (Yankelevich: 2014), se reduce al capítulo final, “El espejo mexicano” (pp. 287-341), a través de entrevistas breves que recogen impresiones retrospectivas de los “ex-exiliados”, y podría decirse que con algún apuro, en comparación con la exhaustividad aplicada a los pormenores de la política de los *argenmex* en la misma comunidad, con los exiliados en otros países y con la Argentina de aquellos años, a sus gestiones, antagonismos y fracturas. Esta investigación –curiosamente contemporánea a la redacción de esta tesis, que tal vez no sea, entonces, tan extemporánea– se excusa por su retraso:

[...] la memoria se ha constituido como un campo específico del trabajo académico, desde donde se reflexiona acerca de la naturaleza y vínculos del recuerdo con el quehacer político, y por supuesto con la historia del tiempo presente. El exilio no escapó a ese ‘deber’ de recordar; sin embargo, este esfuerzo llegó con cierto retraso, salvo contadas excepciones. Por consiguiente, y a diferencia de la notable expansión que han tenido las investigaciones sobre una variedad de temas bajo la dictadura, el exilio hasta muy recientes fechas no concitó indagatorias atentas a reconstruir la suerte corrida por aquéllos que optaron por salir del país escapando de la muerte, la tortura, la cárcel o la ‘desaparición’. (Yankelevich, 2014: p. 17).

Lo mismo señala Luis Roniger en la *Introducción de Destierro y exilio en América Latina. Nuevos Estudios y avances teóricos*: “[...] no dejaba de sorprender cuán poca atención habían merecido los exiliados en comparación con las otras víctimas del terrorismo de Estado” (Roniguer, 2014: 7). Entre las razones del retraso de su investigación, aduce Yankelevich, algunas que puedo atestiguar: “la contemporaneidad entre la experiencia vital del historiador y el pasado que investiga”. Asimismo, aduce:

[...] la historia reciente aparece fuertemente asociada a las ‘memorias de los hechos traumáticos’, es decir, memorias de heridas colectivas producto de auténticas catástrofes sociales: guerras, genocidios, dictaduras. [...] [y el] clima político argentino: Las razones de esta demora no fueron ajenas al manto de olvido que se desplegó sobre el exilio. [...] las memorias del destierro se ocultaron, para circular de manera subterránea escondiendo evocaciones impregnadas de vergüenza y culpabilidad. (Yankelevich, 2014: 18).

Sería injusto calificar esta queja de exageración sólo desde mi idea de que, aunque toda reinsertión después de un destierro resulta dificultosa, la existencia “escondida y subterránea” ya había quedado atrás; los exiliados se reintegraron y hasta fueron adquiriendo unos años

después un halo de gran heroicidad que me parece excesivo aplicar a todos cuantos pudieron emigrar –cuando tantos murieron– y tuvieron la posibilidad de retornar y reinstalarse. Lo que me llama la atención en la reflexión de Yankelevich sobre el retraso de su “rescate y cotejo de memorias” es la sincronía temporal con mi propio ejercicio de memoria, que coincido en atribuir a la dificultad de historiar lo contemporáneo y procesar los recuerdos traumáticos. La contemporaneidad de ambas memorias, la colectiva de Yankelevich y la mía centrada en lo individual y privado, aunque marcada por el contexto histórico social, alienta mi esperanza de que este relato no resulte del todo anacrónico. Me anima también a dar valor a mi memoria como documento social, aunque *sui generis*, la anotación de Yalkelevich acerca de que “reconstruir una historia desenvuelta en el extranjero obliga a consultar documentación y recoger testimonios que en buena medida se encuentran en las naciones donde se radicaron los desterrados” (Yankelevich, 2014: 19). Yo sigo en el extranjero, aunque vengo a solicitar, ahora como extranjera, un grado de maestría aquí en Argentina ya no más “mi” país. De ahí el título de esta tesis, “ni de aquí ni de allá”.

Vuelvo a la experiencia inicial de México, lugar asumido por mí, si no como propio, sí propicio y relativamente apropiable. Aunque sentí extrañeza en los primeros contactos con mexicanos, no tardé en saber, con un saber inmediato no del todo formulado –o intuí, si me es permitida esta palabra–, que lo que iba a alimentar mi experiencia venía de ese lado, más que del ghetto y la nostalgia argentina. La sensación retrospectiva que consigna *Ráfagas de un exilio* de los años de que “la nostalgia era un ancla que impedía zarpar hacia nuevas experiencias” (Yankelevich, 2014: 331) como reconoce el autor y reconozco yo en lo que viví y con lo que disentía–, provino, me parece, más que de los exiliados adultos retornados, de sus hijos nacidos o criados en México, niños o adolescentes en la edad más propicia a la amistad sin cálculo, la *amiance*, arrancados y reexiliados de su entorno de crianza y de la cultura mexicana que asimilaron más fácilmente que sus padres.

Los primeros mexicanos que fui conociendo al llegar –en la antesala de una entrevista de trabajo, en la biblioteca donde consultaba diccionarios para mis primeros trabajos editoriales, todavía *amateurs*, en las tiendas de artesanías Fonart de donde salía con un jarrito para café– no hablaban como yo creía que se debía hablar (se pasaban de cortesías, zalamerías y frases hechas que esperaban respuesta equivalente), ni vestían como yo estaba acostumbrada a ver (las mujeres se pintaban y enjoyaban demasiado, los hombres podían presentarse “arreglados” con

un trajecito verde pistache y muy acicalados). Demasiado barroco en la apariencia y en el trato, pero esa amabilidad era desarmante y reconfortante: me invitaban a sus casas, me daban ollas, sartenes y maletas de ropa que repartir entre otras exiliadas. Me invitaban a comer lo que no había comido antes, que me sabía raro pero me interesaba, hacían chistes que procuraban una gracia distinta, que yo no entendía, pero me acogían, me llevaban, me traían, me enseñaban a hablar. Al principio, más que hablar –yo seguía hablando “en argentino” y eso les hacía gracia–, sólo trataba de entender, de dialogar con esas formas del idioma, una variante del español o castellano que sonaba exótica y con frecuencia ininteligible por el uso constante de toda una retórica de topos recurrentes, dichos y refranes prefijados para cada situación, y de dobles sentidos que no registraba o no comprendía, pero me hacía “falta” aprender.

La falta radica en el desconocimiento de una lengua (el francés), sino en el no dominio de un lenguaje apropiado (en criollo o en francés). La intervención autoritaria y prestigiosa de la lengua francesa no hace más que fortalecer los procesos de la falta. (Derrida, 1997: 8)

Quizá los demás argentinos del exilio estaban menos solos, en parejas o en familia, y por eso podían cerrarse ante la diferencia de lo que se nos ofrecía, que no coincidía con el deber ser que se traía y no se podía abandonar así como así. Si yo lo hice más que otros, quizá fue porque no podía hacer otra cosa. Mi “falta” en el exilio venía de antes del exilio. Quien tiene hambre y sed come y bebe donde puede, donde encuentra el agua que calme su sed y donde encuentra el pan, aunque sea “el duro pan del exilio”. Tomé el riego de actuar así, aceptando la amistad mexicana como viniera, sin proponérmelo deliberada y explícitamente, casi “por instinto”: “Pero el pensamiento del «quizá» involucra quizá el único pensamiento posible del acontecimiento. De la amistad por venir y de la amistad para el porvenir. Pues para amar la amistad no basta con saber llevar al otro en el duelo, hay que amar el porvenir. [...]” (Derrida, 1998: 46)

Compartía los rasgos comunes dominantes del exilio *argenmex* contabilizados por Yankelevich: edad entre veinte y cuarenta años procedencia geográfica de la ciudad y la provincia de Buenos Aires, de ocupación académicos y profesionistas, de origen católico y de clase media, con actuación política y sin estatus de refugiados. pero no compartí su talante primordial: mantener la militancia política y preparar el regreso en todo momento. La actividad política que me había llevado al exilio, que iba a entender y juzgar bastantes años después, en lecturas y diálogos con otros interlocutores, estaba en cuestión para mí. En mis primeros años de México quería

reencontrar mi camino particular en el nuevo escenario, con lo que allí había. Esto no podía ser dicho, no tenía palabras para decirse entre los demás exiliados que trataba, que no eran todos los que habían emigrado.

Discutir lo público que nos había llevado a México, y cómo volver, era falsearme, porque ni entonces ni hoy estuve convencida de mi breve actuación política; “militar” una causa se me hacía demasiado paradójica en esos y en estos tiempos. Se discutía mucho, pero yo nunca he sido capaz de ganar una discusión ni defender enfáticamente una teoría. Era demasiado el efecto de mi corta actuación política. Necesitaba procesarlo, digerir despacio, pensar todo de nuevo antes que tomar posiciones sobre lo que algunas actividades del Centro Argentino de Solidaridad (CAS) proponían repensar. Frecuentaba el CAS, una de las dos organizaciones que nuclearon al exilio, surgida como opción de pensamiento más pluralista que el de la “Casa Argentina” o Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), de filiación monotonera, a la que me asomé al llegar y para entender que no iba encontrar la reflexión que había buscado sin encontrarla mi activismo en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), en el gremio docente, la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). En el CAS asistí a conferencias sobre los procesos históricos, así como las diversas premisas y prácticas del socialismo en América Latina impartidas por José Aricó, que podían llegar a explicarme cómo había devenido, si no sujeto de la historia pública, parte de un sujeto colectivo con el que no sabía hasta dónde identificarme, salvo en la mortificaciones del destierro, las carencias y el calvario burocrático.

De ese calvario Martha Selser recuerda “La sensación de atropello y desesperación [...] el imperio de la arbitrariedad”, y matiza Beatriz Aguad: “a la vuelta de los años y a fuerza de aprendizajes, los exiliados finalmente comprendieron que ‘todo procedimiento mexicano es susceptible de apelación y que toda apelación es susceptible de revisión del dictamen anterior; hasta que te haces a esa idea pasan varios años, mientras tanto vivíamos aterrados.’” Yankelevich (p. 328): Para mí esas inquietudes fueron menos graves. Por haber sido extranjera dos veces antes, conocía esa incertidumbre –el no saber es la condición del extranjero, dice Derrida– de cuando mi familia rural se integró a la pequeña urbe bonaerense y cuando llegué del pueblo a Buenos Aires. Lo que no quería era volver a ser movida por iniciativas de otros que no entendía bien, que insistían en México en actitudes que yo había rechazado de hecho, aun sin asumir oposición manifiesta, desde antes de salir de Argentina: las consignas, la

afirmación que no deja lugar a dudas, la defensa de la violencia como método y de la revolución armada como vía hacia una “patria socialista” que no se definía con claridad, la nostalgia de lo “nacional y popular”, *versus* “la internacional de los afectos” que me interesaba a mí, “ciudadana del mundo” por necesidad, por no tener hogar a dónde volver, desde entonces con reparos hacia el sentimiento nacionalista y luego, progresivamente, opuesta a los nacionalismos como ideología política.

Éramos jóvenes y la juventud propició ocasiones de convivencia que no olvido, pero no construyó en mi caso muchas amistades perdurables, salvo con Ana Amado y Nicolás Casullo –hoy ausentes–, que de alguna manera “me hicieron llegar” a la Maestría en Comunicación y Cultura. El epígrafe de *Ráfagas de un exilio*: “Es un principio moral no hacer de uno mismo su propia casa. Theodor W. Adorno” que ilustra cabalmente la mentalidad de la mayor parte del exilio argentino en México, era opuesta a la mía, que fue, precisamente, “hacer casa”.

Ahora bien, el hecho de transformar la experiencia singularísima de una de tantas personas que, a su vez, se retiró a una esfera mal llamada “privada” (en el sentido de “carente”, desde la perspectiva de la acción política y la proyección profesional asociada directa o indirectamente a ese accionar), autores como Derrida y Arfuch, así como mi directora, Penchaszadeh, dirían que es en sí mismo un acontecimiento político y testimonial. Este “yo escribiente” que tomó el relevo de la palabra tardíamente, no espera ya ser “descubierto” por algún renombrado analista social que permita su traducción (Derrida recuerda la íntima afinidad entre traducir y traicionar) en la maraña anónima de la objetividad generalizante. Evoco, sin intención de síntesis ni exhaustividad, nombres de estudiosos y comentaristas señeros de los exilios latinoamericanos, con los que este escrito se constituye en extensión (como para que digan “y”, más que en oposición): Pablo Yankelevich, Noé Jitrik, Tununa Mercado Héctor Schmucler, Nicolás Casullo, Ana Amado, Jorge Bernetti, Sergio Caletti, Carlos Ulanovsky, *Mempo* Giardinelli, Luis Roniger, Silvina Jensen son sólo algunas de estas voces reconocidas que, sin embargo, no son las que informan esta tesis. Anticipando otra vez su eventual lectura, advierto que esta tesis va de lo particular a lo particular sin más expectativa que sumar una nota singular en el concierto de generalizaciones que constituyen la bien llamada historia (o mejor dicho, Historia). Lo que yo vengo a contar son historias del exilio en primera persona y en plural. Dice Leonor Arfuch acerca de la (falsa) oposición entre lo público y lo privado:

No hay posibilidad de afirmación de la subjetividad sin intersubjetividad, y por ende, toda biografía, todo relato de experiencia es, en un punto, colectiva/o, expresión de una época, de un grupo, de una generación, de una clase, de una narrativa común de identidad. Es esta cualidad colectiva, como huella impresa en la singularidad, lo que hace relevantes las historias de vida. (Arfuch: 79).

Giorgio Agamben sostiene en *Signatura Rerum* (2008), reflexionando sobre su “método” de trabajo, que éste solo puede exponerse *a posteriori*, como resultado de un cierto hacer: “Quien está familiarizado con la práctica de la investigación en ciencias humanas sabe que, contra la opinión común, la reflexión sobre el método muchas veces no precede, sino que viene luego de la práctica.” (Agamben, 2009: 7). Según Penchaszadeh (2017), lo que las ciencias humanas y sociales quieren extirpar a toda costa es el elemento incalculable, asociado a la práctica de lectura y escritura (histórica y situada) en tanto que intervención singular en un horizonte posfundacional. El *ensayo*, el texto no acabado y confrontado a la falta, a la limitación, al ejemplo y a lo singular de una escritura, no deja de atravesar anárquicamente el quehacer académico. Explica Penchaszadeh que cuando irrumpe el vacío de una biografía, ya no pueden mantenerse las viejas oposiciones tranquilizadoras ni las fronteras entre lo literario y lo académico, pues se impone la reflexión como *praxis viva*. Esta forma de pensar se compromete con el intento de “hacer justicia” a la dignidad humana, que exige que cada persona sea vista en su particularidad y como un reflejo de la humanidad en general. Para Derrida, todo trabajo deconstructivo guarda vinculación con lo singular, entendido como todo aquello que resiste a la apropiación y a la tematización. De ahí que defina la deconstrucción como una estrategia de lectura y escritura que renuncia, de antemano, a una clausura del sentido.

Allí donde no hay esa singularidad absoluta de lo incalculable y de lo excepcional, nada ni nadie, nada distinto, por lo tanto, nada ocurre. Digo ‘nada ni nadie’ para volver a un pensamiento del acontecimiento que se despabila o despierta antes de distinguir o de conjugar el ‘que’ o el ‘quien’. Se trata de pensar la razón, de pensar el venir de su porvenir y de su devenir como una experiencia de lo que y de quien viene, de lo que o de quien llega —evidentemente como otro, como la excepción o la singularidad absoluta de (una alteridad no reapropiable por la *ipseidad* de un poder soberano y de un saber calculable). (Derrida, 2005: 176)

Si el pasaje de una vida privada e íntima al espacio público se da mediante el ejercicio de testimoniar, donde tomaría forma el “quién” y no simplemente el “qué” de una persona, desarmando la oposición entre lo público y lo privado. la voz que habla aquí es la de un *quién* que surge de entre quienes se abstuvieron, porque no pudieron o no quisieron ser parte de una

actitud vital y un accionar colectivo en el que no encajaban. Esta distinción entre el *quién* (que tardará más de cinco años en comenzar a decirse en la escritura de este escrito) y el *qué* (la voz de las reconocidas figuras que caracterizaron el exilio y durante mucho tiempo obturaron mi propia voz) resulta fundamental para entender que la instancia de creación de esta tesis tenía que desentenderse necesariamente de los títulos que normalmente reemplazan la pregunta del quién por el qué (abogado, psicoanalista, sociólogo, militante, filósofo y, por qué no decirlo, de un cierto androcentrismo que fue casi la regla... aunque ese exilio también promovió también extraordinarias mujeres).

Éste es un relato tomado por lo doméstico, lo privado, el *oikos*, que deconstruye la experiencia del exilio a través de una genealogía migratoria con todos sus muertos y fantasmas a cuestas, excediendo, asimismo, el periodo que la historia oficial consigna para esa migración de ida y vuelta: no volví, no pude, el retorno se mostró imposible (esta tesis es la hija de esa imposibilidad de volver). Los míos son relatos que convocan y se hacen cargo de los fantasmas, de ciertos legados como tarea. Dice Derrida de la herencia, desde la veta más freudiana de su pensamiento:

Hereder no es entonces sólo transformar, escoger, excluir, etc. aquello que nos viene dado desde un pasado, sino que implica el gesto de asumir un por-venir de la herencia que también presiona por hacer parte del circuito de lo heredable. Así como yo puedo ser un legatario, otros pueden ser los míos, circulación que exigiría una ética de la responsabilidad frente a la herencia, una que indique que sobre mí legado no hay derecho de propiedad y que nadie puede asumir en nombre propio lo que heredo ni menos delimitar lo que puede en mí ser heredable. La herencia se disemina entonces en el juego del pasado, del presente y del futuro y, aún más, en el del por-venir. En esta construcción la temporalidad no se juega a propósito de una secuencialidad lógica, no es una chance para una suerte de corpus textual ni menos para el ensayo de una escena de escritura logocéntrica. Pasado, presente, futuro y por-venir son en y para la herencia un campo abierto de relaciones heterogéneas e irreductibles que revelan e hiperbolizan, en su misma circulación, la urgencia de la responsabilidad. Derrida señala en esta misma línea que “El concepto de responsabilidad no tiene el más mínimo sentido fuera de una experiencia de la herencia. Incluso antes de decir que se es responsable de esa herencia. (Derrida, 1995: 98)

Se narra aquí un destierro que no termina en retorno, como el de casi todos los demás *argenmexs*, y que se constituye como un modo de ser y estar en el mundo, y su relación con los relatos de otros migrantes que en el devenir de ese destierro se van cruzando. Es la narración de varias y diversas historias de migrantes comunes, con nombres y apellidos que no figuran en los anales de la historia, pero que también han “hecho” la historia con sus historias.

“Difícil es desandar el camino para volver a leer las propias huellas.”

Leonor Arfuch (Arfuch: 111)

El cuerpo del relato de esta tesis consiste en una autolectura deconstructiva sobre un texto literario constituido por tres series de relatos referidos a varias experiencias de migración y desarraigo, narrados por la misma voz, por un mismo enunciador, desde tres lugares de enunciación: autobiografía, biografía y entrevistas, tres posiciones o distancias enunciativas, que incluyen a su vez a otras voces narradas indirectamente por las voces enunciantoras, integrantes todas de un “espacio biográfico”, más que autógrafo, heterógrafo, entendido éste con la amplitud que le adjudica Leonor Arfuch en su obra titulada precisamente *El espacio biográfico*.

Este *corpus* se escribió en diálogo con Derrida, Arfuch y Penchaszadeh, como ya fuera anticipado al comienzo de esta introducción. Lo no dicho del discurso del migrante, entre el psicoanálisis, la deconstrucción y la crítica literaria, debe buscarse entre líneas. Propongo aquí un camino aporético y paradójal, incierto, que se hace cargo del testimonio singular asediado por lo irrepresentable y lo reprimido. Despuntan de a ratos sospechas sin solución y una dimensión poética roza lo que no puede decirse habitando así la escritura toda de este largo ensayo.

A continuación describo brevemente las tres partes del corpus literario que componen esta tesis.

Uno: Un caso argenmex. Autobiografía

Historia fragmentada de una argentina exiliada en 1976 y después afincada en México. Los relatos de experiencias de extranjería, migraciones y exilios comienzan mucho antes de esa fecha, por lo que he podido saber de dos y tres generaciones de emigrados de Italia, Francia y España hacia Argentina y que reconstruyo imaginariamente. A esto se suma la saga de mis varias migraciones: del campo a la ciudad, en la provincia de Buenos Aires, con una familia rural que se urbanizó para escolarizar a las hijas en la ciudad Bolívar; de la provincia a la ciudad de Buenos Aires, donde viví diez años como estudiante y me desempeñé como docente docente de castellano y literatura en la enseñanza media, así como un periodo de activismo gremial y político; desde Buenos Aires a la Ciudad de México, por fuerza mayor, a causa del golpe de Estado de 1976 y el peligro de perder la vida, donde viví otros diez años; de allí a Guadalajara, Jalisco, México, donde resido desde hace treinta años, con el intervalo de un intento de retorno para cursar la maestría en Comunicación y Cultura, y explorar a la vez la posibilidad de reinstalarme en Argentina, que no fue posible.

Aunque estos relatos no fueron construidos como una aplicación mecánica de los problemas de la hospitalidad en el sentido que les da Jacques Derrida y retoma Ana Penchaszadeh, fueron inspirados por su pensamiento hipercrítico. Se pensaron y se escribieron teniendo presentes a estrategia deconstructiva y la radical heteronomía del sujeto que dice “yo”, las complejidades de la voz autobiográfica descritas por Leonor Arfuch –¿Cómo saber qué “yo” es el que dice “yo”? (Arfuch. 45)–. Es una suerte de ejercicio psicoanalítico –tan presente en Derrida– de quien, conociendo la teoría y la práctica del psicoanálisis, exige a su escritura, en el acto de escribir, prescindir de ese saber, prescindir de la teoría y la interpretación previa o simultánea, para decirse como se dice el inconsciente cuando accede a la palabra, sin completa inocencia pero sin premeditación. Esta disyunción entre pensamiento consciente y memoria involuntaria acechada más que provocada – que podría resumirse como el problema general de la hospitalidad del otro en tanto que otro incluso en el propio yo– fue lo más difícil de practicar pero al mismo tiempo el único “objetivo” real de esta tesis.

Los relatos 1-4 siguen las huellas de ancestros que no conocí –salvo a una abuela materna que murió a mis diez años– pero viven en mi sangre y en mis costumbres –osadías y temores, destrezas, pasiones y limitaciones culturales, modos de moverse, de comer y de habitar,

felicidades y enfermedades del cuerpo y de la mente– que inducen o limitan mi comportamiento, mi talante inconsciente, sin haber hablado con ellos, sin haberlos visto más que en fotos, o ni siquiera eso. Se basan en relatos de relatos y en suposiciones. Son mi “ficcionalización del origen”.

Los relatos 5-7 narran mi infancia y primera juventud en Bolívar, provincia de Buenos Aires, durante los años 50 y primeros 60 del siglo pasado, imbricados con las narraciones anteriores y al acecho de los hilos conductores que confluyen en la constitución de una identidad disyunta y heterónoma.

El tramo 8-10 se refiere –con remisiones al tramo anterior– al periodo de residencia en Buenos Aires, cuando fui estudiante y comencé la carrera docente, y a los cambios aparentemente drásticos, ideológicos y de comportamiento, ocurridos allí a partir del psicoanálisis y la experiencia de militancia en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) con inserción gremial en la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA) que determinó mi salida hacia México.

Los relatos 11-13 cuentan tres distintos periodos de mi residencia en México: primero, la llegada y el tiempo inicial marcado por la pertenencia frágil, tangencial y crítica, pero aun así existente, al colectivo del exilio argentino en ese país. El segundo periodo relata el paso a “otro México”, donde la otredad aludida en el título se refiere una mayor “integración” con la población local y con otros extranjeros, no argentinos, especialmente republicanos exiliados de la guerra civil española, con un medio cultural y artístico mexicano y cosmopolita, intensamente formador, determinado por mi matrimonio con un español emigrado de niño varias décadas antes y por mi fundación familiar en la ciudad de México. Este proyecto familiar-profesional, inductor de mi dedicación al oficio editorial, dentro de un proyecto cultural mayor dirigido por quien fue marido, continuó con un traslado a la ciudad de Guadalajara, donde fui parte no decisiva, pero sí muy presente en varias instituciones de cultura. Este periodo culminó con mi viudez.

Los relatos 13-16 siguen los avatares del intento de retorno a Argentina centrado en la Maestría en Comunicación y Cultura, que no cuajó como mudanza definitiva pero me tuvo “de acá para allá”, yendo y viniendo en los últimos años entre un país y otro, reviviendo, cada vez con mayor conflictividad, las circunstancias, los cronotopos del exilio, y coincide con mi

decadencia física. Ambos procesos, la dificultad de pertenecer a una comunidad y el envejecimiento, dan lugar a la reflexión finales sobre comunidad y hospitalidad.

En esta primera sección del *corpus* expongo las nostalgias del extranjero (la lengua y los muertos) y el asedio de la otredad que me constituye sin que me dé cuenta. Escucho decir al texto que escriben mis manos pero dicta la memoria involuntaria, heterográfica, habitada por otros, desde el miedo a la propia voz, lo extraño y lo inquietante del otro, prójimo cercano, lo que no se puede decir, la ambivalencia que funda el amor y el odio, la violencia en las políticas de la amistad.

La pregunta que tratan de responder estos relatos es en qué lengua se escriben, si la autobiografía presupone una identificación que no es la identidad, la cual no puede ser dada, recibida ni alcanzada, que sólo sufre el proceso interminable, indefinidamente fantasmático de las identificaciones.

Dos: Relatos heterográficos: historias de Lupe.

Esta segunda sección de la tesis esta compuesta por relatos acerca de la extranjería “interior” de María Guadalupe *Lupita* Hernández, indígena mexicana de etnia nahua, extranjera sin cruzar fronteras, extranjera sin papeles, indocumentada en su propio país, empleada doméstica por más de tres décadas en mi casa, donde aprendió lo que sabe hablar y leer en español, precariamente hispanohablante, hablante de la lengua náhuatl, que no puede escribir ni leer, representativa de amplios sectores de población mexicana y del vasto sector de las trabajadoras domésticas informales. Aquí se da noticia de sus transformaciones, en contacto conmigo, su patrona extranjera, blanca e hispanohablante, así como las transformaciones ocurridas en mí a través de este vínculo de hospitalidad mutua, en que los roles de anfitriona-huésped se alternan y coinciden incontables veces, y que no ha excluido momentos de *hostipitalidad*.

El monolingüismo del otro, de Derrida, así como la problematización del concepto de soberanía de este autor y el debate por el lenguaje y la nacionalidad desarrollado por Ana Paula Penchaszadeh (2014) fueron herramientas fundamentales para comprender este vínculo de hospitalidad.

Lupita aprende a hablar el español de México en la adultez y lo aprende de una extranjera, quien para enseñárselo debe entender cómo su lengua de nacimiento interpreta la lengua del amo, del *hospes* o del colono, que venimos a ser yo misma, los otros patrones y las telenovelas donde aprende cómo se es, cómo se habla y se comporta el mexicano promedio, desde los prototipos de la empresa Televisa, diametralmente opuestos a su cultura indígena, sin contacto con el exterior extra comunitario anterior a ella —ahora hay muchas sobrinas suyas emigradas a las ciudades y empleadas en el trabajo doméstico, pero ella fue pionera de esta migración—, para confrontar desde esa identidad de reciente adquisición a los extranjeros para quienes trabaja.

La pregunta que esta segunda sección del *corpus* literario intenta “reponer” es ¿cómo construye sus identificaciones quien no tiene derechos porque no figura en ningún registro poblacional, porque es invisible para la ley y por eso no puede votar legalmente, ni casarse, ni recibir asistencia médica, ni abrir una cuenta bancaria ni trabajar en blanco, ni jubilarse? Dice Penchaszadeh en “Hospitalidad con y sin papeles” (2017): “se trata siempre de los papeles, de la legitimidad que éstos otorgan o no tanto a nivel filosófico (deseo de poseer los papeles que autoricen tal o cual decisión)”.

Ley y Justicia, hospitalidad y don, amistad económica y aneconómica son los conceptos que el relato escenifica para comprender la identidad precaria, reciente y amenazada de quien tuvo que salir a otro mundo desde una ablación de su ciudadanía, todo dentro de su país de nacimiento.

Tres: Entrevistas a migrantes hondureños descansando de La Bestia

La palabra prestada en las entrevistas de esta tercera parte del *corpus* literario de esta tesis se abisma ante la terrible experiencia que ha sido y sigue siendo el desplazamiento forzado de poblaciones masivas no constituidas por “ciudadanos”, para las cuales no bastan las legislaciones de los Estados-naciones. Mi tesis la trae para atestiguar más ampliamente los modos en que se puede ser extranjero en México y en cualquier lugar del mundo, mucho más dramáticos que el que narra mi autobiografía. Dice Penchaszadeh en “Hospitalidad con y sin papeles” (2017):

“hay una trama mayor tejida de sobre la factualidad de la movilidad humana, de las migraciones, aquí y ahora; una trama que quiere responder al otro/la otra que yace en el fondo del Mediterráneo, que se mueve en las entrañas de “La Bestia”, que sigue a los

“coyotes” en el desierto, que hace de “mula” en las fronteras, que se amontona con otros muertos en fosas comunes, que llega de todas maneras traspasando muros. Esta trama quiere responder al migrante (y también a las migrantes que son las más en estas comunidades en movimiento) que es rechazado, perseguido, controlado, encerrado, violado, utilizado, maltratado, discriminado, silenciado y, finalmente, expulsado por no tener papeles o por tener los papeles equivocados” (Penchaszadeh, 2017: 55)

En México se vive la paradoja de que gran parte de la población local emigra desde hace al menos cuatro generaciones a Estados Unidos tras la esperanza de un progreso económico que efectivamente ha ocurrido para muchos –hay en EEUU 12 millones de mexicanos, principal nacionalidad de la comunidad “hispana”, con miembros muy prósperos, cuyos hijos y nietos incursionan con éxito en la política estadounidense–, pero no la política migratoria estadounidense se fue complicando progresivamente desde hace unos veinte años. La migración “al Norte” es alentada por la expectativa de mayores ingresos, en gran medida cumplida, al grado de que numerosas poblaciones mexicanas de mujeres, niños y ancianos viven de las “remesas” de los hombres que trabajan “del otro lado” y, cuando consiguen documentos estadounidenses –la visa de trabajo o Green Card–, vuelven a veces a emprender negocios que gestionan sus familiares. Esta enorme migración, más o menos asentada en EEUU, de la que, por el volumen de su población, no pocos observadores esperan o temen, según su punto de vista, una “reconquista hormiga” semejante a la invasión de los bárbaros a Roma–, fue “ignorada” por el gobiernos mexicanos hasta que el volumen creciente de sus votos, desde que se implantó el voto en el extranjero, y el volumen de las remesas enviadas por los migrantes llegó a constituir un sustancial y muy significativo apoyo a la economía nacional, evitando el estallido de graves conflictos derivados de la pobreza y el desempleo. Hoy la defensa de los migrantes mexicanos en EEUU es una política nacional que enfrenta la embestida mayor del actual gobierno de ese país, encabezada por Donald Trump.

Pero, paradójicamente, México –extorsionado en esto por Estados Unidos y, por sus propios fantasmas, por un racismo que es también autodenigratorio– trata de impedir el paso de los centroamericanos de Honduras, Guatemala y El Salvador, principalmente, aunque aparecen en esta corriente migratoria individuos de otras nacionalidades. Al asedio de la policía migratoria sobre esta población en tránsito se suman los ataques de bandas del crimen organizado nucleadas en las Maras y los Zetas, grupos narcotraficantes, que los despojan de documentos y dinero, cuando no de la vida, y el repudio social de la población de estratos medios altos en las ciudades. El recorrido que siguen los migrantes acompaña el de un tren de carga que sale desde

el sur la frontera con Guatemala y llega hasta Sinaloa, en el norte de México, última estación del tren. Después y hasta la frontera con Estados Unidos, sigue el desierto, en los estados de Chihuahua y Sonora, que se atraviesa caminando con “protección” (y cargamento) del narco o no se atraviesa. Al llegar a la frontera, si se llega, sigue otra odisea, la de cruzar “la línea”, pero ésa es otra historia.

El tren de carga llamado “La Bestia”, por los accidentes que sufren quienes lo montan – cuando se caen o los tiran, o los asaltan– atraviesa varias ciudades, entre ellas Guadalajara, la más importante, y por algunas zonas de clase media y media alta. Los pasajeros polizontes, que bajan para comer y descansar, y para mendigar, y luego volver a subir, tratan de evitar los centros de las ciudades durante el día, cuando son más visibles y despiertan rechazos, pero necesitan acercarse al tren, que pasa varias veces al día, con horarios variables, en los puntos donde se detiene para cargar o descargar las mercaderías no humanas que transporta y entonces pueden bajarse de él o abordarlo con menos riesgos, con la complicidad silenciosa de los maquinistas, o de algunos de ellos, aunque no de la policía migratoria y los guardias de seguridad de las empresas que montan su carga en el tren, y pueden aparecer o no, cambiando el curso de los viajeros, que no van sentados en butacas sino parados, prendidos y apretados en los escalones finales de los vagones, o acostados, agarrados del techo, atravesando diversos climas, algunos extremos (calores tropicales, fríos invernales, lluvias, temporales). En esos puntos y en sus alrededores, donde piden dinero, a veces a cambio de pequeñas esculturas de palma o floreros de cinco centímetros de latón de Coca cola, o estampitas con un Cristo migrante, es donde son repelidos por la población que se siente ofendida por su presencia en el territorio que consideran suyo. Alguna vez, ese rechazo ha llegado a la muerte.

Lo bueno de atravesar las ciudades es que en ellas están los albergues y centros de apoyo (marcados en el mapa que les dan en la primera estación solidaria), como FM4 Paso Libre en Guadalajara, el último de una serie que comienza al entrar a México por el sur, desde Guatemala, en la localidad de Tenosique, Tabasco). La mayoría se debe a iniciativas de la Iglesia católica, donde sobresale la acción del ya célebre sacerdote Alejandro Solalinde, aunque el muy conocido grupo de Las Patronas comenzó con la solidaridad espontánea de algunas mujeres que tiran al aire, al paso del tren, las bolsas de plástico con la comida que ellas mismas preparan, costada por ellas, hoy reforzadas con otros donativos. FM4, alentado en su origen por la comunidad jesuita, es actualmente apoyado por el gobierno de Jalisco, que ofreció un amplio local a media cuadra de las vías. Aunque no proceden todos de la misma iniciativa,

estos centros coinciden en sus objetivos de defender los derechos humanos y aliviar las penurias de los migrantes, y se coordinan mediante una red digital de identificación que permite registrar a esta población para conocerla y entenderla, así como evitar la infiltración de tratantes de personas que fingen viajar con un grupo de amigos, que no son amigos sino secuestrados.

Trabajé en FM4 editando un libro de la organización y a veces colaboro como voluntaria en el comedor. Oyendo allí a los migrantes, pensé en completar mi registro biográfico con historias suyas. El resultado son las cuatro entrevistas aquí consignadas, que se realizaron todas el mismo día 3 de octubre de 2013 con quienes respondieron a la invitación que hice al iniciar el almuerzo, cuando los responsables del centro hacen una reflexión colectiva e invitan a hablar a los huéspedes del día que quieran hacerlo. Algunos proponen rezos.

Dos de las entrevistas son muy breves: Franco Giovanni Pastrana y Lisandro Aguilar se mostraron agobiados y poco dispuestos a entrar en detalles, aunque aceptaron la invitación. Ambas exhiben en lo poco que dicen las condiciones de sumisión que los hacen víctimas propiciatorias de los abusos que sufren.

Otra igualmente breve, pero distinta de las dos anteriores, fue la entrevista que mantuve con Omar Ramos, un adolescente entusiasta, el más confiado en cumplir el trayecto con éxito y con apoyo de su familiares en Estados Unidos, que le iban a poner un “coyote” (el que cobra por ayudarlos a pasar la frontera), aunque los versos de la canción que canta y baila –“Sin rumbo... sin rumbo.../ Me voy con la manada pa’que me destroce...”– reflejan su miedo.

La entrevista más extensa con Arnaldo Alvarado, locuaz y buen narrador, cuenta su historia de Sísifo: una serie de intentos fallidos, terminados en deportación desde México y una desde Estados Unidos, que le dieron gran experiencia en eludir los peligros del viaje, y sus diversos trabajos en los intervalos de regreso a su país, como una temporada en el narcotráfico, del que logró evadirse.

Todos comparten el rasgo común de huir de la violencia extrema, de la muerte a manos del crimen organizado, y la pobreza, la falta de empleo y de toda esperanza de progreso en legalidad.

Estas entrevistas se propusieron dan letra a los que no tienen voz e intentan dar cuenta de las formas, rastreables en la escritura transcrita, que hacen posible el desarraigo, la expulsión, las formas de comunidad que no son encuentro de iguales ni patentización de una propiedad común, sino experiencia de separación, de un encuentro con el otro que no confirma la mismidad, la *ipseidad* de una persona, sino su desapropiación, su contaminación.

¿Cómo es posible ser hospitalario cuando el otro no es un igual a mí, cuando se resiste a la identificación? Mi escritura responde a esta pregunta desde el concepto de la hospitalidad derridiana como acontecimiento de la venida del otro, desde un respeto a la alteridad que no puede ser pensado desde un ideal regulativo, porque no es regulable ni anticipable, su irrupción es *mesianica*.

I. RELATO AUTOBIOGRÁFICO: UN CASO *ARGENMEX*

I. 1 LA TENDERONA: NICOLASA RODRÍGUEZ BORIO

De Galicia, que todavía no pude ir a conocer, decían en la Argentina y dicen en otros lugares que es lo más atrasado de España, o lo más primitivo. A mí es lo que más me entenece, lo que más me atrae de unos ancestros que habría que ir a explorar por varias regiones de España, de Francia y de Italia, hasta donde sé, aun sin conocer el estudio de huellas genéticas que hoy es posible. De los gallegos lo que más se oye es el amplio repertorio de chistes: confunden lo tonto con lo primitivo, con no saber interpretar lo que los otros dicen por falta de traducción, o traducción imposible, pero, así y todo, aun yendo tan atrasados en la carrera de la modernidad y hablando la lengua de otros, los gallegos se afincaron y prosperaron en muchos lugares donde otros lo saben todo. Son gente de mar y de bosques impenetrables, de finisterre, del borde del Atlántico por donde se entró y se salió del mundo conocido por varios siglos. Y viviendo en el borde siempre se conoce gente distinta, se conoce mundo aunque se conozca poca tecnología.

Los gallegos son celtas. Yo leo de los celtas y me creo su heredera. La herencia la tomo de mi bisabuela gallega, abuela paterna de mi padre. Le pongo mi cara, aunque lo único suyo que haya visto es el testamento donde deshereda a su nuera Isabel Guerra, mi abuela.

Pasé por la aldea de Zamora donde nació mi padre. Me quedé menos de una hora. Una prima recién conocida en Valladolid me llevó a Salamanca a ver a su madre, viuda del hermano guardia civil de

mi padre, y aceptó pasar por Roelos de Sayago. Hubiera preferido no ir, me dio la impresión, pero cómo negarse. Vimos la casa de la abuela Isabel desde afuera, nos asomamos sin entrar del todo al comercio abandonado de la planta baja y después cruzamos a saludar por el único bar, donde tomaban la copa unos cinco o seis viejos de boina que conocían bien a mi prima. Les dijo quién era yo, de quién era hija. Cuando íbamos bajando el camino de salida del pueblo, hasta el auto que había quedado abajo, para no forzarlo en los callejones de piedra, uno del bar nos alcanzó corriendo y me dijo: “esto es para ti”. Era el testamento de la Tenderona.

Se llamaba Nicolasa Rodríguez Borio y le decían La Tenderona. Murió muy anciana. Había nacido por 1830 –en el testamento de 1916 dice no recordar la fecha–, en la provincia gallega de Lugo, la Galicia profunda, lo más oscuro del bosque, tierra de druidas, de meigas y aquelarres. Sus padres tuvieron una posada donde fueron aprehendidos unos contrabandistas de café. Café de Brasil, digo, por la época. O de azúcar, lo que venía de Brasil. Culpables o no, cayeron en la redada los posaderos, tatarabuelos míos, y dejaron a la intemperie a Nicolasa, de trece años entonces, y a otra hermana suya mayor o menor que se metió en un convento. Nicolasa agarró camino. Anduvo a pie hasta Castilla sacando piedras del río. Es lo que oí. Piedras para construir casas y vallados, digo ahora, y andaría más gente en eso, pero de chica la imagen de una niña que atraviesa países juntando piedras era inconcebible. El río tuvo que ser el Duero. O el Duero y el Tormes, digo. Rehago ese camino googleando casas rurales de por ahí en booking.com. En una Casa deI Bárro, de Miranda del Duero, Portugal, pegada a España por el otro lado del río, veo la encina en el patio, la piedra gris de la casa, el tejado, el barandal de madera de lado a lado y el Duero corriendo entre las piedras de más abajo. Nicolasa debió bajar de un lugar así para llegar a Roelos, la aldea de Zamora donde iba a nacer mi padre. En el camino y entre las piedras engendró un hijo "natural", que a su tiempo fue delincuente, y fue leyenda. Quiso más a ese Juan que a los hijos que tuvo después en sus dos matrimonios, el testamento lo atestigua. Que lo iba a visitar a la cárcel de Salamanca. Por tanto ir a Salamanca pudo haberse hecho cacharrera, para poder ir seguido. Y por afán del camino, si llegó caminando.

Su imán debió tener y ejercer, si fue capaz de llegar y arraigarse en una comunidad celtíbera mínima y cerrada, que se había resistido hasta a los romanos. Nicolasa Rodríguez llegó forastera, sola y con un hijo, y se casó con mi bisabuelo, que le gustó al verlo ganar juegos de forzudos en la fiesta del pueblo. Lo de Tenderona fue por su oficio de cacharrera, que ejerció en Sayago, comarca de unas quince aldeas rurales, una de ellas Roelos, donde no había nada. Comían lo que producían y lo demás –telas y ropas, muebles, vajilla de cacharros, medicinas, condimentos, papeles y lápices– lo vendía el cacharrero, tendero ambulante de pueblo en pueblo, con una carreta cargada en Salamanca. Mi padre fotografió una carreta de ésas en la plaza de Roelos, con la mercancía tendida en el suelo. Para que le dijeran la Tenderona tuvo que ser matrona y patrona, imponente de porte y de autoridad, me da por pensar.

Muerto en circunstancias por mí desconocidas el primer marido, Antonio Martín Calles, bisabuelo mío y padre de mi abuelo Nicolás Martín Rodríguez, La Tenderona se casó con su dependiente, menor que ella, tuvo con él otra tanda de hijos y llegó a prosperar bastante, si el testamento reparte tantas parcelas entre tantos hijos.

Quizá al hacerse mayor le haya ido dejando a ese segundo marido hacer solo el tour de los pueblos o se casó para eso, para que le aliviara el trabajo sin pagarle sueldo, pero al tiempo receló. Mermarían las ganancias. O el hombre quiso hacerse un guardadito propio, si ella seguía siendo patrona, o le dio por trasnochar en Salamanca. Para salir de dudas, Nicolasa Rodríguez recurrió a la astucia que le oí contar a mi padre ya no sé a quién, cuando volvió de España con los recuerdos frescos que enterró en la Argentina hasta que pudo volver, antes de morir.

La Tenderona fue a sorprender al marido al camino por donde tenía que pasar. En la literatura española no faltan salteadores de caminos y vi a muchos forajidos del western caerles encima a las diligencias. Construyo esta escena con guión prestado. Aunque la salteadora no es joven, sigue fuerte y con la rabia más. Es de noche y va de negro, disfrazada de hombre, embozada como bandolero. Espera en lo alto de una barranca y al pasar la carreta le salta de arriba, le cae encima y lucha con el hombre de cuerpo a cuerpo. Lo vence, lo deja *knockout* y le quita el dinero que lleva, monedas de oro y de plata, monedas pesadas en una bolsa. Entonces se esfuma y regresa a galope. El caballo habrá bajado del cerro siguiéndola como a los cowboys.

De vuelta en casa se viste otra vez de sí misma y espera al marido junto al fogón como cualquier noche. El hombre llega tarde y maltrecho, lleno de razones. Le cuenta que lo asaltaron no uno, varios bandidos, y que viene sin nada. Ella lo deja hablar y después le pone sobre la mesa la bolsa arrebatada. Cómo saber qué le dijo y cómo no saber que el hombre quedó reducido para siempre.

Del testamento llama la atención la cantidad de propiedades que reparte entre los muchos hijos y la mención a mi abuela Isabel Guerra, viuda de su hijo Nicolás, a quien le deja menos que a los otros por sus errores. Esos errores fueron el secreto que cargó mi padre: el error de haberse dejado enamorar y seguir a un hombre que le gastó el dinero, en vez de darle. De tener un hijo fuera del matrimonio no se iba a asustar Nicolasa Rodríguez Borio.

II. 2. ISABEL GUERRA

Isabel Guerra no se crió extranjera. Lo fue en un tiempo atribulado y dejó de serlo. Nació y creció en Carbellino, aldea sayaguesa, y al casarse vivió en Roelos, en el mismo universo aldeano. Sedujo a mi abuelo Nicolás Martín Calles por su talento histriónico cuando la vio actuar en una fiesta popular. Si tal escena ocurrió, como dice el recuerdo que le oí a mi padre, en la plaza del pueblo y frente a la iglesia, a fines del siglo XIX, tuvo que ser pieza religiosa, un auto sacramental, y si enamoró al marido desde el escenario, tuvo que tener su gracia interpretativa. Mi madre le oyó el verbo afilado y fácil en sus últimos

años, cuando la conoció. Lo que seguro tuvo fueron cuatro hijos y enviudó pronto, cuando el segundo, que fue mi padre, andaba por los cuatro años y ella por los veintiséis.

En su temprana viudez se volvió a enamorar. Tenía y atendía un comercio –lo que en la Argentina llaman almacén y en México tienda de abarrotes. Lo habrán tenido desde antes con su marido y los abastecería La Tenderona, que de eso vivía. A ese único comercio del pueblo, donde iban todos, llegó un indiano, uno de los que se habían ido y volvían de las Indias, de la Argentina, y traían dinero o por lo menos un look renovado: pantalón con dobladillo y americana, o sea, saco, en vez de andrajos y botas rurales. Era del pueblo pero ya no era, era distinto. Llegaría tarde, a la hora de cerrar, pediría una copa y le daría a Isabel una conversación distinta. Habría visto más mundo que ella. Empezaba el siglo XX.

Yo fui a Roelos en los años ochenta. La prima recién conocida que me llevó desde Valladolid hablaba de sus hermanas pero no de la abuela Isabel. Me hizo ver la casa y el comercio en ruinas de apuro y desde afuera, casi, apenas nos asomamos. Todavía estaba ahí el mostrador del comercio, no las estanterías. Señaló un hoyo cerca en el techo del tamaño de un puño y dijo por ahí espiaba tu padre a la abuela con aquel hombre, sin dar lugar a más comentario.

El indiano de Isabel se fue. La nostalgia impone volver al terruño, pero quién se iba a quedar en esas aldeas castellanas que ya languidecían en el siglo XIX y hoy son pueblos fantasmas. Isabel Guerra quedó embarazada a la vista de toda la aldea y tomó su decisión. Vendió sus tierras, que las tenía, aunque no fueran haciendas sino parcelas, y se embarcó rumbo a la Argentina con sus tres hijos. No la recibió bien su hermano, que había emigrado antes y vivía en Bolívar, donde yo nací, a donde ella llegó. Fue extranjera, trabajó de sirvienta y tuvo una hija que no reconoció el padre. La llamó Delia y volvió a Roelos con ella en brazos y los otros al lado. Mi padre sumó ocho años en ese itinerario de humillación.

La aventura fallida en el otro mundo la volvió otra. Volvió a abrir su comercio pero no volvió a abrir sus emociones. Desafió al descrédito con trabajo y trabajo hasta que volvió a acreditarse y se acreditó como la que más. Se hizo dura y sabia. El comercio ya no abría hasta tarde en la noche. Tuvo amigas con quien sentarse a tejer encaje de bolillo en la puerta al atardecer. Mantuvo una amistad literaria y filosófica con el cura que venía a dar misa desde Salamanca y la visitaba para hablar del Quijote después de la Biblia.

Una vaca de Isabel invadió la parcela del vecino y derribó el muro de piedras, lindero entre predio y predio. El invadido mentó a Isabel por su pecado y mi padre de doce años pasó la noche reconstruyendo piedra sobre piedra el honor de su madre y el suyo. Cuando conocí este incidente por un pariente de papá que alcancé a conocer muy anciano en México, supe que fue la vergüenza lo que impulsó a mi padre a volver a la Argentina a sus catorce años, en 1920. Y la ambición del nuevo mundo, claro, cuando tantos iban a la Argentina.

Isabel Guerra tendría treinta años cuando se le fue lejos el hijo, mi padre, que siguió adorándola sin perdonarla. Durante los treinta y ocho años transcurridos antes de volver a verse se escribieron muchas cartas que no pude leer, quemadas por mamá y por otros en Roelos, muertos los escribientes.

La hija bastarda, Delia, estudió más que los hermanos, que aprendieron que primeras letras y primeras cuentas con un maestro en casa y no más. Isabel la mandó a estudiar a Zamora, pero murió joven de tuberculosis y no faltó quien dijera que la dejaron morir. Isabel iría a visitarla a Zamora, donde la prima cicerone me hizo ver la estatua de Viriato, el guerrillero lusitano (muerto en 139 a.C.) que persiguió a los romanos y llegó venciendo casi a las puertas de Barcelona. Que Isabel iba a rendirle honores a Viriato, dijo mi prima. Papá llevaba colgado un portarretratos con Isabel de un lado y Delia niña del otro, con un moño grande en la cabeza y la piel más oscura que sus hermanos, con un algo árabe en los ojos que me hace dudar de la creencia de que por ahí todos eran cristianos viejos. Ya de casado, mamá se lo hizo guardar al escapulario. Yo lo tengo conmigo.

Cuando viajaban a Buenos Aires y mamá se iba a comprar telas a la calle Lima, papá se iba al puerto a ver los barcos y añorar el regreso, que ocurrió en 1958. Las hijas no fuimos a conocer a la abuela. Mamá nos dejó pupilas en el colegio de monjas. Dijo que no podíamos perder el año escolar, o medio, por no saber decir que lo que ella soñaba un viaje a Europa de película, porque veía películas, y se preparó un ajuar a la última moda. Y se frustró, pobre. Pasaron por Madrid y por Barcelona, tomaron fotos con unos primos y compraron postales, pero donde estuvieron fue en Roelos, aldea de menos de mil personas anclada en el pasado que no le gustó y donde no cayó bien.

La primera que salió a saludarlos al llegar a Roelos, en ese viaje de 1958, fue la mujer que cuidaba a Isabel Guerra desde que había envejecido. Papá la confundió y la estrechó con las ganas de toda una vida. Después de la confusión y del verdadero abrazo, a la madre le salió decir que cómo había podido tardar tanto en ir. Al hijo le reventó el rencor y le dijo por qué no pensó eso antes de hacer lo que hizo. Subieron al cuarto de ella y hablaron hasta que se perdonaron. Después el hijo que fue mi padre no quiso más que seguir hablando con la madre tomando mate desde antes de amanecer, y en las tardes recorría el campo y las aldeas, recogiendo piedras y despertando recuerdos ahogados. Mamá, que detestaba el campo y paseó poco en España, alcanzó ir a Salamanca a comprar telas de broderie y encajes para las bodas de sus tres hijas. Mi corte de hilo sobrevivió a mis mudanzas y amarillea en mis cajones. Sigue sin usar. Me casé con vestido prestado.

De Isabel Guerra recibí por carta una cadena y una medalla de plata con la virgen incrustada en nácar, y la tarjeta postal de una niña pelirroja que barría muy contenta y una leyenda rimada elogiaba la diligencia.

Quiso irse a la Argentina con el hijo recuperado pero mamá no quiso. Papá murió de tristeza tres años después de ese viaje. Isabel murió un año después de él, de tristeza.

II. 3. NICOLÁS MARTÍN

A Nicolás Martín Rodríguez, que vive en mis genes como abuelo paterno, lo mató un accidente de tránsito inducido por estado etílico, probablemente. Cómo se va a ir de boca un mocetón de veintitantos, como se fue él. Ir a caer por delante del carro a que lo atropelle su propio caballo. Los caballos son fieles como perros o más, un caballo no atropella a su dueño, a no ser que le caiga entre las piernas en plena carrera ¿Cómo puede suceder eso entre un hombre que maneja un carro y un caballo que lo tracciona? Por un descontrol mayor.

De ese accidente que lo hizo huérfano a los cuatro años pudo venir la aversión de mi padre a toda bebida alcohólica, menos a la sidra de la ensalada de fruta que él mismo preparaba para las fiestas de fin de año. Si explotaba cuando mamá quería tomar medio vaso de vino con soda en la mesa, pudo ser por la vergüenza del padre atropellado por su propio caballo alrededor de 1910, en Sayago, de donde nunca salió. Sayaguesa es Aldonza Lorenzo, la Dulcinea del Quijote. De los sayagueses se burla, por primitivos, Cervantes, que debió tener cuenta pendiente con algún sayagués, leí por ahí, para enseñarse tanto con ellos. También pudieron tener buena planta, aunque usaran sayal.

Nicolás Martín, hijo de Antonio Martín Calles y de Nicolasa Rodríguez Borio, debió heredar su apostura. La Tenderona tuvo que haber sido mujer de buena presencia, si anduvo rompiendo plaza desde los trece años. Nicolás mi abuelo encantó a mi abuela Isabel por la pinta y por el músculo en pruebas de mocetones, aunque sensato no debió ser, si fue pasado de copas a encontrar la muerte en su carro.

Lo tengo en dos fotos. Una parado y vestido de charro salmantino, como charro de Jalisco pero más corpulento y más blanco. Rubio colorado y grandote, con traje de paño negro. Calzón largo de piernas ajustadas, costuras tachonadas de arriba abajo con dos filas botones de oro y ceñido con faja bordada, ancha. La chaqueta corta, ribeteada por dos hileras de botones dorados, quizá de oro. Los bordados de la camisa blanca asoman por el chaleco y la capa también bordada. El traje va con sombrero de ala levantada y borlas, pero en la foto que tengo, con telón de paisaje al fondo, de estudio, se ve de cabeza descubierta y el pelo castaño. El sombrero está en la silla donde apoya un brazo, el otro brazo doblado en jarra despliega parte de la capa. En la otra imagen, ampliación de cara de la anterior, lo veo idéntico a mí. Los ojos celtas, verdes, con mucha ceja y pestaña oscura, la calavera, la boca. Quizá se pareció a su madre La Tenderona. Lo veo y sé de dónde salgo.

De mis ancestros medio conocidos, Nicolás Martín Rodríguez es el único que nunca fue extranjero. No pasó de Zamora y Salamanca. Vivió donde nació y vivió poco.

II. 4. SANTINA CANEPARE Y LUIS SARRAT

Santina fue la única abuela que conocí. Santa María Adelaida de los Ángeles Canepare de nombre completo. Y la única argentina nativa, hija de italianos de dialecto. No alcanzó a llegar a la escuela que argentinizaba a los hijos de inmigrantes. Leer sabía, si leía las defunciones en *El Pregón* de Bolívar. ¿Las leía o se las leían? No me acuerdo bien. Estuve mucho con ella y yo siempre leía, me veía leer, pero no sé si leía ella. De los catálogos de Gath & Chávez pudo haber visto los dibujos y no lo escrito. Qué dialecto hablaron sus padres y de qué lugar de Italia salieron, no he podido saberlo. Sus hijos ancianos no supieron decirlo cuando llegué a preguntarles, mucho después. ¿Canepare podría ser "pare perros" en etimología berreta? ¿O "parece perro" podría ser elogio, como alguien me dijo? El perro es el mejor amigo del hombre, pero tratar como a un perro es tratar de lo peor. Un conocedor de Italia me dijo que en Palermo, Sicilia, hay muchos Canepare y me hice la idea de que eran sicilianos. O somos, o soy, de ese lado. Lo único que me llegó del dialecto que portaron fue que Rosa Értola, madre de Santina, decía *cacha buca* por calláte la boca.

Si Santina y mi abuelo Luis iniciaron su existencia juntos casándose ante el Registro Civil de 25 de Mayo, ahí podría haber rastros de procedencia. Si Santina murió de ochenta y cuatro años en 1960, habría que revisar nacimientos desde mil ochocientos setenta y pico. Podría haber otros municipios bonaerenses implicados en la pesquisa, si algunos Canepare vivieron en Lobos. Seguro salieron del sur de Italia, pero igual pudieron ser calabreses o napolitanos, de algún lugar de Italia donde hace siglo y medio ya hubiera mafia. No digo que fueran mafiosos ellos, pudieron ser víctimas y huir para cambiar de vida. Cuando mi tío solterón, floricultor delicado, comentaba con mamá unos tiroteos de la mafia en Rosario, en los años cincuenta, creo, o sesenta, se le ensombrecía la cara. Bajaba la voz y susurraba "la mano negra" –yo la imaginaba–, echaba una ojeada alrededor, como cuidando que no lo oyeran. Hablaba desde un lugar y tiempo que no conocía por experiencia directa. Por eso llegué a pensar trauma heredado. Colectivo, quizá.

Los ancestros Canepare no fueron de hacer negocios ni ganar dinero. Se ocuparon de trabajos menores, como veladores, que ahora no sé decirlo en argentino. Serenos, aunque no conocieron la serenidad porque cedieron al hábito de la embriaguez. Sus dotes fueron la notable belleza física juvenil y cierto histrionismo. Doblaban de risa al auditorio imitando gente. Por ser rubios y altos, viniendo de donde hay tantos morenos y bajos, árabes o medio árabes, yo digo que eran normandos. Si los normandos dominaron Sicilia un montón de años y perduraron ahí, ya sin dominio, normandos pueden haber sido los Canepare, y de ser así, sigo hilando, mi ADN portaría trazas vikingas. En apoyo de esta hipótesis me digo también que, así como los normandos fueron soldados, varios Canepare hicieron la colimba en el Regimiento de Granaderos, por su buena planta. Quedó para atestiguarlo una foto postal en sepia del soldado Juan Canepare, hermano de Santina, uniformado y juncal, y años después un joven

de apellido Laulet Canepare, de Lobos, que fue a pasar unos días de verano en Bolívar, hizo historia por el minucioso dibujo del uniforme de granadero que había vestido hacía poco.

Santina Canepare, mi abuela conocida, fue actriz espontánea reconocida por mucha gente, más mujeres que hombres, aunque algún hombre también, que la visitaban para escucharla contar historias. También la buscaban por curandera. Curaba empachos. Le llevaban dibujado en un cartón el contorno del pie del empachado. Al otro día ella iba a perderse entre las plantas a paso de bastón y con pañoleta en los hombros, como abuela de los cuentos, que no todas eran abuelas dulces. Deslizaba el pie de cartón del empachado entre el tronco y la corteza de un árbol, no supe cuál, pronunciaba palabras cuyo secreto no heredó a nadie y aliviaba el malestar en el curso de una semana. Cocinaba bien, ya anciana, cuando la traté. A la mañana hacía la comida y a la tarde zurcía medias o bordaba en canevá ciervos en pleno salto, canastos con flores o aves del paraíso con lanas multicolores sobre fondo negro de terciopelo. Eran fundas para almohadones y tengo dos de esos. Me hacía enhebrarle la aguja, para enseñarme, pero se impacientaba porque tardaba y me la quitaba antes de atinarle. Había bordado toda su ropa de cama y la seguía usando medio siglo después. Dormía sentada con el pelo largo derramado entre almohadas y almohadones de fundas bordadas. Antes de dormirse rezaba en voz alta. Invocaba a sus santos, San Antonio de Padua para encontrar cosas perdidas y para todo favor de apuro, y otra santa que protegía los sembrados, no recuerdo el nombre. La oía y la veía de reojo a mi abuela rezando en la cama, cuando yo me iba a acostar con mi candelabro de vela encendida, pero a esa hora ya no se le hablaba. En casa de mi abuela, a las afueras del pueblo, no había electricidad en los años cincuenta.

La ayudaba a preparar los tallarines de los domingos. Ella estiraba la pasta con el palo de amasar en la misma mesa larga donde después se comía, enharinada y con el mantel de hule enrollado en tres cuartas partes y el otro cuarto de mesa disponible para tomar mate o lo que fuera. Dejaba la masa como lámina delgadita, casi transparente, la enrollaba a lo largo, apretada, y la rebanaba con cuchilla afilada en rodajas finitas que había que desenrollar después con las manos, como masajeando una cabeza crespa.

Para los ravioles hacía dos ruedas de pasta: una abajo, encima el relleno extendido de acelga con ajo y cebolla o de carne picada, y encima la otra rueda de pasta. El emparedado se aplastaba a mano para dejarlo parejo y se marcaba el camino de los recortes de los ravioles en tiras verticales y horizontales con una rueda dentada, o doble rueda. La masa rellena quedaba cuadrículada. Entonces se separaban las tiras recortadas y por fin se amontonaban los ravioles bien cuadraditos. Todo con las manos enharinadas. Yo separaba ravioles, los amontonaba y hacía otro montoncito con los recortes incompletos para cocerlos aparte.

Para los ñoquis, Santina cortaba en cubitos una tira de masa redondeada, larga, como del grosor de un dedo, y yo hacía rodar los cubitos como en tobogán, para que salieran redondos y acanalados, caracoles lanzados por la pendiente del tenedor para ir a dar al montón.

Otra misión que la internaba entre las plantas a mi abuela Santina era vigilar las gallinas, que se le perdían. Cuando los pollitos se enredaban en los yuyos, se rezagaban, se perdían de la madre y a la noche morían de frío y rocío. Para impedirlo Santina les ataba una pata a un árbol a las gallinas, para que no se alejaran, cuando tenían pollos. O las ataba demasiado fuerte o se enredaban en sí mismas por seguir caminando, porque las gallinas de mi abuela que ya habían criado rengueaban con muñón todas. La crueldad de esta práctica no se podía decir, ni insinuar. A Santina todos le temían, sus hijos le temían.

Me dejaban seguido ahí en el vivero, en las afueras del pueblo, casi en el campo, y me festejaban los tíos solterones que vivían con la abuela. Ella me escuchaba como sonriendo para sí, sin festejarme. Creo que le hacía gracia, pero no lo decía. Tampoco me abrazó ni me besó por impulso, nunca. No le oí decirle nada halagador a nadie que tuviera cerca. No era cosa de ella, era de familia. O de etnia. Entre esa gente de mis principios, nadie le decía nada halagador a nadie cercano. De algunos reconocían virtudes cuando estaban enfermos, cuando se morían o se iban lejos. Sera por eso, por falta de hábito, que después me creía cualquier piropero que me decían, y me dijeron bastantes, pero no en familia. Muestra de afecto de mi abuela Santina pudo ser que a veces, pasando por detrás de mí a golpe de bastón, me pellizcaba una nalga, me la retorció y decía qué bife voy a hacer de acá. Aunque suene a Hansel y Gretel, lo decía

La veía trenzarse el pelo a la mañana. En el baño de la abuela no había espejo triple, como el mío de ahora, había un espejito chico, inclinado y colgado al bias, que si te ladeabas lo justo para hacerle juego a la imagen del espejo más grande, te dejaba ver la cabeza por atrás. Santina se cepillaba el pelo canoso y largo hasta media espalda, lo separaba con raya al medio, se hacía dos trenzas y las enroscaba en la nuca, un rosetón de trenzas. Tenía la cara noble y bella a los setenta y tantos de cuando la conocí.

Se casó con un francés pero no aprendió a hablar francés. El 14 Julliet iba toda la familia a la Alianza Francesa. Era día de Marsellesa y discursos, de quesos y vinos, de convivencia en comunidad. Santina no podía hablar ahí, aguantaba sin entender qué decían, pero a la salida se vengaba acosando al marido con su imitación francesa, estirando la trompa y soltándole como grito de guerra: ¡laiúúú...! ¡laiúúú...! Medió entre ellos un abismo cultural.

De mi abuelo Luis Sarrat, que murió antes de nacer yo, todos hablaban bien y leí su honrosa semblanza en el libro del Centenario de Bolívar, como empresario pionero. Los hijos le heredaron la buena letra, quizá yo también. Él sí supo escribir. El vivero era enorme y no era sólo de compraventa, como son ahora, era grande, con zonas de exposición y venta, pérgolas de cipreses combados que formaban arcos, áreas de cultivo por especies separadas por hileras de arbustos que crecían hasta donde llegaran. Luis Sarrat, virtuoso de las plantas y las flores, nació en Oloron Sainte Marie, región francesa del Bearn. Emigró primero a Brasil y luego a la Argentina, donde el paisajista Carlos Thays empleaba a muchos franceses para hacer realidad los memorables jardines de aquel tiempo argentino en

Buenos Aires y en las grandes estancias. El primer contrato fijo lo tuvo en la estancia Huetel, donde se llegó a construir una estación de tren para que descendiera el príncipe de Gales, que visitó a la dueña. Esa terrateniente abrió también una escuela de mayordomos de estancia donde Luis Sarrat enseñó botánica práctica antes de llegar Bolívar para fundar el vivero El Recreo. Planeaba parques de quinientas hectáreas previendo contrastes de follaje para las cuatro estaciones. Dicen que no se enojaba, que se reía de las extravagancias de su mujer y comía mucho queso, que fue su perdición, porque murió diabético.

Santina Canepare no amó a Luis Sarrat, según testimonio propio. Ya en sus ochenta la oí declarar haber querido a otro, un terrateniente con pueblo y estación a su nombre del Ferrocarril Roca, de quien la apartó la diferencia de clases. Se casaron los dos por despecho, él con una viuda con siete hijos y ella con mi abuelo. Polito se llamaba el novio perdido y Santina seguía hablando de él después de más de medio siglo sin haber vuelto a verlo ni saber si seguía existiendo. Ha de haber sido alto como ella. Mi abuelo le llegaba a la oreja y con los años y al engordar, como tantos de su etnia, parecía una pequeña O.

Por la incompatibilidad de caracteres, compartir cama no debió ser fácil para el matrimonio de mis abuelos, pero sus diferencias no les impidieron procrear trece hijos. Una noche sí y otra no, Santina guerrea con sus demonios. Oía ladrones entre las hojas, bajo las pérgolas que techaban las plantas de ornato alrededor de la casa, donde trepaban a dormir las gallinas. Saltaba de la cama, sacaba del ropero un revólver con empuñadura de nácar que llegué a ver, el “cabo blanco”, y tiroteaba a oscuras por la ventana, por un hueco de la estera. Decía haber visto dos asaltantes: uno alto y flaco y el otro gordo y bajito —¿Polito y el abuelo Luis?—, los dos con pantalón negro y camisa blanca. Al otro día aparecía muerta la gallina blanca que quiso defender, que le había parecido una camisa blanca, o aparecía agujereado el abrigo que habían colgando de un árbol para olear el olor a naftalina de los baúles. Que mi abuelo decía “qué mujer loca” y se daba vuelta en la cama para seguir durmiendo, decían. Harta de plantas y flores, aunque de ellas vivieran y varios de sus hijos fueron floristas y dibujaron parques, Santina no le dejó a su marido poner dentro de la casa ni un solo ramo de rosas. Esta arbitrariedad suya se recordaba sin abrir juicio, como señal de temperamento. Y lo era. De temperamento atrabiliario.

No los dejó casarse a los dos hijos que asistieron su vejez. Los tíos solterones eran la Pirucha, una de las mayores, que fue su sirvienta y se echó al abandono, dejó de peinarse y bañarse cuando la madre le hizo dejar al único novio, y tío Negro, el menor, gentil como una dama —así decían de los hombres corteses, caballerosos—, que continuó el negocio del vivero por donde yo lo seguía oyéndole nombrar plantas en latín y describir a los clientes, más bien clientas, los cuidados de cada una. Me gustaba jugar a la escuela con las hileras de arbolitos frutales listos para vender, alienados con su pan de tierra envuelto en arpillerá. Esos dos tíos, que renegaban a espaldas de Santina cuando los insultaba, y lo hacía seguido, fueron mis admiradores. De los hijos de Santina, estos dos solteros y otros dos más,

cuatro en total, terminaron sus vidas con demencia senil –les dio por desnudarse en público después de toda una existencia púdica- y el mayor pasó su existencia en el manicomio con delirio paranoico.

Mamá, que era de las menores y se consideraba la parte sana de esa sociedad, también emprendía cruzadas contra supuestos ladrones por delitos que no llegó a comprobar, pero también sabía arreglar floreros con rosas de la casa. Y no siempre estaba enojada. Cuando estaba contenta podía ser simpática.

II. 10. PAPÁ ME VISITÓ EN UN SUEÑO

Mi padre, Antonio Martín Guerra, murió a mis once años. Cuando tuve veintidós volví a verlo en un sueño, una sola vez.

Fue cuando entré al primer psicoanálisis, una terapia de grupo de los primeros años setenta, con el triple de pacientes que los grupos terapéuticos de entonces, que eran muchos en Buenos Aires. Dos veces por semana nos congregábamos unas quince personas con dos terapeutas. Primero tres. Apartaron al que se enredó enseguida con una paciente, aunque al final, ya en la diáspora de aquel mundo, uno de los que siguieron, el que me gustaba, también se fue a Brasil con una paciente. Hacíamos psicodramas entre nosotros y con los almohadones de sentarse y recostarse, muchos y de gran tamaño, multicolores, lisos y estampados en batik, que representaban a los fantasmas que hicieran falta. Las sesiones duraban dos horas, el doble de las normales, o de uno a tres días, cada varios meses, cuando hacíamos *sensitivity groups*, o laboratorios, como les decíamos, con más ejercitación psicofísica, más contacto y más romance a la salida. Todo por un accesible precio de mayoreo.

Ahí en ese grupo preguntaron por mi familia y yo no encontraba recuerdo vivo de mi padre. Si lo veía en una foto sabía que era él, pero adentro no podía evocarlo. Ahí empecé a contar, a contarme de mi padre y de lo que recordaba, sin atar cabos todavía. Pero en el grupo no se alcanzaba a contar nada bien. Copar el micrófono se veía mal, si el analista no lo inducía. A veces ocurría y así empecé a construir mi propia novela.

Ya no hay terapias de esas en Buenos Aires, o no tantas. Oí decir que las acabaron los militares. Con motivo, desde el punto de vista de ellos, digo ahora. Si yo llegué a las inmediaciones de Montoneros fue por esa terapia. Si no, por dónde. En mi grupo había una abogada que pasaba los treinta años, muchos para mis veintidós, que tuvo parte en el secuestro de los empresarios Born. Con el caso candente en la prensa, esta abogada problematizaba en sesión, como los demás cuando hablábamos de novios o protonovios, su vínculo con un autor de la operación que llamaba El Enmascarado. Y el analista más atractivo, cuarentón, mayor que todo el grupo, llegó a recibir al Enmascarado a solas, se filtró. Estas y otras licencias de los protocolos del oficio se justificaban por el

proceso de liberación en que estábamos, que era liberarnos de todos los corsés. Así las comprendíamos. Por su seguridad y la nuestra, los asuntos de la abogada podían y debían ser tratados en la sesión individual que todos deseábamos pero no todos merecíamos.

Mi deseo de acceder a una entrevista individual y las flamantes nociones allí adquiridas –lo personal es político, el fuego de la revolución se enciende en las camas y en las manifestaciones–, alentaron mi adhesión a una organización entre sindical docente (yo enseñaba literatura en la escuela secundaria) y revolucionaria clandestina. No llegué a entrar en clandestinidad pero fui a muchas manifestaciones y transporté mensajes semiclandestinos. Guardé armas y overoles fabriles de compañeros, ellos sí clandestinos, que a veces pernoctaban en mi departamento. O les dejaba mi casa a los mismos compañeros para reunirse ahí sin preguntar quiénes iban. Para el primero de mayo de 1974, principio del fin de la revuelta festiva a la que había adherido, la revuelta se volvió tragedia. Cuando Perón hizo llover piedras sobre Montoneros, yo había accedido o ascendido en el grupo de terapia a las sesiones especiales de antes y después de los operativos, donde los pacientes militantes manifestábamos, para elaborarlos, nuestros miedos antes de la acción. Pero eso fue después. Al principio todo fue hablar de los padres.

Conté en el grupo que yo de chica dormía con papá en la cama grande y mamá en una cama chica, al lado, y pelaron los ojos. Era cierto. Hasta los cinco años dormí con él. En el grupo querían que me enojara, que me sintiera abusada, pero papá no abusó de mí. Lo que no dejó de confundirme fue que, en sus últimos años, delante de mamá y mis hermanas, fingía distancia conmigo, apenas me defendía de ellas. O así me parecía, aunque, por lo que siguió, cuando mi existencia se volvió guión de la Cenicienta y mamá y mis hermanas pasaron a ser madrastra y hermanastras, quizá no fue poca su protección.

En un recuerdo que todavía puedo evocar, el más antiguo, creo, me veo en el dormitorio de ellos, mío entonces, parada en la cuna y agarrada al barandal, hablándole a mamá que tendía la cama matrimonial. Una cuna grande con Blancanieves y los enanos tallados y pintados en madera terciada pegados a la cabecera y los pies. Ahí dormí hasta que supe caminar y hablar, hasta los tres años o más, cuando sacaron la cuna para que mamá durmiera en una cama individual con los pies en alto –con ladrillos en las patas traseras–, como le recetó un médico de Buenos para aliviar una várice. Me podrían haber pasado al cuarto vacío entre ellos y mis hermanas, a donde fui después, pero no lo hicieron. Pasé de la cuna a la cama grande.

Cuando estábamos en la casa del pueblo, papá volvía del campo al anochecer, se bañaba y se sentaba a leer diarios en la mesa de la cocina. La Nación y La Vanguardia de Alfredo Palacios. Mis hermanas hacían deberes de la escuela al otro lado de la mesa y mamá cocinaba a tres metros. Yo dibujaba encabalgada en la pierna de papá, dibujando entre sus brazos y las hojas del diario levantado. Dibujaba los márgenes de las hojas que no estaba leyendo, asentadas en la mesa, y lo hacía dibujar a él.

Él dibujaba perfiles de hombres con boina, algunos fumando, y yo caras de niñas de pelo largo, más de perfil que de frente.

Nos íbamos a dormir temprano él y yo. Mis hermanas también, pero por su lado. Mamá se quedaba terminando lo que no había podido hacer en el día, cosiendo y escuchando radio en la cocina. Tal vez quería hacer tiempo para encontrarlo dormido a papá, pienso ahora, pero no dormíamos hasta que ella llegaba y nos hacía apagar la luz.

Al ir a acostarnos, cuando todavía andaba vestido, papá se cambiaba delante del espejo triple de la cómoda y decía que me diera vuelta para ponerse el pijama. De espaldas al espejo, lo espí y le vi unas bolas enormes, moradas, colgadas como las de los toros. Me hacían llorar los bramidos de toros que encerraban a veces delante de la casa pero en cuadros distintos del campo, para separarlos.

Papá en la cama leía la Biblia. A veces otros libros. Era autodidacta, campesino sin escuela formal emigrado a los catorce años, cincuentón en el tiempo que digo. Leía a Dostoiévski, Tolstói, Conan Doyle, Remarque. Aunque estuviera leyendo me dejaba a veces bajarle en tobogán por las piernas, pero yo también leía, aprendía a leer. En las noches con él aprendí a leer antes de ir a la escuela. Yo leía en voz alta y él comentaba la lectura, elegida en acuerdo, de libros de escuela más adelantados, de mis hermanas, con preferencia por los pasajes moralizantes. En casa no hubo historietas. Billiken sí, por educativo, y con el Billiken, Periquita y el Fantasma Benito, pero nada más. La Pequeña Lulú, el Pato Donald y hasta Patoruzú, y las de acción y erotismo, las conocí por un primo que durmió en casa cuando operaron a la madre y escondía las revistas abajo del colchón, para leerlas de noche. Cuando estábamos solos, mamá charlando con alguien, papá en el campo y mis hermanas haciendo deberes, el primo me pasaba algunas, hasta que mamá se las encontró y papá las quemó. A las perturbadoras chicas de Divito las conocí en el cuarto de los tíos solteros de la Chiqui Merlo, que vivía en la esquina, la familia del Tren Chicharra que recorría el pueblo y fue diversión de varias temporadas. Eran los años cincuenta y no había nacido Mafalda.

A veces yo amanecía en la cama chica. Querrían dormir juntos y me pasarían dormida, digo ahora, pero no recuerdo que dijeran ahora vos allá y yo acá, o al revés.

En el campo también dormía con papá. Ahí hubo cama grande para él y para mí y otra más chica para mamá, pero no hubo un tercer dormitorio vacío, eran sólo dos. En el de mis hermanas, de colchas combinadas, cabía otra cama pero no había otra cama. Cuando me sacaban alguna noche del cuarto de ellos, mamá me tendía ahí un catre de soldado de papá cuando era soltero. O abría un sofá cama con resortes desvencijados que me lastimaban la espalda. Mis hermanas me trataban como intrusa cuando dormía con ellas.

En el campo montaba a caballo con él. Yo podía montar sola un matungo grandote y manso, el Penacho, pero para ir a recorrer el campo papá me subía al Poroto, el rosillo de él. Cuando íbamos a caballo o bajábamos a que hiciera lo que iba a hacer, me iba diciendo lo que le parecía que sentían los animales. O cantaba tangos. Repetía tangos tristes, el de Giuseppe el zapatero, que despreció el hijo

médico, y otros de muchachas arrepentidas. Si andaba contento le salía cantar que “ahí viene el negro Simón, cantando alegre el baión”, y a mí me cantaba “María Cristina me quiere gobernar”.

En verano, caminando de noche hasta la tranquera, ida y vuelta, paseando conmigo, recitaba romances españoles y me iba diciendo nombres de estrellas, los que sabía, que no eran tantos, pero se me hacían muchos: la Cruz del Sur, la Gallina con Pollos, las Tres Marías. Cuando empezaban las vacaciones, en diciembre, salían de un lado de la casa, y al final, en marzo, del otro lado. Me hacía ver cada noche ese recorrido, o cada tarde, cuando iban saliendo las estrellas. Una noche de calor quiso dormir afuera, delante de la casa, en el pasto, sobre una manta y con la cabeza en los aperos del caballo, como cuando llegó de España y andaba de carrero, que era como ser camionero ahora, acarreador, y dormía donde caía la noche y visitaba la escuela de una maestra rural que le prestaba libros. Yo también quise dormir afuera y mamá enfureció. Le dijo que si estaba loco, que lo hiciera él pero no podía “hacerle hacer eso a la chica”. Pero papá trajo otra manta con una almohada y dormí con él bajo el manto de estrellas.

La cohabitación con ellos no fue por falta de espacio. Por las discusiones que empecé a recordar con el tiempo, escarbando, me lo explico un poco. No había anticonceptivos y él quería tener más hijos, los que vinieran. Y lo decía enojado. Mamá no quería tener más hijas. Se había resignado a no parir varón. Tenía tres chancletas, decía, yo la tercera. No sólo ella, era un decir de ese tiempo llamar chancletas a las hijas. ¿Por pesadas de arrastrar? Con mi embarazo le fue mal a mamá, lo dijo muchas veces, y juró que nunca más. Le quité las ganas. No creo que hayamos estado cómodas en el mismo cuerpo. Quizá estiró mi “situación de cuna”, dirían ahora, para no embarazarse otra vez.

Me parece que fue a abortar a casa de la partera Angélica cuando faltó tres días, pero papá sí durmió en casa y nos vino a cuidar tía Manuela. Y me parece que mamá me llevó a ver a la partera, si recuerdo las macetas del patio del centro y los halagos de esa señora. Cuando papá la trajo de vuelta a mamá el ambiente se puso pesado. De ese tiempo pudieron ser las discusiones de tener hijos que guardé en disco duro. Tendría cuatro o cinco años y hablaban delante de mí creyendo que no entendía, y no entendía todo, pero eran teatrales ellos, los dos, y se me grabaron frases sueltas, gestos de impacto. Mamá hubiera preferido que yo no naciera. Creo que le caí inoportuna, que fui extranjera en su seno.

Una vez me dio por revisar cajones de la cómoda del cuarto de ellos, la del espejo donde se desvestía papá y mamá guardaba sus joyas. Me dio curiosidad ver qué había. Encontré unas monedas grandes, de papel brillante, dorado, como las monedas de chocolate, y se las llevé a mamá. Miró lo que encontré, le dije. Roja y trémula se puso, como tantas veces. Traé eso para acá y no vuelvas a tocar nada de la pieza mía. Eran preservativos Dollar. ¿Habrás sido por eso que me expulsó? ¿Por haber tocado algo que no debía?

Me sacaron del cuarto de ellos –de la pieza, decíamos— de un día para el otro y sin decir por qué. Y en la del campo también. Mamá me pasó al cuarto del medio y cerró con llave la puerta entre los dos. Era una de esas casas que ahora les dicen chorizo –qué fea expresión— con cuatro habitaciones

seguidas, cada una con tres puertas que las comunicaban entre sí y otras tantas hacia el salón grande que llamábamos hall. Esas puertas quedaban abiertas. Papá cerraba las del primer cuarto, el escritorio, para escribirle cartas a su madre en España y discursos para la Federación Agraria, alguna vez, porque era cooperativista. Yo lo espiaba cuando escribía por las cortinas medio transparentes de las puertas, pero las demás puertas entre las piezas quedaban abiertas y las otras también. Se cerraban cuando venían visitas que no eran de confianza, protocolarias, muy pocas veces. Por eso fue violento cómo cerró mamá la puerta entre el cuarto de ellos y el que pasó a ser mío. La cerró enojada. También es cierto que la casa era vieja y había que hacer fuerza para cerrar esas puertas acostumbradas a estar abiertas, pero sí estaba enojada.

Esa expulsión del lugar que no supe que no era mío mientras lo habitaba terminó mi primera infancia, desde que nací hasta que entré a la escuela primaria. No fui al jardín de infantes porque no sabían de eso mis padres, aunque ya existía y en la misma escuela. Al dormir sola empecé a tener pesadillas. Entraba en pánico. Cuando gritaba mucho, mamá venía a calmarme y taparme pero no volví a dormir con ellos.

No supe por qué estaba tan enojada mamá. No dijo nada, ni a mí, ni delante de mí, pero algo malo tuvo que haber sido para enojarla tanto. Cuando discutían por mí, delante de mí sin hablarme, ella decía que él me malcriaba, que alimentaba en mí la naturaleza –mala, no lo decía, se infería– de la madre de él, Isabel Guerra. No supe entonces a qué se refería. Qué pude haber hecho para que mamá me echara con modales tan destemplados, no lo sé, si hubo un motivo especial, puntual. Tal vez fue él quien pensó que era mejor sacarme de su cama y le encargó la tarea a ella. Mis psicoanalistas se lo han imaginado sin fundamento. Nunca lo sabré. Pudo ser que nos tocáramos, o que lo tocara yo a él, seguro menos que los padres y las hijas chicas de ahora, que no está mal abrazarse. Y menos que en la Biblia que leíamos al acostarnos. En el Génesis, las dos hijas de Lot engendran descendencia del padre. En casa nadie se tocaba y por eso chocaba que yo viviera encima de él, de muy chica. Si mis padres se tocaban, no era delante de las hijas. Una vez papá fue a Buenos Aires en auto, con otros de la cooperativa que pasaron a buscarlo, y la besó a mamá en la mejilla para despedirse. Yo me perturbé tanto que tuve que irme. Nunca había visto eso ni lo volví a ver.

Con papá nos fuimos distanciando al no dormir juntos, pero todavía tuvimos buenos ratos solos. A veces me llevaba en la camioneta Rastrojera a La Victoria, el campo que estaba más lejos, y yo le contaba en el camino un libro que había leído, una novela. Desde los siete años leía la colección Robin Hood: *Hombrecitos*, *Mujercitas*, *Los muchachos de Jo*, toda Louisa May Alcott, mi autora de cabecera. Después fui sabiendo que fue drogadicta y lesbiana, pobre Louise May, lo que habrá sufrido. Otro de esa colección que le gustaba a papá era *Sin familia* de Héctor Malot, de un niño huérfano sin casa y sin nadie como se sentía él, aunque nos tuviera. Yo contaba la historia y tenía que terminar justo al llegar, sin que sobrara ni faltara historia. A veces había que comprimir y a veces estirar.

Cuando venían peones a la cosecha y vecinos apeonados de las otras chacras, yo andaba con ellos. Papá seguía la máquina a caballo conmigo en las piernas. Le pedía subir a la cosechadora y me pasaba en brazos con la máquina en marcha, que no era muy rápida. El peón embolsador me agarraba en el aire y me paraba al lado de él en la casita de la máquina. Me dejaba ayudarlo. El chorro de trigo vertiginoso llenaba una bolsa mientras él iba enganchando la otra bolsa al lado. El chorro serpenteaba de una bolsa a otra. El mismo peón cambiaba y cosía las bolsas llenas, y las iba tirando al campo por un tobogán. Otro que venía más atrás las iba cargando en la chata, una balsa de madera sin ruedas que arrastraba un caballo a los tumbos hasta el galpón. También me gustaba andar en la chata a los tumbos. Y al terminar la cosecha pasar días y días de ocio en el galpón con los gatos, sobre las bolsas de trigo estibadas, montañas de bolsas para trepar. Ahí tenía papá un taller de carpintería. También un taller de herrería. Ninguna de mis hermanas se acercaba a estos ámbitos y actividades. Yo sí.

Ya durmiendo aparte, a veces espiaba el cuarto de ellos. La puerta que daba al hall no cerraba del todo, aunque la cerraran quedaba una rendija, por lo que ya dije de que eran puertas viejas. Si a la hora de la siesta, en verano, un domingo, me venían a buscar mis amigas para ir a tomar un helado en El Valle Verde, tenía que pedir permiso. Asomarme por la rendija. Mamá sabía que yo merodeaba y decía qué querés antes de que le preguntara. Siempre estaba despierta. Esa vez no me vio, creo. Lo que yo vi, lo vi un solo instante. La pieza estaba a oscuras, con la celosía cerrada por el sol. Papá desnudo, sobre ella, se movía como atacándola. Casi no la vi a ella, un poco sí. Sentí que era brutal. Abyecto. No podía asimilar lo que había visto.

La visión nefanda ocurrió justo cuando descifraba el misterio de la reproducción, alrededor de mis nueve años. Lo más impactante me lo informó un domingo una prima, Rosita Alecci, en casa de la abuela Santina. Nos fuimos a caminar con la prima hasta el fondo del vivero para explayarnos sobre el caso que comentaba en voz baja toda la Escuela 1, donde estudié la primaria, antes de pasar el último año al Jesús Sacramentado, que era de monjas. Una chica de sexto grado estaba embarazada, se decía en el recreo, en algunos apartes. Una chica menuda con formas que no eran de niña. Pecosa y muy blanca, con el pelo largo castaño oscuro y cintura mínima, busto de mujer grande y caderas amplias para esa cinturita. Llevaba guardapolvo de piqué plisado con cuello bordado. Algunas llevaban delantales de escuela más elegantes y ella era una de éstas. Del cinturón que se enlazaba a la espalda le salía por delante una pancita alta que encendió la sospecha. Como indicio de que esa chica de doce años con cuerpo de mujer le habían hecho algo que engendraba un hijo, que no sabíamos qué era, dijo mi prima que la habían visto de noche en el Pozo de los Suspiros, una hondonada del parque a donde iban a revolcarse las parejas que paseaban en auto de noche. Eso decían, yo nunca fui al parque de noche. Y después habían encontrado ahí trapos ensangrentados, no se sabía quién. Parecía haber una relación entre la menstruación, de la que ya sabíamos, y el acto generador. Pero nada sabíamos de ese contacto impensable, ni del himen y la sangre de la desfloración. Fragmentario y confuso como era, el relato parecía decir que la reproducción provenía de un contacto como el que había visto entre mis padres.

La escena de la siesta y los trapos rojos en el pasto del parque por donde dábamos vueltas en auto y volábamos en las hamacas cambiaban el color de todo. En el parque de todos y hasta en mi casa los hombres ejercían sobre las mujeres, que lo aceptaban, una violencia inimaginada hasta entonces. No pude apartar las imágenes en días y días, quizá meses. Esperé que mamá estuviera embarazada, pero no ocurrió y pensé entonces que la embarazada tenía que ser yo. Ese pensamiento me atormentó no sé cuánto tiempo, mucho. No sabía cómo iba a justificarme cuando me creciera la panza. Aunque yo no hubiera estado en esa siesta abajo de papá, ni de noche en el pozo de los suspiros, quién me iba a creer que no había hecho nada para embarazarme cuando me inflara. No sé cómo pasó el tormento, habrán pasado los meses sin que creciera la panza. Deje de pensar en eso, aunque habré guardado el temor y el temblor o no lo recordaría como si fuera hoy.

En esa misma temporada salimos con papá a caballo y bramaba en el corral una vaca que no podía parir. La palabra parir se decía mucho hablando de animales. Parían las vacas y las ovejas, parían las chanchas. Yo había visto parir a una gata. Lo que no me había puesto a pensar era la causa de los partos. Papá le mandó al peón hacerle algo a la vaca mientras volvíamos y salimos al tranco a contar hacienda, al atardecer. Entonces le dije que yo sabía cómo nacen los hijos. No preguntó qué sabía. Preguntó quién me había dicho. Rosita Alecci, le dije, y se rió. Mirá cuánto sabe la abuelita. Rosita usaba lentes de aumento, por eso le decía abuelita. Ni negó ni afirmó ni me acompañó a saber más. Tampoco me prohibió saber como mamá, que era capaz de cortar las novelas en la mejor parte, con una señal en el libro.

Mi infancia toda iba a terminar no mucho después, cuando papá se murió de un día para el otro, casi. En diciembre de 1960 anduvo en la cosecha fuerte como un toro, decía mamá, y en enero viajaron a Buenos Aires. Mamá se alarmó porque era colorado de cara y de golpe se puso pálido. Se fueron todo un mes. Papá volvió operado y flaco. No volvió a vestir su ropa. Fue un enfermo en pijama cada día más escuálido hasta fin de marzo, cuando murió. A mí nadie me explicó nada. A mis hermanas sí, por ser grandes. Yo empezaba el último año de escuela primaria, cambiando de escuela. Isabel terminaba el secundario y Ana iba a la mitad. Lo que supe tuve que escucharlo detrás de las puertas. Les escuché decir que por callejear y no estudiar me iban a meter pupila en Buenos Aires, en el colegio Del Carmen, casa matriz de las monjas de Bolívar. Se lo fui a contar a papá y se le llenaron los ojos de lágrimas. Ya no caminaba, estaba en la cama y dijo que no iba a dejar que me metieran pupila, que siempre me iba a cuidar. Fue la última vez que hablamos.

Después de muerto, papá fue un cuadro colgado encima de su escritorio. Mamá enmarcó un dibujo sombreado a puntitos, copiado de la última foto de carnet por un artista local. Cuando empecé a ir a fiestas y mamá sabía que había bailado con alguien cara a cara, o cuerpo a cuerpo —el hijo del funebrero le contaba a la madre y ella a la mía, al otro día—, me hacía ir a pedirle perdón a ese cuadro, delante de ella, que en esos momentos era temible.

Pupila no me metieron, pero no me fue bien en casa. Mamá y mis hermanas fueron la madrastra y las hermanastras de la Cenicienta que fui yo. No pude más que someterme hasta que huí para siempre, pero eso fue después. Ellas lo recordaban más y mejor que yo a papá y lo invocaban cada vez que hablaban. Yo lo borré. No fui a su entierro. No me llevaron. No podía evocarlo. El recuerdo de papá era de ellas, como sus dichos, que repetían ante cada cosa que había que hacer.

Por las preguntas del grupo de terapia empecé a recordar lo que digo ahora, a encontrar rastros de mi padre adentro de mí. Un camino largo que no se completó entonces, pero comenzó al soñar que venía a buscarme en los primeros días de la terapia.

En ese sueño me paró en la calle. Me estaba esperando escondido y cruzó a encontrarme cuando aparecí. Lo vi agitado y pálido, como huyendo de algo. Nada patriarcal. Vestía un traje gris que le había conocido y le quedaba grande. Venía de otro mundo. Me buscó y me habló en la calle, apurado, como en cita clandestina. Algunos que yo conocía andaban clandestinos entonces, tal vez por eso soñé así. No supe bien qué dijo. Me dio excusas, pedía disculpas por algo y quería que lo perdonara. No supe qué quería hacerse perdonar.

De noche cuando me acuesto y me pego a las almohadas –muchas, cuatro y dos almohadones para sostener el libro mientras leo– navego dichosa hasta el despertar. Casi siempre dormí bien. Cuando duermo no tengo edad y vuelvo a sentir la confianza de cuando dormía abrazada a mi padre. La mejilla, la oreja, la blanda presión de la almohada.

Desde mi tercera edad puedo reconocer que llegué a muchas camas con muchos varones, pero dormí con muy pocos. Con nadie desde hace mucho. Mi matrimonio atravesó un cuarto de siglo de visitas íntimas desde dormitorios vecinos. Dormir de a dos, dormir un mismo sueño, lo que conocí al principio y no volvió a repetirse, revive en el sueño a esta edad madura.

II. 6. MUÑECOS DE PAPEL

Mi infancia de los años cincuenta fue lectora de revistas y libros, más revistas que libros, muchas. Ahí me enteraba de lo que no buscaba, lo que encontraba me iba llevando de una cosa a la otra hacia regiones insospechadas. Después hice lo mismo en la Enciclopedia Hispanoamericana de Espasa Calpe que tenía papá en el escritorio. Leyendo emigraba a lugares por descifrar. Cuando no había televisión ni internet, leías, si había qué leer. En mi casa había. En las lecturas de grandes, las variopintas revistas, que además traían fotos, viajaba a lo que no podía ver de cerca. Hasta la propaganda instruía. Papá era lector silvestre y voraz. No tiraba ninguna, las releía. Un día sacó del cajón enorme de la despensa pilas y pilas de revistas viejísimas, amarillas, apolilladas, y las puso en una estantería rústica que él mismo hizo, pintada de verde oscuro. Era carpintero. Mis hermanas las apilaron por títulos y yo ayudé. Las

más apolladas quedaron abajo. Eran de cuando papá no se había casado, las la guerra civil en España y las *Leoplán*, que traían novelas completas, largas, por donde papá llegó a Tolstoi. *El otro yo del Doctor Merengue*, una caricatura de esa revista con doble sentido sexual, me sembró perplejidades. Las revistas de mujeres y las de espectáculos quedaron más a mano. *Radiolandia* les gustaba a papá y a mamá, y a las hijas, a todas. Mamá compraba, salteadas, *Vosotras*, *Chabela* y alguna otra femenina más. Las *Temporada* de grandes y de niñas eran fija en cada cambio de estación, de ahí sacaba los modelos que los vestidos que cosía. Lo que más había era *Para Ti*, apiladas por años, para seguir las novelas por entregas. Mamá las guardaba desde que era quinceañera. Eran su escuela de moda y labores, recetas, consejos de modales y lo que más le gustaba, la narrativa romántica en cuentos y novelas. Las revistas las podíamos leer enteras, las hijas, porque mamá no leía completas más que las recetas y las novelas. A los libros los leía ella antes y les marcó a mis hermanas la página hasta donde podían llegar en la novela *Cuerpos y almas* de A.J. Cronin. Antes de los besos. Pero el *Para Ti* y las otras femeninas se podían leer completas. En los últimos años cincuenta llegó *Life* en español, con papel couché y fotografía superior, actualidad mundial, crónica de jet set, turismo y naturaleza en imágenes como no se habían visto antes de la era Kodak. Después cualquier revista iba a traer fotos a colores, pero hasta los primeros sesenta todavía traían muchos dibujos. *Life* acompañaba la revolución cubana y mostraba las casas de gente de Hollywood en Acapulco, incrustadas en la roca viva, por donde entraban brazos de mar entre helechos descomunales.

En verano yo vagaba por el campo entre matorrales, iba a caballo a visitar vecinos que me festejaban como a patroncita, asistía a los trabajos de varones rudos, conmigo aquiescentes, y al caer el sol accedía en éxtasis, recostada en el pasto, a lo que todavía no sabía que llaman iluminación. Pero la siesta era de reclusión forzosa. Mamá imponía el horror a la insolación, porque éramos pecosas, y a los peligros de la soledad en la espesura. En horas de sol fuerte había que quedarse a la sombra.

Yo no dormía. Recortaba revistas. Me dejaban recortar las revistas más viejas. Bordeaba las figuras con la tijera sin rozarlas y el recorte fino, pegado a la línea, lo hacía afuera de la página. Recortaba muñecos y los hacía jugar como títeres en escenas de melodrama. Se presentaban, se visitaban, se iban enredando historias parecidas a las de las radionovelas Palmolive, que se escuchaban en casa. Les fui haciendo casas en cajas de zapatos. Con cajitas más chicas y cartones doblados, camas y asientos. Con cajas de lata, que antes había muchas, coches para visitarse, autos. Si la historia sugería más personajes, iba a buscarlos a las revistas y así aumentó la población. Hubo más casas y calles entre las casas. Se hizo ciudad. O barriada.

Empecé recortando catálogos de Gath & Chávez que recibía por correo la abuela Santina y también fueron a dar a la casa del campo, algunas de medio siglo. De cuando las faldas tomaron rumbo ascendente, en los veinte y treinta, hasta los cuarenta del esplendor de mamá, de redecillas para los bucles y sandalias de plataforma. Figurines exhaustivos como cualquier catálogo de compra online, entonces distribuidos por correo postal. Artículos numerados de todos los departamentos: damas y

caballeros, seniors y juniors, niñas y niños, zapatos y sombreros, corsetería por géneros y edades, menaje de casa sin electrodomésticos todavía, blancos y vajillas, adornos varios. Las figuras no eran fotos, no había modelos. Eran dibujos de gente acinturada y muy bien peinada. Estilizados todos. Muchos en sepia. Esta gente de papel, vestida al uso de cincuenta años atrás, conformó la base de mi población.

La ciudad desplegada en el piso no dejaba pasar. Crecía durante la siesta sin plan maestro y yo no sabía ni me enseñó nadie a guardarla cada noche. Mamá renegaba por los recortes de papel pero no me hacía barrerlos, los barría ella enojada. Mis hermanas pateaban todo porque no se podía caminar. En la salita donde estaban las revistas y extendía yo mi fundación, cuando pasaba la hora de juego inspirado, la siesta, una hermana pintaba flores al óleo en mosaicos de colgar de las paredes y mamá cosía.

A veces las historias de papel derivaban hacia tramas inspiradas por revistas más recientes, que no podía recortar pero me tentaban, y llegué a meterle tijera a algún *Life* o a algún *Para Ti* casi nuevo. En cuanto encontraron más de una novela sin el pedazo correspondiente al recorte de una figura humana del otro lado, mi fundación fue expulsada. Hubo llanto, salvamento de emergencia de restos perdidos y reposición de personajes de las revistas ya muy recortadas, que tiraron también pero todavía podían dar algo de sí y yo las rescaté.

Había otra casa más atrás, entre el gallinero y los corrales, de los peones. Por temporadas vivieron ahí familias, pero en el tiempo que digo vivía Salguero en la pieza chica y la cocinita. El viejo Salguero era un indio de nariz aguileña, flaco, encorvado, con la mirada glauca de las cataratas. En la pieza grande abierta al corredor techado guardaban en ese tiempo aperos de caballos. Ahí encontré lugar. Pudo ser que Salguero me diera la idea. Tal vez alguien de la familia lo sugirió por recompensarme. No me acuerdo. Sobre el ladrillo empolvado de esa pieza grande refundé mi metropolis. Salguero se apoyaba en el marco de la puerta y se quedaba viéndome, oyendo cómo les ponía voz y acción a los muñecos. Yo no lo miraba, pero si me daba vuelta lo veía sonriendo. Hasta que oscurecía y me llamaban.

Al final del verano nos mudábamos a vivir al pueblo para ir a la escuela. Al primer fin de semana que volvimos al campo fui a buscar a mis muñecos y no los encontré. Ni en la casa de Salguero ni en la nuestra. Pregunté, me puedo ver hoy preguntando. Decían que no sabían, no me hacían caso. No puedo decir qué sentí. Enterré el sentimiento.

Después de muerto papá y cuando mi hermana mayor ya vivía en Buenos Aires, me aficioné a subir al altillo de la casa del pueblo. Me escondía de mamá, que si me veía, me acusaba de algo. Ahí había papeles viejos de la escuela de las tres hermanas. Iba a escribir mi diario y revisar papeles, a investigar pasados. De los cuadernos de mis hermanas me gustaban, de una, los dibujos a color y a doble página, de la otra, las composiciones escritas. Entre las composiciones del primer año de secundaria de esa hermana encontré una titulada “Mi peor acción”.

Hablaba de mis ojos cuando preguntaba por la ciudad de papel. No decía por qué los había quemado, si lo quiso hacer ella o la indujeron, si la indujo mamá. No describía la quemazón. Describía mi ciudad con reconocimiento póstumo y decía no poder olvidar mi mudo estupor ante la desaparición de ese mundo mío. Había escrito eso no mucho después del incendio, cuando empezaron las clases y sucedió el holocausto. Leyendo esa composición volví a acordarme de mi ciudad, que la tenía olvidada, la había borrado, y pude entonces llorar a mi pueblo y recordar algo del gozo truncado.

II. 7. LO MEJOR DEL CAMPO

En el campo pasó lo mejor de mi primera década, aunque entonces yo deseaba el pueblo. Deambular por el monte de fruta lleno de pájaros. Encontrar nidos. Abrazar eucaliptos fantaseando que abrazaba a un tal Aníbal que ensoñaba entonces, un fantasma invocado y amado, un rey sin cara con cuerpo de árbol. Creí haber inventado yo el nombre Aníbal. Como reina consorte suya fui Marta, Marta Grande, Marta Chica, Graciela, toda una dinastía. Feminista no era, cómo iba a ser, pero las que operaban esas ensoñaciones eran las Martas y las Gracielas, los nombres de moda esa época, alrededor de un Aníbal que no era ni más ni menos que un tronco. Tirarme abajo de un árbol a oler el pasto y a ver el sol entre las hojas. Mirar sin pestañear el sol del atardecer, el disco de fuego nítido cuando ya no lastima los ojos. Cerrarlos los ojos y seguir viendo el sol cambiando formas y colores, un damero en danza mercurial que se fractaliza y explota en estrellas de colores, otros colores, mejores que los que ven los ojos abiertos, que van a reunirse en una estrella blanca y titilante, cada vez más fija y más grande, rodeada de azul. Esa dicha era increíble. Las luces que jugaba a ver en el campo con los ojos cerrados no eran visiones para contar. No tenía palabras para eso ni tampoco a quién contárselo. Quién, que me rodeara entonces, me iba a decir que estaba viendo espontáneamente lo que los meditadores llaman el tercer ojo. A papá sí le dije. Lo esperé una tarde al volver a la casa, al final de los corrales, y le dije que creía estar quedándome ciega. Se alarmó. Dije que al cerrar los ojos veía luces de colores y seguía viéndolas cuando volvía a abrirlos, por encima de todo lo demás. Ahí sonrió aliviado y dijo que no era nada. Ah, eso, dijo. Él también vería esas luces y tampoco sabría hablar de ellas, digo yo ahora.

En el campo me seguían el Chango y el Pulvis, dos perros ovejeros. Les hablaba y me seguían, corríamos, rodábamos en el pasto. Me turbaba verles el pito al aire, rojo, a veces. Nunca lo toqué, pero temí y aluciné parir un perro desde que supe que los pitos sirven para preñar. El caballo que montaba, el Penacho, me salvó de una quebradura cuando se paró solo en el monte de fruta, conmigo encima. Me quedé enganchada entre las ramas de los manzanos. Si se movía yo me daba un golpazo, le solté las riendas pero se estuvo quieto hasta que papá me oyó.

Después nunca volví a tener un campo todo para mí. Entonces me parecía natural tenerlo y creía que me gustaba más el pueblo, que creía ciudad. El campo me parecía un intervalo entre las vueltas por la avenida. El día de ir al pueblo me impacientaba temprano, después de almorzar. Quería dar vueltas a la avenida con mis amigas con vestido almidonado y zapatos blancos recién entintados. En el campo andaba con el mismo mameluco y la misma blusa, en zapatillas Boyero. No me veía nadie. Me veían los de casa, pero no alcanzaba. Ya sabía de andar por la calle y que se me quedaran viendo.

Un sábado que decidieron no ir al pueblo después de haber dicho que sí, lloré y rogué tanto que dijeron que si quería, que me fuera. En broma lo dijeron. Me ofendieron. Me vestí de ciudad con vestido y zapatos, metí mi cuaderno en la maletita del juego de mate y me fui a la tranquera a esperar que quisiera llevarme alguno que pasara. Sabía que me iba y no más. Tenía siete años. Horas esperé, o no tanto, pero se me hizo largo. Volví cuando anocheció. Esperando en la tranquera supe que iba a ser capaz de irme, que no quería a esa familia.

La maletita con el juego de mate me la habían traído los reyes, los magos, que esa única vez me trajeron lo que había pedido. Era una maletita de cartón grueso que parecía cuero, con los bordes respunteados, muy bien cosidos, y cerradura eficiente, de un material que usaban también para maletas grandes baratas. Adentro venía el kit del mate: la pava, el dispensador de yerba y azúcar y el mate mismo, todo de aluminio y no en miniatura. Se podía usar y lo usé para lo que era, pero la maletita fue para guardar secretos.

Después, ya sin papá, cuando mamá amenazaba con expulsarme como la peor amenaza cada vez que desobedecía, le contestaba por dentro sí puedo irme, ya vas a ver. Y me fui, cuando pude. Y volví poco hasta que dejé de volver, hasta que me fui del todo.

II. 8. MAMÁ ME TOMÓ MIEDO

Si mamá me rechazó, no se daba cuenta, digo ahora que trato de comprenderla. No supo bien lo que hacía cuando me puso a dormir en su lugar por esquivar el asedio de su hombre y después le molestó la afinidad de su hombre conmigo, de un cariz que desconocía: la fiesta del contacto.

Mamá de joven parecía Rita Hayworth. La estampa, el pelo, los huesos de la cara, la altura, los hombros y las piernas, ese tipo tenía. Recatado y menos producido, claro. Papá se lo decía seguido, cortejándola. Discutían mucho pero él le decía piropos. A mí también mi marido me decía muchos piropos, murió piropeándome. Mamá era una chica de pueblo que fue al cine desde que empezó el cine, o desde que llegó a Bolívar, en los primeros años cuarenta. Se veía como las estrellas de la pantalla y soñaba con romance y glamour. Le gustaba la ropa y aprendió a coser. Su escuela fue la Singer y los patrones de costura de las revistas, del *Para Ti* de aquel tiempo. Se hacía y nos hacía ropa. Lo más laborioso se lo encargaba a la modista, algún traje sastre o algún modelo especial del *Temporada Infantil*

para mis hermanas. A mí no me hacía nada especial porque heredaba lo de ellas. Las vestía iguales sin ser mellizas. Como la ropa duraba más de una temporada, yo portaba cada modelo unos cuatro años, dos de una hermana y dos de la otra. Igual me veía bien, pero era siempre lo mismo. Mamá nos hacía ropa linda. Eso le reconocí siempre, que de verse bien sabía más que papá. Y a ella le gustaba el pueblo como a mí. A ratos la quise y a ratos me quiso, aunque pudo más el enojo de ella conmigo y mi resistencia enconada hasta que me fui lo más lejos que pude.

No dio cariño en palabras ni gestos. Alguna vez, de mayor, dijo que no había sido por falta de cariño sino de modales. El único abrazo que me dio y recuerdo fue por casualidad. íbamos a casa de la abuela en el auto negro de volante a la inglesa, del lado derecho, con tapizado afelpado color bordeaux. Alguna dama mayor de edad debió ir sentada con papá adelante y mamá pasó atrás con nosotras, conmigo en la falda. Llevaba pollera negra acampanada y una blusa escotada de jersey celeste, con escote calado como de encaje de la misma tela. Me le abracé, me abrazó y le apoyé la cabeza en la teta izquierda. Tendría yo tres o cuatro años. Puedo volver a sentir la mejilla en su pecho y a ella la sentí enternecida. No lo dijo ni lo demostró. El contacto lo supo. Mamá no me tocaba más que para bañarme, de muy chica. Después, cuando me hacía trenzas o me probaba la ropa que cosía, siempre sin acariciar ni abrazar, aunque algo acariciaba sin querer, de pasada, o yo quería yo sentir caricia en cualquier contacto con ella. Le gustó que yo la tocara cuando aprendí a ponerle los ruleros, los tubos, ya de más grande. Fue lo único.

La expresión de su amor fue la repostería. Practicaba recetas de Petrona C. de Gandulfo y de las tantas revistas que frecuentaba. En el campo se ordeñaba demasiada leche, deberían haberla comercializado. Mamá hacía bolas de manteca batiendo a mano la crema con energía poderosa, con electricidad expansiva, como cuando podaba la ligustrina del cerco. Hacía casi un postre al día. El clásico, lo que nunca faltaba, eran las empanadas de hojaldre. Y el arrollado de dulce de leche o de chocolate. Y dulce de leche casero en grandes cantidades. Y frituras para el mate. Una vez al mes, más o menos, isla flotante, merengues de dulce de leche, panqueques de dulce de leche, torre de vainillas, bombas de chocolate. Y mermelada para todo el año de tomate, durazno, ciruelas y cáscaras de cítricos en tiritas. Convidaba en casa y regalaba a las visitas. Y a ella no la engordaban.

Mamá fue espigada como los Canepare. Normanda, digo yo, de ascendencia. No bajita y redonda como el padre y algunos de sus hermanos más parecidos al abuelo Sarrat. Y más alta que sus hijas. Como su madre, Santina, se casó con un hombre menos esbelto que ella. Había tenido un novio espigado y bailarín y con él ganó un concurso de tango, pero era electricista, no tenía campo y no la hacía pensar. Yo le heredé a papá la armazón retacona y la afición por los carbohidratos. La repostería de mamá enganchaba a todos y a todas, menos a ella. Hacía postres aunque anduviera nerviosa, como andaba siempre. Los hacía para todos cuando fuimos familia y los siguió haciendo para mí cuando nos quedamos solas, en mi último tiempo con ella, sin mis hermanas, que emigraron antes que yo a Buenos Aires. Me acosaba por un lado y por otro me hacía postres.

No paraba de moverse, no comía mucho y si comía no engordaba. No caía en los atracones de grasas y azúcar que ella misma ofrecía. A mis records de voracidad –un kilo de milanesas al volver de la escuela, un tarro entero de dulce de leche, media docena de merengues al hilo– los contaba como bromas. Su educación predicó una sola contención. la sexual, sin ponerle nombre. Cuando quise imponerme yo la contención oral se opuso furiosa. Que me iba a enfermar, decía, y a la vez, histriónica como era, se tapaba la cara como para no ver la mía, adelgazada en dos días de dieta, y fingía llorar, porque me veía cara de alpargata y así mejor no verme. El mentón de mamá era o tendía a ser cuadrado, con pómulos fuertes, y el mío, como el de papá, era alargado, un mentón en punta que se notaba más con la cara flaca. La delgadez nos diferenciaba y me la prohibió.

Al año de morir papá, el temor y el rencor por mamá que antes había sentido sólo por momentos se volvió constante, opresivo, y le puse nombre al sentir. Al terminar primero de secundaria me llevé a examen extraordinario matemáticas, unas dos semanas después de terminar las clases en diciembre. Mis hermanas habían sido escoltas y abanderadas del colegio. Yo atravesé la escuela primaria sin mayor tarea en el hogar y siempre me fue bien, pero en la secundaria, la profesora de matemáticas me cachó un día sin saber la lección y no me quiso dar oportunidad de levantar la nota. Cuando llegué a casa con la noticia conocí el oprobio. El fin de mi credibilidad, que ya venía frágil. El examen no era difícil y no había riesgo de no aprobarlo, pero mamá me encerró a estudiar sin salir del cuarto donde papá escribía antes. Amigas que iban a verme no podían entrar a hablar conmigo. Desde esa humillación y en el mismo cuaderno de los ejercicios de matemáticas y de la iconografía romántica que dibujaba sin parar, anoté que ese día empezaba a escribir para denunciar una injusticia que no tenía fuerzas para enfrentar, pero llegaría a desenmascarar. A los doce años me inicié en la escritura confesional. Y después seguí escribiendo diarios. De más chica había empezado a escribir en cuadernos pero sin constancia.

Mamá compraba la revista Nuestros Hijos, ahora creo que por mí, que le preocupaba. Ahí decía que había que escuchar a los adolescentes, para comprenderlos. Yo también la leía y veía que mamá no entendía.

Fui romántica inducida por las novelas del *Para Ti* y las películas del cine Avenida. Me cayeron en las manos versos de Amado Nervo y otros poemarios sentimentales del movimiento modernista que sacaba de la biblioteca, las Rimas de Bécquer ya estaban en casa. Imaginaba encuentros y diálogos con novios diversos. Cualquiera mirada me hacía imaginar romances y a la noche me quedaba despierta, diciendo que a estudiar, para buscar y copiar versos que dieran nombre y forma a mi sentimiento. Dibujaba corazones atravesados por flechas, ensayaba firmas de casada con todos los galanes que consideraba deseables. Guardaba el cuaderno abajo de la ropa interior, en el cajón de la cómoda que compartía con mi hermana del medio, con quien dormí en esos años, pero era distraída y también capaz de dejarlo olvidado entre libros de escuela. Mi hermana y mamá me leían el diario cuando yo no estaba,

de mis eufemismos deducían hechos inexistentes y mamá me castigaba en consecuencia. Fui espiada en mi imaginación y el castigo fue siempre negarme permiso para la siguiente fiesta.

De mis amigas mamá decía que eran descaradas porque se animaban a abogar por mí cuando no me dejaba salir. Todas tenían más permisos. Por qué no se hacen amigas de chicas con cadenas, decía. Con cadenas, me quería ver.

Porque me gustaba escribir y no podía salir mucho, tuve que gestionar mis asuntos románticos por medio de cartas que ensayaba en el cuaderno. Ya pasadas en limpio y en papel adecuado, mis cartas cambiaban de manos en el colegio y llegaban a las manos que buscaban. A mis amigas les gustaron y empezaron a encargarme declaraciones de amor y anuncios de ruptura. Todo pasaba de mano en mano. Ese oficio vicario multiplicó las cartas de amor en mis cuadernos y costó que mamá me privara de las mejores fiestas en la temporada de los quince años, que a mí no me dejó festejar.

En cuanto tenía novio en perspectiva, me encerraba, y así me impidió corresponder al interés de varios cotizados galanes de la comarca. Aceptó al que la trató con deferencia y le escuchó sus peroratas con sonrisa impertérrita. Es que mamá hablaba mucho y quería ser escuchada. Y de viuda, más, porque antes había que escuchar al marido que a veces la hacía callar pero ya no estaba. Mi novio de Bolívar era simpático y conciliador. Me decía a mí —no lo proclamaba— que no creía en Dios, pero no predicaba ateísmo. Había visto y oído a Pablo Neruda en un congreso comunista de Buenos Aires. Era empleado bancario y venía de otro pueblo, de Carlos Casares. Vivía en una pensión y agradecía la generosidad culinaria de mamá. Se avino a los malabarismos de castidad de los noviazgos largos y pude tener un novio amigo hasta que llegó la hora de levantar las anclas para estudiar en Buenos Aires. Me visitaba una vez al mes, a veces más, íbamos al cine y a unos bares de parejas con asientos como de compartimientos de tren, con poca luz.

Hasta que encontré alguien que me gustó más y fui a pedirle a mamá dinero para vivir supuestamente sola. Más que pedírselo, se lo exigí en un tono que no supo resistir. Me vio otra. Supo que había atravesado las fronteras de sus prohibiciones, que no le tenía miedo, y me lo tuvo ella a mí. De ahí en más procuré que no supieran de mí ni ella ni mis hermanas, que no fueron mis amigas. A Bolívar fui yendo menos y menos hasta que dejé de ir. La vez que fui a la casa del campo con amigos, uno de ellos con barba, pelo afro y campera color verde olivo, y de oficio tendero del Once, mamá pensó que era guerrillero, que estábamos escondiendo armas y difundió su temor por el vecindario. Así no se podía.

Cuando me fui a México, le avisé con una carta escrita desde el avión. Cuando me contestó al primer domicilio postal provisorio, dijo no entender como alguien podría irse del mejor país del mundo, pero me deseó suerte. Desde entonces, las veces que volví a verla, que fueron pocas, ya no fue mi madre, sin dejar de serlo. La visité varias veces sin llegar a sintonizar, con el contrariado afecto que sentía por ella. No me sentía en confianza en su casa, que ya no era mía. Tampoco cuando vino a verme

a México se sintió ella cómoda. Opinó poco y se dejó llevar. Ya no era la madre mala, tampoco podía ser buena.

Cuando murió yo no fui. No hace tantos años y no tuve opción de ir porque mis hermanas la enterraron antes de avisarme. Que viajaron apuradas a Bolívar. Que no tenían anotado mi número en la libreta de todos los días. Y no había celular, ni whatsapp.

Al final mamá, la última vez que hablamos por teléfono, despidiéndonos, reconoció haberse equivocado conmigo. Desde que murió, su fantasma amigo me acompaña a envejecer, me comprende y la comprendo mejor ahora.

II. 9. GÜEMES Y BUSTAMANTE

En el monoambiente de Buenos Aires de las calles Güemes y Bustamante fue donde por fin hice y deshice sin acatar órdenes familiares, aunque acaté otras órdenes. En Bolívar no llegué a cuarto propio. Cama tuve, pero no podía cerrar la puerta, ni mover los muebles ni cambiar la colcha, ni colgar en la pared más que el Jesús que me regaló Menchi. No se podía dejar ahí más expresión que el desorden, ese sí incuestionado. Tuve escondites: la cocina en los trasnoches de escribir diarios y cartas, diciendo que me quedaba a estudiar, y la pieza de arriba, el altillo con escalera de madera y bañito abajo, cuarto de servicio en la primera vida del edificio, más señorial que la ocupación de mi familia.

Cuando fui a estudiar compartí con mis hermanas tres departamentos alquilados siempre a una cuadra de la avenida Santa Fe, donde la discordia fue tanta que había que separar en distinto estante de la heladera la comida de cada una. A mí me tocó obedecer, como siempre. No podía administrar ni en el tercio de ajustada mensualidad que mamá enviaba y me hubiera correspondido. Tenía que solicitar y justificar la compra de cada birome y cada cuaderno.

Estudí en institución privada. Dibujaba bien, me gustaba escribir y mi ocupación iba ser de profesora en Bolívar. Bellas Artes quedó descartada cuando le contaron a mamá que ahí andaban con barba larga y posaban desnudos mujeres y hombres. A la UBA mis hermanas podían ir pero no yo. No es que sea mala, decía mamá de mí, tiene buen corazón, pero es débil y todo lo malo se le pega. Una hermana que estudiaba en Filosofía y Letras sí podía atravesar ese ambiente sin rozar las ideologías subversivas, pero yo me iba a dejar llevar por la inclinación a andar con cualquiera. Estudié en el Instituto del Profesorado del Sagrado Corazón, de donde ya habían vuelto algunas de Bolívar con título docente calificado y el plumaje intacto. Por ir ahí tuve que desquitar la mensualidad del profesorado con más pobreza que las demás.

De la acritud fraterna pasé a un altillo en pensión de mujeres, a un cuarto alquilado en casa de muchos gatos y a un mini departamento compartido con amiga. Hasta que quise vivir con un hombre y junté valor para ir y volver de Bolívar en un día con la plata en la mano. Se lo pedí a mamá y me lo dio. No sé por qué insisto. Y tuve mi reino en un solo cuarto con librero al medio, de ladrillos y tablas

pintados de blanco, todo en blanco y amarillo con algo de negro. El cubrecama imitaba un diseño geométrico Courrèges, los almohadones gigantes se hacían sillones, la cortina amarilla en el ventanal abierto de lado a lado hacia Bustamante, casi frente al local de empanadas El Sanjuanino, aun sin sucursales.

Ahí pude hundirme en los subsuelos de mi alma por días y días de todo tirado, seguidos euforias de limpieza y resurgimiento. Ahí le enseñé a hablar en castellano al sirio Khatan Farah, de ojos grises febriles entre los rulos negros, que vendía telas por la calle y quería volver a su guerra. Ahí le enseñé declinaciones latinas a un chico del Nacional Buenos Aires. Ahí mantuve reuniones de correligionarios y empecé a componer notas literarias para *El Cronista Comercial*, bien recibidas por algunos autores que me visitaron para agradecerlas. Ahí aprendí a cocinar mollejas al vino blanco y mousse de chocolate.

Tres años me duró ese lugar, donde creí empezar a hacer pie.

II. 10. SALIR DE BUENOS AIRES

Creí, dije ser militante revolucionaria hasta que hubo que agarrar los fierros y dije eso no, pero igual después por eso tuve que irme. Venir.

Tres años había adherido a la organización que iba a revolucionar el mundo que conocía y lo que iba conociendo por referencias. La palabra militar que ahora me suena ajena y me repele, no se me caía de la boca. Militares eran los que nos mataron, los que nos echaron, los enemigos. El nosotros que hice mío se decía militante, pero no se debían confundir los dos usos de la misma raíz y actividad, la de las armas. Empecé lo que llamé militar animada por mi primera terapia psicológica, que alentaba a la revuelta individual y social.

Yo quería entender los porqués de todo lo que se decía o decíamos pero no era hora de estudiar, había que actuar. Lo que había que saber venía en la revista El Descamisado, comprada en la calle, comentada en reuniones y atesorada en el placard. Cada tanto circulaban declaraciones de la conducción en mecanuscritos fotocopiados de escasa o nula edición, más vehementes que reflexivos, de argumentación difícil de seguir, pero igual me prendió el ánimo de la revuelta. Tenía ganas. Aprendí a llamar a todos compañeros y acaté mandatos, aunque todo era para liberarnos. Conocí a los que vivían en riesgo y eludí a los conocidos de antes. Había que hacerlo. Cuando veía alguno –alguno o alguna, hay que decir ahora–, si insinuaba algo de lo que no podía decir, en qué andaba, no me querían entender. Compartí exaltantes manifestaciones multitudinarias de canto y bombo. Practiqué maniobras para seguir a otros sin que me vieran y vigilar que no me siguieran a mí. Peregriné a Ezeiza cuando volvió el General. Me reuní cada semana, casi siempre en mi departamento, con media docena de maestros conectados con otros grupos similares. Células organizativas que promovíamos huelgas docentes para extender el fuego de la rebelión. En ese activismo embarré y arruiné zapatos tocando timbres de

puertas que no siempre se abrieron en escuelas de La Matanza, que no era mi distrito, pero era donde estaba fuerte la organización y ahí me mandaban. En el mundo que alcanzaba a ver, el que no militaba de esa manera vivía fuera de todo, no pensaba, no sabía nada. Quise ser parte de algo más grande que yo y fue lo que hice.

Les enseñé a leer a un grupo de obreros de la estación Tapiales del Ferrocarril Roca, también en La Matanza, y me gustó más que enseñar castellano y literatura a los chicos indisciplinados de colegios del Barrio Norte, donde yo vivía. No me gustaba imponer disciplina. A los alumnos de Tapiales, padres y abuelos, les gustaban mis clases. A los chicos a veces también les gustaban, pero había que calmarlos. Conmigo empezó a leer un italiano bajito de pelo blanco que debió ser más joven que yo ahora, pero ahí era el anciano. La alegría de leer y escribir de ese italiano con toda una vida argentina puedo evocarla medio siglo después.

No hice mucho más. Me había entrevisto de puertas adentro con militantes clandestinos de llegada intempestiva. A uno le guardé en lo más alto del placard un mameluco de obrero y un paquete de papel madera de cierto peso que no pregunté qué era y después vino a buscar.

Me visitó dos veces un maestro enigmático, bastante guapo. Lo había visto alguna vez en reuniones del sindicato docente, entre rumores de ahí está de los que sabían quién era. Porque le quedaba cerca, dijo, le dieron mi teléfono y vino a ofrecerme unas clases que dejaba en un colegio de jesuitas. Y porque se mudaba. Acepté. Los últimos tres meses que viví en la Argentina fui caminando a ese colegio vecino a explicar las partes de la oración y leer con chicos casi todos rubios cuentos de *El llano en llamas* de Juan Rulfo y *El final del juego* de Julio Cortázar. A fines de 1976, tres meses después de irme, apareció en el sótano de ese colegio una imprenta montonera y arrearon con todos los que encontraron, me avisó mi vecina en lenguaje cifrado, y que fueron a buscarme al departamento blanco y amarillo con toques de negro, que contuvo mis restos hasta que terminó el contrato de arrendamiento.

Años después y por azares del zapping pude ver en la televisión de México una entrevista extensa con cuatro dirigentes de la organización que yo había seguido. Por qué no habían ayudado a irse a tantos que murieron, les preguntaron, y dijo uno de ellos (uno que algo había tratado en México y lo veías y no mataba una mosca), que porque todos éstos en Roma, en Paris, Barcelona o Madrid, donde vivían los entrevistados, se olvidaban enseguida de la lucha que los había llevado hasta ahí, y en cambio, muertos, eran capital político. Capital de ellos, entendí, y acabé de entender que yo había sido lo que llaman perejil, alguien que no sabe lo que hace, materia descartable, munición barata.

Vinieron a avisarme que tenía que irme una noche de fin de agosto, justo cuando nos estábamos reconciliando con Beatriz Morales en mi departamento, donde había vivido conmigo hasta que nos peleamos. Llegaron el Negro Quiroga, que era de mi célula, y su mujer, también del gremio. Me pidieron plata para irse a Brasil que no pude darles porque no tenía. De los de reunión semanal, que éramos seis, el ejército había ido a buscar a la mitad. Seguíamos nosotros. Seguía yo, aunque me hubiera apartado unos meses antes, cuando dijeron que había terminado el trabajo de superficie y había que

pasar a las armas. Que me fuera esa noche, dijeron y se fueron. Beatriz me invitó a su monoambiente. Bajé la valija de arriba del placard y metí cualquier cosa. Beatriz decía esto sí y esto no, y se reía. Nos reíamos las dos, por los nervios y por mi idiotez de quemar en el baño las revistas que tanto guardaba. Hice tantas señales de humo que hubo que abrir el ventanal de cortina amarilla en noche de niebla cerrada y con paramilitares de pelo rapado haciendo su ronda en Ford Falcon. Mi vecina ofreció tender una toalla en el balcón si no iban a buscarme, para volver y completar lo que me iba a llevar.

Qué llevar. Qué traer. Qué cabe en una valija. Qué es lo imprescindible. Cómo saberlo. Cuando pude volver un ratito metí en la segunda valija los cuadernos de diarios, un curso de la China Ludmer, certificados de estudios y unas cuantas fotos. Lo demás se lo encargué a una hermana que enseguida de irme se trenzó con Beatriz, que también guardó una llave mía, en litigios de lámparas y almohadones, supe después.

La semana que tardé en girar el timón la pasé caminando por la calle con ojos en la nuca, como había aprendido, y volví a dormir con Beatriz de noche, cuando no había portero en la puerta. Caminaba y de a ratos me sentaba en bares a tomar licuados de leche y banana y cafés con leche y tostados. Las compañías de aviación no vendían pasajes sólo de ida y miraban mal a quien los pedía. Te junaban, te barrían con la mirada antes de decir no.

Hice dos llamados en clave desde teléfonos públicos y tuve dos entrevistas fugaces por toda despedida. Una modesta herencia que ya tenía un escribano como adelanto del pago de un monoambiente propio alcanzó a pagar el pasaje y el monedero de mano. No hubo más. Eso hubo.

Irme a dónde. ¿A España, porque de ahí salió mi padre y por tanto leer el *Cantar de mio Cid* y las *Églogas* de Garcilaso? ¿Por Quevedo y Machado? Pero no había ido a España y tuve miedo. Todavía no me sabía miedosa. Me creía valiente por haber hecho cosas que no hacían mis contemporáneas, las que yo conocía. Faltaba mucho para envejecer y ver mis miedos intactos.

Vine a México porque ya había venido y acá me habían visto con buenos ojos. Dos años antes había paseado un mes caminando mercados y escalando pirámides al son de Mercedes Sosa, con toda la piel de América en mi piel. Antes de ese viaje había compartido una pasta en San Telmo con Cacho Carranza, asiduo del activismo docente y hoy y nombre del Muro de la Memoria. Lo había dejado de ver porque vivía clandestino, pero le dio por llamarme y nos encontramos. Le conté del viaje y preguntó por qué México. Si yo viajara por gusto, aunque no voy a viajar, querría conocer París, iría a Venecia. Eso dijo.

Aeroméxico me vendió el boleto de ida y me perdonó el exceso del equipaje. México me abrió la puerta desde antes de llegar. Beatriz y mi amigo Juan fueron a despedirme a Ezeiza. La espera para abordar, retrasada de siete horas por falla del avión, alimentó siniestras conjeturas y dio tiempo de saludar a otro de mi célula que viajaba en familia, pero me advirtió con gestos que no me acercara. Se acercó después, arriba del avión. Ya no iba sola. Vine con sus hijos en las rodillas.

En el avión le escribí a mamá y le dije que me iba sin decir por qué.

II. 11. MÉXICO, AL LLEGAR

A México llegué de noche y me fui a un hotelito del centro que recomendaban al salir del aeropuerto, junto al stand de los taxis. Frente del Monumento a la Revolución estaba y quizá siga estando. Al otro día crucé con un café en vaso de plástico a las gradas del monumento y me senté a pensar cómo llegué acá. Qué había hecho, cómo no lo iba a saber, aunque después lo fui sabiendo mejor. Más que unos y menos que otros. Poco poco, casi nada, como decía una canción de la italiana Mina que se oía mucho.

De haber tenido familia contenedora, que las hay, tal vez no hubiera tenido que rajar así, dejando todo tirado, sin ser cuadro político ni por asomo, pero en mi tribu biológica eran muy de acusar y no tenía otra tribu.

Un año antes, cuando me tiré al tren, estuvo claro que no tenía apoyo, por si alguna duda quedaba. Bajé del colectivo y me fui encima de la locomotora. Abrumada por tener que ir a trabajar de secretaria a una trasnacional y por otras brumas sentimentales. Faltaban algunos meses para el golpe militar pero ya había Triple A. Habían dicho que cambiáramos de trabajo, que desapareciéramos de donde nos conocieran. Yo renuncié a un colegio pero algún dinero tenía que ganar. No sabía qué hacer y uno del grupo de terapia me llevó a Unilever. Tenía que entrar temprano a encerrarme en un edificio gigante al otro lado de las vías del tren San Martín, a escribirle a un gerente egresado de colegio militar, joven y galán, unas cartas que llegó a devolverme con ojos de plato cuando mi dactilografía produjo lapsus escatológicos. Duró un mes el calvario. Después del accidente ya no volví.

Esa mañana salí sombría, pero no me propuse tirarme al tren. Salté apurada del colectivo en el cruce de las vías, frente al cementerio de la Chacarita. Crucé sin ver porque llegaba tarde. No había puente ni paso a nivel, había alambrados caídos, abiertos a las vías de ida y vuelta de la estación, que estaba muy cerca, como sigue estando. Por un instante alcancé a ver el rojo borroso de la locomotora que se me venía encima. Me escupió como un fardo y caí entre dos vías. Pasó un tren por la otra vía y tampoco me trituró. Tuve suerte. El golpe me dejó moretones por todos lados sin daño mayor. La trasnacional pagó estudios cerebrales. Los floristas del cementerio que me llevaron desmayada al hospital, tendida sobre una tabla en la caja de la camioneta de ellos, encontraron números de teléfonos en mi cartera. Mi hermana fue a buscarme y le avisó a mamá que me había tirado a matar. Mamá fue al Banco Nación de Bolívar a sacar plata para viajar y declaró a quien quiso oírla, me contaron después, porque en los pueblos todo se cuenta, que me si me había pasado algo malo era por subversiva.

Lo que hoy llaman contención no tenía por ningún lado y lo que me precipitó a exiliarme lo tenía muy claro: me trajo a México la espantada del golpe militar. Pero en las gradas del Monumento a la Revolución de la colonia Cuahutémoc, el 30 de septiembre de 1976, pensé que estaba siguiendo a mi

padre migrante, que sabía que iba a irme desde antes, que quería irme desde que salí a la tranquera con la maletita del mate a ver quién me llevaba no sabía a dónde. De haber sido capaz de pedirla, pude haberme ido con alguna de las becas de estudios hispánicos que se oían nombrar donde yo estudié. Me había ido con riesgo de muerte. Perseguida. Me había hecho echar.

Traía números de teléfono de dos escritores que me dio la China con un abrazo de pasillo oscuro. A los que viajaron conmigo los esperaban parientes que habían llegado antes, hermanos de sangre y política. Hubo muchas familias así, de todos militantes. Hacinados, malhumorados y llenos de criaturas desconcertadas, no tardaron en brotar los choques domésticos y ellos también salieron a yirar por una casa y otra, pero al llegar los esperaban en el aeropuerto. Por esos compañeros de viaje llegué a otros argentinos y a otra serie de cuartos, como cuando llegué a Buenos Aires.

Departamentos amplios, sí, como no había visto en Buenos Aires, pero viejos o desvencijados, con las cañerías en perdición y muchas habitaciones, cada una con un emigrado adentro, o más de uno. Asociaciones de convivencia inestable, de compartir alquiler y no más. Todos mufados. La pareja de psicólogos cordobeses, lacanianos, autonombrados fóbicos, no abría la puerta cuando había que pagar, se hacían los dormidos. Las asambleas por equipamiento del inmueble, gestión de basura y limpieza de áreas comunes no llegaban a acuerdos claros. Los que habíamos firmado el contrato, haciéndonos pasar por matrimonio, éramos yo y otro cordobés que desaparecía cuando había que reclamar la cocina integral que nunca llegó. Cocinábamos uno por vez en un calentador, un anafe. No había heladera, había que ir a comprar la comida en el super todos los días. En esos agrupamientos aleatorios habité las Torres de Mixcoac y las torres de la Villa Olímpica, enclaves del exilio argenmex, y las colonias Roma, Nápoles y Del Valle.

La trotskista que coleccionaba en el horno envases de yogur vacíos y nunca dijo para qué, quizá para mezclar colores, porque quería pintar, se me sentaba enfrente cuando me veía hablando por teléfono. Volteaba un relojito de arena de minuto por vuelta y anotaba en una libreta un palote por cada minuto de habla. Si los que llamaban no me encontraban, los chamuyaba sin medir el tiempo. Quiso ligarse a un folclorista que no es que me interesara, pero me llamaba a mí. La vez que le asó un pollo al editor melancólico, un buen mozo torturado que le pidió traducción por teléfono con la hija de California que casi no conocía, me encerró para que el hombre no me viera y tuve que pasar dos horas sin ir al baño. Pero al depto de la Nápoles lo rentaba ella y había que aguantar o irse. Me fui a la colonia Roma con una cubana que se inspiraba hablando de literatura, de la vida y de los hombres hasta que a mitad de la cubalibre se injertaba en pantera y cubría de insultos a quien tuviera enfrente.

Cinco domicilios en un año, sumados a los ocho de mi prontuario habitacional argentino. Cinco cuartos, no casas. Perder ingresos, comodidades, trabajos y reconocimientos fue trago amargo de otros, yo no tenía qué perder. No poder vivir en un espacio que sintiera mío, por mínimo que fuera, sí fue retroceder.

El que no traía nada de plata iba a la Casa Argentina, una mansión en ruinas de la colonia Roma,

prestada, supongo, y toda intervenida por la estética revolucionaria. Grafittis en rojo y negro, brochazos de sangre sobre las paredes descascaradas. Regados por los pasillos y las habitaciones colchones sin sábanas, almohadas sin fundas y frazadas revueltas, ceniceros repletos. El 24 de diciembre en el salón grande hubo cena y baile con empanadas y vino y yo bailé tango con un galán maduro, diputado aliado. Sabía llevar el diputado, fue mi mejor tango. Ahí leí esa noche en una pared, como si no la hubiera leído antes, la profecía cumplida: “los muertos los ponemos nosotros”.

Los que podían alquilar departamentos buenos los llenaron de artesanías, que cuando llegás acá prenden tanto y después menos, o no todas, o en toda la casa. Deslumbran, pero al año o dos vas necesitando dosificar tanta profusión de color. Yo me hice cultora de la artesanía más tarde. El primer año, la mayor inversión fue una manta de lana pesada de Fonart que fue mi frazada y pasó a ser alfombra en casas que siguieron.

Había que armar listas de conocidos y desconocidos, candidatos a proveer empleo efectivo o en su defecto carta de intención de empleo ficticia para avalar la primera visa de trabajo. Si llegabas a conocerlas, las personas de la lista decían que sí a todo con cortesía mexicana y hasta con entusiasmo, pero no todos respondían con hechos. Había que asumir que ahorita no es un plazo inmediato –ahorita es la declinación latinoamericana del tiempo mesiánico, sentencia Ana Penchaszadeh– y que los mexicanos no saben decir que no, que no les sale en palabras, aunque puedan negar de hecho, pero que en este país el que se enoja, pierde. Al espinel de contactos había que recorrerlo dos veces al mes, dijo el diputado aliado del tango de navidad con metáfora pesquera, había que acosar con simpatía y paciencia a prueba de ninguneo. Yo no sabía acosar pero algo fui encontrando.

Con los meses todos encontramos trabajo y más de uno, los míos modestos, demostrativos todos de la receptividad mexicana hacia la emigración sudamericana, no sólo argentina. Que yo sepa, hubo una sola reacción contraria en la prensa: Margarita Michelena, una periodista muy leída y muy mayor de edad, lanzó una campaña antisudaca cuando un chileno empleado del aeropuerto le hizo abrir las maletas a *La Doña* María Felix, pero no prosperó. Nos trataron bien, muy bien.

A los mil dólares que yo traje y daban para tres meses de comer salteado y subalquilar cuarto me los estiró a un semestre la primera devaluación del México moderno. Cómo entender, viniendo del vértigo monetario argentino, que ese día empezaba a desmoronarse la pax priista, que tampoco sabía qué era, pero era lo que había. Por uno de los teléfonos que me anotó la China empecé a dar clases sueltas en la Ibero, la Universidad Iberoamericana, y por otro lado llegué a mi primer trabajo editorial que fue traducir al castellano legible la producción escrita de unos ingenieros agrónomos del PRI.

Hacerse a la precariedad, resentir el aterrizaje forzoso entre desconciertos y punzadas del recuerdo. Descifrar el mapa de la megalopolis con trazado de aldea y pueblitos aldeaños antiguos y contiguos. Buscar direcciones por calles sin carteles donde la numeración no va de cien en cien, avanza y retrocede en dos y hasta tres numeraciones coexistentes en la misma cuadra. Preguntar por una dirección seis veces, promediando opiniones como en materia opinable. Los informantes cantinflaban.

Por no decir no sé, decían cualquier cosa o se rascaban la cabeza sin apuro, con hieratismo de ídolos prehispánicos en espera de inspiración. Aprender a comer de nuevo sin creer jamás al mexicano que diga que no pica. Todo pica. Habrá sido por comer tierra de chica que me salvé de la salmonella que fue llevando a los demás uno tras otro al Seguro Social, por los tacos de la calle. Subirse a los camiones, cómo camiones, si no somos pollos, pero es que así se llaman los autobuses. En los setenta había también peseros, taxis de a peso compartidos con ruta fija por todo Insurgentes, que es como decir Rivadavia, y todavía andaban las ballenas, ómnibus gigantes con rutas más largas, urbanas también. A los platos de comer les dicen trastes y un comercial de esos días decía, señora, los trastes de su hogar van a quedar relucientes si los lava con fab XX y nos daba risa. Una encantadora placita frente a la casa de La Malinche, nadie menos, se llama La Conchita y la cajeta es el dulce de leche. Las ferreterías ofrecían pijas de todos tamaños y había transportes de carga con letreros de “camión materialista” para diversión de filósofos.

Ir sabiendo en relatos entrecortados lo que habíamos dejado, lo que no sabíamos de allá, lo que seguía pasando cada día y cada noche. La inconcebible dimensión del espanto. La sangre derramada. Acá tiene que correr sangre, les oía decir de chica a los chacareros españoles amigos de mi padre, la Argentina no sabía valorar sus facilidades, decían, porque no había sufrido como los países de donde ellos venían. Ahora había corrido y seguía corriendo la sangre que los que yo conocía y había que vivir con esa revelación más atroz a cada relato. Saberme sobreviviente, saber que tantos más no lo eran. Un argentino de cincuenta años –con canas, que me parecía anciano– se murió infartado en la amansadora de la oficina de Migraciones, de la Secretaría de Gobernación, que los más jóvenes sufríamos, pero podíamos resistir mejor. El sadismo empoderado de los y las burócratas gozaba haciendo sufrir a lo karfkiano a tanto che desesperado por la visa, a tanto güero apurado.

Sin embargo, o con embargo, no era todo ese horror, aunque estuviera tácito, lo que buscaba en las revistas Gente y Para Ti, aunque no en El Gráfico, también presente en el puesto que ya no se llamaba kiosco y que el periodiquero me dejaba leer de parada en la esquina de Migraciones, sobre la Avenida Juárez, oficina después arrasada por el terremoto del 85, meca de peregrinaje semanal en 1977. Buscaba el street style de Buenos Aires, ver algo de lo que extrañaba en el Para Ti que seguiría comprando mamá en Bolívar, ver las recetas chorreando muzzarella, la pasta, la pizza, la carne sin chile y el dulce de leche. No podía comprar más que un par de medias pero me seguía gustando la ropa. La moda no me inspiraba al andar por donde ahora andaba como cuando cruzaba los ríos urbanos porteños. Iba a tardar en ver en México lo que en Buenos Aires creía elegante, que existía, pero no en la calle. Qué diferencia de calle. Qué distinta gente, qué distinto ritmo, qué otros olores y qué ajeno todo.

En los cumpleaños y a fin de año llamaba por teléfono a la Argentina con tarifa nocturna, despertando allá, para oír voces conocidas en costoso, ansioso intercambio y contar una o dos cotidianidades. Por despistada o excéntrica, por no saber o no querer agarrarme más al gueto de los exiliados, no me enteraba de los teléfonos públicos descompuestos donde formaban filas de días y

noches argentinos, chilenos y uruguayos para hablar con el lado del mundo que habíamos perdido. Había quien sabía meter un alambre en el teléfono para llamar a larga distancia sin poner monedas.

Escribía cartas que podían tardar de tres semanas a varios meses de ida y de vuelta, y recibía las respuestas en sobres abiertos, censurados, aunque adentro de los sobres se contaban peripecias comunes y pormenores de salud o defunciones de gente mayor en Bolívar. Ni por qué me había ido ni lo que iba sabiendo que pasaba allá se podía hablar por carta. Debía ser sobreentendido y no todos sobreentendían. Me escribía con quien contestaba, con mi madre, que de lejos sentía querer más, con mi hermana mayor que ahora decía quererme, con dos amigos de dirección conocida. No tenía direcciones de todos los que añoraba. Las que todavía tenía anotadas en la libreta ya no servían porque se habían mudado o se habían perdido. Nos perdimos todos.

Mis cartas contaban del cuartito de paso, de la taza y el plato, del tiempo que tardaba en ir en camión a dar clases, del frío y del calor. No sabía decir más, no podía. México anonada. A mí me anonadaba por abigarrado y diverso. El exotismo multicolor, multisonoro y multisabor de los mercados, la sobrecogedora actualidad prehispánica, las opulentas ciudades mineras de la colonia, el aire y la luz de la alta montaña los había descubierto con ojos de turista dos años antes. Lo feo que me chocaba ahora en las calles por donde iba y venía se me hacía indecible. Todo me chocaba por extraño y ajeno. No me gustaba la gente que veía, ni las casas donde vivía, ni el catre donde dormía, ni el olor a tortilla y a chile, ni la cantaleta machacona de los tamaleros, ni la campana impiadosa del camión de la basura, pero cómo decirlo o pensarlo sin ser desagradecida.

Los amoríos mermaron, comparados con la intensa y extensa exploración vincular de Buenos Aires. Entre argentinos nos citábamos en el Vip's o en el Linnys's, cafeterías agringadas donde ofrecían café americano casi transparente a contarnos a qué café íbamos en Buenos Aires, tanteando afinidades. El dolor en espejo no levantaba el ánimo. La retórica ideológica acostumbrada de las conversaciones me ahondaba a mí la pregunta, indecible también, de qué había acompañado y qué volvería o no volvería a acompañar de lo que se daba por sobrentendido. La sobremesa de los tallarines de algunos domingos derivaba hacia proyecciones humorísticas de reparto de puestos, para cuando fuera hora de volver y poder, que no me entusiasmaban. No me veía en ese trance.

Los varones exiliados fueron encontrando el cobijo de damas locales solícitas y solventes, bien relacionadas, recién salidas del primer divorcio y ganosas de conocer al hombre nuevo que no les abría la puerta del auto ni les acomodaba la silla como a paralíticas, que iba encantado al super y tenía discurso para todo. Los licenciados locales de antigua galantería, de manos anilladas y harto perfume, seguían, como en mi primer viaje a México, proclives a atardecer en restaurantes paisajísticos, oyendo tríos cantantes de boleros clásicos, pero con ellos no prosperaba el diálogo y sobraban las copas. Los agasajos turísticos no eran al hombro donde apoyar la cabeza.

Las parejas mixtas de la migración argenmex dejaron ver la tendencia de unión entre varón argentino y mujer mexicana, más que de mujer argentina y varón mexicano, Ilustrada en el chiste de las

tres mujeres que se cuentan la noche anterior, que todas pasarn con un varón recién conocido. Al fin de la noche, la norteamericana le pregunta al hombre cómo se llama, la mexicana recupera el pudor diciendo ay qué pena, la argentina lo amenaza diciendo y mirá, che, esto lo tenemos que conversar. Si andás perdido y te ves de pronto varón solicitado, no te disgusta escuchar que te digan mirrey y no discutan tanto. El cordobés obrero de la emigración, sindicalista del SITRAC-SITRAM muy valorado en la colonia argentina por ser único en su especie, se hizo vendedor de autos y prosperó enseguida por la labia fácil y la pinta. Su mujer, que había sido empleada doméstica, también única en su oficio en toda la colonia, aprendió a vestirse de traje y tacos altos y a charlar con mujeres profesionales, aunque no pudo impedir que el marido la dejara por una morena de habla dulce y melena negra y larga, muy estirada.

Yo evoqué las veces que había dejado pasar el cariño y me prometí no repetir ese error, si había ocasión de enmendarlo. Así pasó un año y medio.

II. 12. OTRO MÉXICO

Al año de circular por la gran Tenochtitlan, por el DF, aún no CDMX y aún no megalópolis, aunque ya muy extensa, cuando no creía ser capaz de adaptarme a un México que todavía no amaba y ayunaba ahorrando para un pasaje a España, conocí a un español y viví con él veinticinco años. Lo conocí por Ana Amado y Nicolás Casullo, los argentinos que más traté en el exilio, los más cercanos de la colonia argenmex, por quienes había conocido antes a otros novios argentinos, pero me quedé con el español.

Emilio fue mi patria desde que lo oí hablar. Me llevaba bastantes años, casi veinte. Español como mi padre, era, pero en vez de aldeano de Castilla, catalán ilustrado, nacido de padres republicanos en la euforia de la República. Cuando perdieron la guerra a sus cinco años, cruzó los Pirineos en un grupo de niños y tres maestras, una de ellas su madre, separados en la aduana francesa. Los niños cayeron en un refugio infantil. Los fumigaron con mangueras y Emilio casi se muere de fiebre intestinal. Con los nazis pisando París y meses antes de que lo fusilaran, un diputado comunista visitó el refugio y la hermana de doce años le dijo al diputado “mis padres son comunistas y no sé dónde están”. El diputado los llevó a su casa, encontró a los padres en las listas de prisioneros que circulaban entre los confinamientos de españoles en Francia y pudo reunirlos. Sin tiempo de esperar visa para México, donde ya habían ido muchos, les dijeron que Rafael Leónidas Trujillo, amo de la República Dominicana, acogía europeos para blanquear la raza de su isla mulata. Ubicaron la isla en el mapa, festejaron la reunión viendo una película de Buster Keaton y subieron al barco. En Dominicana vio Emilio al tirano vestido de blanco, bailando un merengue que le cantaba Mi general llegó, mi general llegó, Dio me lo bendiga, Trujillo en la Tierra y en el cielo Dio, chorreando los polvos de arroz que le

blanqueaban la cara. En Dominicana vio al profesor de etimologías grecolatinas que fue su padre, vuelto administrador de una plantación de bananos, morir por un paludismo que pudieron haber curado los antibióticos recién descubiertos, usados en la guerra, no en el Caribe. A mediados de los años cuarenta y a los trece suyos llegó al México cardenista y se sintió en Europa. Era todavía la región más transparente del aire. Encontró cine y bibliotecas, emigración española organizada y hasta una embajada republicana que emitía pasaportes sólo válidos en la URSS, que portaron con orgullo. Creció militando para volver a España y alentando la pasión culpable del cine de Hollywood, del western y las comedias de la Warner Bros, donde los ganan buenos. En los años sesenta y pasados sus treinta renunció a martillar las mesas con el dedo diciendo este año cae Franco y adhirió al psicoanálisis. Se echó al cuello un paliacate rojo como el del Indio Fernández, se dejó crecer el bigote “de aguacero”, que baja a los lados de la boca, y le entró a la movida de la Zona Rosa. Compartió la euforia cosmopolita que sacudió en esos años el panteón del arte revolucionario, ya enmohecido. Marxismo y psicoanálisis, Nouvelle Vague y Cahiers du Cinéma, saco de pana y zapatos de ante acordonados, no borceguíes de guerrillero ni mocasines escotados como escaquin de torero, que llegué a verle a más de un licenciado engalanado. No es que fuera un figurín de moda, nada de eso. Los zapatos se veían muy usados y no tenía más que dos sacos, dos pantalones y cuatro camisas, pero el aire europeo me hizo sentir en casa, se veía casi como argentino. Conocía y más que yo el duro pan del destierro. Conocía Buenos Aires y todo el cine argentino y las letras de tango, todas también. No había que descifrar qué quería decir. Hablaba directo y muy bien, más que bien, hablaba y me esclarecía, me hacía reír a cada frase y no sólo a mí, a quien lo oía y al público en la televisión cuando hablaba de cine. Era el erudito de cine de México.

Al otro día de conocerlo entré a su departamento de recién separado y al siguiente salí de su mano a conocer otro México. Asimilé mi exilio al suyo, más aclimatado. Conocí gente como nunca antes, de a ratos demasiada. Las casas donde iba y las cortesías que recibía me enmudecían, me sorprendían. Yo no sabía socializar sin hablar de mí, no sabía socializar entre muchos en público. Había tratado a la gente de a una o en grupos mínimos. Mis conversaciones eran confidencias de tête à tête. Ahora oía hablar de los más diversos asuntos con gracia y con cierta distancia,. No se hablaba de sentimientos particulares si no era en parodia. Parodiaban mucho. Mi experiencia de lo público, las manifestaciones políticas masivas, no eran modelo para socializar con tanta gente famosa o en vías de serlo que escribía libros, filmaba películas y pintaba cuadros, varios de ellos encarnaciones de nombres antes leídos en el cine y en las revistas, conocidos en sus libros y estudiados en las aulas. En las sobremesas que me ilustraban como posgrados asistía a los diálogos maestros sin abrir la boca, por timidez y por ver que las señoras del sindicato de las esposas, mayores que yo y pilares de sus cónyuges, los dejaban hablar cuando se inspiraban. Hablaban entre ellas. A mí me interrogaban sin que me diera cuenta, con modos que no parecían de interrogatorio. A veces me pasaban alguna receta. Todas cocinaban con arte en casas llenas de arte organizadas con artes que yo ni sabía que existían. Casi todos

eran de izquierda, y más de uno venía o iba y venía de las guerrillas continentales, entonces muy en auge, pero a mí me parecían como de la realeza, por lo especiales que se sabían. Eran una izquierda sofisticada y pudiente que debía existir también en Argentina, pero yo no había llegado a verla. De los hijos de Emilio, que tenía tres, una iba a transformar la lectura de Hegel, otro filmaba un thriller policial y la menor leía a Proust en francés. No podía yo lucir ni compartir saberes así. No había andado por todo el mundo, no hablaba más que en español, no había leído todo lo que leían ellos ni había visto todo el cine habido y por haber. Me apliqué a escuchar y aprender a cocinar, aunque sin maestría. A veces intentaba una receta de libro y seguía con la de la otra página, por los nervios.

En casa y en la intimidad sí fui escuchada y hasta aplaudida, aunque mi marido corregía los datos de mis alocuciones y me discutía interpretaciones. En un cuaderno de notas de retiro espiritual del colegio Jesús Sacramentado había anotado que el matrimonio era una institución con finalidad cultural. Dicho y hecho. Se me había cumplido.

Cuando reuníamos a grupos amplios, invitaba yo a los argentinos que más conocía, pero a ellos los impacientaba la diplomacia coloquial que yo sí trataba de asimilar, que pondera afinidades y reconoce divergencias, y se permite vehemencias, pero elude asperezas mayores. No se sentían cómodos, los compañeros, si no se hablaba de lo suyo, que era volver, y para eso había que vivir entre sociabilidades y afectos argentinos, vivir en el gueto. Un partido del mundial de fútbol España 82 vinieron a verlo a casa unos cuantos y me sonó sobreactuado tanto griterío, tan violento. Antes de volver ellos a Argentina ocurrió la guerra de Malvinas y no compartí el el ataque de exaltación patriótica por esa aventura suicida que echó a pelear en zapatillas en el polo a muchachos que ni sabían dónde estaban. Igual seguí hablando con dos o tres, con los más cercanos. Con los Casullo hasta el final de su exilio, con mi amiga Mónica.

Al año de ese otro México, todavía nerviosa y pellizcándome a veces por si no era cierto semejante cambio de escenario, se derrumbó el optimismo. Al tercero de tres días que vino a pasar con nosotros, el hijo de mi reciente marido defenestró sus veintiún años por la ventana del quinto piso del edificio donde vivíamos. Se partió la cabeza. A mí me tocó llamar a la ambulancia, viajar en ella abrazando al padre por delante y tapando al muchacho herido a mi espalda, diciendo va a estar bien, y dos horas después decirles a ese mismo padre y a otros congregados en el hospital que Jordi había muerto. Siguió la devastación.

El marido que me instruía divirtiéndome y me divertía instruyéndome se hundió en la orfandad sin nombre. Lo vi envejecer diez años en uno y lo llevé de la mano al cruzar la calle. Las hijas eruditas pasaron temporada de psiquiátricos. Fui conociendo, en partes y atando cabos, la suma de desarraigos que habían confluído en el chico que desquició, matándose, mi mundo recién estrenado. Hecha a actuar de hermana menor, tuve que ejercer una autoridad que no me conocía. Me animé a decir a los que habían perdido el rumbo a mi alrededor esto es el piso y esto es el techo y acá mando yo. Fui lo que creí que hacía falta. Todavía no tenía treinta años y dejé de ser joven.

Para restablecer el universo súbitamente aniquilado, ya irrenunciable, para recuperar al marido en el padre destruido, le consagré toda mi admiración, ahora como programa terapéutico, y lo hice padre de una niña que llamé Amanda, la digna de ser amada. Convertí la casa en un club de cuates abierto a toda hora. El amigo gay que me tuvo paciencia y fue mi protector, mayor de edad, como casi todo mi entorno de entonces, me hizo reír de mí, me fue revelando sutilezas del humor local y me acompañó a hacer jardín al fondo de una casita de Coyoacán. Fui más de México cuando metí las manos en la tierra –no tocaba tierra desde Bolívar – y ya no cultivé más fetiches de argentinidad que alguna misa tanguera de tarde en tarde.

Que si tenía proyecto, me preguntó una argentina. Quería decir proyecto intelectual, académico profesional, todo eso. En nombre del pasaporte había compatriotas que exigían rendición de cuentas aunque nos acabaran de presentar, aunque habláramos esa vez y nunca más. Antes no me había llamado la atención esa manera de reclamar. Yo proyecto tenía, quería escribir novelas, pero más quería tener familia y para eso había que atender a los que se arrimaban al fuego por mí encendido en torno al hombre y la niña. Mi expansión fue doméstica. Tenía que haber casa acogedora y me apliqué a hacer casa. Para eso necesitaba ayuda y tuve que aprender a ser patrona de otra mujer que me ayudara. A ratos sentía nostalgia de la joven galana que veía mirando hacia atrás, reciente y lejana. De tanto callar, había empezado a engordar, poco todavía. Igual dudaba de estar donde debía estar.

Ocho años después de emigrar, cuando ya habían vuelto los demás, casi todos, volví a la Argentina y no me sentí abrazada. A las casas de Bolívar, que no había visto en diez años, podía reconocerles hasta las manchas de humedad en las paredes, pero no vi dando vueltas por la avenida a nadie de cuando yo daba esa vuelta todas las tardes. Fui en familia y tuve que ser traductora, llevé una niña que aprendía a caminar. Procuré que las tías olvidadas no agobiaran al hombre culto con relatos de cirugías abdominales que usaban como tema de conversación seria, para no soltar chismes. Tuve dos encuentros de amigas. La que había compartido estudios y departamento en Buenos Aires me dijo, al salir a tomar un café y con la mano en el picaporte, como quien hace un favor, que mejor me sacara un echarpe que me había puesto, celeste, porque no era color de temporada, entendí, aunque no lo dijo. No la recordaba esclava de las modas, pero eso dijo y oí en su voz al país. La amiga cheta que me escribía seguido y había venido de turista a México, que me había visto en México, organizó un té con tres o cuatro más del profesorado, docentes en ejercicio pasadas como yo por los grupos de estudio de la China Ludmer. De éstas no había sabido nada ni ellas de mí. Por qué te fuiste. Cómo que por qué. Me tuve que ir o no estaría acá, me salvé de milagro y no una sola vez. Ustedes qué pensaban de que yo hubiera desaparecido. Vos, que sabías, ¿no les dijiste nada? No hablábamos de nadie que dejábamos de ver. Era algo tácito. Podíamos pensar te habías puesto de novia con alguien de afuera y te fuiste por eso, pero mejor no comentar nada. No había que decirlo, se sentía, así vivimos. ¿Y cómo daban clases de literatura? ¿Qué leían en clase? Desapareció Neruda, desapareció Cortázar, desapareció el boom latinoamericano, desapareció media literatura argentina. Buscábamos reemplazos. ¿Habría desaparecido

también Rulfo, mi pièce de résistance para deconstruir la oración simple? ¿Las subordinadas sustantivas de Borges se habrían salvado de la censura? Es ahora cuando volvimos a hablar, dijeron. Ahora con vos estamos empezando a hablar de lo que pasó. La lista de lo que no se podía leer en los colegios tampoco la comentábamos, aunque nos veíamos. Había que seguir y había mucho miedo. No hablábamos del miedo.

Regresé a México deseando sentirme en casa y así fue las demás veces que pude ir a la Argentina, no muchas y todas apuradas. Siempre quería ir. Era a donde se me iba la imaginación, pero cuando iba me sentía afuera, no era nadie allá. Al volver me solté a hablar de tú y a comer tortillas de maíz en casa, no en taquerías ocasionales. Cambiar el trigo por el maíz, cambiar el pan, que es mucho cambiar, empezó a suceder después del primer viaje de retorno. Y dejar el voseo y la conjugación voseante para hablar de tú.

Del habla argentina fui cambiando palabras y entonaciones. La sintaxis, la matriz del habla siguió rioplatense, creo, pero esos cambios no había quién los notara cuando iban ocurriendo, un día uno y otro día otro. Viví sin testigos de la vida anterior. Cuando nadie te conoce podés contar cualquier cosa. Pude haber inventado historias, pero fui aprendiendo a guardar lo que quedaba atrás, a practicar autocontrol para escuchar y entender lo que oía. Fue mucho para mí, que era extrovertida, aunque siguió siendo poco para los mexicanos que me oían las veces que me soltaba. Los mexicanos siempre te dicen algo halagador. Si no pueden, callan y tienes que interpretar un silencio que no es fácil de oír porque desvían la conversación. Si no les devolvés un halago a ellos, te lo hacen decir, preguntan si no es lindo el peinado, el adorno, el negocio, el libro, la peli, hasta que decís que sí, que claro que sí. A los argentinos lo que más les gusta es decir que no, impugnar, lo que ahora llaman interpelar y antes cuestionar. Yo también hablaba poniendo siempre algún pero, por no ser complaciente. El pero como pudor de no andar soltando acuerdos así nomás y a cada paso, peronismo del lenguaje. A mis peros me los hicieron ver más de una vez. Que quién me autorizaba a confiar en mis impresiones o mis opiniones tanto como para asestarlas como verdades, decía mi marido cuando me poseían accesos de la franqueza que había creído virtud y aprendí que era brutal. En los debates matrimoniales me objetaba el lenguaje racionalizador, como tirando a teórico por las muchas palabras terminadas en ismos y en ción, la jerga de las ciencias sociales, la jerga del psicoanálisis, la interpretación rápida, cuando no automática. Mi habla le parecía escudo, armadura. Me activé una alerta para sujetar la ética del disenso que me hacía señalar por reflejo automático lo que me parecía defectuoso, erróneo o distinto, un sentirme en derecho y casi en deber de manifestar inmediatamente los desagradados y callar los agradados por falta de costumbre, por no ser cursi.

Perdida la confianza en mi palabra, leí, leí mucho. Cuando empecé a leer periódicos de México no entendía nada, no digo los argumentos, ni siquiera entendía de qué hablaban. Todo era mensaje en clave de “te digo Juan para que entiendas Pedro”, pero justo en ese tiempo empezó a despuntar un periodismo de habla más directa, donde escribía mi marido, y me apliqué a leerlo. Leí la historia de

México. Leí a México más allá de Rulfo y de Fuentes. Leí las novelas que de estudiante supe nombrar pero no pude comprar y todas las que me iba encontrando en el caldo de lectores en que vivía. Leí por deber de emigrada y además me dejé ir por gusto de libro en libro. Navegué tres años *À la recherche du temps perdu*. En un cuaderno enorme de actas contables en tamaño oficio, con tapas de cuerina negra y las esquinas rojas, copiaba los enormes párrafos de Proust para hacer mía esa sintaxis que se desparramaba y volvía a concentrarse en oraciones de media página, y por el gusto de la caligrafía. Pensaba un relato polifónico de abuelas y tías entrecruzando sus chismes en mi ADN, pero sólo escribí cartas, muchísimas cartas. Me invitaron a varios trabajos afuera de casa –algunos que ahora veo muy interesantes, puertas hacia el mayor desarrollo profesional y económico que eludí– pero yo quería estar en casa. Me hacía sentir fuerte ser dueña de casa y reforzar al hombre que tanto admiraba y trabajaba en casa. Quise ser para mi hija madre y abuela, tía y madrina, prima, la familia entera que no teníamos. Quise que no resintiera la orfandad de sus padres y sus padres nos sentimos menos huérfanos viéndola crecer, jugando con ella, reiniciando la existencia con ella y para ella.

El lenguaje mexicano cifrado y sesgado, el humor sutil y los giros arcaicos me fueron prendiendo de a poco. Tardé en reconocer la exuberante profusión de frases y modismos y las ocasiones precisas de usar esa vasta retórica del habla coloquial. Con el tiempo me fue saliendo alguna expresión local sin pensar. Como quien vive en Buenos Aires y adopta el habla porteña, como los chinos argentinos de ahora, que las tres palabras que dicen en español son porteñasas, aunque suenan raras en boca de ellos. El hijo del emigrante no quiere hablar chino ni quiere hablar turco, quiere y necesita ser de donde está. Yo suavicé la entonación argentina como antes le había sujetado el dejo chacarero para ser de Buenos Aires.

Forjar mi argemnex era, más que ampliar el vocabulario, aceptar la incertidumbre de un lenguaje que elude las definiciones, que responde no pos sí o no posí o pos quién sabe. Para vivir sin certezas o sin lo que los argentinos creen certezas, sin declaraciones tajantes, había que cambiar la manera de ver el mundo. Adoptar la melodía mexicana y aprender a elogiar y esperar.

Hablando con argentinos notaba que se me había diluido la entonación porteña. El habla argentina en desuso se me escapó a Bolívar y volví a subir el tono al final, como para hacerse oír de lejos, como para que el viento se lleve las eses de los finales, pero México me fue sembrando sus eses de y se me arraigaron.

Las cartas las escribía primero en argentino. Después empecé a poner mexicanismos entre paréntesis y después sin paréntesis. Temía que la mezcla que sonara falsa en alguna de las dos hablas, o sonara como latinoamericano promedio, como de doblaje puertorriqueño. Tenía que salirme de adentro y para eso había que asimilarlo.

Al que no vive lejos de donde aprendió a hablar se le hará raro que alguien adopte un acento ajeno dentro del mismo idioma –en otro idioma se procura, hasta donde se , adoptarlo con su entonación pero dentro de la misma lengua hay cierta defensa del acento, lo más íntimo del habla–,

pero sucede, aunque no de un día para el otro. Va ocurriendo de a poco y según con quien se habla. Al encontrar amigos en el lugar y el habla de adopción, la empatía va cocinando en cada conversación una convergencia fonética que por momentos llega a mimetizar la pronunciación. Por la amistad, las lenguas entran en contacto en una experiencia amorosa que mezcla lo propio y lo ajeno.

Seguí escribiendo cartas y no con bolígrafo, con pluma caligráfica de punta chata, como para la letra gótica de los títulos en los cuadernos Éxito de la escuela primaria. Tenía buena letra y me quedaban bien, lo disfrutaba. Me encargaron rotular invitaciones de boda, alguna vez. La caligrafía Sacré Cœur no me llegó con las primeras letras, pero asimilé ese delicado método de dibujar la escritura de todas las letras sin levantar la pluma, tildes incluidas, con formas verticales y con piso, que van creando línea. Nada que ver con las redondeces inconexas, infantiloides de la letra Palmer. Gran gozo esas cartas, obras de arte, o de artesanía, por lo menos.

Después llegó el email y transformó el epistolario. Lo aceleró. Dejó afuera a los corresponsales desavenidos con la instantaneidad, que no era todavía de whatsapp ni skype, pero podía ir y venir en el día, en silencio, sin levantar polvareda y en forma cuidada. A mí me vino muy bien. Me podían salir cuarenta y ocho hojas de un tirón, en adjuntos de word. Todo un género el epistolario privado. Mis cartas tenían destinatario definido imaginario. Destinataria, para ser precisa. Inflé a esas destinatarias. A mis hermanas, antes perseguidoras, les dije lo que quería decirles de la enemistad que nos había marcado. Me esmeré, pensé lo que decía, cuidé las palabras, pero igual dije de más, entendí en los viajes, cuando la presencia directa retrajo el intercambio a donde había quedado, al trato oral hiriente y crispado. Mis cartas buscaban empatía mental, emociones compartidas, toques telepáticos. También le escribía a la amiga cheta y a algunas otras, con menos frecuencia. Mientras vivió, le escribí mucho a Juan Russell, mi amigo hermano de San Antonio de Areco, que se fue a Madrid a comprar y vender áticos destartalados que remodelaba en el barrio de Lavapiés, cuatro décadas antes de su gentrificación, para acceder a la medicina española del sida. Y le escribí a mi madre, explicándome y resumiéndole mis vaivenes. Me recibió mejor desde lejos y me hizo algunas visitas a México, algo tensas, pero con la mejor intención.

En eso abordamos otro avión de mudanza a Guadalajara, dentro de México. Al hombre de mis cuidados le ofrecieron fundar un centro de investigación con su primer círculo de adeptos y también conmigo. Él no se creía capaz de imponerse más desarraigado pero yo dije que sí. Habíamos pasado por tres casas juntos y cada uno traía en su historial otros veinte domicilios. Qué le iba hacer una casa más al tigre. Era como irse a Córdoba. Esa fue una mudanza animada, en lo que cabe, con expectativas.

En Guadalajara volvió a sorprenderme un México distinto.. Los defeños, chilangos, eran liberales, en la acepción más antigua del término, referida a las costumbres, Los autodenominados tapatíos, en cambio, en su ciudad amable, soleada y sin fríos ni vientos, eran de derecha. Hasta los más sonados artistas y pensadores, la vanguardia artística era de derecha. Sentían enorme orgullo local y

desconfiaban de todo inmigrante, aunque fuera nacional, aunque no pocos estaban ya subterráneamente trenzados con el narco, que salvaba las declaraciones de impuestos de empresas familiares en desgracia. La familia no se les caía de la boca, todo era cosa de tías y tíos, primos y abuelitos, padrinos y sobrinos, y por supuesto, comadres y compadres. Presumían discretamente de criollos, de guapos, de menos indios. Eran y siguen siendo la diócesis con más católicos del continente, visitada dos veces por el Papa. Iglesias llenas como nunca antes vi ni veré en otras latitudes, a las que llaman templos para distinguir gente y edificios, memoria reciente de una Guerra Cristera con muertos de bandos opuestos en cada familia, treinta y siete cristeros canonizados por Karol Wojtila como santos mártires, con estampita en cada taxi y en cada tiendita de conveniencia, o sea en cada almacén. En el trato, mucha risa y mucha sonrisa en reuniones sociales al aire libre. ¡Y los eufemismos! Eufemismos hay en todas partes y en todas las lenguas, pero acá esos entredichos, que gritan lo que omiten, tocan la pornografía, te llevan el pensamiento a lo que se había hecho invisible. Les decían, les dicen, blanquillos a los huevos, por no mencionar los testículos masculinos ni en su metáfora más difundida. Asociaban, asocian la función excretora a las figuras del 1 y del 2, aquí sí literales, por semejanza con el chorro vertical de la orina y la sinuosidad de las heces. Te dicen voy a hacer del uno o voy a hacer del dos. Hay que ser muy rebuscado para decir eso. Fui ayer, te lo prometo, te dicen también, y les dices cómo me vas a prometer el pasado, dirás te aseguro o te juro; ah no, eso no, porque jurar es pecado. Otra vez aprender a hablar. Ya sabía que cuando dicen sabes qué, aunque sea con sonrisa, lo que sigue es un parate, un ya basta, y que si les dices qué linda pulsera dicen muy a la orden, como si te la quisieran prestar, pero es sólo un decir. En Guadalajara aprendí más: si te dicen ay cómo eres, con sonrisa y voz de puntos suspensivos, lo que sigue es un insulto tácito: cómo eres majadera, hija de la chingada.

De oficio, me hice editora. Mi gramática y mi cultivado estilo, mi aplicación al detalle, los consagré a los libros de los demás. Cuidé muchos, un centenar, quizá. Salvé algunos ilegibles y ayudé a los premios de algunos otros. Quedaron a mi cargo, para purgar descuidos de estudiante, las referencias bibliográficas que tanto me habían repugnado. Descansaba de la edición leyendo novelas. Recibí de regalo el cine y vi en buena compañía todo el cine habido y por haber hasta la revolución digital, en los albores de esta revolución, en el cine de cable y en cassettes beta y vhs, más que en las salas públicas.

Conocí algo de mundo viajando a festivales de cine como jurado consorte, entre las estrellas de la farándula internacional. Comí exquisiteces y recibí exquisitos regalos. Recorrí tiendas para mí inaccesibles en las callecitas de Cannes, temiendo preguntar precios en francés vacilante a los altivos vendedores y a los altivos transeúntes que no me concedían ni una mirada de reojo, aunque un rato después, esos mismos altivos franceses, con la nariz pegada al vidrio de la limusina de atravesar La Croisette, me devoraban con los ojos como si fuera yo Lady Di o Mademoiselle Moreau, la mítica Jeanne Moreau que presidía el jurado y me piropeaba con insistencia todas las noches, igual que el guionista de *Atracción fatal*. Eso me halagaba. Lo que puedo saber de la fama, aunque no fuera mía ni

fuera enorme, lo supe en esos años, cuando los notables de donde vivíamos nos agasajaban y los actos culturales comenzaban cuando llegábamos.

La familia como forma de felicidad, doy fe de haberla conocido en Guadalajara. También su hastío, pero mi despareja alianza fue capaz de sortear los comunes casos de divergencias matrimoniales y salvar abismos con buena conversación, no siempre fácil, no siempre inmediata, siempre reestructuradora.

Mi hombre era el que escribía libros sin parar y a veces encantaba auditorios, el que al tercer tequila animaba las fiestas, el que jugaba con la niña amada, el que me escuchaba como nadie y era también el que sufría lo que no puede decirse y fumaba y fumaba hasta que se enfermó. Llegó la enfermedad y volví a sentir la compasión que anula el temor a fundirse con el sufrimiento de otro. Por las neuronas espejo, dicen ahora que ocurre eso. Le infundí mi energía durante ocho años más. Fui su cuidadora y su tanatóloga. Supe que se necesita tanta ayuda para dejar esta vida como para entrar en ella. Di esa ayuda hasta que enviudé.

Ya me había dicho mi madre, aunque no era sabia, que los hombres duran poco. La mujer se dobla pero no se rompe, el hombre, cuando se rompe, se rompe, dice otro lugar común que me pareció comprobar, aunque no faltan casos de lo contrario.

Al enviudar la sociedad local dejó de invitarme a las cenas matrimoniales y a reservarme la primera fila de los eventos que se anuncian en la prensa. No fue porque yo fuera indeseable o les cayera mal, creo, sino que en la vida social de parejas, y quien no tiene pareja, desentona.

La niña adorada vio llegada su hora de levantar vuelo.

En las horas libres de las ediciones, me dediqué al jardín y aprendí a meditar.

II. 14. DEJAR GUADALAJARA

A los varios años de viudez ocupada en ediciones a distancia en mi oficina doméstica con jardín y meditación, y cada vez menos trato con el exterior, oí que la universidad donde trabajo ofrecía un programa de superación académica donde podía caber yo, que no era académica y estaba en edad casi jubilatoria. Libros académicos había editado muchos, casi cien, en treinta años de oficio, sin entrar en la academia por falta de diplomas. Oportunidad de posgrados y empleos posgraduados no me faltaron, pero lo mío había sido acompañar la maratón editorial de mi marido y hacer familia en torno a una niña. Cuando el hombre pasó al otro mundo y la hija quiso irse a donde fuera que quedara lejos, no supe qué hacer. Había perdido el pulso del afuera. La amiga que me llamaba todos los días y también se iba, porque se había divorciado, me animó a solicitar el apoyo a los posgrados sin límite de edad

Faltaba un mes para la convocatoria de becas de la Universidad de Guadalajara. Tenía que convencerme rápido. ¿Maestría de tercera edad? ¿Dónde? Y dónde va a ser, en Buenos Aires. ¿Yo la UBA, a esta edad?

Del Sagrado Corazón me quise ir enseguida, pero cómo cambiarme si no les reconocían ni una materia a los profesorados y se trataba de acabar pronto, no de tardar más. ¿Por qué me hubiera cambiado, de haber podido? Porque nos llevaron a verlo a Borges cuando dirigía la Biblioteca de la calle México, le hicimos cerco al escritorio, le oímos murmurar el nombre anterior de la Avenida La Plata, donde estudiábamos, con alguna anécdota relacionada, pero leerlo, no lo leímos. Algún poema, algún cuento y pare de contar. En el profesorado les encontré gusto a Garcilaso, a Quevedo, y eso hasta hoy. A Machado y a Pedro Salinas los leí mucho. Pero Rayuela y Cien años de soledad, la novedad de esos años, leídas fuera de las clases me trastornaron el sentir y el oído lector. Por eso me hubiera ido del profesorado, por ir a donde se hablaba de esas novelas. La gramática y el latín me exaltaban tanto o más que las novelas, pero sabía que había más por saber. No llegar a la UBA hacía medio siglo había sido la carencia intelectual y curricular que no superé. Fui a googlear y vi que ya recibía la UBA alumnos, o más bien alumnas, porque éramos mayoría de mujeres, de profesorados como había sido yo. Gran novedad.

Dónde está la China para que me oriente, pensé enseguida. En los últimos años en Buenos Aires, además de integrar un grupo militante, me había integrado a los grupos de estudio que después llamaron universidad de las catacumbas. En la mesa redonda del comedor de Josefina, la China Ludmer, vuelta mesa iniciática por una cubierta de paño color violeta, leí, oí por fin el pensamiento del siglo que transcurríamos. Josefina me dio los dos teléfonos que traje a México y me recomendó antihisteria por carta. Me visitó en Coyoacán y fuimos a Taxco con ella y Piglia. Vino a Guadalajara de jurado de un premio y la llevé a conocer el Hombre de Fuego de José Clemente Orozco en la Cúpula del Hospicio Cabañas. Pero le perdí la pista antes del email. El correo de Yale, a donde había emigrado ella, que me apareció en Google, no respondió. Me la encontró una amiga en la guía telefónica en Buenos Aires y en cuanto me oyó dijo qué vas a ir a hacer a Filosofía y Letras, ¿lo mismo de hace cuarenta años? Eso ya fue. Lo que pasa ahora en la UBA, pasa en la FSOC. Yo estoy ahí. Ahí tenés que ir. Actualicé mis contactos argenmex y fui aceptada en la UBA en una semana. Generosamente, porque estaba fuera de fecha.

Siguió el vértigo de liquidación. Antes de tener el permiso formal para irme, me jugué a obtenerlo y tiré la casa por la ventana. Vací en el garaje y en el patio del fondo mi nutrida parafernalia de treinta y cuatro años de querer fundar, enraizar, rellenar roperos y alacenas. Me ofrecí en bazar. Si no, cómo. Quién me iba a guardar un caserón si no tenía parientes. Había que quemar la nave erigida con mis propias manos.

Desempolvar, revisar, elegir lo que va a ser útil para lo que sigue, sin saber qué sigue. Editar el espacio inmediato para poder soltar de ahí cuerpo y mente, espíritu y pertenencias. Abrir cajones llenos de objetos que han perdido su razón de ser puede ser experiencia radical de la devastación. Vaciar

clósets que contienen pasado y secretos. Desechar llaves que no encajan en las cerraduras, papeles con números de teléfonos obsoletos, barajas incompletas, monedas fuera de circulación, el diente envuelto en gasa de un hombre que idolatré de joven. Escrutinio de recuerdos y objetos sagrados, debate entre varias capas del yo embalsamadas.

Ir poniendo el precio de liquidación de lo máspreciado con etiquetas de pequeños círculos naranja neón y seguir buscando papel por papel el título de profesora para inscribirme en la UBA. No creí volver a necesitarlo y no lo encontraba. Repasar las cajas de álbumes de fotos, esa otra biografía, ordenadas junto a la televisión de mi marido enfermo, que desbarató por mi hija cuando se fue y se llevó lo que quiso.

Releer, tener en mis manos los boletines de escuela primaria en Bolívar firmados por mamá y papá y los programas de exámenes de piano en libros de cartulina con orlas de colores de mi autoría. Una receta del doctor Gasparri que atendió a mi padre en 1961. El álbum del Centenario de Bolívar donde sale mi abuelo materno. Lo que venía trayendo cuando iba y venía y me iba a llevar de vuelta y tal vez volver a traer después.

¿Qué es lo sagrado? Lo sagrado es lo que se guarda. ¿Por qué tanto culto a esa nada? ¿Por tener historia, como tantos que se reconocen en bisabuelos y tatarabuelos y en un territorio? ¿Por decirles a mis nietos algo de su origen, de lo poco que sabemos que no conocemos ancestros, los trasplantados?

Los papeles de mi difunto que me dolía tocar se confundían más cada vez que los movía. Documentos salvados de la guerra de España, programas de ejercicios físicos y teatrales manuscritos en un campo de refugiados de Francia, folletos de cursos y conferencias, algunos premios, pasaportes, el reloj y los lentes, los dientes postizos y la urna de las cenizas, que ya no las contenía pero mi hija dijo que había que guardar para mí. Decidí llevarla por si me tocaba morir allá. Bolsas y bolsas tamaño jumbo de papeles para tirar llené revisando pasados tapada de polvo. Y el título sin aparecer. Fotocopia reducida sí, eso sí, quizá con eso alcance.

Quince días después todavía quedaban bastantes restos del bazar a la intemperie y llovió en enero, lo que nunca en Guadalajara. Se mojaron mis galas pasadas, colgadas en el garaje sin techo. Algo volví a meter adentro por no verlo ahí. Cuando pasó el receso decembrino y llegaron a llevarse los muebles, que dejé para entregar al final a sus compradores, llegó un trabajo de última hora de la universidad y empezó la cuenta regresiva de la operación retorno.

II. 15. VOLVER A BUENOS AIRES

En 2010 volví a Buenos Aires. Iba por motivo académico y con expectativa de retorno definitivo. No iba como en 1968 a estudiar un profesorado en el Sagrado Corazón. Ahora iba a cursar una maestría en la UBA y no era una adolescente de diecisiete. Había pasado el sexto piso de los años. Iba con la idea latente de que, si veía señales favorables, pasaba por México a jubilarme para enseguida volver del todo.

Los trámites de este operativo los conocieron dos mujeres de trato diario en Guadalajara y no más, por lo incierto de la gestión, que estuvo en duda hasta días antes de viajar. A otras dos de Buenos Aires les comenté sin dar fechas. A las remanentes de mi familia biológica no les avisé. Para afrontar ese gineceo necesitaba reunir más valor. Algunos emigrados cuentan el alegrón de volver al calor del asado en familia y entre amigos. Yo sin clan, y para imponerme, como dicen en México, del ciclo que iniciaba, preferí caminar Buenos Aires hasta agarrarle el ritmo a la calle donde todos caminan tan rápido. Las ciudades mexicanas no se caminan, se atraviesan en coche. No veo coetáneos míos en calles de México. Los que se pueden ver caminando son los más pobres y no les sé calcular la edad; tengan los años que tengan, no son referentes generacionales. En Buenos Aires sí reconozco a los de mi tiempo, lookeados de argentino intemporal. Los varones con el sempiterno pantalón gris y el saco azul, o gris claro ahora, por el calor, de buen corte, y los mocasines de respunteado a la vista que no se usan en México. Las mujeres con ropa clara ajustada y la piel bronceada de fin de verano –muchas color zanahoria, pasadas de autobronceador–, siguen fieles a la melena rubio cenizo, aunque hay más pelirrojas que antes. Look Barrio Norte, que es por donde ando. Los viejos siguen combinados pero los jóvenes andan en camiseta y bermudas, despeinados a propósito, con rulos sobre la cara o pelo cortado a lo mohicano, parte rapado y parte en copete, los de pelo duro. Descontracturados, se dice. Igual por donde ando siguen cruzando jóvenes ejecutivos con pinta de modelos italianos, la pinta argentina de exportación. Veo y me dejo ver por los que miran directo a los ojos, con vistazo rápido y certero. Por venir de donde las miradas se esquivan en la calle me impacta la exploración visual indisimulada, el barrido automático que calibra en un solo vistazo de arriba abajo si soy local o turista, dónde compré lo que llevo puesto y dónde me corté el pelo. Vuelvo a ver a los que me llamaban la atención desde antes, los que van hablando solos en voz alta, gesticulando con sus fantasmas. Son muchos. Hasta yo me sorprendí antes más de una vez hablando sola en la calle y hasta que la mirada de alguien me detuvo. En México ya no me volvió a pasar, por no caminar cuerdas y cuerdas. Para que ocurra, para creerte que vas con tus fantasmas y decirles lo que traes con ellos hay que agarrar carrera y prescindir del entorno. No todos los que hablan solos son indigentes y no todos han de estar locos, pero cuántos desmesurados caminan esta ciudad. Indigentes, que antes no veía por donde ando, o no más de uno que otro afuera de alguna iglesia, ahora hay muchos. Cada cuatro o cinco cuerdas hay uno aquerenciado a tal o cual puerta. Pasando seguido ves dónde se sienta de día y se acuesta de noche. Y veo una vez más la belleza que me

deja con la boca abierta, la occidental, mi ideal primero, aunque haya aprendido a apreciar después otras bellezas.

Viendo y oyendo, oliendo Buenos Aires, sintiendo ese vértigo, se va diluyendo la visión de mi muebles saliendo de mi casa en Guadalajara los últimos días después del bazar o “feria americana”, dicho en argentino, que es argot antiyanqui con excepciones. Quisiera, como Marcel Proust, pisar las baldosas flojas que disparan la memoria de cada esquina por donde pasaba antes. Quiero convencerme de que vengo por más de un mes. No quise llamar a nadie hasta acabar de creérmelo, hasta saber quién de todas las que soy quiere llamar a quiénes. Busco saber quién soy en los ojos de los que pasan y en los espejos de las vidrieras.

Llegué a la casa de mi amiga cheta en el corazón de Recoleta. Ya no hablábamos seguido pero nunca dejó de esperarme, decía. A mí o a alguno de mis fantasmas, digo yo ahora. Supo que iba y ofreció su casa de primer alojamiento. Más de treinta años de cartas y en cada viaje actualizaciones en los cafés. Antes, maratones de estudiar exámenes en su casa, descifrando versos de Verlaine y Rimbaud y enterándome yo de la mesa de muchos cubiertos que se posan al borde del plato así o asá, y de la campanilla de llamar a la uniformada que sirve de un lado y retira del otro. La amiga cheta me contaba usos y costumbres de la aristocracia entretejiendo historias de compañeras de clase con nombres de calles. Yo le explicaba nociones de conciencia social en construcción con diálogos como de por qué los pobres tienen tanta panza, porque comen lo más barato, harinas, las dietas balanceadas son caras. Conocí a su novio y asistí a su boda, viajó con él a México cuando conocí a mi marido y tuvimos un encuentro de cuatro, pero lo nuestro era más conversar a solas y escribirnos cartas más que alternar con terceros, aunque fueran maridos. Cuando me fui asentando en México y busqué a los que hablaban conmigo en Buenos Aires, no los encontré, habían quedado obsoletos los domicilios anotados en mi libreta, pero ella seguía en el mismo lugar que yo sabía de memoria y repitió cada sobre de correo.

En tiempos más recientes la revolución informática había desplazado el epistolario a mano. El email hizo pasar a retiro los despliegues de caligrafía Sacre Cœur en papel aéreo, láminas de escritura picuda y pareja con márgenes amplios, aseados, marialuisas perfectas del rectángulo manuscrito que todavía guarda alguna de las cajas que van y vienen conmigo de mudanza en mudanza. El efecto hipnótico de ese dibujo se imponía a lo que decía la carta. La letra de ella era admirable y la mía la había imitado; después había encontrado su carácter sin dejar esa herencia y hasta fue solicitada para rotular invitaciones de eventos sociales. En el email, en los adjuntos de Word que dejan leer párrafos enteros en una sola ojeada, la sintaxis desnuda se leía de otra manera, despertaba la lectura crítica y empecé a ver lo que no decía. Con el cambio de siglo y milenio llegó la era Messenger, pero la conversación con la amiga cheta no propició el tecleo espontáneo, vertiginoso, que descubrí chateando con otros interlocutores y se me daba fácil. Igual quedaba pendiente compartir una cercanía mayor que a distancia creí oportuno intentar.

Saltaron chispas desde el vamos. Los primeros días yo salía a cara tapada con lentes de sol y sombrero por no exponer mi cara con peeling reciente, de antes de viajar, y ella dijo que el jefe de porteros de su edificio de Recoleta, un rubio alto de mirada helada trajeado en el palier, podía verme como narcotraficante por el acento raro al saludar y el look tropical del sombrero. El sombrero pudo ser que sobrara, admito, porque con los edificios altos siempre hay vereda de sombra de un lado de la calle, pero narcoestilo yo no, eso no. Ni era tan inusual mi atuendo ni tan mexicano mi acento, pero la enervaba. Como los mirones de la calle, ella podía referir cada ropa a la tienda de origen y mi outfit la confundía. Preguntó si la veía vestida muy conservadora y le dije que sí, la verdad. Esto de entrada, antes de estallar.

Fuimos a cenar con el hombre que comparte algunos fines de semana suyos pero no da el perfil para llamarlo novio, aunque la acompañó a la boda de un hijo, y al hombre le dio por hablar de sus libros de filosofía cotidiana, varios. Ella lo paró tan en seco que me dio pena mexicana y pena argentina, de las dos, y lo animé a seguir contando algo de sus libros. Mala idea. Él no osó desobedecer. Se cortó el tema y la cordialidad quedó congelada antes de llegar al restaurante. Por estar yo en casa a las horas de trabajo de ella, coincidí en la cocina con el hijo menor y una chica rubia que no parecía visita nueva. Prepararon sándwiches con Stella Artois y se metieron al dormitorio. Cuando llegó la madre preguntó por el hijo y lo fue a buscar. Ante la puerta cerrada alcancé a hacer seña de dos con los dedos. Desandó el pasillo y dijo ¿queeeé...? Entró con una chica, dije. Cómo era la chica y a qué hora los vi, preguntó. Informé. Entendí que no debí haberlos visto, aunque el muchacho era casi treintón. Compré comida de más. En la heladera llena, muy ordenada, no cabían la media sandía, las uvas, las bananas, los quesos y los yogures que yo agregué como si estuviera en casa. Allá se compra al día, no se almacena tanto porque pasan a cada rato por los locales de compra. Ella almacena lo que le deja preparado la cocinera por horas y no hay lugar para más.

Una madre de familia del partido de San Martín y una chica del barrio de Flores eran las otras que sabían que iba. Habíamos aprendido a chatear –la novedad resistida por la amiga cheta, autora de frases demasiado elaboradas para los apuros del tecleo simultáneo– en el sitio dejardefumar.com.ar, y veníamos tecleando las ansiedades de la abstinencia y lo que surgiera. Éramos amigas virtuales y nos habíamos visto en fotos. Las dos me buscaron por el chat hasta que me encontraron y me rompieron la cuarentena. No agitaban recuerdos pesados y les tenía curiosidad, acepté ir a verlas.

Cómo no voy a conocer la plaza de San Telmo, lo que ya no sé es calcular las distancias, no sabría ir más que en taxi. Voy en colectivo si me explican bien. A mí no me hablen rápido, trátenme como extranjera. Para los transportes, para lo demás no. Me tienen que decir así: Caminás tantas cuadras en tal dirección, subís al colectivo tal y le decís al colectivero que te avise al llegar. Cuando bajás vas en tal dirección y ahí te espero. O en tal café, entre tal y tal calle. Si es antiguo, mejor, el café. En

tres meses las voy a proteger de algo a ustedes. Ahora me invaden fobias desconocidas y las de siempre multiplicadas.

Nos abrazamos, nos vimos y nos oímos, compartimos té verde con medias lunas de grasa y salimos caminando. No conocían bien las calles del centro, las reconocía mejor yo, pero al cruzar la 9 de Julio me tuvieron que agarrar una de cada brazo porque no podía caminar. Cuando vi venir encima la avalancha de autos se me aflojaron las piernas como paisana del campo. Fuimos a ver a tres becarios mexicanos de mi oficina de Guadalajara, dos muchachos y una chica. Meses antes les encargué a las amigas virtuales orientarlos al llegar, siguieron en contacto y esa noche me estaban esperando con tequila del bueno y cerveza local, quesadillas variadas, enormes, gordas como empanadas y con repulgue, pero de maíz, por supuesto, y torteadas por ellos, fritas en grasa de vaca con salsa picosa y lechuga picada, todo abundante. Un fiestón de recibimiento. Me volvió el calor al corazón y me enfiesté de inmediato. Desapareció el pánico y canté desde el ronco pecho, como dice el himno nacional de México. Lo que nunca. Primera vez que lo hacía. Todo mexicano se emborracha y canta a José Alfredo Jiménez alguna o muchísimas veces con una exaltación que no se puede fingir. Tiene que nacer y a mí me nació esa noche junto a una ventana de cuarto piso que mostraba la gigantografía de Eva Perón de la avenida 9 de Julio. Me regresaron tarde, no me dejaron tomar el taxi sola.

Al otro día me despierto anieblada, voy en camión a calentar el agua del primer té y la amiga cheta se presenta en bata a investigar qué hice. Que estaba preocupada, dijo. Hice mal en no avisar, reconozco y culpo al tequila. Estupor. Bosquejo un resumen desconcertado: fiesta sorpresa, mexicanos, amigas virtuales. Más estupor. Cómo y dónde, qué tequila, qué amigos, qué fiesta. Quiere pormenores. Grita. Le digo no me interrogues y se pudre todo. Insultos y portazos. Sos otra, gritó. Arrogante y desagradecida. Con el brazo extendido en gesto marcial, como San Martín pero señalando a mi cuarto, no a los Andes, dice que no vuelva a salir de ahí. Le salió natural, como una manera de ser. No daba esa orden por primera vez. Se fue, volvió a insultar más y se volvió a ir. Quedé anonadada. Ya no desayuné. Me bañé y la busqué para hablar vestidas. Se había ido. Salí a la Plaza San Martín sin saber qué hacer y me fui caminando por Callao hacia Corrientes. Iba en pos de un ciber, especie extinguida. Doblé por Corrientes y casi en Pueyrredón di con un localito oscuro de pecés artríticas. Estoy en el peor escenario, le teclé a mi hija en España. En la calle. ¿Te echó? No, me quiere encerrar. Ahí no vuelvo. Andá a lo de Mónica, cómo no la llamaste. Por qué... Le digo que vas y te vuelvo a hablar. Llegué en taxi a Caballito cuando atardecía.

Con esta otra amiga de entrada la crónica hilarante en sintonía canábica y al tercer día el mar de fondo saliendo a superficie. Viajamos a México en el mismo avión y fuimos hermanas de exilio. Asistí a su separación del compa de militancia JTP y del cantautor que lo sucedió, y a su repatriación bastante después de los demás argenmexs. Compartimos laburos, familias y carcajadas. La venía llamando últimamente por una telefonía VOIP de antes de los smartphones hasta que un domingo se chispoteó porque hablé del Indec. Pregunté, mejor dicho. Ella trabajaba ahí, me contaba anécdotas. En el último

viaje mío me había llevado al Indec a buscar a su jefa irlandesa para ir con ella a una exposición. Pero ese domingo no quiso ni hablar de la toma del edificio que leí en Clarín, cómo no iba a preguntar. Se dio por atacada y reviró chicaneándome, reclamando mi literatura no escrita, contra su anterior entusiasmo por mi narrativa oral. Había publicado un libro de poemas que no me había dado, aunque me lo pudo enviar por email porque era brevísimo –igual estaba bueno, pero diez hojas tamaño pocket se comparten fácil– y desde ese trono le dio por increparme. No entendí. Entendí cómo venía la mano en la prensa de los días y meses siguientes. Por eso no le dije que iba.

Fui a buscar mis cosas a Recoleta y la amiga cheta me reprochó hacerla quedar mal delante de los hijos, exigía a gritos que me quedara. Asistió a mi empaque cruzada de brazos y me llenó el gmail de amenazas por varias semanas. Amenazó con perderla para siempre y me pareció buena idea. Sentí vergüenza ajena y hasta miedo. Tantos años de trato sin verle el modo furioso, hasta me parecía medio mexicana por lo mesurada. Dijo que me vio otra. Yo también a ella. Le había creído el autocontrol. Hasta le creí que se separó del marido sin levantar la voz ni una sola vez. Pudo haber cambiado con la edad, si las cosas no salieron como quería. Nos vimos dos veces más por insistencia suya, pero no quiso mencionar el encontronazo. Lo hice yo, negó todos los insultos, y yo me había cansado hablar sola en ese dueto. Quería que le contara todo de la maestría para aplicarlo en clases de una escuela de publicidad. Nuestro acuerdo había sido que yo hablaba y ella acotaba, entendí al fin. Yo cuando me sentía admirada, me daba cuerda y no me daba cuenta de nada más, entendí también. Mi crónica pasaba a ser de su dominio. Le había contado el universo más allá de Recoleta como ella me había informado al principio, pero mi curiosidad por la aristocracia nativa se había agotado y su anecdotario sonaba rancio y amanerado, de hueva. Ya no había intercambio. Mi amiga cheta era facha y violenta, como no se había mostrado conmigo hasta que lo hizo.

Tampoco volvió a ser hermana la amiga rea que acompañó mi conversión mexicana y vio crecer a mi hija. En dos viajes que me quedé con ella me dejaba limpiarle la casa, que hacía mucha falta. Ahora no le gustó. Que viniera a estudiar como si fuera joven le daba rabia y lo dijo como si fuera un abuso mío. Y que viniera flaca se lo vi en la cara. Ella estaba harta del bondi y del subte de ida y vuelta al Indec, y a la vez orgullosa de integrar el más candente bastión de la política oficial. La irlandesa ya no estaba ni se nombraba, metí la pata al preguntar por ella.

A las dos les shockeó mi aspecto. Todas cambiamos en la sexta década y a mí también me sorprendieron ellas. Yo me había puesto en forma para volver y me veía mejor que ellas y que yo misma poco antes. Adelgacé con los acelerones de la mudanza, me hice un peeling, me corté el pelo con Leo y me compré unas botas. Sintonicé con el entorno, con la apariencia que pude haber tenido de haberme quedado argentina. Aun con miedo –con todo y miedo, dirían en México–, la operación retorno había encendido una chispa que se me notaba. Igual deseaba protección y refugio pero salió todo al revés. Fui expulsada. A las dos testigos de ayer y de hoy les crispé los nervios. Por email y por teléfono les caía mejor que de cuerpo presente, caída de improviso. La amiga rea aportó el dato del departamento que

alquilé sin ver más y me avaló ante el dueño amigo de ella. Eso lo hizo, pero me dio un trato inclemente y chicanero, inexplicable de entrada y entendido después, cuando fui captando el humor social general, la crispación y la grieta. Se me puso en contra en cuanto me vio pasar de largo delante la pantalla del programa 6-7-8. Había que cuadrarse, manifestarse y no con tibieza, con vehemencia festiva como en la Plaza a donde seguía yendo, aunque los días que pasé con ella estaba con permiso laboral y conectada desde la cama a la TV Pública donde se informaba y se encrespaba, , amaba y reía. Ahí vivía y a mí no me vio el reflejo de su fervor, que era obligatorio. Que me dieran miedo los colectivos la envenenaba. Se rompió un jarrito y me echó, la verdad. También con ella volvimos a vernos y hasta fuimos un fin de año a Mar de las Pampas, pero el entredicho denso siguió endureciendo las conversaciones. No volvimos a ver las cosas que pasan de un lado y del otro, como veíamos al PRI, cuando fuimos conociendo México, ni a contarnos en qué andábamos sin etiquetarnos, ni a tejer miradas humorísticas sobre lo que fuera, incluidas nosotras, que había sido lo nuestro. A esa amistad se la tragó la grieta.

Yo voté como ella pero sin convicción, porque si no a quién, por darle crédito a mi generación ahora gobernante, aun después de haberme distanciado del pensamiento que me acercó antes a esa generación. Nunca voté tanto, tres veces en un año, pero sin creerme lo que votaba. En México voto en blanco porque se me gangrenaría la mano si votara lo que hay. En Buenos Aires voté por mi homónima con mal sabor de boca.

A falta de familia amorosa, yo había cultivado la tesis setentera de que los amigos eran la familia auténtica, elegida, no impuesta. Cuando estas dos mujeres, remanentes de tantas amistades perdidas, diezmadas por la diáspora, se me cayeron de sus altares, me desmoroné con ellas. Por esquivar el terror a las hermanas de sangre vine a provocar la ira de las suplentes. El doble golpe me hizo perder el hambre voraz y hasta la capacidad de comer. Un vaso de agua llegó a darme náuseas. Lo que nunca. Descubrí lo que sienten los flacos que se les cierra el estómago por lo que sea. Ocho kilos en un mes, bajé. Impresionante, pero no recomiendo la dieta de la angustia porque hace caer el pelo. Dejé en el cajero la tarjeta de cobrar mis quincenas de la UdeG y peregriné días y días a las cabinas telefónicas de la calle Florida, al fondo un local de discos de tango y folclore, mates, ponchos y boleadoras, en la odisea de recobrarla.

Al departamento de colchón al piso y no más que una sartén chica, un jarro de calentar agua y dos vasos, una taza y dos platos, cubiertos Carrefour para dos, banco y mesa plegable de la inmobiliaria— llegaron las humedades frías que calan los huesos. Las había olvidado. Yo extrañaba bajo el sol de México la bruma porteña, la garúa de días y días, cuando no me dolían los huesos, pero había envejecido. Lo que mata es la humedad, dicen acá los viejos y digo yo ahora. Adiós reservas inmunológicas. Cuerpo apaleado, infección general, implantes dentales y encías en emergencia, gripe y bronquitis. Buscar médicos sin seguro médico y sin recomendaciones. La UBA da cobertura médica a los becarios, pero no a mi edad, y la medicina privada argentina es cara, muy cara. Encontrar un gasista que rescite el calefactor del año del caldo. Correr detrás de los colectivos que ya no sabía tomar, trepar

empujada y paralizarme por la impaciencia del colectivero en lo que cuento monedas a los tumbos. Todavía no hay tarjeta Sube. Por qué vine a este país a ser tratada a gritos, qué necesidad tenía de volver a esto a mis años.

Un gordo abotagado de ojos paranoicos, saltones, con mechón engrasado encima, administrador y dueño de medio edificio, usaba el balcón de mi departamento del último piso para ir a la terraza. La puerta correspondiente la tenía cancelada, a saber por qué. A la tercera vez conseguí quitarle la costumbre, inmobiliaria mediante, pero la primera vez que vino creí que había una emergencia y lo dejé pasar con un operario. La mole desvencijada se arrastró por mi espacio vacío escudriñando mis pocas cosas. La primera lectura de la maestría era la *Introducción a la crítica de la economía política*, con un enorme nombre Marx en letras negras gruesas sobre fondo rojo. El encargado lo vio con la curiosidad malsana que miraba en todo y me puso a temblar. Hacía treinta y cuatro años, que se cumplían esos días, por tener ese libro a la vista hubiera podido perder la vida. Hubiera corrido a echar el libro al contenedor de basura de la otra cuadra cuando que no me vieran, aunque podían espíarme desde cualquier lado, pero tenía que leer ese libro, releerlo. Lo tapé con un forro a cuadros pero seguí temblando hasta que llamé al dueño del departamento y me aseguró que los servicios de inteligencia, la SIDE que ahora tenía otro nombre, ya no perseguían a lectores de Marx. Fui otra vez alguien a quien van a venir a buscar. Ese temor se olvida por temporadas, pero vuelve.

Salté y sigo en el vacío, pensaba. Más que cuando llegué a México. Ahora tres años acá y después qué. Tiré la casa por la ventana por las dudas y mirá lo que me encontré. Qué disparate pensar en quedarme. Si México no llegó a ser del todo mi casa, me dejó tener casa. La dejé y ahora tengo que hacer casa en este departamento sin energía para mover un dedo.

A la semana conectan Internet y algo mejora, aunque la computadora sigue en el suelo. Cuando vea lo que metí las cajas del barco, que ni supe qué, pero fue mucho, pensando en quedarme, veo qué tengo y qué falta. Faltan todos los muebles y todo es más caro de lo previsto. Mucho más caro. No tengo beca, sólo permiso laboral para venir con mi sueldo y no alcanza. A gastar ahorros, a invertirle a la aventura. Este país me cuesta demasiado. La Argentina siempre me despoja.

En Facebook me había anotado por saber qué era y no me gustó, no le agarré la onda. En Buenos Aires busco en Facebook a los tapatíos, que son los mexicanos de Guadalajara, y empiezo a revivir hablando con los que hablan como hablo ahora. No es cosa de vocabulario nada más, la necesidad. Es de qué te hace reír, cuánto te gusta reírte y con quienes te ríes de lo mismo. Ha de haber en este país quienes se juntan a reírse de lo que a mí me hace gracia pero no los conozco.

Llega la mudanza un mes después de lo previsto y no soy capaz de desempacar saco lo más indispensable de las cajas rotuladas. Demasiadas cajas, traje de más, no cabe nada, ni yo que camino sorteando cajas. A mis libros amados los traje por si me quedaba. Hice escrutinio pero igual son muchos, no hay lugar para ellos. A seguir perdiendo. Le regalo cajas y cajas a la compañera de maestría que no los merece, pero me trae en auto hasta mitad de camino y los acepta al instante. El siglo de oro

español se va todo con una sobrina estudiante de letras.

Mi amiga mexicana, la que me animó a esta aventura, viene a visitarme en pasaje fugaz porque puede y quiere. Es mujer práctica que no conoce derrota aunque no todo le salga siempre como quiere. Ella me ayuda a desempacar las cajas, a guardar lo que no voy a usar en lo más alto del placard, que para eso es muy alta, y a deshacerme de lo que sobra, que es mucho, aunque lo traje porque no quería perderlo. Esa visita me cambia el ánimo.

Un sobrino con taladro viene a colgar tres cuadros desempacados y me invita a comer el domingo. A almorzar. Asisto en su casa a la primera batalla por asunto político de la temporada. Hermano y hermana unidos desde chicos se juntan con parejas y niños para trenzarse en combate. El ejecutivo y la fonoaudióloga versus la pareja hippiosa se gritan desaforados por el sentido de algún suceso público de la semana. Los hermanos más que los consortes, Vociferan consignas como quien tira granadas. Me parece que no es la primera vez que interpretan el sketch, lo tienen muy practicado. La reunión es en mi homenaje y consiste en esa representación. No lo hacen por agredirme a mí. No saben que es violencia ni cuánto me golpea escucharlos. Creen que juntarse a pelear es ser auténticos y eso me hacen ver. Y me cortan la digestión. Tal vez me invitan a terciar, a entrarle al debate por ser la tía que de joven se metió en política, a quien vieron poco, y para saber de qué lado me anotarme. Asisto muda, incapaz de reaccionar a ese clima.

Me acompaña a comprar sábanas la sobrina que más se me parece y la avergüenza mi tono de voz. Le parece fingido. Se impacienta. Habla más fuerte, me dice entre dientes, habla más rápido. Más golpeado, dirían en México. Con lo que tardé en frenar esos ímpetus, con lo que me tardé en aprender a hablar pausado y sin gritos.

Entro a una ferretería a las siete menos diez o diez para las siete buscando un foco de luz y no hay nadie. A los cinco minutos aparece un canoso desaliñado, mal encarado, y dice que no es momento. Digo que vi abierto y creí estar en horario, pero si molesto me voy. Me oye hablar distinto y se ríe, pone cara de niño infraganti y dice que estaba chinchudo. Me da el foco y le pago. A mí ya me dio acidez de estómago.

Voy oyendo a los colegiales que se atropellan en la calle al salir del colegio y no les entiendo aunque gritan porque no pronuncian consonantes, es dicción de consonantes licuadas, perdidas. Al mexicano si lo apuras mucho se le oyen puras eses, fricación de consonantes: chts pfts tnzn ixtztl, se comen las vocales. Acá al revés.

Escucho a los que discuten –tendría que ser sorda para no escucharlos– y cuentan discusiones en los cafés y en la calle, con y sin teléfono. En los colectivos también cuentan intimidades por celular, como para que oigan todos, y lo que cuentan son discusiones. Todo lo que oigo son discusiones. Hablar es discutir. Oigo a una madre amenazar al de unos cinco años diciendo que le va a reventar la cabeza contra la pared. Sé que es metáfora pero me pone la piel de gallina.

La palabra omnipresente es cagar. Todo es cagar y cagarse. Cagar te cago me cagó la cagada.

Cagar por matar, cagar por joder. Nada nuevo, lo nuevo es cuánto. A cada frase. Yo que vengo procurando desde hace tanto tiempo asumir lo literal de todo lo que digo, resistir los automatismos del habla, oigo y no puedo dejar de ver lo que oigo. Lo que sale de mi boca es lo que soy, todo, y lo que sale de la boca de otros es lo que son. Los veo a todos cagados, cagando y cagándose.

Hablo en las tiendas y me oigo viendo las caras de los que me oyen. Investigo los acentos de la Babel porteña, incluido el mío, que sale más o menos mezclado sin deliberación, según con quién hablo. Reconocer acentos es mi afición de lingüista. De qué barrio, de qué región, de qué país viene cada entonación. Algo rumbeo. No voy a dudar un instante en la panadería si querés sólo tres medias lunas o algo más, hay que saberlo de entrada porque la vendedora tiene que elegir el tamaño justo de la bandeja de cartón y presiona como los de la verdulería. Quemá, quemá. No sé quemá, no quemó nada, elijo mientras compro, me tomo tiempo para ver. Las chicas de las boutiques hablan como chetas. Aprendieron a ser despectivas hasta para vender, por no parecer demasiado dispuestas, regaladas. Lo que venden es su actitud displicente, una distancia a la que hay que acceder. Y todas aprendieron a no decir rojo. Todas y todos dicen colorado y miran dos veces al que dice rojo, a mí que olvidé esa regla no escrita y la recuerdo cuando les veo en los ojos el registro de la infracción. Para no decir rojo sino colorado, ni hermoso –se dice lindo–, ni voy a comer –se dice almorzar–, ni voy a cenar –se dice comer– ni varios tabús de vocabulario más, no hay razón semántica, me explicaron hace mucho las primeras lecciones de porteñismo de la amiga cheta. Tres o cuatro chetos ociosos de principios de siglo veinte inventaron esos tabús como santo y seña para excluir a los no iniciados, contraseñas de secta secreta. Los imitaron los de su clase y después otros de clase media aspiracional y ahora les obedecen sin saberlo chicas y muchachos de Once, de Lanús y de Lomas, de Avellaneda y hasta los militantes revolucionarios. Así que en Buenos Aires se almuerza pero nadie come a mediodía y comen de noche pero jamás cenan. En esto no hay grieta. Algo es algo.

Voy todas las tardes a clase en el 60, pocas veces sentada porque a la misma hora vuelven muchos laburantes sentados al fondo hacia Constitución y más al sur. Si se me hace tarde tomo taxis que escuchan todos y me hacen escuchar a mí el mismo programa radial de 18 a 19 pm. Una voz femenina sobradora, como de que se las sabe todas, habla de sexo explícito con voces masculinas jocosas que le dan pie. Es el gancho del programa. Comentan trascendidos de performances sobresalientes, dificultades técnicas, recursos para superarlas; soft porno, chismes de famosos y algún comentario de actualidad política. Los tacheros la oyen con unción y por esa cátedra aflojan un poco la cátedra de ellos que les gusta asestar a los pasajeros.

La facultad está en un edificio reciclado recién estrenado, con las áreas de producción audiovisual en construcción. Muy apropiado. En los tres años de cursada veo repoblarse el antiguo barrio de espléndidos edificios deteriorados con gente joven que estudia, vive y trabaja por el rumbo de la facultad. Se multiplican las papelerías con fotocopiadoras, las librerías, los cafés, reviven restaurantes viejos que languidecían y se abren otros nuevos para estudiantes. Las fotocopiadoras son los primeros y

más importantes puntos de atracción porque allá se estudia en fotocopias. Desafiando las leyes del derecho de autor, no se compran los libros o se compran muy pocos. Casi nadie podría comprarlos en la universidad pública y la biblioteca de la casa no dispone de tantos ejemplares. El profesor deja en un local del ramo los materiales a reproducir, artículos de revistas, fragmentos de libros o libros completos, y vamos ahí por las copias. Durante el receso de media jornada es frenética la demanda de apuntes en esos locales, cuatro o cinco, todos en un radio de no más de una cuadra de distancia, unos más organizados, otros más pintorescos, unos con librería anexa, otros con surtido de papelería básica. También se practica la difusión online de bibliografía por materias, y va imponiéndose.

Desde que te acercás a la facultad, desde la calle, desde las escaleras hasta el hall de entrada te suministran volantes del oficialismo y varias cofradías más, a cual más de izquierda, opositoras todas pero en el fondo amigas. Hay carteles de propaganda pegados a la entrada y en todo el recorrido hacia el aula del primer piso, aunque sin llegar todavía –por falta de tiempo, supongo–, al barroquismo extremo de las paredes intervenidas por la misma estética en el local anterior de la facultad, donde pago aranceles por venir de institución privada. Vengo de universidad extranjera pública y gratuita, pero acá me toman por argentina. Lógico, eso soy, aunque no lo sienta. Si me sacude un instante es por falta de costumbre.

En campaña electoral de autoridades estudiantiles atravieso los pasillos esquivando mesas atestadas de volantes y folletos que reparten asociaciones de las que no alcanzo a distinguir ni retener más nombres que La Mella, la que nombran más en el salón, la que gana. Una profesora extrovertida dice que cuando fue a dar un curso a una universidad gringa, de Estados Unidos, extrañaba el quilombo, que se sentía rara en el edificio de paredes y suelos limpios, con todo previsto, donde no había conflicto con los estudiantes ni por ningún trámite. Lo suyo es esto.

Para documentar la colosal instalación de las campañas, la fotografío desde varios ángulos con un teléfono después perdido. Lástima. Esto era la UBA que no llegué a conocer de joven. Esta facultad no existía entonces, pero Filosofía y Letras, a donde yo hubiera ido, ha de haber sido así, o ha de ser todavía.

Si semejante atomización de organizaciones produce reclutamientos eficaces –ya no se dice produce, se dice genera–, lo dudo. Más que reunir voluntades, me parece que se cultivan diferencias, así sean milimétricas, aunque todas dentro de las tendencias epocales de este universo académico. Como en los festivales de arte, la diferencia dentro de la tendencia. En la FSOC veo instalaciones de un arte que supongo heredado del Mayo Francés y no creo que se siga cultivando con igual intensidad en otras latitudes, aunque no tengo tanto mundo como para asegurarlo. Podrá haber imitaciones sudamericanas, que no dejarán de ser imitaciones exportadas por los muchachos –y muchachas, sí– que vienen a estudiar a Buenos Aires, pero esto es un arte local, nacional, digno de ser preservado como el fileteado porteño que llevan a ver a los turistas, como la iconografía del tango. Aunque con tejido de palabras no faltará quien lo documente como lenguaje estético más visual que verbal, o tanto como.

La cohorte integra a unos treinta maestrandos, al principio unos más que van desertando. Extranjeros siete u ocho, si me incluyo. Dos mexicanas, dos colombianos, una brasileña y dos chilenos que un locuaz extravagante denomina “hermanos latinoamericanos” la tarde que suelta su marco teórico para exigir más solidaridad con los foráneos. No supe qué incidente llevó a ese reclamo y no creo que me aludiera a mí, pero es cierto que los extranjeros aludidos eran o éramos más saludadores que los locales. Fuera de su pequeño subgrupo de tres o cuatro –si lo tenían, porque algunos no hablaban con nadie– tendían a la actitud que los madrileños llaman borde: cerrada, de cero acercamiento o curiosidad manifiesta. Antipáticos, que no dan bola. Al final de la cursada van aflojando. Como las chicas de las boutiques, no han de querer parecer regalados al principio pero acaban entrando en confianza, unos más otros menos.

Los maestrandos se presentan mayoritariamente en look hombre nuevo o lo que así conocí en los años setenta: camperas grises o verde oliva, remeras oscuras, pantalones sin planchar, pelo semilargo despeinado. Barbas antes había muchas y ahora no. Mejor, más higiénico, las barbas que no se cuidan son expendio de bacterias. Las chicas, aunque más variadas, coinciden en los colores oscuros, minifalda o jeans, ajustados, mucha bota corta, pelo largo y sin maquillaje, nada muy elaborado pero se arreglan. Zapatillas deportivas, muchos y muchas, casi todos. Una o dos paracaidistas que no van todos los días desfilan sin mirar a nadie con elegancia informal de alto precio y última moda. Los parecidos con los compas de los años 74-76 me suben a la máquina del tiempo. Los creía extinguidos pero aquí están, cuarenta años después. Parecidos de aspecto exterior, salvo cuando miran el reloj y dicen ya me voy a la psicóloga; los de antes no eran freudianos, éstos sí. Más de la mitad son becarios de Conacyt o a eso aspiran. Es la meta laboral de la mayoría; una vez ahí, ya la hicieron. Las conversaciones se refieren a obtener y mantener esa condición. Un tercio ya son asistentes de cátedra en la misma facultad. La salida laboral que esperan es entrar más en lo que ya están. Predominan apellidos italianos y judíos. Edades entre 25 y 35. Adulto mayor, además de mí, un publicista calvo muy atildado que les cae mal a todos y mí también, por rebuscado y pesado cuando cacha el micrófono. Desde que se pega a la chica que no habla sentada a su lado no tratan con nadie más y al final de cursada corre el rumor de que esperan un hijo.

A mí al principio las únicas que me saludan son la mexicana y la colombiana. Los demás sólo me miran de reojo, no les enseñaron a saludar. Cuando hago preguntas oigo desde adelante, donde me siento, alguna risita sofocada que viene del fondo. Pero no son preguntas desatinadas las mías, solicitan aclaraciones y dan lugar a ampliaciones pertinentes, no comienzan con autodefinición expresa ni aprovechan cada intervención para exhibir erudición, alargando el diálogo. Mi rareza, más que la edad, es prescindir de la jerga, que los demás ensayan en cada emisión de voz. Los veo solemnes a estos muchachos.

En el primer cuatrimestre me llegó La Hospitalidad de Jacques Derrida como lectura terapéutica. En los grupos de estudio de Josefina Ludmer, en los años setenta, habíamos llegado a la

Gramatología, que me aburrió, me abrumó el estilo tan enredado de exposición, inextricable adrede, me pareció. Ahora, Derrida resulta lectura salvadora y vivencial. En las figuras del extranjero de voy viendo lo que mis amigas antiguas vieron en mí y no resistieron, la que por aparecer de golpe les impuso un espejo en el que no querían verse, la que les tomó una foto desarregladas, alguien que ni yo misma veía como ellas vieron. De ahí la furia que me revirtió golpes que no quise darles, pero habré dado sin querer, empiezo a entender. Entiendo también el cálculo de mi parte, la amistad económica que calculó la retribución que venía a cobrar mi llegada.

Me entusiasma un profesor filósofo que compara a los griegos con personajes actuales, será aventurado sacar de contexto al pasado pero me esclarece. Me hace entender a los sofistas, que según él somos “nosotros” (quien me dice nosotros me está insultando, o algo parecido, dicen que dijo Cioran), haciéndonos parte a los alumnos del relato político del momento. Le pregunto en el pasillo si tiene grupos de estudio privados, para tomarlos, y huye despavorido, habrá creído que quería con él, que sí quería, pero sólo para estudiar. Las suyas son las clases más divertidas pero terminan pronto, a mitad de curso lo sustituye otra profesora del mismo apellido pero estilo opuesto, aburrida y confusa.

La toma de la facultad es otro shock. Por los diarios había sabido de incontables tomas de escuelas y facultades argentinas. Desde adentro, ninguna antes. La primera tarde encuentro a los alumnos haciendo valla en la esquina, cortando la circulación de autos y colectivos, sentados en la calle en sillitas bajas, todo tranquilo, mateando y deliberando con los que se acercan. No se puede entrar. Hago mi compra diaria en el mercadito de enfrente, buenísimo y a mitad de precio del que hay junto a mi casa, que ya es mi casa y me quedó muy bien, y vuelvo en el 60 con mi bolsa de compra. Citan a una asamblea días después y voy. La deliberación no me interesa, pero temo, por lo despistada que soy y estoy, que cuando se levante la toma yo no me entere y pierda la asistencia perfecta, mi única perfección posible. Me banco tres o cuatro horas de argumentaciones repetitivas. Dos o tres compañeros míos hablan y hablan y hablan. Dos profesores procuran convencerlos de que la medida de fuerza es excesiva y contraproducente, pero los escuchan con paciencia extraordinaria, sin asomo de irritación ni de aburrimiento. Es un oficio y están en su salsa todos. A mí me parece un rollo indigesto. Empiezo a cabecear, se me cierran los ojos y por más que me resista, acabo durmiéndome sentada, no sé cuánto tiempo, no sé si habré roncado. Cuando me despierta el movimiento de levantar la reunión, uno de los profesores me pregunta por qué fui y se lo digo, porque no quiero faltar, por miedo a no enterarme de cuándo hay que volver. Medio se ríe y pone cara de incrédulo, pero me cree y dice que eso no puede pasar, que será muy anunciado. Vuelvo a medianoche habiendo entendido que el desempeño de los maestrandos que más hablaron estaba forjando curriculum, que era la ocasión de demostrar ímpetu discutiendo y resistencia argumentativa, que de eso se trata todo ahí, que son performances muy observadas y tomadas en cuenta.

Con los meses voy conversando con algunos que empiezan a dirigirme la palabra, que al final van a ser más, y con varios de esos pasamos a rolar el porro del recreo a la vuelta de la esquina. Vamos

tres, cuatro conmigo. Va el más accesible, aunque presuntuoso y autor de cuentos infumables, que cuenta su origen humilde y actual cambio de estatus por apareamiento con cheta de Callao y Santa Fe, con vacaciones en Punta del Este, y confirma que mis preguntas suenan naïves por falta de marco teórico. Va la chica trozca que me invita a un asado en su terracita ajardinada con macetas y horno de piedra, madre y editora independiente, también osada ensayista, sé cuando me pasa sus trabajos. Y va el que más sabe y menos presume, capaz de enmarcar las preguntas sin marear de tedio a los oyentes y que además es guapo. Con él comparto un seminario de doctorado donde oigo de nuevo al prodigio de condensación y ars combinatoria de la China Ludmer hablando de indios, gauchos y negros en la literatura continental. El día de ese seminario vuelvo con ella en taxi hablado de la FSOC. Los critica a todos, pero igual sigue disponible para los alumnos.

En el último cuatrimestre varios compañeros alzados en rebeldía rechazan a un profesor. Hartos de que nos hablen de la otredad con las mismas bibliografías repetidas en varios seminarios, quieren otro. Quieren guerra. La protesta con junta de firmas concita al director de la maestría, que no habíamos visto nunca en la facultad, aunque sí en los periódicos, porque es alto funcionario. A mí el profesor impugnado me caía bien, pero fui a la reunión con el director por curiosidad. Llegó con el tiempo contado y look europeo impecable, nada de contracultura. En cuanto el alzado más cargado de razones empieza su exposición de motivos, el director zanja el caso diciendo que pueden seguir en la misma facultad o en otras, públicas o privadas, los cursos que les dé la gana y puedan revalidar. Y chau. Se levanta la reunión, no sin cierto anticlímax. Al otro día, para hacerse perdonar, los quejosos le borran el pizarrón al profesor cuestionado y ninguno se mueve de la facu. Volví a comprobar que la protesta era el género a practicar en toda oportunidad, más valioso por su propio ejercicio que por lo que obtiene. Como en el deporte bien entendido, como dicen los que protestan contra el deporte comercializado, jugar importa más que ganar. El derecho a la protesta es lo que se ejerce en todo momento. La vocación de protesta ha de ser la principal vocación argentina.

Facebook, que me juntó al llegar a Buenos Aires con los mexicanos de Guadalajara, también me devolvió, ya casi por terminar el periodo porteño, a las amigas de Bolívar, de donde me fui para no volver más que semiclandestina unas pocas veces, mientras vivió mi madre. Primero encontré a una y después a las demás, todas conectadas. Eran cincuenta los años sin vernos, dos veces la edad promedio de mis compañeros maestrando. Una me invitó a la reunión anual de la barra adolescente, ahora club de abuelos, y fui, volví a ese origen. Encontré a las mujeres muy bien conservadas, como se decía y se sigue diciendo. Los varones menos, por tanto asado y tanto vino, se puede suponer por el enrojecimiento facial subido de la mayoría. Hubo hasta baile, pero al sacar a bailar a los galanes de antaño, ninguno se dejó. Por la gota, por la osteoporosis o por no hacer el ridículo, que ahí cuenta tanto. A uno le vi como síntomas de Alzheimer, pero fue una impresión que no pude confirmar. El que había sido un as del twist me costó reconocerlo, no pudo bailar por estar gordo como una O; por enfermedad tiroidea, murmuran. El que seguía galán era el funebrero, exdiputado y exsenador

menemista, que llegó con su segunda mujer de treinta, no de sesenta años, como él mismo y los demás reunidos. Las chicas, simpáticas y conversadoras, muy atildadas, volvimos a bailar a La Bamba pero entre nosotras. Ellos mudos, tímidos en público como en la secundaria. Igual que antes. Plata tienen todos, eso sí, pero conversación no. Igual me gustó verlos. Jamás sabré cómo me vieron ellos, pero siempre ubica ver a los contemporáneos, estén como estén.

II. 16. MORIENCIA

Volver había que volver. Lo arduo era volver sin maestría. Me quedé un semestre más a escribir y entregué unos trabajos, no suficientes. No había previsto tanta dificultad. Redactar sabía. Entender, había entendido lo que se decía en los seminarios. Hablar y escribir en el idioma de los científicos sociales, ejercer ese idioma era lo demasiado ajeno. Hablar con los profesores, cómo, con lo apurados que andaban. No sabía tomar la palabra, alzar mi voz. Había hablado mucho, pero en privado. Había pasado media vida editando, reescribiendo muchas veces los escritos de otros, pensando y diciendo que no podía escribir lo mío por tribulaciones de juventud, por dedicación familiar, por aplicación editorial. No eran obstáculos inventados, pero cuando pude, no pude. Si no volvía perdía empleo y jubilación, a la que yo había agregado sin que nadie me obligara el requisito de un título argentino. La operación retorno había terminado sin éxito y urgía levantar campamento.

Me diagnosticaron diabética incipiente y mi hija, que andaba en Madrid y apareció en Buenos Aires, dijo no puedes vivir sola, tienes que vivir con Lupe. Le mandé a Lupe mi fe de sobrevida sellada por la Embajada de México para que la llevara al Seguro Social y le hablé de vivir con ella como un propósito mayor que un acuerdo laboral. Se le humedeció la voz, nos pusimos a hacer planes y pensé que correspondía darle anillo de compromiso. Me esperaba. Lo que no podía era ayudarme a salir de Buenos Aires.

Atravesar el trasteo internacional me hundió en el pánico como al llegar. Haber cambiado de casa diecinueve veces forja experiencia en mudanzas, se aprende a empacar por orden, a rotular bultos para graduar el desempaque, pero las mudanzas internacionales empacan a su modo en cajas que traen ellos y se van a abrir tantas veces como controles pasen, tres o cuatro por lo menos, con pérdida de alguna cosita fácil de agarrar, como la piedras de ámbar que hacía mucho querían ser collar y se perdieron en el camino. Volvía con menos, pero todavía me aferraba a trastos que no cabían en dos maletas. Contraté medio contenedor, o un tercio de contenedor, ya no me acuerdo, con la empresa más barata, que despachó con apuro.

Veía los papeles pero no podía ni leerlos. Por evitar impuestos aduaneros había llegado como mexicana en viaje de estudios, pero las cabinas de Migraciones de Ezeiza no le aceptan el pasaporte

extranjero a una oriunda de Bolívar, Bs.As., así que tuve que entrar como argentina y eso complicó la mudanza de regreso. Hubo que ir a la embajada de México mientras el empacador guardaba las cosas. No cabía todo, había que seleccionar. Mi hija supervisó enojada. La niña que me creía fuerte se había alebrestado al crecer y mis debilidades la sacaban de quicio. La selección de objetos quedó a cargo de ella, que llegó de paso pero encontró novio y decidió quedarse. Le dejaba todo un menaje de casa justo cuando estaba poniendo casa, pero esos dones de ocasión le daban rabia. No los había elegido, decía, eran herencia obligada. El vínculo madre hija, aun con ternuras y zonas de sintonía, puede ser de pique y fuerte, como se sabe.

Llegué a Guadalajara a medianoche y en el vuelo más barato y narco, me pareció, un vuelo panameño que te hace trasbordar en su sede. Ahí veo anuncios de aerolíneas centroamericanas que no llegan a México y oigo una algarabía de acentos caribes, un cruce de voces toda la región. Para llegar al segundo avión arrastro mi enorme bolso de migrante por un kilómetro de tiendas de electrónicos. En Guadalajara vuelvo a esperar desde antes de medianoche hasta las dos de la madrugada, envidiando a los gringos que salían y salían de vuelos sin retenes, ya en traje de vacaciones. Dije vuelo narco por la revisión que hicieron, como si vinniera el Chapo, que saltó a la fama en ese aeropuerto, cuando los Arellano lo confundieron con el Cardenal que esperaba al Nuncio y acabó acribillado en su Grand Marquis, mientras el Chapo se escapaba en taxi. Los taxistas encomian esa temporada de propinas cuando entran en conversación. Espiando por el hueco de una mampara hacia donde detenían las maletas, afuera de la sala de entrega, al aire de la noche, vi soldados revisando la fila de carritos cargados de equipaje con perros y detectores de no sé qué, de droga, claro, pero cómo, con esos bastones, ha de ser de armas. Por fin entraron las valijas hubo que destripar en la aduana hasta el último calzón. Lo que más escudriñaban eran las bolsitas de los cosméticos. Qué son sus medicinas, señora. Usted a qué se dedica. Edito libros. Libros de qué. Libros difíciles, no le van a gustar aunque se los nombre. El maletero que llevó mis cosas al coche de los mismos chicos que estudiaban en Buenos Aires y otra vez me esperaron, me oyó renegar, cuando dejamos atrás la guardia del ejército apostada afuera del edificio, diciendo que a los narcos de veras seguro no los molestan, y dijo claro, dan sus propinas en mano delante de todo el mundo y pasan como si nada.

El purgatorio apenas empezaba. Del primer alojamiento, agradable al llegar, con jardín central de casa antigua en el añorado clima de Guadalajara, tuve que huir porque no me dejaban dormir los gemidos orgásmicos de una mujer en el cuarto vecino, que a las varias noches entendí que eran grabados, porque no se podían repetir tantas horas sin variaciones y no podía inspirarlos el modesto agente viajero de pancita sin ejercicio que alcancé a ver salir de ahí una mañana. Reclamé a la administración y recibí un descuento de redondeo en el pago final. Pasé al bed & breakfast en el centro histórico, junto a las 9 Esquinas, una casona del siglo XIX reciclada por un francés y tranquila por dentro, pero al caer el sol, el barrio turístico estallaba en cantos de mariachis y karaokes. No podía llegar

caminando de noche y tampoco dormía en silencio porque mi cuarto daba a la calle. Así varios meses hasta que me devolvieron mi casa, alquilada tres años, y vi mi ruina en su ruina.

Si había rematado los muebles, qué podía esperar, más que un cascarón vacío. Lupita había guardado la mesa de la cocina con sus dos bancas, que no se vendieron. Ahí comíamos, ahí revisaba la administración doméstica y hablaba por teléfono. Rearmé mi dormitorio y lo demás trataba de no mirarlo, al principio. A mi baño le habían sacado la bañadera, que estaba arrumbada en la azotea y fue recolocada. Habían robado los inquilinos las puertas de dos cuartos, los focos de diseño de la biblioteca, la centralita del teléfono. Para meter un refrigerador gigante serrucharon la cocina integral y arrancaron de la pared un aparador para vasos y tazas colgado que desapareció. Oscurecieron la madera de encino, por aquello del colonial mexicano, casi negro, que vence a todas las modas. No la barnizaron, le echaron petróleo, chapopote, me chapopotearon los muebles de la cocina y los baños, al tocar se sienten como papel de lija y restaurar eso es carísimo.

Esto no lo paga un mes de depósito, les dije el único día que los vi, cuando me devolvieron la llave, ya saliendo ellos, los inquilinos. ¿Tenemos que discutirlo con abogados? ¿Quieres abogados? Dijo la chica de la pareja sonriendo sobradora y sentí miedo. Miedo al narco. Alquilé desde Buenos Aires sin saber a quién, a través de una inmobiliaria que se desmembró. Preguntando, llegué a saber que mi inquilina invitaba por arranque de uno o más tequilazos a viajar ipso facto a Punta Cana, a mesas de diez, con boleto y viáticos a su cargo, y que había guardia armada en la casa de su papá. Qué más podía pensar, viviendo donde vivo. Me resigné.

Lo más notable de mi casa, la biblioteca del entrepiso, un tapanco con pasillos a los lados de una sala de doble altura, mi obra arquitectónica, estaba vacía. Ilusorio haber tenido libros, ilusorio perderlos, filosofé, pero igual dolía. Ya los leíste, pensaba, y alegaba que no todos y que a unos los iba a seguir leyendo. Hacer casa fue hacer biblioteca. La biblioteca era el tesoro a mano y a la vista, era la historia lectora y carta de presentación. Quien venía podía saber por los libros con quién estaba. Mil quinientos míos y otros tantos de mi marido que vendí a la universidad. Poco para un bibliófilo, mucho para mí, que estudié sin comprar libros y los fui reuniendo después. Novelas, muchas novelas y algo menos poesía, pero, bastante poesía. Los ensayos, la teoría literaria, la filosofía, los había frecuentado menos, pero había.

Antes de irme condené al bazar lo que ya no iba a leer, lo que nomás hacía bulto, los libros que pasan de mano en mano en fiestas de cumpleaños –alguien lo regala a alguien que te lo ensarta a vos–, los repetidos y desvencijados, los que habían dejado de gustarme. Lo demás viajó en barco al departamentito de Buenos Aires, que al final quedó muy bien puesto. Los llevé por si me quedaba y pagué un dineral por eso. En la pared más larga colgué tablones de arriba abajo y procedí a otro escrutinio para dejar sólo un tercio. Lo demás tuvo que ser desalojado. Una sobrina estudiante letras se llevó la literatura española, del Mío Cid a Galdós pasando por el Siglo de Oro, y un amplio stock de novelas. La teoría literaria y otra tanda de novelas se fueron con la maestranda que a veces me traía en

auto de la facultad. Quedó lo más amado, pero no todo volvió a Jalisco. A Borges sí lo tengo. Cortázar, no todo; falta Los Premios, donde todavía hablaba como en Bolívar, donde tuvo su primer empleo. De Manuel Puig llegó Boquitas pintadas, pero falta La traición de Rita Hayworth. O sea, faltan los libros que me hicieron creer que el habla que yo hablaba podía ser letra impresa, literatura. De Onetti, nada. Hay algo más del boom, que ya no me interesa, con alguna dedicatoria que tal vez pueda salvar de algún apuro financiero a un nieto. Virginia Woolf volvió. Faltan Proust y Shakespeare. Falta Tolstoi. Falta Flaubert. Falta Yourcenar. Falta mucho más. Le quedó a mi hija que partió y repartió. Será el legado que irá leyendo hasta que cambie de país y tenga que dejarlos ella también. Leer, lee, eso lo aprendió.

Amputación y desgarró, identificaciones perdidas. Cultura es lo que se olvida, decía un profesor del profesorado. ¿Eran sagrados, libros y cosas que tuve y no tengo? Qué hace sagrado a un objeto, qué lo vuelve único e insustituible. Se crean objetos sagrados a cada rato. Detonan historias para quien ya las conoce. Son lo que se exterioriza, el deseo contado en las cosas. Cuando llega la mudanza, tres meses después, previa intervención rogada a través de cadena de contactos en Cancillería, cuando el conflicto de nacionalidades volvió a enredarse en el puerto de Veracruz, veo lo que quedó del naufragio y sé que llegó la hora del minimalismo. Quizá no esté mal, digo, con el corazón oprimido.

En Buenos Aires no manejé autos y al volver me prestaron un usado que acabé comprando, pero ya no podía manejar. En Guadalajara manejan rápido y sin ley, todavía se creen que andan a caballo en este Rancho Grande, recién crecida ciudad grande. Coches de alta gama que rebasan como ráfagas por donde sea. Enormes camionetas blindadas de narcos que imponen moda. Autos viejos, por donde yo vivo, nomás camionetitas destartaladas de jardineros y electricistas, de operarios modestos. Chicos de quince o dieciséis años, llevados y traídos a la escuela y al karate toda la infancia, que no han subido un transporte público en su vida, corren sueltos con esos cochazos BMW, Mercedes, Porsches haciendo picadas. Quién los para.

Siento ataques de ansiedad, pánico y muerte inminente. Ansiedad, respiro todo el día. El pánico aparece cuando voy manejando, en auto. Fui conductora osada, cafre, se dice en México. Me gustaba la velocidad. ¿Estaría escondido este miedo en aquella osadía? En Guadalajara hay glorietas, rotondas, nudos de seis calles y en cada esquina arranques divergentes en estampida de coches que siguen la curva de la rotonda, otros que entran y otros que salen, aluviones de metal no previstos por el alcalde del siglo pasado que llenó la ciudad de glorietas. Me toca atravesar dos cada vez que salgo. Ahí es donde más me ataco, y en los puentes de vías rápidas multiplicados en mi ausencia. En esos puentes que sobrevuelan las avenidas siento que sigo de largo por el aire y me engulle el espacio sideral. Pierdo el control y me quedo dura, incapaz de ver a los costados, sigo por inercia temblando y sudando a velocidad mínima. Cómo describir ese espanto. Me insultan con bocinazos pero me rodean sin chocarme, por suerte. Dejo de salir. Voy en taxi a lo indispensable por muchos meses. Porque Lupe insiste vamos camión a Walmart, cerca, y ella que es experta dice que podría ir en tal camión a la universidad, cuando voy, y en tal otro a tal parte. Nunca los había tomado en este país. Son menos confortables que los colectivos

porteños y van repletos. De a poco vuelvo a manejar dando rodeos para evitar zonas de riesgo con Lupe al lado, cuando hay que cargar bolsas, paquetes grandes.

Para mí era misterioso el vértigo de mi marido en los balcones muy altos que ahora me domina. Por qué no lo sentí antes, a este pánico, no sé. Leo por ahí, guleando, que los ataques de ansiedad y pánico son miedos fatales de ser abortado. Y sí, mi madre quiso abortarme, aunque no lo hizo. Yo aborté a mi vez y defiendo el aborto legal por rechazo a la intervención del Estado en lo privado, pero no dejé de pensar en el hijo perdido, o hija, aunque lo imaginé varón..

Me encierro y me obligo, como terapia, a revivir mi casa un poco cada día. Limpiar a fondo, reponer vidrios rotos, untar con aceite rojo hasta el último rincón del último cajón de los closets, lavar las paredes con cloro. No hay presupuesto para pintar ni reponer baldosas del patio. Volver a hacer jardín en lo que fue cárcel del perro de los inquilinos que destrozó todo y huele tan mal. Cambiar la tierra, que Lupe consiguió barata con un amigo de ella que la trae del campo y la vierte donde le digo. Hay que empezar de nuevo. Ya no voy a los viveros a elegir lo que se me antoje. Pido gajos, corto algunos en la calle cuando salgo a caminar y los hago crecer en macetas antes de plantarlos. Tuve colección de macetas de Tonalá, el mismo diseño en todos los tamaños, unas que ya no hacen. Ahora planto en latas y después veré que consigo, mientras prenden y crecen las plantas.

Gasto en muebles básicos los últimos restos de mis ahorros. Pierdo un año entero peregrinando por las rebajas de tiendas que antes ni miraba y resultan fiascos. Encuentro mesitas del supermercado Soriana que sirven para todo. Se arman en casa y no son madera de verdad pero dan el gatazo. Tardo otro año en encontrar dos sillones de sala asequibles y que me gusten, adquiridos a doce meses. Restaurantes y vestuario, cancelados. Cortinas, se acabaron. En las ventanas que dan a la calle repongo las viejas que guardó Lupe y adentro nada, y no se ve mal. Tengo que surtirme otra vez de cacerolas y sartenes, otra heladera, otro microondas. Un poco cada mes. Como si me hubiera casado pero con Lupe. Unos tres años después, el resultado les gusta a mis pocas visitas. Me sale bien arreglar casas. Pude haber sido decoradora.

Mientras levanto mi casa se derrumba mi esqueleto, que ya venía fallando, de tanto vivir sentada ante la pantalla esperando que baje la inspiración. El médico dice que nade y voy a un gimnasio, pero me angustia que no me hagan caso los entrenadores, me siento desolada y dejo de ir. Las digestiones sin vesícula son trabajosas y la fatiga es constante, casi fibromialgia. Me lleno de lunares, por la edad, supongo, y se me cubre de alergias la piel, por nervios, supongo.

Se me cae el pelo, aunque no del todo, clarean algunas zonas. Ya había ocurrido en las dos últimas mudanzas pero volvía a crecer. Ahora no y digo qué voy a hacer. Lo primero, basta de tintes. En una peluquería de junto al super –en la de antes dicen que jamás me resigne a las canas– me decoloran el pelo para después dejarlo crecer como salga y enterarme de cuántas canas tengo después de tantos años pelirroja. Lo dejo crecer hasta poder atarlo en un rodete. Ya está. Ya soy anciana.

O sea, di el viejazo con todo. En Bolívar, hace mucho, las chicas nos reíamos de las abuelas con el pelo violeta por el matizador de canas que ahora me recomiendan y de los viejos que caminaban agachados, con figura de número siete, como la mía si no voy al quiropráctico que me endereza hasta que tengo que ir otra vez.

En la oficina donde cobro mis quincenas me dejan trabajar en casa desde hace mucho. Voy cada tanto a firmar la nómina y me encargan por email redactar o editar algo de vez en cuando. No digo que lo hago con los ojos cerrados pero en eso no siento bloqueo, es oficio y lo ejerzo rápido.

Converso en Facebook. No voy ahí a exhibir selfies ni genealogía familiar, aunque subo alguna que otra foto, de vez en cuando, ni a impulso causas ni denuncio por sistema, aunque a veces me quejo de algo. No milito en las redes. Voy a departir, a conversar como en un café. En Guadalajara todavía quedan algunos cultores del perdido arte de conversar y converso con ellos tecleando, cuando se da. No son contactos virtuales, hablo con los que ya conozco, aunque los veo poco en vivo. Comentamos lecturas, compartimos chistes. En la comarca del face por donde circulo hay gente de buen humor. Cuando me sale teclear algo que likean mucho me siento realizada un rato.

Metida en casa, me siento a escribir y no escribo. No me alejo de la pantalla, ahí sigo a costa de las vértebras lumbares, pero lo que tiene que salir no sale. Me duele escribir lo que traigo en la cabeza y me fugo por otra ventana. Se me nubla la mente. Cuento mi vida, lo que quería. Escoger es difícil. Recapitular duele. No es historia de triunfos. Como los mimos de plaza que imitan a Marcel Marceau, interpreto el repetido sketch de tantear las invisibles paredes de mi imaginario encierro. Lo que escribo describe mi impotencia como no la había visto antes. Antes había futuro. Ya no lo hay, o no puedo verlo. Me acosan todos mis pasados.

Lo que escribo del pasado remoto está muy repasado y sale. Lo reciente no lo veo bien. Lo veo de muchas maneras, así o así, como lo verían oyentes muy diferentes. No sé qué es lo cierto, lo que vería en lo que digo tal o cual lector sin conocerme, quererme o y sin detestarme. Algunos ejercicios de memoria no me hacen dudar. El repaso de mi trayectoria laboral muestra una clara cadena de huidas, de cierre de todas las puertas que se entreabrían y podían haber evitado mi sentimiento de fracaso. No quiero ser patética. Me releo en veces expurgando patetismos. Por eso tardeo, porque cada vez que me releo con ojos distintos veo lo que no vi antes. Los ojos distintos los busco leyendo otras palabras, otras voces por cualquier lado. Marcel Proust cuenta en la Recherche que cuando le publicaban sus primeros artículos en periódicos, ocasionales, mucho antes de poder empezar su gran obra, y salía caminando la ciudad de París de antes de las Guerras, que era un pueblo, lo felicitaban conocidos que se cruzaba y lo habían leído, y él desandaba el camino y volvía a casa a releerse con los ojos de cada uno de esos lectores particulares. Yo renuevo mis ojos lectores leyendo lo que sea, deambulando por la aldea global. No soy el joven Proust, soy una señora mayor que nunca publicó.

No es mi primera crisis, es la más honda y la más persistente y empezó en Buenos Aires. Qué pasó en Buenos Aires. Qué no pasó.

Antes de volver vi a mis hermanas, que son dos y no viven en Buenos Aires pero a veces caen por ahí. Mi historia con ellas fue el cuento de Cenicienta, así me la conté, pero siempre quedan ganas de armisticio final y traía esa esperanza,

A una la vi en Bolívar, en la casa donde crecí, en la que seguimos llamando mi casa aunque no vivamos en ella, y me horroricé. La casa muy envejecida era previsible, pero no atacada, destruida a propósito. Mi hermana enloqueció y padece el síndrome de acumular basura hasta hundirse en ella, que tiene un nombre que no recuerdo. Su persona es otra. Era esbelta y me perseguía cuando engordaba. Ahora no pasa por las puertas. No puede caminar. Vive entre nueve perros que devoran los muebles, echa desinfectante y todo huele a eso, será por las pulgas. Fue científica de alto rango y dejó de serlo. Es madre de cuatro hijos que ahuyenta con violencia. No puede hablar, sólo insultar. En su presencia yo tampoco pude hablar y cuando me fui, me sentí ella, me dejé invadir por su locura.

Con la otra no me identifiqué nunca. Mi memoria de ella es de su aversión. Era la que me leía los diarios escondidos para acusarme, la que instigaba los castigos. Sigue sintiendo esa aversión y se alaba sola, mala combinación. Durante unos meses me cita en cafés una vez al mes, cuando viaja, donde y cuando ella determina –no quiere ir a mi casa ni que yo vaya a la suya, que están a pocas cuadras, ni quiere ir al cine ni a comer juntas, como le propongo. Dice que no le interesa intimar. Asisto a breves encuentros para oírla defenderse enumerando sus méritos. Tampoco puedo hablar yo. Ella sí ha escrito libros, varios, que yo no puedo leer aunque lo intente. Como algunos trabajos académicos que edito, me parecen ecos de citas que no cuajan en una voz. Cuando le digo que sería más justo que esos encuentros fueran donde y cuando ella quiere una vez y a la siguiente quiero yo, se acaban.

Mis dos hermanas se alaban solas. No tuvieron abuela. Sí conocimos una abuela, Santina Canepare, pero estaba loca. Y mamá también. Mis dos hermanas hablan de matar. Una dice que no invite a la otra a mi casa porque me va a matar. Verlas y oírlas me irrita el colon irritable, me duele en el alma, pero matarme, empujarme por el balcón, apuñalarme, ahorcarme, eso no lo temo, en los hechos. Ellas lo dicen en serio. Huí de mi familia sin medir el insondable dolor, el odio de estos vínculos.

Busqué y reencontré al galán de juventud que seguía vivo en la memoria de su cuerpo y la idea de una irrepetible conjunción de amor y deseo. El deseo se podía volver a encender y, créase o no, se encendió, hasta fui entendiendo por fin lo que leía en la filosofía oriental: que no es indetenible ni ese ni ningún deseo, que se enciende y se apaga a voluntad. Me distrajo de la maestría comprobar que no hubo antes ni podía haber después conjunción de la afinidad del cuerpo con más entendimientos. Había llegado la hora de jubilar también el aliento del romanticismo. Como otras obstinaciones mías que se deshacían, había que aprender a vivir sin ella. Sin esperar reemplazo.

Mi hija descubrió mis defectos y abrió batalla también en Buenos Aires. Ahora pelea en Skype. A veces quiere ser vista y oída, y chatea en paz, a veces comparte a distancia una calidad de la inteligencia que revive a su padre y maneras de observar que delatan mi herencia en ella, pero lo mío

actual le resulta tan intratable como a mí la senectud de mi madre que avanzaba en sus cartas y no pude ir a acompañar.

La verdad, sea lo que sea eso, es que volver a Guadalajara resultó una pálida que te la voglio dire.

Si fumo marihuana vuelvo a ser optimista. Se me suelta la inspiración, sueño despierta como hice siempre, con o sin mota, pero más y veo, entre tanto que veo, párrafos redactados que no llego a escribir. Sufro menos y engordo mucho por el efecto monchis. Sueño despierta. Subo a la nube de marihuana para volver a reírme, para sentir el color y la música. Fumar marihuana me lleva a fumar Marlboros. Como me hice pacheca cuarentona y yo sola, no en la banda adolescente, nunca aprendí a forjar porros y a las pipas no les doy el golpe, así que relleno puchos a medio fumar. A los dos hábitos los había dejado con ingentes esfuerzos y los vine a retomar cuando los fumadores de mi camada, activos o superados, van cayendo como moscas con flit.

No quiero ver a nadie ni que me vean, me exilio en mi mismidad. Mi amiga mexicana que vive en Londres y fue a ayudarme a desempacar en Buenos Aires me llama todos los días. Eso sí tengo, esta amiga. No se me parece. Es alta y escultural como las modelos y fue deportista, lo es, porque eso no se pierde. Es movida y práctica, hace amigos por donde va. También es prudente a la mexicana, de trato, sabe guardar secretos. Le gusta escuchar más que hablar. Le ha de gustar como hablo. Si alguna vez quiere ser escuchada, le doy mi atención plena. Me aconseja por whatsapp en asuntos cotidianos y trascendentes. Me oye con paciencia materna. También hablo con una amiga filósofa en ciudad de México, no tan seguido. Lupe me asiste en todo y dice creer en mí, que tardo pero al final hago las cosas bien. Hay más gente, pero no estoy para alternar. No poder con la tesis me hace esconderme del mundo. ¿En todo migrante forzado hay una pizca o un toco de autodestrucción?

Un día digo basta y gogleo buscando un médico del rubro Adicciones en Doctoralia, guía digital de profesionales con opiniones de usuarios. A varios y varias psicólogos que conozco en Guadalajara no quiero ir por haberlos frecuentado en otros terrenos. Elijo por la mirada en la foto del perfil más que por curriculum, aunque también lo leo. Llamo y empezamos enseguida. Es el número quince de mi prontuario de terapeutas, psicoanalistas y similares, unos de largo trato y la mayoría de paso, por mudanzas o decepción expedita. Esta vez me fue bien. Fui dispuesta a someterme de urgencia en camisa de fuerza y reclusión hospitalaria, pero quiso conversar el psic. Encuentro oído atento y conversación cordial, de reflejos rápidos, y género masculino, una variación compensatoria del reducido gineceo en que vivo. Le veo interés por la historia que cuento y curiosidad por la información pública incluida en mi relato. Acepta leerme y me parece que le gusta lo que lee. Ese interés me anima a escribir lo que falta y a dedicarle mi continencia de humos. A los pocos meses de exponerlas en vivo y en directo encuentro motivación para cortar las adicciones de un tajo. Puedo mostrarme crispada en su consultorio en pleno síndrome de abstinencia, y hasta reírme de eso. Es compañía comprada pero funciona. Así de fácil. Así me animo a completar la maestría.

II. 17. YO HOY

"Estoy segura de que en la cuna mi primer deseo fue el de pertenecer. Por motivos que ahora no importan, debía de estar siendo que no pertenecía a nada ni a nadie. Nací por nacer." Clarice Lispector

Yo al exilio, al destierro, no lo conocí cuando me fui a México en el 76, ni cuando salí de Bolívar en el 68. No acabar de estar, no saber cuál era mi lugar o si tenía lugar, fue lo mío desde el vientre materno, fue lo que viví en mi breve coexistencia familiar primera y volvió a ocurrir en las ciudades que habité y en las ciudades dentro de ciudades que fueron los grupos que fui atravesando en ellas. No me daba cuenta mientras iba pasando. Eso se va viendo después por comparación con los que sí se arraigan.

Todavía siento que no tengo lugar en una casa grande y mía donde hay que andar muchos pasos para ir de mi cuarto a la cocina, con plantas que regar por donde se mire, en tres patios, y dos gatos que me siguen como perros. Viví aquí con una familia que fue mía, que yo hice y duró unos veinticinco años, pero terminó, dejó muchos conocidos, pero no una comunidad. Tengo casa pero me hice a no tenerla desde que tengo memoria. No es que dormí a la intemperie, como tantos otros radicalmente excluidos, expulsados de este mundo, es que no me sentía en casa, nada era mío en las casas donde me crié y por donde transité después, unas veinte.

No es que no hablé ni me entendí con nadie. Hablé y sintonicé con muchos. Los encuentros parecían comienzos, pero eran episodios. Los mejores diálogos, la mejor compañía, los tuve con varios que ya murieron. Casi todos ausentes ahora los que me hicieron lugar en ellos.

Los exiliados de 1976 en México volvieron y se reintegraron. Volvieron con aura o fueron aureados, aureolados. Algo de esa aura me alcanzó cuando volví en 2010 y hasta a mi hija cuando dice ahora su parte argentina. Lo mencionas y ya tienes etiqueta, te dan por sabida. A mí nadie me obligó a quedarme en México, país que amo aunque le vea las sombras, que me afectan menos que la sombra argentina. Me quedé porque me había casado y no viajé seguido por falta de plata. Acompañé a mi marido con la gente que él trataba, amigos y conocidos, creí que eran amigos míos también y no lo eran, o sólo algunos, además bastante mayores, que fueron muriendo, como mi marido mismo. Hubo una etapa de sociabilidad intensa pero fue eso, una etapa. Yo por dentro me sentía rara, algo impostora sin proponérmelo, sin decir ninguna mentira deliberada.

Lo que venía de antes y siguió después es el sentimiento de estar afuera, de estar viviendo una vida que no era propia, sea lo que sea eso, aunque para otros experiencias semejantes no susciten ese sentimiento de vergüenza indecible, que no fue consciente hasta recapitular esta historia, una inhibición que impide tomar lo que está a la mano y se quiere, unirse al calor gregario que se sabe que existe por lecturas o referencias de otros. Entrevisté a migrantes centroamericanos en camino a Estados Unidos,

en esta misma tesis, que se sienten triunfadores en su desesperada huida de la muerte segura hacia la muerte probable, del “te mato si no matas para mí”, al penoso camino que sobreviven cuatro de cada cien para entrar a un país donde van a vivir escondidos, si logran pasar al otro lado del alto muro que todavía no levantan pero no podrá detener los pasajes por los incontables túneles subterráneos de la frontera más larga y sangrienta del mundo.

Desde Freud se dice, y así lo he aceptado, que ese sentimiento básico, fundante, de pertenencia, se cultiva en familia, el lugar donde las vivencias de un niño, una niña, pueden pasar de vergüenza ocasional a vergüenza profunda. El castigo corporal contiene la comunicación, no de que esa niña, niño o niño debe retractarse de una equivocación, una culpa puntual, sino de que es mala, y entonces se incuba la culpa que invade todo, que se carga toda la existencia y lastra más que el dolor físico. La crítica despreciativa, la crueldad, los castigos desmesurados (vedar a una niña de quince años las fiestas de quince porque en una de catorce bailó “cara a cara”, o decirle día tras día que tiene taras mentales si no es abanderada o escolta de la bandera en la deficiente escuela de monjas donde se distraía en clase, configuran el universo de vergüenza de toda una vida.

Pero la familia es célula de la sociedad y en la familia que digo, en la clase media de inmigración reciente sin arraigo seguro, como sucede hasta la tercera generación, y sin hijos varones para consolidar la prosperidad, el lugar social fue asunto de mujeres, había que cuidar era que las hijas no desbarrancaran en la mala fama del pueblo, es decir el descrédito matrimonial. La castidad y la hipercorrección, las buenas notas del colegio, más que el saber, eran requisitos del ascenso social femenino. Y ser linda pero no ofrecida, darse a desear, ser distante. Barrera racial no había para esa clase media en ascenso de origen migrante de la provincia de Buenos Aires. Los negros eran otros. Con vestidos confeccionados por la madre que no fue a la escuela pero aprendió a coser, nos veíamos como las hijas de sectores de integración más avanzada, que parecían de clase más alta si tenían más plata, aunque inmigrantes más o menos recientes éramos todos en ese mundo, y veíamos con reserva a las que, con el mismo origen, no interpretaban la moda de tal manera o tal otra.

El nivel escolar más alto alcanzado por alguien de mi familia, por mis padres, fue el tercer grado de primaria, mi madre, y mi padre clases particulares de cuentas y primeras letras en una aldea castellana. Que era yo primera generación escolarizada lo sabía y era la historia de muchos. Mi marido me lo hizo notar como mérito de mi desarrollo posterior, pero no llegué a calibrar los efectos de esta condición hasta que el profesor Carlos Mangone, en la maestría UBA-FSOC, lo preguntó en un cuestionario escrito donde la mayoría de los maestrandos resultaron hijos de universitarios. Los abuelos no habían pasado por ninguna escuela, aunque se suponía que sabían leer. Ahora lo dudo, porque a la abuela que conocí nunca la vi leyendo. Murió a mis diez años, no tuve tiempo de preguntarle. Se ponía lentes para remendar medias pero ni miraba el diario local, que ahí estaba. Los avisos necrológicos se los leían. Los figurines de moda de Gath y Chávez traían dibujos, los encargos pudo haberlos redactado otro de su parte.

Mis padres sí escribían. Papá, muchas cartas a su madre en España, que las quemaron, con lo que hubiera querido leerlas yo, pero los borradores con lápiz y muchos tachados del discurso que no sé si llegó a leer en la Federación Agraria, me dijeron que se soñaba escritor, y era lector. Mamá me escribió desde que me fui de casa bastantes cartas con recomendaciones y chismes que transmitían la gracia de su habla oral, que la tuvo. A pesar de los errores de ortografía y puntuación –horrores, para mi yo editor–, los dos fueron expresivos por escrito. Quizá el trabajo editorial, mi desempeño laboral de corregir escritos ajenos, de perder el sueño por si un punto quedó en letra bold o en cursiva, del reacomodo sintáctico más allá del deber, el fungir como guardiana de la corrección lingüística mía y de los otros, y de todo el orbe hispanohablante, porque no puedo dejar de marcar hasta los errores de libros y revistas que leo, haya sido redimir la ortografía de mis padres, misión ordenada por las faltas de origen.

No haber tenido la seguridad de una familia unida, de una clase social, un país, un territorio donde sentirme en confianza, no fueron pensamientos míos del todo presentes hasta escribir esto. No fueron materia de mis consultas terapéuticas. La escuela, en mi infancia, decía que todos éramos argentinos y lo creí sin cuestionar esa supuesta esencia. Los parientes más viejos no hablaban de los países que habían dejado, querían o debían olvidarlos. Yo me creí (por dentro, sin comentarlo ni pensarlo mucho porque en México me quedé sin testigos del pasado argentino) un caso de superación cultural. Habiendo crecido entre gente que no sabía hablar bien y no conocía más arte que dibujos de gauchos enfurecidos de pinceles locales, Castagninos degradados, invité a cenar en mi casa y conocí las obras de pintores de vanguardia internacional, premios Nobel de Literatura y cineastas ungidos con el Palmarés de Cannes. Algunas amigas que buscaban mi confianza habían estudiado en la escuela Le Rosey de Suiza. Muchos me decían piropos y aplaudían mis palabras, cuando me soltaba, porque los mexicanos son lisonjeros. En México había cambiado sin proponérmelo de clase social, o de sector sociocultural, porque así sucedió y no me detuve a medir cuánto de mi no poder provenía de la impotencia primera de los míos, y de mi impotencia entre ellos.

Cómo iba a asimilar así nomás tanto cambio, si fui alguien que iba a la cama con un candelabro de vela encendida en casa de su abuela, que hizo su primera llamada telefónica a los dieciocho años, en Buenos Aires, porque en Bolívar sólo había visto sin llegar a usarlo el teléfono de una casa elegante, de esos colgados en la pared, por los que se hablaba de pie con un enorme tubo descolgable de ribetes dorados.

La gran carencia no fue cosa de pobreza monetaria. Hubo propiedad en mi origen. No imponente pero más que suficiente: una chacra grandecita, próspera y hasta modélica con casa bonita, tractores y máquinas nuevas compradas en tiempos del desarrollismo de Frondizi, una casa grande y hasta señorial en plena avenida de Bolívar y dos autos, la camioneta para ir al campo y otro elegante para dar vueltas por la avenida. Todo era recién comprado con esfuerzos que no miden las niñas y quedó perdido al morir el padre, por falta del hijo varón que hubiera trabajado el campo. Que todo era

más precario de lo que parecía se reveló después, pero pobre no me sentí hasta verme en mi casa vacía, al volver de la maestría en Buenos Aires.

Lo que hube fue locura en mi familia primera, las formas de locura que engendra el desarraigo, traumas de los ancestros, y los traumas, dicen los que saben, perduran hasta por tres generaciones en el ADN y en la memoria social, aunque esté obturada, y más cuando es así.

Cuando me vi sola en Buenos Aires en los primeros años setenta, al fin del profesorado, hice lo contrario de lo que me habían enseñado o eso creí. Respondí con la rebeldía que se proclama y se actúa sin sospechar cuánto siguen circulando por dentro la sumisión y el temor, o el acuerdo. Me subí al tren de la militancia al que se subían todos y adherí con fervor a la llamada liberación sexual, que consistió en tener muchos novios. Amantes, para decirlo sin recurrir al eufemismo común a mis dos países. Faltaba mucho para entender que los amantes, así, uno detrás del otro, no se asocian ni se unen, ni se relacionan ni se vinculan, ni se conectan ni se enlazan, ni se rozan; se esperan en una cita a la que no llegan, aman la común ausencia.

Las obligaciones y rutinas diarias las soportaba mal. Añoraba estar en otro sitio, alejarme de lo cotidiano que variaba en cada etapa. La vida que vivía no era la mía. Intentaba convertirla en mi vida, ésa era mi lucha, pero no lo conseguía, la añoranza de algo diferente minaba todo, hasta lo mejor. En ese debate pasó mi vida.

Así quedé desobrada, veo ahora, aunque quizá no haya sido tan poco lo que hice, sobreviviendo. Al contarme, ahora, eludo melodrama, trato de traducir la melancolía que puede haber en mi relato en humor o ironía, evitar el patetismo.

La edad resuelve dilemas. Ya no hay tiempo de vida para gran cosa, afuera, pero todavía puedo desenojarme con lo que no fue. ¿Cómo se digiere la frustración y se convierte en optimismo si queda poco tiempo y no se tiene energía ilimitada?

Atravesar el final de las utopías particulares y colectivas antes alentadas y sobrevivir. Una vez más, haber querido morir pero no morir. Ya no tirarse a un tren, ahora ayudar, algunos días, al breve descanso de los que bajan del tren La Bestia para volver a colgarse del mismo tren uno o dos días después. Ya no enajenar la imaginación en amoríos ni sufrir porque tal amiga no me dedica su atención constante, dejar de drogarme porque no soportaba tanto perder, dejarme vivir sin principios ni finales, no ocurrió de repente, ni sucedió sólo por influencia del quinceavo psicoanalista. Abrazar la soledad sin amargura fue labor de meditación, de construir calma en el derrumbe. Para eso hay maneras, yo aprendí algunas y en soledad tuve tiempo de practicarlas.

Cuando la tensión física y el pensamiento discursivo, el lenguaje analítico que divide para conocer, se aquieta en la meditación, la autoindagación regala síntesis espontáneas, epifanías de un conocimiento del que no se duda. No se trata de hacer nada, sólo reconocer esa conciencia, que es serenidad dichosa aunque se esté sufriendo tal o cual circunstancia. No es la felicidad que se alcanza

como meta lograda, que acontece como risa inesperada, sensibilidad que se suelta, alboroto sin plan. Es aceptación serena de lo que hay, reconocimiento de alegrías que no se registraban.

¿Hablo de iluminación, de haber ascendido a otro plano de la existencia? No, hablo de un principio de calma, de una comprensión que atisba quien se pone a mirar la vida al revés, desde el final cercano al principio lejano, y los ve como unidad. Unidad con hilachas, observación desde cierto punto de vista, desde cierta voluntad de relato, con datos suficientes para sustentarla.

Parece que el pasado es pasado y el futuro es futuro, pero la energía, Einstein lo dijo y lo dijeron antes los Vedas, no se crea ni se destruye, sólo cambia de forma. El futuro va a seguir siendo presente.

Cuando han muerto los que amamos y nos amaron, cuando lo que se esperaba ya pasó, el ciclo de vida y muerte se vuelve interior, el exilio va siendo la Tierra misma y se siente en los huesos. Verse envejecer, saber cada día que morir está más cerca y que los deseos más sinceros se van a reducir a nada produce desesperación o inspiración. El mundo va adquiriendo la cualidad del silencio, aunque los noticieros griten, y el silencio engendra reminiscencia. Disuelve los pensamientos de la inmediatez y abre la mente al silencio de la contemplación. Esto puede ir sucediendo mientras se batalla por redactar un escrito, o mientras se hacen piruetas por pagar las cuentas o se atraviesa el terror senil de las actualizaciones de software, las mil y una contraseñas y las transacciones comerciales vía internet. Y es reconfortante.

¿Será una forma paradójica de la pereza atiborrar las vidas de actividad compulsiva para que no quede tiempo de oír lo que dice el silencio? No tengo respuesta segura por no haber conocido la actividad gozosa de los artistas realizados, los que pueden trabajar en lo que les gusta y hacen grandes obras.

Alguna inteligencia hay, me digo, en poder sostener al mismo tiempo pensamientos opuestos, tendencias divergentes del sentimiento, en poder residir en la paradoja, en los diversos fragmentos de lo que somos, en traspasar la lógica de que si algo es una cosa, no puede ser otra. Asistí a mi derrumbe y resucité. No en un momento. Fui muriendo y resucitando en procesos simultáneos, siendo otra y la misma. Me atormenté por lo que no pudo ser y fui dejando de atormentarse, de esperar. Cuando ya no se espera nada específico, se pasa a una espera sin objeto, una espera meditativa. Esperar, dándole cara a esa certidumbre o mirando para otro lado, se espera la muerte y esto no es pesimismo derrotista. Ya dijo el griego que filosofar es ejercitarse para morir.

Lo que vi al recordarme es que fui incapaz de hilar una teoría, de ganar una discusión. Me faltó la potencia de la decisión de una intelectual exitosa que da clases, asiste a congresos, escribe libros y la entrevistan por eso, como supuse que iba a ser. Fue mucha la energía, mucho el tiempo y los esfuerzos dedicados a ser fiel a lo que creía que debía ser y hacer, sufriendo por no serlo, sosteniendo esa continua identidad fallida donde todo cambia.

Perdonarme alivia. Conversar también, ya con menos interlocutores vivos y con muchos en lo que escriben. Conversar es la diversión de la madurez. Hablar con gente que sopesa cada palabra que dice, que no habla jergas de tal o cual club de datos, que parece haber perdido el habla para recuperarla en un idioma que parece nuevo, que dice las cosas por primera vez.

Si recuento los costos de la migración, ¿pienso que es un mal? No. Al contrario. Mis ancestros migraron para evitar perjuicios mayores en sus lugares de origen y yo también. Migrar me salvó la vida cuando peligraba y me abrió la cabeza, me obligó a observar y reaprender lo que pensaba de las personas, de las costumbres y de mí misma, a transformarme para poder estar. Los países que reciben inmigrantes se benefician con nueva sangre, nuevos brazos, otros modos de hacer. La migración renueva, sacude la rutina y la comodidad. Cuando los países se cierran pierden vitalidad. La continua necesidad aprender que impone cualquier condición de extranjería al huésped y al anfitrión trastoca el orden predecible, la comodidad que se pretende eterna.

Hay historias de migrantes más desdichadas que la mía, mucho más, la mayoría. Basta ver las noticias para atisbar su dimensión trágica. También hay historias de triunfos rotundos gracias a la migración. La mía pudo ser más exitosa y no lo fue, pero no es tragedia, aunque así haya sentido mi ambición difusa, incapaz de reconocerse y avanzar hacia lo que quería. Creí tener la gracia, el poder de suscitar atención y afinidad con mucha gente que iba a querer leerme, escucharme, verme. Ocurrió en privado algunas veces, no en lo público. Cómo iba a ser, si no escribí libros, si no tuve actividad pública, ni siquiera la intenté, sólo ensoñé.

Ser extranjero, y ahora lo soy en todas partes, es también una manera de ser libre. La no integración puede ser una libertad. No estoy integrada en ningún lado. No soy parte activa de un grupo humano.

Vivo en México, donde se vive desde hace años una emergencia normalizada y una tragedia humanitaria descomunal por secuestros, desaparecidos y asesinatos, de narcofosas, de tortura y violencia sexual, de impunidad. Cuando hace dos décadas, leía noticias de un cuadro así en Colombia, decía cómo se quedan, cómo no huyen. Ahora sé que no cambia de país así como así, y menos cuando ya se ha hecho antes. Me quedo porque en mi casa hay silencio y sol, porque cobro un salario y porque me gusta cómo se ríen los mexicanos, hasta en las tragedias.

El Gris duerme encima de mi cartera en el escritorio. Llegué de un fin de semana lejos de casa y vino a enterarse de los pormenores del viaje. Conocen así, los gatos, que por algo fueron deidades de los egipcios, conocen por ósmosis con las partículas que se me hayan adherido en el camino. Pueden oler, o recibir por el sentido que sea, por su pelo y sus bigotes, lo que quieran saber de lo que huelen, la huella de cada lugar por donde pasó, cada mano que lo tocó, cada suelo que pisó. Para eso se acuestan en los zapatos que acabo de quitarme y en la ropa usada tendida en la silla del dormitorio. No lo hacen con los objetos recién llegados de una tienda. Les gustan las cosas con historia que contar, un cuaderno, unas fotos, algo que me vino de mis ancestros. No se apropian de las cosas como los perros. Se

conectan con la vibra entremezclada, se enteran y las dejan, a las cosas. Cuando cambio los muebles de lugar, los reestrenan durmiendo sobre ellas. Cuando los veo en pose de postal y les acerco un almohadón para la foto, lo desprecian. No aceptan límites de libreto. Me aceptan a mí y no me juzgan. Me piden comida y agua. Por lo demás, no saben de codicia. Conocen mis estados de ánimo y los acompañan. Los animales si son quiénes para acompañar.

II. RELATOS BIOGRÁFICOS: HISTORIAS DE LUPITA

I. 1. JOVITA HERNÁNDEZ Y LUPITA DIEGO

Quién iba a adivinar cuando nos conocimos, cuánto nos iba a unir el vínculo que iniciábamos. Yo no. Y ella menos. Lo nuestro fue cosa de tiempo.

Tendría unos veinte años ella, calculando sin certeza los que dice tener ahora, y yo unos treinta y tres, cuando entró a casa como empleada doméstica. A los quince había llegado a la ciudad de México desde Huitzitzilingo, lugar de colibríes, en el estado de Hidalgo, y yo de la Argentina a los veintisiete. Unos cinco años de chilangas cada una, teníamos. Atando cabos creo que dejó el rancho cuando perdió, porque se fue al otro lado y después volvió y murió, el único prospecto de novio que tuvo. Y para trabajar se fue ella a México.

Lo primero en la gran Tenochtitlan fue ir a presentarse a la Virgen de Guadalupe. No fue al Zócalo, centro del imperio colonial y del México moderno, y antes de los aztecas. Fue a la Villa. Dieciocho o veinte kilómetros desde Iztapalapa a la Villa, ida y vuelta a pie por la jungla defecha con el hermano mayor, de nombre Juan Diego, como el indio al que la Virgen le habló y le estampó en la tilma la imagen que México adora. Indio que ya no es, Juan Diego; se fue mestizando hasta verse casi español, cuando alcanzó la santidad que vino a reconocer el Papa Wojtila en el templo de la Villa de Guadalupe. Templo enchapado en oro, con escalera mecánica para ver la imagen de paso sin entorpecer el tráfico de tantos feligreses como sólo el Vaticano supera. La imagen chiquita en una pared de oro, o dorada, de varios pisos de. De subida se ve a la izquierda, a media escalera. Muy cerca de los que pasan pero no tanto como para tocarla. Por ahí se puede pasar las veces que quieras. Sin detenerte. Lugares donde rezar en soledad y quietud o en éxtasis colectivo hay más, muchos más. Oratorios son lo que sobra en la Villa, la ciudad de Dios que trepa y desciende por el cerro del Tepeyac. Seis templos en tres siglos, cada uno más grande y moderno que el otro y todos llenos, cada uno con sus fieles. El más frecuentado ahora, el de abajo, alberga la imagen que albergaron antes los otros. En lo más alto del cerro sigue estando el primero, chiquito, en el lugar de la aparición, donde antes de los españoles los aztecas adoraban a la diosa Coatlicue. En ese templo chiquito donde no pasa el tiempo siguen cantando

sin tregua los mismos hombres pequeños, cetrinos, soldaditos de la Guerra Cristera, o sus nietos o tataranietos. Mismos calzones y camisas de manta, mismos olores, mismas fajas rojas y mismos estandartes que rezan “Viva Cristo Rey”.* A los lados de los senderos para subir y bajar el cerro hay cuevas en la roca, pequeñas, con la imagen al fondo y velas y velas que prenden cada día y dejan chorreando en estalactitas de cera los que van a orar o llorar y meten la mano y dejan ahí sus exvotos. Lo que no cree quien no lo va a ver con sus ojos es la feria de más abajo, a un lado de la entrada, en la explanada, donde se vende de todo. Playeras estampadas con los deseos de los devotos. Exvotos esculpidos en obras de orfebrería en minniatura con los motivos de ruego: manos y piernas, corazones, pulmones, niños, autos y casas. Unas bolsas del mandado, como cualquier bolsa de compras de cualquier mercado de México, de hilos de plástico, pero con la Virgen y su halo dorado y sus flores, todo estampado de lentejuelas, que alguna diseñadora de moda de hace unos años llevó por el mundo como expresión superior del *glam kitsch*. Mucho color, mucho ruido y mucha comida para comer de parado, buenísima comida toda. Mucha algarabía, mucha unción y harta fe. Ahí fue Lupe en cuanto llegó a México.

En una casa donde trabajó entraron asaltantes y los maniataron a ella, al abuelo enfermo que cuidaba y dos nietos chicos. Robaron, huyeron y los dejaron atados. Los desataron después los patronos, ilesos.

Cuando llegó con nosotros no hablaba español, casi, y menos leer y escribir, de eso nada. Eludía la mirada. Era y sigue siendo bajita y delgada, huesuda y más ancha de hombros que de caderas. No es “chaparrita cuerpo de uva”, rellenita como tantas otras. Es enjuta. Se trenza el pelo hasta abajo de la cintura y lleva la trenza suelta. No se lo corta. O se lo corta una vez al año, pero en su rancho, en cierto día y en el río. Tiene mandíbula y pómulos prominentes, mejillas hundidas y la boca ancha. Una calavera fuerte, repetida en muchas figuras prehispánicas.

A los varios meses le dije que veía restos de tortilla –de tortillas de harina, el pan de México– en los cajones de los cubiertos. La llamé, abrí un cajón y dije acá hay que limpiar. Se lo dije bien, me pareció, pero la vi arrugarse como le hubiera rociado un ácido. No volvió a ocurrir un reclamo así o no ocurrió en mucho tiempo, cuando yo ni me acordaba de escudriñar rincones aunque ella bajara la guardia con la limpieza. Las cosas de la casa iban a seguir siendo materia de discusión a veces, pero cada vez más previsibles, con guión repetido. De tanto discutir conmigo y oír discutir en casa aprendió a contestarme sin timidez y hasta desafiante, justificándose por otros quehaceres y haciéndome retroceder, moderar pretensiones, a veces con razón. Llegó a excederse algunas veces conmigo cuando aprendió a rebelarse. Dejé pasar los excesos hasta que ella sola fue dando cuenta cuando era injusta y a su manera se retractaba en los hechos, no de palabra. De palabra mucho después. Su principal defecto es el orgullo ciego que le hace resentir como ataque la más mínima observación. Pero le tuve paciencia. Y ella a mí. Nos necesitábamos.

No es que no hubo encontronazos. Discutimos fuerte tres veces, o cuatro, en los casi treinta años de nuestro contrato, y esas veces se fue. No sin avisar, como hacen las muchachas del servicio doméstico, pero cuando yo andaba más complicada. Se nos iban juntando incomodidades y reproches hasta que explotaban y ella se retiraba una temporada a su rancho. Siempre me llamó la atención esa libertad de colgar el trabajo por tiempo indefinido, con tantas necesidades. Me parece que provocaba el malentendido para tomarse vacaciones largas y volvía como a los tres meses, previo galanteo telefónico. Cuando volvía, quería que le volviera a enseñar todo lo que yo quería que hiciera, como a empleada nueva. Eso hacen allá las muchachas: en vez de vender antecedentes, hacen como que no saben nada para que la patrona demuestre lo que quiere de ellas y hacer sólo eso, aunque sepan hacer más y mejor. Conmigo la pose de nueva duraba una semana. Enseguida retomaba el mando y yo me podía ir a pasear por otros planetas hasta la siguiente crisis. A eso venía, a mandar, y eso quería yo, alguien que mandara. Le gustó sentirse importante para gente tan diferente, lo que menos hubiera imaginado cuando nos conoció y le parecidos extraterrestres, los primeros extranjeros que trataba.

Lo de hacerse las que no saben trabajar en las casas me lo explicó ella misma cuando me dejó por los narcos. De las tarifas del mercado, con nosotros cobraba la más alta. Yo las veía en el periódico, a las tarifas. No hay ley del servicio doméstico y te enteras en los avisos clasificados de oferta y demanda, o les preguntas a tus parientas, que yo no tenía. Si no hay gran confianza, las otras mujeres no dicen la verdad en asuntos domésticos, antes te cuentan de sus amantes que quién es su electricista o cuánto le pagan a la muchacha. Pero los narcos siempre pagan más. Ya me venía contando Lupe antes de esa separación, con medias palabras, que a tal sobrina o tal otra los patrones la llevaban seguido a la playa en avión, y no cerca, por aquí a Manzanillo o Vallarta, se iban al Caribe por muchos días, y que el trabajo era fácil y pagaban bien. ¿Qué negocio tienen los patrones? No lo sabía ni lo preguntaba. Otra sobrina había trabajado con unos que vendían zapatos un mes y al otro mes otra cosa y así varios negocios. De Sinaloa. Ah, pos quién sabe, decía Lupe ya en tono cómplice, a ellas qué les importa si les pagan bien. Que tengan cuidado, no sea que les pase algo. Pos tienen cuidado, hacen su trabajo y no tienen por qué saber más. Acabó tentada ella también y esa vez me dejó sin crisis mediante, o la inventó para irse y arrojarme al tormento de las desconocidas, una por quincena, casi, que no daban una conmigo ni yo con ellas. Pasaron los meses sin llamado de reconciliación y no sabía nada de ella. Hasta que por fin llamó. Al segundo llamado quedamos en encontrarnos en el Toks de Plaza Universidad.

—¿Cómo estás?

—Bien, bastante bien, creo. Y *usté* cómo está. Cómo le va con su muchacha.

—Bien, ya va aprendiendo. Y a ti cómo te va.

—Bien, a mí bien.

—Bueno, pues que sigas bien. Hasta otro día.

De ahí no pasamos. Hubo varios encuentros más hasta que dio el brazo a torcer, reconoció que quería volver y yo entregué mi rendición completa. Volvió de un día para el otro y volví a darle la satisfacción de verme sacar a quien estaba en su lugar, aunque mantuviera el lavadero en orden, aunque a mí ya me fueran saliendo mejor las recetas que yo misma le había enseñado y por falta de práctica me salían peor que a ella. Entonces se despachó hablando de los patrones que había dejado.

—El señor es bien joven, treinta años tiene. Pero no sabe leer, ¿usted cree? —como si ella supiera—. La señora sí es licenciada. El mes pasado se compró siete gasolineras. Ella no es de aquí, es de Chihuahua. La otra muchacha que tienen, que está con ellos de hace mucho y es la que cuida al niño, también es de allá y dice que la casa del papá de la señora allá en Chihuahua es bien grande, como de siete manzanas y hasta con policía adentro. Ella sí ha de saber más de las cosas de ellos, pienso yo. Se iban mucho de viaje. A veces ya tarde en la noche el señor decía “Vámonos a Cancún”, y se iban y dejaban el niño chiquito, de once meses. Por eso me dio miedo, por estar solas con el niño, porque a una muchacha la dejaron con un niño y se le ahogó en la alberca, y no fue culpa de ella, fue de la otra, porque eran dos, pero igual le echaron la culpa.

—¿Y la casa como es? ¿Tenías mucho que limpiar?

—No, hasta eso, estaba fácil. Tienen pocas cosas, todos muebles nuevos. De adorno unas artesanías, pocas. Y nada de libros. No hay tanta cosa de quitarle el polvo todos los días, ni se fijan tanto ellos, por tanto que salen, yo creo.

—¿Y qué te pedían que hicieras?

—Ah pos ellos querían que les cocinara y preguntaban qué sabía hacer y yo decía que nada, que venía llegando de mi rancho. Es que nos quieren bien tontas. Me preguntaban sabes qué es esto y era la licuadora, pero yo les decía que no, o el cuchillo eléctrico, el de cortar la carne. Así mejor, para que no desconfíen que uno se da cuenta de algo. Y ya lo que quieran que haga, pues que lo enseñen ¿no?

Pero volviendo a cuando nos conocimos con Lupe, fue cuando vivimos en una privada de seis casas en Coyoacán, México DF. Los vecinos de tres de esas casas éramos medio amigos. Doña Lupe, dama mayor, suegra de su hermano Juan, empezó a venir unos días conmigo para las tareas minuciosas de limpiar a fondo libreros y alacenas, lo que no alcanzaba a hacer la chica de planta que todos los días limpiaba lo básico, cocinaba, hacía compras y ayudaba con la niña. Al tiempo tal señora se empleó para lo mismo en otra casa de la privada y trajo a Yolanda, hija suya, a la tercera casa de vecinos conocidos. Esas parientas políticas que conoció en México DF —aunque venían de otros lugares, de Hidalgo ella y de Oaxaca las otras— me trajeron a Lupe cuando todavía se llamaba Jovita Hernández. Así se presentó o me la presentaron.

Estas mujeres la marginaban —entendí atando cabos—, a pesar del parentesco político o por eso mismo. No le contaban todos los chismes que traían entre ellas ni la invitaban todos los domingos, la

dejaban sola, aunque no del todo. La criticaban por no comprarse ropa de colores, por andar vestida siempre con lo mismo. Y decían que era bruja porque es sonámbula, por temporadas. Me puse de su lado. Le regalé blusas y le empecé a buscar conversación. Busqué su alianza.

Las dos primeras quincenas que cobró en casa se las robaron la misma tarde. Iba a cruzar hacia la plaza de Coyoacán y un motociclista que pasó le arrebató el monedero que llevaba en la mano. La segunda vez uno se le puso al lado y le habló, y cuando iba a contestar pasó otro que le manoteó otra vez el monedero. Después aprendió a usar cartera colgante, cruzada, y a llevarla bien agarrada. Eso y más. Qué no aprendió.

Procuraba que yo no le tuviera que llamar la atención y me evitaba. Casi no hablaba. Lo menos que hubiera supuesto yo en ese mutismo inicial era la conversadora inagotable que ocultaba. Pero al principio ni entendía lo que yo decía. No entendía el idioma español y yo lo hablaba como argentina cruda, mucho y apurada, algo destemplada y con la entonación italianizante. Cómo me iba a entender.

Ella no pronuncia la U. Después supe que este sonido no existe en su lengua si no es en diptongo. Todo lo que iba con U lo decía como O. *Poré* en vez de *puré*. *Con ono*, por decir “con uno que me dé”, que es como se dice en México “deme uno solo”. Igual nos entendíamos, algo. Me propuse que practicara pronunciando el nombre Uruchurtu, de un regente de la ciudad recordado por sus prohibiciones, pero siguió diciendo *Orochorto*.

A mi hija, que no tenía dos años cuando llegó Lupe, se la fui confiando de a poco. Al verla tan respetuosa y tan digna me fui animando. Antes me habían ayudado a cuidarla dos o tres muchachas, pero les desconfiaba. Si dejaba la bebita con ellas algunos ratos pensaba que la podían asustar, pellizcar, hacerle algo que no pudiera contar. De Lupe no desconfié.

Yo no sabía ser patrona. De chica, en el campo, cuando alguien se enfermaba o se le cargaba el trabajo a mamá, venían a ayudar las Vicente, unas vecinas que no eran sirvientas, eran como amigas de la familia. Hasta que llegó Lupe se me hizo casi imposible esa relación, que se imponía porque allá es habitual el servicio doméstico y mi marido no ayudaba en cosas domésticas, y así evitábamos discutir.

II. 2. LUPITA PARA TODOS

Un domingo de fines de los años noventa y viviendo ya en Guadalajara, me pidió que la llevara a Zapopan, a la delegación municipal. Raro, porque no compartía los domingos con nosotros ni comentaba a dónde iba ni con quién salía, si salía con alguien. Era y sigue siendo muy reservada.

Con una excepción. Cuando vinimos a Guadalajara y ella se mudó con nosotros, de recién llegados todos comentábamos lo que íbamos conociendo. Un lunes me contó que la tarde del domingo se había cruzado con muchachas de su pueblo, menores que ella, en pleno centro, por ahí entre la Plaza de Armas y la Plaza de la Liberación, frente al Palacio de Gobierno y el Teatro Degollado.

—¿Las saludaste? ¿Te saludaron?

—No.

—¿Por qué...?

—En mi rancho los domingos se usa la blusa de allá. Los demás días, las que están trabajando lejos que se vistan como quieran, pero el domingo se debe usar la blusa. Así nos enseñaron.

Como salía tan temprano y volvía subrepticia, yo no sabía como se vestía los domingos, si se ponía o no la blusa bordada en punto de cruz. Ya me había dicho que desde chiquitas eso aprendían las mujeres, a bordar cada quien su blusa. Una blusa blanca de escote cuadrado, en el canesú con guarda de flores bordadas, geométricas, de tres o cuatro colores, y las mangas cortas, fruncidas con un hilo de color anudado en moñito. La usaban todos los días María y Rosita, hermanas que pasaron temporadas en casa —por separado, porque no se trataban, aunque en el rancho habitaban bajo el mismo techo—, con una falda fruncida de raso brillante, color turquesa o rosa fuertes, vibrantes. Y por encima un delantal de cuadrillé rosado, como de trabajo, que suman a la vestimenta festiva. Los guaraches de plástico marrón oscuro o negro, como los tradicionales de cuero grueso, pero de plástico.

Pero el domingo que quiso ir conmigo a Zapopan ya teníamos unos diez años en Guadalajara y había cambiado la forma de vestir. Porque el calor o porque ganaba más, se compraba más ropa. Ropa occidental, quiero decir. Recorría las rebajas de las tiendas caras. Me consultaba combinaciones de color. Yo decía que no podían pasar de dos, con un toque de un tercero, cuando mucho, y contrastados, no dos tonos de un mismo color. Y que más importante que combinar los colores era combinar telas, le decía también. No era criterio fácil de asumir para ella, hecha al gusto de la policromía. La blusa del pueblo no la usaba o no se la vi puesta hasta que fui a Huitzitzilingo, mucho después. Lo que más le gustaba y le sigue gustando son las playeras de todos colores, mejor con letreros que lisas, lo que más le gustó coleccionar y exhibir, lo que le traíamos de viajes y encuentros donde regalan camisetas, pero al primer fresco se ponía encima una chamarra de nylon, oscura, de esas como infladas. Las faldas siempre muy serias, demasiado, y de colores oscuros, lisos, del marrón al *bordeaux*, o al azul marino, todas iguales, rectas, grandes de cadera y bajo las rodillas, nada de minifaldas. Los zapatos de cuero o semejantes, cerrados y bajos, como de monja. Los Reebok negros que le regalé se los dejó para baldear, no pude convencerla de que eran para caminar. A los pantalones no los adoptó y quizá hizo bien porque no le sientan, le bailan mucho.

A Guadalajara empezaron a llegar sobrinas de menos de veinte años que ayudaban en casa, hasta que la tía les conseguía una colocación. En cuanto se veían con quincena en mano se vestían a la última moda, o como ellas la veían, y dejaban de visitar a la tía los domingos. No eran muy agradecidas, pero cuando había fiestas de mucha gente en casa, ahí estaban. Les gustaba venir a ver y venían preciosas, muy peinadas, llenas de moños y aretes.

Hablando con las sobrinas Lupe entendió la fugacidad de las modas y un día me dijo: “Ya entendí. Yo no entendía por qué querían unos colores y después ya no. A mí me gustaba tanto cómo le quedaba alguna ropa tan linda que tiene guardada, pero no se la pone”. Cada año le cambian. Sí, le dije, es como una ley que todos la obedecen; o los que pueden, que no son todos, pero todos tratan. Yo no, decía ella. A mí qué me importa que lo digan, si me gusta la sigo usando, y hasta mejor, así se queda más barato lo que me gusta.

A Zapopan, ese domingo que me pidió ir, le dije que la llevaba sin preguntar para qué. Lo que me informó en el camino me lo había ido diciendo en partes, sin orden, pero yo no lo había registrado como empresa inminente. Dijo que era día de sacar la credencial de elector ahí en la delegación y que iba a sacar la suya: “Es que a mí me dijeron que las personas como nosotros, que no tenemos papeles, si vamos con dos testigos y decimos el nombre, nos dan la credencial del IFE (Credencial para votar del Instituto Federal Electoral]. Por eso le dije que venga. Yo quería que viniera también el señor, pero ya sé que se cansa de estar parado. Ahora cuando estemos formadas en la cola, usted le dice a un señor que se vea bien vestido que firme también de testigo.”

Ya en la fila se me hizo fácil pedirle compartir testimonio al que estaba adelante, un muchacho que iba con la novia. Le expliqué y dijo que sí. Cuando la novia terminó —él iba de acompañante— se lo quiso llevar, pero resistió, se portó bien con nosotras. Fue rápido el trámite. Uno funcionario de mostrador le tomó declaración a Lupe anotando a máquina las respuestas sobre datos personales, sin más constancia que su palabra. No indagaron el notorio desconocimiento entre atestiguada y testigo, con la novia queriendo irse. La firma fue ardua. Sabía escribirla, la habíamos practicado, pero no ese día. Primero firmó unas hojas, tomándose tiempo, mucho, con el nombre elegido completo: María Guadalupe Diego Hernández. Para terminar había que firmar el plástico, la credencial. Ahí puso nada más Lupe y no quedó lugar para más. De vuelta, en el auto, yo dije que el apellido era lo más importante, pero que si se la habían dado igual, a la credencial, ellos sabrían. Se enojó, dijo que debí haberle dicho eso antes, y se lo había dicho, pero no se acordaba. Así quedó anotada: Lupe sin apellidos y con esa credencial ife viene votando en varios sexenios. Y hasta se acercó al PRI, que es el partido de su preferencia y la invitaron a ser representante de casilla en la elección, que no aceptó, por no ir al curso preparatorio. La razón del nombre la fue desplegando de a poco y entrecortada, como siempre. Yo le unía las piezas en un solo relato, contándoselo a mi marido en la mesa, mientras Lupe iba y venía con los platos, oyendo. A veces me corregía. Ya después, con el tiempo, decía las mismas cosas que yo, algo más completas.

En la Huasteca, que es la región donde nació Lupe y que abarca varios Estados, entre ellos Hidalgo, todos casi todos son de apellido Hernández. A ella la conocí como Jovita Hernández y las sobrinas que fueron llegando a Guadalajara al fin de la secundaria —ya había bilingüe español-náhuatl en Huitzitzilingo—, eran también Hernández, y todos los que me ha tocado conocer de esa región. El padre de Lupe fue de apellido Diego, parece, o le parece a ella, porque por papeles no tiene nadie, o ninguna

de las mujeres, o no habían tenido, pero el hermano mayor es Diego de apellido. Tal vez fuera primer nombre y se le confundía con apellido por no ver la diferencia. Se la expliqué muchas veces: el nombre de la familia, que llevan todos los parientes, no cambia, y el de cada hijo, que cambia con cada persona, lo elijen los padres. Cuando Lupe se fue enterando de que la gente de las ciudades, y hasta los extranjeros como nosotros, llevaban todos primero el apellido del padre y después el de la madre, declaró que a ella le correspondían los apellidos Diego Hernández. Jovita nunca le había gustado. La madre le quiso poner Guadalupe, María Guadalupe como la Virgen, pero había pasado con otros hijos y volvió a pasar con ella, la menor de diez, que la madre decía un nombre y el padre otro, y se imponía el padre. Así que le quedó Jovita, que se le hacía raro porque no hay muchas Jovitas. En cambio Marías y Guadalupe, Lupitas, es lo que más hay y eso quería, ser como todas, pertenecer. Si se llamaba María Guadalupe Diego quedaba adherida por todos lados al mito guadalupano, a la más auténtica mexicanidad. El Hernández lo dejó por dejar algo de su familia creo, pero al final. Así lo vio y así lo hizo.

No mucho después de que sacamos la credencial del IFE, cuando entró de presidente Zedillo y ajustó cuentas –como hacen los que llegan, con cárcel para el más odiado o el más escandaloso del gobierno anterior–, al hermano del expresidente Salinas le encontraron quince pasaportes con otros tantos nombres y algunos cambios de peluca o bigotes. Y supe de qué movida le había deparado a Lupe su identidad nacional, su primer documento, aunque fuera trucho. Y supe también que el cambio de nombre y de apellido no extraña en la Huasteca. Muchos se cambian el nombre cuando se van de su lugar, para proteger a la familia y a sí mismos, si llegan a tener problemas legales o policíacos, que los tienen aunque no quieran.

Desde que se cambió el nombre y tuvo credencial electoral, dio un periodo de gracia para que quienes le hablaran se acostumbraran al cambio, no muy largo. Yo era su testigo, me acostumbré enseguida y advertí a los demás. En casa tardaron algunas semanas, no más de un mes, con recaídas que supo perdonar. A algunos conocidos nuestros que le buscaban la boca cuando venían o llamaban les dio más trabajo. A los tres meses no admitió equívocos y a quien le decía Jovita le contestaba que esa persona había muerto. Después sólo respondía si le decían Lupe, que pronunciaba *Lope*, como Lope de Vega.

A leer y escribir aprendió con mi hija. Cuando la llevaba y la iba a buscar a la escuela, caminaban conversando en el camino. La niña recitaba lo que iba aprendiendo y se lo enseñaba. Como Lupe la bañaba y le enseñaba a cruzar la calle, le podía aceptar que la corrigiera, como si fueran dos niñas. Después comentaba conmigo lo que aprendía y yo se lo volvía a enseñar a mi manera, o a la de ella. Se lo traducía, se podría decir, porque ya había aprendido a explicar las cosas para que entendiera.

Lo más difícil fue separar las palabras unas de otras. Entendía lo que oía a grandes rasgos, sin distinguir dónde terminaba una palabra y empezaba otra. Oía un *continuum*. En cuanto pudo leer empezó a distinguir palabras, al verlas escritas por separado. Se llevaba a su cuarto revistas que andaban

por la casa. Había muchas, elegía las femeninas y leía los anuncios de los productos que ya conocía. Le gustaba verlos en fotos y aprender a nombrar lo que compraba en el super, y reconocer algo en la revista, además ver paisajes y celebridades, que también le gustaban. La televisión mostraba el producto en imagen, veía la palabra –la marca– y la oía pronunciar. Ahí se le grababa y después la reconocía en el super. Llegó a escribir los nombres de los que llamaban por teléfono, a veces extranjeros, difíciles, como los oía, en versión aproximada pero inteligible para mí. Yo decía que les pidiera a esas personas deletrear sus nombres letra por letra, pero le daba pena pedir ayuda. Cuando yo veía los mensajes, le explicaba cómo se escribía cada palabra y por qué.

Viendo telenovelas se enseñó a hablar y actuar como actúan ahí los mexicanos, cuando hacen de sí mismos para el público hispano, ruso y asiáticos diversos. Se formó en la escuela Televisa de mexicanidad. Eso cómo se lo iba a enseñar yo. Cuando fue captando fórmulas, chistes, palabras locales, llegó a decirme con superioridad, hablando de la comida, por ejemplo: Es que a “nosotros los mexicanos” nos gusta así o asá, como si yo no supiera que lo estaba aprendiendo, que en su rancho ni se come ni se actúa como me estaba diciendo. Veía telenovelas del horario estelar, el último, y algunas más temprano cuando podía. Adoraba a dos actrices de pelo largo negro: Patricia Reyes Espíndola en *El extraño retorno de Diana Salazar*, de ama de llaves que controla a los patrones, la *Jordana*, que le reveló el potencial de su función. Daniela Romo, cantante y actriz agitaba la cabellera larguísima dando vueltas y hacía papeles de bastarda.

Llegó a hablar bastante bien Lupe y a ser en casa mucho más que empleada doméstica. Cocinera y planchadora, ecónoma, en emergencias electricista y plomera o fontanera. Administró mis gastos y mi tiempo, y hasta mi ánimo. Comprábamos juntas los electrodomésticos; recorríamos las tiendas viendo todo hasta que ella me convencía de tal modelo o tal marca. Sabía lo que quería. Iba al banco a pagar las cuentas, sabía la fecha de pago de las tarjetas. Quería disponer de una cantidad semanal para compras de comida y limpieza, no tener que pedir dinero cada vez que iba a las tortillas. Se la di. Su honestidad nunca estuvo en cuestión y se había hecho leona para los precios, no olvidaba un precio de cualquier lugar por donde pasaba. Defendía el presupuesto. Una vez que me quedé sin efectivo y le pedí del que ella tenía, me lo negó delante de mis amigas, en ostentación de poder. Usted se lo gasta en cualquier cosa y yo después tengo que ir al super y no me alcanza. A mis amigas les escandalizó que la dejara ser tan igualada, pero tenía razón Lupe, ella era mejor administradora. También hacía de secretaria. En funciones de archivo de cuentas no resultó. Los papeles la abrumaban. El teléfono sí es lo suyo. Buscaba servicios en el directorio, pedía presupuestos, citaba y venía con el resultado para que yo lo aprobara, supervisaba el trabajo y me decía cuánto había que pagar. Contestaba llamados y sabía cuando pasarlo enseguida y cuando decir que le parecía que yo había salido, o que iba a ver, que no estaba segura, o que dejaran recado* porque no estaba. Todo lo hacía amablemente, dándoles conversación a los que llamaban, y después me refería las conversaciones. No faltaban los que querían hacerla hablar y ella hablaba, pero no le hacían decir nada que no quería. Cuando había que

llamar a oficinas donde tardan en responder o hacen esperar mucho, llamaba ella. Llegó a conseguir que el llamado atravesara dos o tres pisos de escalafón burocrático, en dependencias donde hay secretarías de elite se consideran en posición de discriminar a los que llaman por su modo de hablar.

La belleza de la voz, su extraordinaria locuacidad, las fui descubriendo cuando no dejó de hablar náhuatl aunque yo la oyera, después de una década de conocernos y hablando con los suyos, cuando la visitaban. Andar con lengua materna menos escondida, me parece, la animó a hablar más el español. Las hermanas mayores hacían visitas de meses y las oía reírse en su cuarto. Delante de nosotros hablaban náhuatl sólo para traducir algo, Lupe a las otras, poco y rápido, casi entre dientes, pero cuando en el cuarto se soltaban hablando sin parar entre ellas. A gorjeos, a trinos de risas, como cuando los pájaros se cuentan lo que hicieron en el día, al atardecer, reunidos en los árboles para dormir, así sonaban. Las sobrinas hablaban español, con lentitud pasmosa, un poco desesperante, pero encerradas y en náhuatl hablaban rapidísimo. Armaban un batifondo tremendo. Cuando no había visitas, o en fines de semana, cuando nos suponían a los demás otro lado de la casa, si bajaba a hacer un café, oía risotadas tan fuertes que hasta sonaban procaces. Qué hablarían. Tomar, no tomaban nada. De alcohol, digo. Pura alegría de hablar la lengua, de reencontrarse y reír.

Cuando el que vino a quedarse fue un sobrino varón, le consiguió empleo en el centro comercial que nos queda a dos cuadras, lavar pisos, regar las plantas, hacer tareas de mantenimiento, como se dice. A mi marido le pareció que era algo a blanquear, si había una convivencia conyugal. Lupe dijo que ellos dormían todos juntos, como los pájaros en el nido y Jerónimo se quedó varios meses.

—¿No se está triste por no tener con quien hablar en Plaza Universidad?— me dio por preguntar.

—No, por qué, si habla con todos.

—Pero no puede hablar náhuatl. Eso te pregunto si extraña, hablar su lengua.

—Si ahí todos hablan náhuatl, los de la limpieza.

—Pero cómo, si yo que voy tanto nunca los he escuchado...

—Ah, porque no quieren que los oigan, pero sí hablan entre ellos.

Así me vine a enterar de que el náhuatl es la segunda lengua más hablada en México, aunque no se oiga. Lupe no lo sabe escribir ni leer. Le pasé un diccionario español-náhuatl que me regalaron en un vuelo a Los Ángeles y dijo que lo estaba viendo, pero después ya no comentó más. Tal vez lo llevó a su casa para presumir o lo regaló. Les da vergüenza la lengua fuera de la familia.

Las concordancias gramaticales del español, género y número, eran demasiado pedir. Le salía femenino y singular todo. Las preposiciones también se le complican y se las come. El supermercado cercano se llamaba Gigante y mi, marido había nacido en España y decía que cuando Lupe avisaba “Señor, fui Gigante”, sentía un reclamo de reparación histórica —fui gigante y véame, ya no soy gigante por ustedes, los que vinieron—, aunque no fuera él de los que habían venido hacía cinco siglos.

Las clases de historia las empecé por lo usual: Colón y las formas de la Tierra supuestas en el siglo XVI, con globo terráqueo para ilustrar la redondez. Tardé en encontrar en México uno inglés más antiguo que los recientes de Estados Unidos, donde aparecían Bolívar y el Ferrocarril Roca, donde yo nací, en la provincia de Buenos Aires. Lo bajábamos de arriba de los libreros del hall de entrada, lo traía ella a la mesa de la cocina, le pasábamos un trapo y nos sentábamos a ver países.

De geografía lo primero fue ver donde están México y los Estados Unidos, y lo que más le interesa a ella: los pasos al otro lado: Tijuana-San Diego, Ciudad Juárez-El Paso, Texas, Piedras Negras, Coahuila, Nuevo Laredo. Después donde habíamos nacido yo, hasta abajo del globo, mi marido, al otro lado del mar –y que hay varios mares, uno a cada lado de México– y dónde habían nacido los que nos visitaban o sus padres.

–¿Por qué nos dicen indios?–, preguntaba por la segunda mitad de los años noventa, cuando fue el levantamiento indigenista de Chiapas y ya veía noticieros en televisión por su cuenta.

–Porque cuando llegaron acá los españoles, en España –y en Europa, que es donde está España, mira, todo esto es Europa y esto es España, desde aquí vinieron cruzando el mar– no sabían que existía lo que ahora se llama América, todo esto, desde Canadá a la Argentina. Se le dice continente porque es una sola tierra muy grande con muchos países.

–¿Ves los colores? Cada color es un país. Aquí está México. Aquí estamos ahora, en Guadalajara. Si vas para este lado llegas a Puerto Vallarta, al mar. Ese mar se llama Pacífico. Y acá de este otro lado, donde está tu casa, está el otro mar. Acá está Tampico, que tú conoces. Ese mar de tu lado se llama Atlántico, aunque a la parte de cerca de tu casa le dicen Golfo de México. Arriba de México los Estados Unidos y más arriba Canadá, los dos muy grandes. México también es grande y antes era más, pero Estados Unidos se quedó con una parte. Mira, todo esto era también México antes. En América hay países grandes y países chicos, pero sigue la misma tierra, no la corta el mar. Aquí donde se hace chiquita, que casi se corta, debajo de México, en Panamá,, abrieron un canal para que pasen los barcos, pero fue hace poco, se puede decir. No estaba así cuando vino Colón y otros que siguieron viniendo a conocer y a quedarse, a dominar aquí. Hicieron guerra y ganaron.

–Lo que quería Colón cuando vino en los barcos era llegar a la India. Hasta allá, mira, para verla hay que dar toda la vuelta. Como no sabía Colón ni nadie de los que venían que América estaba en medio, la primera tierra que se topó, pensó que era la India, a donde él quería ir. Por eso le dijeron Indias a las tierras que iban conociendo, y a los que vivían aquí les dijeron indios, los indios. Mexicanos son todos los que nacen en México, pero indios les llaman a los antiguos mexicanos. Tú vienes de los antiguos mexicanos y no eres india porque no naciste en la India, pero así les dicen. Esa palabra se fue quedando porque tardaron en darse cuenta de que se habían equivocado, y para cuando lo supieron, todos en España les decían los

indios a la gente de acá y no quisieron cambiar. Fue una equivocación que se quedó. Pasa muchas veces. Ahora también dicen indígenas, es lo mismo.

Mientras la niña cursó la primaria hubo en casa clases paralelas con los mismos temas de la escuela. No todos nos interesaban. Ni Lupe ni yo necesitábamos aprender de animales y plantas, nos habíamos criado entre ellos. Sobrevolamos lo que a mí me había quedado de historia de México por la *Breve historia de México* del Colmex, que nos daban a los extranjeros con la visa de residencia, y del cine mexicano, que veíamos mucho, pero las películas eran para que se lucieran los actores más que la historia. En versiones libres le fui contando a Lupe de la Colonia y la Independencia, del Imperio, la Reforma y la Revolución, y de los héroes de cada periodo, recordando estatuas urbanas que conociera ver. De la Revolución quedaba memoria en su familia, el padre anduvo en la bola, decía, y que en ese tiempo, antes de que ella naciera, vivían en cuevas y al final de la guerra les dieron tierras.

A mí me gustaba hablar de palabras. La emoción de las explicaciones de gramática y los relatos históricos le impresionaban y hasta la conmovían, como espectáculo. Le gustaba que le dedicara esas intensidades y me seguía la corriente, o me daba el avión, dicho en mexicano. Decía a todo que sí, pero las palabras le interesaban menos que las cuentas, que no son lo mío: recitábamos las tablas de multiplicar, pero la forma de dividir es distinta en México y otros conceptos yo no alcancé a captar o no se me grabaron. A Lupe los cálculos se le daban fácil, mejor que a mí, lo que tenía que aprender era cómo anotarlos. Los hacía en la cabeza y le decía a Amanda que calculara ella sin papel y sin calculadora. Hubiera sido buena ingeniera.

Así, conversando cuando estábamos de buen humor y nos daban ganas, aprendió bastante, en comparación con lo que ignoraba, pero necesitaba un certificado de escuela primaria. Las escuelas nocturnas para adultos eran secundarias, no primarias, y Lupe no quería salir de noche. Encontró una escuela dominical gratuita, de monjas. Iba los domingos a la mañana y al año la vieron lista para dar examen. Entonces nos topamos con el gran obstáculo: no tenía el acta o certificado de nacimiento que había que presentar.

“Vas a tu casa y la sacas”, le dije, pero no podía, porque no la habían anotado en el registro civil. Ni a ella ni a ninguna de las hermanas mujeres. Eran cinco mujeres y cinco varones. Lupe creía que a los varones sí los habían anotado, sin seguridad, pero pudo haber sido en la Iglesia y no en el Registro Civil. Cuando volvió de otro viaje a su casa, trayecto de quince horas que recorría unas dos veces al año, le pregunté por el acta, si la había conseguido o qué había averiguado y dijo que el lugar donde se preguntaba estaba cerrado. Cómo cerrado ¿el registro civil? No sabía qué era ese lugar ni qué era registro civil, pero era la oficina que correspondía y estaba cerrada. ¿Por qué? Porque dicen que andan unos socialistas. ¿Socialistas? Sí, allá también hay, como los de Chiapas, unos que andan en los cerros, escondidos. Ahí quedó el asunto y no se volvió a hablar de examen de primaria ni de acta de nacimiento.

Ahora, en 2012, Lupe sigue sin acta de nacimiento, pero su hermano Juan Diego ya la consiguió, después de dos años de viajar a Hidalgo a tramitarla. El DF está más cerca de Hidalgo, unas siete horas. El viaje en camión desde Guadalajara es de quince, con trasbordo en San Luis Potosí. No puede ir tan seguido por los trabajos que desatiende y el costo del pasaje. Igual dice que lo va a hacer.

II.3. LUPE TERRATENIENTE

De la campaña electoral de Carlos Salinas de Gortari obtuvo Lupe las primeras nociones de civismo empírico, por los noticieros que veía con nosotros en ese tiempo. Hasta entonces sabía que había un presidente, pero no que cambia cada seis años, que al periodo de cada gobierno se le dice sexenio y que después la gente elige otro presidente. Elige será un decir, pero se decía. Ella recordaba cuando los iban a buscar al rancho, a los hombres, y los subían a un camión para llevarlos a votar “por México”, o sea por la bandera de México que estaba y sigue estando en las boletas del PRI,³ contra los que no tenían los colores de México: como el azul del PAN,⁴ el amarillo del PRD,⁵ o algún otro de la morralla* electoral de cuando ella era niña, porque siempre hubo partidos chicos. Para ella el concepto de partido era una idea muy vaga. Lo que sabían de votar en su rancho era ir a poner el dedo donde les decían, donde estaba la bandera. Después los devolvían a sus lugares. Tal vez después de votar les dieran algo de comer y de tomar. Ella nunca había votado –como yo, en esto– lo que nos decía lo había visto de niña cuando iban a votar los hombres.

Enterada ahora de que había partidos, varios, y tres más grandes, dijo que ella era del PRI, o más bien reconoció el logotipo de lo que entendía por gobierno. Su gente siempre había sido del PRI. Eso era como haber nacido en Huitzitzilingo, lo que no cambia, aunque ella hubiera cambiado nombre y apellido. Cuando ya votaba Lupe con su credencial del IFE,⁶ y mi marido, naturalizado mexicano, se inclinaba por un voto inútil, pero de principios, y ella le dijo: “No se equivoque, señor, hay que votar al PRI”. Lo dijo segura, como sabiendo lo que decía, sintiéndose dueña de casa ante los extranjeros.

El presidente Salinas derogó el Artículo 127 de la Constitución de la Revolución Mexicana que instituyó el ejido.⁷ Se dijo que era para activar la producción, porque al no ser del todo dueños, los campesinos no tenían incentivos, aunque no es improbable que influyera la idea de que esas propiedades, muchas de ellas terrenos de playas o en áreas de expansión de las ciudades, terminarían vendidas por poco dinero a gente del negocio inmobiliario con mayores recursos.

³ Partido Revolucionario Institucional.

⁴ Partido Acción Nacional.

⁵ Partido de la Revolución Democrática.

⁶ Instituto Federal Electoral.

⁷ Ejido: forma de propiedad comunal e intransferible de tierras para los indios, o pobladores originales, establecida durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas en 1934.

Cuando Lupe supo esto por los noticieros que ya seguía puntualmente en la televisión de su cuarto, y por el alboroto de su pueblo y le iba contando María por teléfono, hizo varios viajes para ver por lo suyo. La parte del ejido que le tocaba en usufructo a su familia estaba en poder de los hermanos malos. Los hermanos buenos eran el mayor, que se había ido a México, y el menor, que no tenía autoridad. Había uno o dos más que no tengo bien identificados y el malo más malo, con quien no se trataban, aunque vivía enfrente, a pocos metros de la casa materna, que no es una sola casa sino un conjunto de habitaciones a la vez juntas y separadas por pasillos estrechos. Ese hermano que vivía borracho no trabajaba las tierras, las alquilaba para emborracharse y dejaba sin nada a los demás.

La ley reformada ordenaba el reparto de tierras entre los herederos del primer ejidatario, y no sólo varones, también les tocaba su parte a la madre viuda y las hijas mujeres. Convencerlas de que era cierto fue tarea de dos años. La madre no se animaba a ir a poner el dedo en calidad de firma, aceptando la herencia. No podía creer algo así y temía las represalias del hijo malo, que vive a cinco metros pero hace décadas dejó de ir a verla, se ven sin saludarse. A Juan, el mayor, Lupe tuvo que argumentarle mucho por teléfono desde Guadalajara al DF. Decía que no le interesaba por desconfianza, por no hacer el ridículo de ilusionarse y que no fuera cierto, pero acabó cediendo. Rosita y otra hermana, Teresa, entregada al nacer a una tía sin hijos y criada en la misma casa, pero como prima, aunque hija al fin, no se animaron. María y Lupe sí, y fueron las promotoras de todo el proceso, que acordaron por teléfono.

La credencial del IFE con domicilio en Guadalajara, Jalisco, y con el nombre que se había puesto a su gusto, no se pudo usar en este caso, pero le fue útil sacarla a relucir en el rancho. Impresionó. Dio a entender que tenía relaciones. Después de muchas vueltas y un año más pudieron escriturar los terrenos. Le prestamos a Lupe el dinero y lo fue devolviendo muy puntualmente.

En cuanto tuvieron las tierras María y ella, les pusieron un cerco que el hermano malvado deshizo una y otra vez, pero volvieron a levantarlo otras tantas veces, hasta que se cansó. Sembraron naranjos y el malo los atacaba, pero no consiguió acabar con todos y al fin se resignó. Ahora siembran maíz, algunas verduras y chiles. Todo para comer, nada para vender.

Las naranjas de esa zona, dicen, son las más jugosas y de mejor sabor de México, pero hay que tener en qué llevarlas a Huejutla, que ya es ciudad, o a Pachuca, que es la capital del estado de Hidalgo. Los que vienen a comprarlas les pagan lo que quieren, casi nada, y las desvalorizan porque se ven oscuras por fuera, por la plaga de la mosca blanca, que las ennegrece, aunque no daña el interior de la fruta. Cuando Lupe era chica, la suya era región de café, pero lo fueron abandonando por delicado. La es planta muy sensible a los cambios del clima y la semilla es de difícil secado en los techos. Y porque no lo pagaban bien. Igual lo siembran para ellos, porque les gusta tomar café.

Las tierras ahí siguen. Son terrenos pequeños, pero algunos, uno de los de Lupe, están pegados a un río, tienen riego natural. No les dan dinero. Les sirven para cultivar el maíz que consumen, el de las tortillas. Fantaseamos con una industria de mermeladas de naranja y de mango, con Lupe de directora y

de operarias todas las mujeres que se quedan solas y sin más que hacer que pelearse entre ellas, cuando los hombres emigran por mucho tiempo, pero no pasamos de palabras. También pensamos que cultiven flores para vender, como en hacen en otras zonas cálidas y muy húmedas en México. Cuando soñábamos, y yo le contaba que en la Argentina había tenido y dejado de tener campo, Lupe decía que ella me iba a hacer un cuartito en sus terrenos, una casita para que fuera a vivir ahí si quisiera, cuando fuera vieja, para seguir cuidándonos una a la otra y hacer mermeladas y cultivar flores. Pero el don de mando para las empresas es más de ella que mío. A mí se me ocurre la idea, pero no la concreto.

II. 4. CRUZAR AL OTRO LADO

Conocer los Estados Unidos, a donde todos quieren ir, a donde unos llegan y a veces vuelven y a veces no, pero si vuelven son otros, distintos, y a veces también prosperan, es la ilusión de Lupe, pero por no tener pasaporte, no puede salir de México, legalmente. Este impedimento ha nublado también la fantasía que nos daba por hacer también, de volver yo a la Argentina y llevarla conmigo, para no separarnos.

A principios del siglo XX los que emigraban a los Estados Unidos no salían de los estados mexicanos con población indígena mayoritaria, que son los del centro hacia el sur del país. Eran de los estados más mestizos y nortños, del centro hacia el norte. Y se arriesgaban como todo emigrante desde que el mundo es mundo, pero menos que ahora, porque no había leyes migratorias tan duras en USA. El tiempo y la necesidad, la falta de trabajo en el campo, cada vez mayor, amplió y diversificó esa migración.

Dos hijos de doña Lupe, la suegra de su hermano que la trajo a casa, se fueron en los años ochenta a Nueva York. Entraron a trabajar en restaurantes y no volvieron. Mandan dinero por Western Union y llaman por teléfono, pero no viajan por el riesgo de no poder volver. Yolanda, otra hija de doña Lupe, que tenía un niño deficiente, también quería irse al otro lado* a buscar al padre del niño y acabó haciéndolo. Trabajó en restaurantes como sus hermanos, pero ella en California, y ahora ya tiene su propio restaurantito. Con el dinero que envía mandó construir en Oaxaca una casa grande y buena, dicen, que no ha podido ir a conocer. Tal vez cuando sea mayor y deje de trabajar vuelva a Oaxaca.

Lupe se quería ir con Yolanda y hasta la llamó alguna vez por teléfono. Traté de contenerla por sus debilidades de salud, que son varias, no sólo por retenerla conmigo, pero igual averigüé si entre los mexicanos de San Diego o Los Ángeles alguien necesitaba niñera y estaba dispuesto a afrontar su traslado. Ella dice que cuidando niños aprendería a hablar inglés como aprendió español. No encontré lo que buscaba. Prefieren contratar gente que ya esté del otro lado, a quien no tengan que llevar.

Del pueblo de Lupe se fueron muchos en los años noventa. Los llevaban “polleros”* que hablarían náhuatl. Si no, cómo. O tal vez por señas les dieran las indicaciones, que no serían tantas. Los iba a buscar en camión y se iban sin papeles y sin dinero. El primer camión los llevaba hasta la frontera,

por Tamaulipas. Tenían que pasarla por un túnel subterráneo. La frontera está agujereada como queso gruyere. Ya en territorio gringo* tenían que correr hasta otro camión que esperaba más lejos, entre matorrales. El trayecto de esa carrera no era tan largo pero sí muy peligroso. Si aparecían patrullas de la Migra* y los veían, les tiraban a matar. Para animarlos les daban cocaína, que nunca antes habían probado. Quedar ahí es el riesgo asumido. A los que alcanzaban el segundo camión, los encerraban y los llevaban a la dirección que cada uno había acordado, en el lugar que fuera de los EEUU, donde tenían parientes o conocidos. Llegados a ese destino llamaban a la familia y entonces se pagaban el viaje, en México. Si los mataban, no pagaban. Cincuenta mil pesos creo que costaba el viaje, mucho, pero iban más protegidos que otros que pagan antes de cruzar, o que cruzan solos.

Llegar a los Estados Unidos y tratar de aprender inglés, por poco que sea, sin hablar español, hablando sólo náhuatl, es una experiencia de lenguaje que no alcanzo a figurarme.

II. 5. EL HUMOR DE LUPE

Una consecuencia de mi asimilación a México fue consumir marihuana. Primero ocasionalmente y después por largos periodos. Tal afición no era compartida en mi casa, apenas tolerada, aunque no prohibida por lo de prohibido prohibir, que nos había calado hondo. Entonces fumaba en mi estudio, arriba, al fondo y con ventana abierta. Si Lupita llevaba una década viviendo con nosotros y andaba por todas partes, no podía ignorar el olor, pero siendo ya bastante amigas, no habíamos llegado a ese tema.

La amistad se nos había dado en Guadalajara, donde tuvimos jardín. El gusto por la jardinería, fuera de contrato, nos hizo compartir relatos y confidencias de niñas criadas en el campo. Algún domingo hasta dejó de salir por plantar rosales conmigo. Comprábamos comida hecha, poníamos música y nos reíamos. Cuando lo hacíamos durante la semana, su trabajo habitual se reducía al mínimo. La jardinería era la fiesta, el regalo. También nos gustaba ir a comprar plantas y macetas, explorar viveros. Ahí encontramos la dimensión del regalo, del don que no era dinero. La amistad fue creciendo sin quitar tensión a las discusiones laborales, cuando llegaban, y esto fue clave del éxito de esta relación, me parece. Ni ella dejó de discutir mejoras de salario y condiciones de trabajo que creía justas, o que pretendía, ni yo no confundí su odio de clase con odio personal, cuando aparecía.

A veces hablando de sus salidas de fin de semana, decía que no quería pasar por tales calles o zonas porque estaban llenas de marihuanos, como quien dice de malvivientes o de asaltantes.

Una mañana que mi cuarto olía a mota Lupe entró a guardar ropa planchada. Lo suyo había sido evitar esa situación, no tener que aludir a nada comprometedor para mí. Sentí esta irrupción como una pregunta, o una provocación, y rompí el silencio.

–Lupe, quiero hablar contigo.

–De qué...

–Este olor que sientes... es marihuana.

–...

–Lo habrás sentido antes, más de una vez. Yo a veces fumo. Me tranquiliza cuando estoy nerviosa.

–Sí, ya me había dado cuenta...

Se rió bajito, como para sí, bajando la cabeza, como escondiendo la cara en el rebozo que no llevaba puesto, como si lo llevara, y siguió acomodando la ropa en los estantes.

–... Si hace como tres años, barriendo, aquí al lado de su escritorio, en el piso, vi unas semillitas y dije qué serán. Como le gustan tanto las flores y compra tantas semillas, pensé que eran de alguna flor para el jardín, que se le habían caído. Yo las junté y cuando fui a mi casa, las llevé y las tiré por ahí, a ver qué salía ¿verdad?, y me vine. Y como al año, cuando volví..., ya estaban bien altas y eran bien muchas. ¡Y mis hermanos, lo que decían...! Ya ve que andan soldados por allá a veces. Y las quité... Ji ji...

Yo buscaba marihuana cuando me superaba algún episodio de estrés, pero no podía comprar poca cantidad, porque no le convenía al dealer, el licenciado Matute, un hombre flaco y alto que no le parecía pero era abogado. Litigaba ante la Procuraduría⁸ la libertad de acusados de robar relojes y artículos de poca monta, tal vez también por menudeo de marihuana, que por lo demás muy atento: traía la compra hasta mi puerta en su camioneta, con la esposa y un niño autista que tenían. La cantidad excedía mis necesidades de emergencia y se convertía en una tentación difícil de resistir si seguía cerca, así que a la semana, más o menos, a veces más, decidía tirarla. Ya después del sinceramiento le pedía a Lupe que la tirara ella, revuelta con basura orgánica, de preferencia oscura, lo que barría del piso, y me rehabilitaba. A los varios meses, cuando alguna otra contrariedad de las que nunca faltan me llevaba otra vez al límite de mi resistencia, le contaba a Lupe que me sentía al borde del colapso y que estaba deseando de nuevo marihuana. Entonces ella decía “No compre, que después tiene mucha y no sabe qué hacer. Yo le guardé un poquito de lo que quiso tirar, pero un poquito nada más, eh. Ahorita se lo traigo, pero no venga conmigo, que no quiero que sepa donde la tengo. Ahí se la llevo a su cuarto, o a la azotea, si quiere”.

⁸ Procuraduría General de la República, equivalente a fiscalía nacional.

III. ENTREVISTAS A MIGRANTES HONDUREÑOS

DESCANSANDO DE LA BESTIA

III. 1. FRANCO GIOVANI PASTRANA

Yo soy de Honduras, de la Aldea Quebracho, en San Luco o Santa Lucía, departamento El Paraíso. Como es una aldea, no hay luz y no se ve nada, está fuera de un pueblo. Tengo veintiún años. Salí por la pobreza. Con un propósito de comprar cosas que sean propias, con esa idea salimos. Varios de allá se han ido a hacer un dinerito. Échale ganas a la mano de Dios.

Mi mamá me crió sola. Desde los seis años ya mi mamá caminaba *pa* donde ella trabajaba. Casi ni amigos tengo. Extraño a mis hermanos. Extraño más a mi mamá. La tristeza que le da a uno es dejar a mi mamá. Ella no me dejó venir. Me dijo por qué me iba a un camino tan difícil. Ninguna madre va a estar de acuerdo si salgo. Ahora que, cuando uno ya sale, ella le dice que te vaya bien. Siempre su familia le va a estar pidiendo a Dios que a uno le vaya bien, porque si uno llega.

De mi casa salí solito, con Dios. Nos encontramos con otros de varios países. Me encuentro, me desaparezo, ahí vamos. De mi país sí he visto otros, pero de mi pueblo no he visto ninguno entre los compañeros.

Con algunos hablo, pero muchos no hablan derecho, hablan cosas que no deben de ser, que aprenden de otros pero no son correctas, malas palabras. Y no las rectifican. Qué onda, raza, qué pedo, chinguen. Eso se dice allá, pero lo han aprendido, palabras de marero. Voy a chingar tal cosa. Parate hijo de puta... Uno habla lo correcto, dice hola, cómo estás, qué tal. Si alguien lo saluda, le da la mano, le dice cómo estás, hermano. A cualquier persona en mis condiciones le digo, si uno tiene un tío, yo les digo tío, yo saludo así con las manos juntas y él me contesta Dios me lo bendiga, mijo. Entre los mismos sí, que hablen como quieran, pero a las personas de aquí hay que hablar con respeto siempre. Yo a una persona de aquí no la voy a tratar de vos, le voy a decir usted, disculpe, les digo, porque uno puede tener un error.

La gente que apoya en las casas [CASAS O ALBERGUES PARA MIGRANTES] es muy noble, mil gracias. Migración lo trata mal, le habla golpeado a uno. Le dice parate hujoeputa, no sé si será mala palabra aquí. Personas de su edad me daban. Dios me ha puesto esa gente en mi camino. Una señora me echó la mano allá en Palenque, me llevó a su casa, como tres meses lavó mi ropa, yo venía con la ropa muy sucia, me regaló ropa, de hecho ella misma me buscó trabajo, le ayudé unos días en una construcción que tenía ella. Me dio, pero no era pago para lo que ella me dio. El trabajo no pagaba lo que me dio, Esa señora me trató como si fuera una madre. Si Dios me lo permite llegar a donde voy y me va bien, voy a mandarle aunque sea un poquito, pero algo.

En el viaje se pasa hambre de días completos. Días hemos hecho el camino con una tortilla, dos tortillas. He aguantado caminando así hasta dos días. Donde se encuentran frutas, uno no perezca de hambre, pero en partes hay y en partes no. En veces aguanta sed también.

Compañeros que ya saben el camino, que ya han venido otras veces, ellos van dirigiendo y así vamos. Y en partes donde no se encuentran compañeros, con un mapa, que en las casas [albergues] por donde pasó antes los andaban, no en todas. En el mapa aparecen las casas, desde la uno. Yo lo sé de la primera vez que llegué a Tijuana, pero Guadalajara no aparece, parece que no hay casa. En Palenque, en Tepic, en Mazatlán, Obregón, aparece la casita en el mapa, pero en Guadalajara no, por eso no busca uno la casa del emigrante.

Acá llegamos como a las doce de la noche, desde las cuatro de la mañana veníamos, nos engañaban. Llegamos por la vía. Ayer en la mañana estaba con hambre yo, con un hambre que no podía, y sueño, ya tenía tres noches sin dormir. Yo decidí con mis compañeros vamos a buscar la casa, tenemos que encontrarla, y si no, buscar una persona. Yo cuando tengo que comprar algo y tengo que preguntar, busco una persona así como de su edad y yo les digo, en mi tierra nunca he pedido dinero ni nada, pero discúlpeme, me regala aunque sea *pa* comprar unas tortillas. Con las tortillas y un limón, así uno viaja. Personas de su edad me dan y entonces yo voy buscando personas así. En veces, personas jóvenes también. Pero cuando me dan, ya lleno, ya no me preocupo.

Desde ayer, empecé aquí como a las nueve de la mañana, pero no lo dejan dormir a uno, porque se ponen a platicar. Ayer dormí un rato. Hoy no he dormido. En las otras casas ya le dan a uno las reglas y le dicen descansen en las camas y descansa uno tranquilo. Después el baño y después a subir al tren.

El tren, si Dios lo permite, lo voy a tomar mañana, porque sólo en la madrugada sale. Voy hasta Tepic, después a Mazatlán, ya en ése o en otro, no sabemos nosotros.

Ya en estos lados uno se siente diferente que en su tierra, lo miran a uno y lo quieren humillar. Cuando llega a su tierra uno es bien diferente, pues. Uno pasa aquí día y noche sólo pensando en su tierra, en su familia. Me imagino que descansa uno cuando ya está al otro lado.

III. 2. OMAR RAMOS

(Entrevista realizada en el Centro de Atención al Migrante, FM4 Paso Libre, Guadalajara, Jalisco, México, 3 de octubre de 2017.)

Soy de cerca de Comayagua, en Honduras. Por ahí hay bosques, demasiados bosques. Ahí hay jitomate, chile, pepino, papa, yuca. Ahí están mi mamá, mi papá, mis hermanos, tres mayores que yo y una hermanita de trece años. Yo tengo dieciséis años.

Es la primera vez que emigro. Salí el 22 de enero. Quiero llegar a los Estados Unidos. No me importa que digan que no. Tengo familia en Chicago. Cuando llegue a la frontera me van a poner un pollero para que me pase.

Me gustaría estudiar, ser ingeniero en construcción o psicólogo.

Vamos a lo que nos pase y por un futuro, porque en Honduras no se va a lograr una casa.

Gracias a Dios no me ha pasado nada con las maras, con la migración.

Salí con dos conocidos que siguieron para arriba. Yo me quedé a sacar la visa humanitaria, me aconsejan acá que la saque.

Me gusta el reguetón. [*Se pone a cantar, se levanta de la silla a bailar.*]

*Me delata la mirada.
Hacerme el tonto para qué.
Si a mí no me importa nada.
Prefiero vivir y perder
Que no haber vivido nada*

(Anota título de la canción: *Andas en mi cabeza* / Chino & Nacho)

*Me voy con la manada
pa que me destroe...*

Es la canción que anda y anda en mi cabeza.

Sin rumbo, sin rumbo

No traigo con qué escuchar música. Aquí doy una lista y me la ponen.

Me llevo bien con todos.

Soy alegre porque tengo vida. Ya recorrí lo más peligroso, el secuestro, Coatzacoalcos, Palenque.

Me ha gustado el viaje porque no me ha pasado nada. Algún cambio va a haber que no hay en Honduras.

México es un país más superado que Honduras. Mucha gente ayuda. Me gusta demasiado. Estoy esperando la visa y me llevaron a dar vueltas. Muy chidas las iglesias, todo eso.

Tengo novia de mi ciudad. Ya está en los Estados Unidos. Yo viajo por coyote.

Quiero mi casa. un carro. Algún día quiero tener mi casa y un carro.

III. 3. LISANDRO ISMAEL AGUILAR

Entrevista realizada en el Centro de Atención al Migrante, FM4 Paso Libre, Guadalajara, Jalisco, México, 3 de octubre de 2017.

Somos de Honduras pero de las aldeas vecinas, El Porvenir, Francisco Morazán. Nosotros salimos como cinco con un sobrino. Mi hermana no quería que saliera mi sobrino porque le podía pasar cualquier cosa. Yo le dije que no lo podía dejar. De mi mamá no me despedí, me duele mucho.

Es la segunda vez que salgo. La vez anterior se nos terminó la comida. Me le pelé al guía y llegué hasta Tijuana, pero entrando me agarraron y me deportaron.

La familia mía es de un lugar donde no hay luz, por eso está muy oscuro de noche. Tengo tres hijos. *Ta* duro pero aquí ando haciendo la fuerza.

Uno emigra para acá por la pobreza. Cuando va a trabajar, el pago no alcanza. Tenía un patrón que me sirvió como un padre, era buen mandón. Pero yo le dije Sandín, Sandito, *usté* es patrón, pero yo también quiero ser patrón. Hay que hacer la prueba. Hay que ser obediente para ganarse a la gente.

Mi mamá es delegada católica. Mi esposa también lee la palabra de Dios y me pidió que nos casáramos para poder ella seguir orando por mí. La oración me anima.

Por un solo recuerdo mi corazón se preocupa. Tengo una hija, estoy soñando que me estaba pidiendo dinero. A Dios le pido una oportunidad de poder ganar para comprarle lo que me pide.

En Irapuato estábamos escondidos abajo del puente para que no nos agarre la Migra. Ahí llegó un señor nos dio comida y ropa y dijo si quieren que les venga a dejar comida, llamen a este número. Siempre hay alguna gente buena aquí.

En mi lugar hay un vecino que sólo estuvo dos años. Por la bendición que tuvo él compró terreno, le hizo casa a su mamá, compró unas vaquitas. La tierra allá da.

Salimos solos los dos con mi sobrino. Cuando llegamos a la línea, un pariente, uno de allá nos animó a venir aquí a Guadalajara. Al rato llegaron conocidos de mi pueblo, ya más fuerza para platicar, luego otros vecinos. Entre varios ya la cosa cambia.

Las manos hay veces que se me duermen, tal vez se duermen. Hace cuatro días me quema una mano. Por eso hace cuatro días le dije a mi sobrino que nos volteáramos, no voy a poder subir al tren. Vuélvete tú, me dijo, yo sigo. A uno de atrás le hicieron un balazo por la voluntad de Dios. Hay muchas carreras con las patrullas de migraciones.

Hambre es lo que más se pasa. Pronto se puede comprar un teléfono.

Tengo unos amigos allá que me van a echar la mano. Tengo un hermano allá también, pero no me ayuda. Vale más la amistad. Yo donde quiera que ando dejo amigos.

III. 4. ARNALDO ALVARADO

Entrevista realizada en el Centro de Atención al Migrante, FM4 Paso Libre, Guadalajara, Jalisco, México, 3 de octubre de 2017).

Me llamo Alex Arnaldo Alvarado Guerra. Yo nací en Olanchito, departamento de Yoro, en Honduras, un lugar donde hay ruinas mayas. Tengo treinta años. Estoy casado y soy padre de dos niñas.

Donde yo nací hay bosque, hay agricultura, pero los gobiernos superiores no se preocupan por los que están abajo. El dólar está muy alto. Falta empleo. Hay explotación laboral. Se trabajan catorce, quince horas y no sale el salario mínimo, que son seis mil lempiras hondureños. Hay delincuencia organizada. Hay menudeo de droga.

Me salgo por esa razón. No hay trabajo. Yo hago motoreo pesado, manejo trailers, volquetas, autobuses. Sé electricidad, soldadura, sé pintar carros, pero no se puede ahorrar un pesito. Sólo se gana para sobrevivir.

El mundo de la motoreada me gustaba. El trailer no está tan malo, pero el problema era ver a la familia. Mes, mes y medio pasaba sin verlos. El amor de la familia estaba por un voladero.

Entonces empecé con el autobús. Se pasan trece horas manejando, no se pagan horas extras. Hay que pagar combustible y peaje, pagarle al jefe y los acuerdos del jefe, presionado con la Mara. Libre queda muy poco.

Les pagaba la mentada cuota y me decían estás parado con la Mara. Hasta que me dicen la Mara necesita un favor, que nos llesves una encomienda de droga en la noche, una mochila. A la siguiente semana otro favor, una carga pesada, un cajón superpesado, *usté*, con armas. Oiga, mi amigo, mandaban, mandaban y mandaban. Yo hasta me había acostumbrado, pero en octubre la policía agarró a un compañero con armas AK, cargadores, de todo. Ahí me empecé a preocupar con la policía. Perrín –así me dicen a mí–, te damos un mes y se acomodan las cosas. Seguinos pagando la cuota.

En diciembre el bus se para, las flechas se doblaban, hubo que desarmar todo el bus. Una semana me la pasé con la familia, relajado. En noviembre nació Ara Zoé, mi bebé de tres meses. No hubo trabajo esa semana porque resulta que el autobús estaba malo.

Y el viernes dice el patrón, mira, empieza a trabajar el lunes. Pero el domingo a la tarde me están llamando los individuos. Me llaman y me dicen de la cuota que teníamos que pagar, que eran mil quinientos pesos hondureños, y me acuerdo biencito que hasta le aumentaron, de ahí para acá íbamos a estar pagando mil ochocientos pesos cada semana. Oiga bien, trescientos pesos le habían aumentado los bárbaros. Pues vengo yo y les digo, nombre, yo no tengo ese dinero. No, pues entonces ya tenés bronca con la raza, ya tenés bronca con la Mara y que por allá. Y yo que no. Pues que me cortaron.

Al otro día, el lunes, agarro el bus muy temprano. A las dos y veinte de la mañana me tocaba salir y me tocaba llegar a las ocho de la mañana a San Pedro Sula. Cuando llego, pues sí, todo normal. Y

vengo saliendo de San Pedro, voy saliendo para atrás –o sea, viceversa–, para Abranchito, cuando de repente me hace parada una persona y ahí se aprovechan dos individuos que vienen en motocicleta armados y traen un tambo de gasolina.

Los tipos se me ponen adelante y yo observo. Se paran, inmediatamente se tiran de la motocicleta y que me apuntan con las pistolas y me dicen que me pare y entonces uno de ellos se va para la ventanilla del autobús y el otro se va para los pasajeros. Y entonces, no, que bájese todo el mundo, con palabras vulgares, y que ya *los* vamos a matar y que por allá y que por acá. Pues todo mundo aterrorizado. Y yo estoy con las manos arriba porque me dicen que levante las manos, me dicen que me baje también. Bajan a todos los pasajeros, me bajan a mí, bajan al ayudante, bajan a todos y que empieza uno de ellos a apuntarnos a todos y otro empieza con aquel tambo a rociarlo con gasolina. Se baja de ahí y enciende un fosforito y le prende fuego al bus. Y nosotros todos viendo ahí. Nomás le prendieron fuego y los tipos estos vienen y uno de ellos me señala con la arma, me dice que tenga cuidado con la raza y se suben a la moto y se van.

Pasó todo el *chou* [*show*], llamo a mi familia. Ah, mi esposa me llamó, me acuerdo, y me dijo que lo están pasando en el canal de HSH, que un bus de la empresa donde yo trabajo se quemó. Y le digo que era yo. [RISA] Ella miró el autobús pero no me vio, yo no quise dar entrevista. [RISA] Mi esposa se empieza a almar. No pasa nada, le digo. Llamo a mi jefe y ya toda la bulla se regó. Llegaron los bomberos, la policía. Aquello era un solo desorden. Viene mi jefe y me dice que vaya para la casa a descansar. Pues sí, qué vas a hacer. Entonces me fui para la casa. Me dice mi jefe, mira, estamos haciendo unos movimientos, solicitando otros autobuses, ya van a venir, espérate y te vas a subir a otro autobús.

Entonces estoy esperando. Esto fue para diciembre, como para el 15 de diciembre aproximadamente. Me acuerdo que fue un lunes y lo que me acuerdo es que ya tenía encima la Navidad. Entonces pasé la Navidad sin trabajar, pasé el 31 de diciembre sin trabajar. Pasamos bien, tranquilo, ahí con mi esposa. Mi esposa acababa de tener la bebé. La tuvo el 25 de noviembre. Pues, dije yo, bueno, ya que no descanso, voy a descansar con la bebé. Ahí estuve con la bebé, con las niñas, con Ara, con la más chiquitita. Y todo normal, *verdá*. Entonces mi jefe viene y me dice que va a traer otras unidades de buses, pero yo ya estoy atemorizado.

¡Nombre! Ya vengo yo y digo esto está feo, esto de los autobuses aquí está bien feo. Ya me sentía yo presionadito, como congestionadito, ¿verdad?, algo así. Ya estaba empezando a pensar en la familia. Digo no, voy a tocar teclas por otro lado. Mi teléfono lo boté, para que no me llamaran los tipos ésos. Le puse otro chip para que no me encontraran, para que no me llamaran, y me fui a una agenda que tenía en la casa y me puse a llamar a personas que yo conocía que tenían trailers. Y sí, me salió un trabajo con el de los trailers, pero hasta febrero. Me dice en febrero yo voy a tirar estos trailers y necesito motoristas. Como entre el día 5 y al 10 de febrero me dijeron que podía. Por el momento voy a esperar, digo. Pero yo a mi patrón no le digo que voy a dejar a la buseada porque él me está diciendo

que ya van a traer estas unidades y él cree que voy a volver a la buseada. Yo no digo ni que sí ni que no. Está bien, le digo, tranquilo.

Pasa enero y yo estoy esperando lo del trailer, viene como febrero, aproximadamente como el 9, el 10 –había pasado Navidad como dos semanas–, cuando vuelvo a recibir una llamada que no la tenía registrada en el teléfono nuevo. Yo tenía el número de mi mamá, el de mi hermano René y el de mi patrón registrados. Y digo qué curioso. No, no voy a llamar. Si le interesa, pues que me vuelva a llamar, porque digo, también puede ser el del trabajo. Pero vuelven a llamar y entonces la contesté y eran los mismos tipos ésos, los de la Mara, los de la extorsión. Y me dicen oye, Perrín, ¿qué pasa, estás huyendo de la Mara? Y le digo no, qué va, qué voy a estar huyendo de la Mara. simplemente que no tengo trabajo. ¿No me quemaron ustedes el bus, pues? No, mirá, me dice, son órdenes que vienen de arriba y tú sabes cómo funciona esto, y que hay que imponer respeto y que tú sabes que la Mara es la que manda y que no sé qué. No, pues yo los entiendo, le digo. Ahora espero que ustedes me entiendan a mí, le digo. Estoy sin trabajo y estoy esperando un trabajo. No, mira, no vayas a huir de la Mara, porque todo el que huye de la Mara se muere. O sea, ya me estaban como amenazando directamente. Nombre, ya me puse ya un poco pensativo. ¿Algún problema? No, yo no estoy huyendo de la Mara, simplemente estoy sin trabajo.

Entonces ya empecé a crancar y analizar cómo consiguieron el número estos tipos y dije la única razón es que fue mi patrón. Claro, como ellos siempre tienen contacto con mi patrón, entonces me imagino que por temor o algo les tuvo que dar el número obligatoriamente. Me sirvió también el patrón porque imagino que él les dijo va a llegar un bus y ahí lo voy a colocar a este hombre a trabajar. Lo que me salva a mí un poco es que yo no le digo al patrón que no, ni que sí. Porque si yo le digo al patrón que no y este tipo les dice a los mareros ya no va a venir a trabajar, quién sabe qué hubiera pasado. Como a mi patrón le dije que yo iba a seguir trabajando, pues ellos, me imagino, creyeron que iba a seguir. Entonces ya ahí me empezó a crancar las cosas. Ya empecé a mirar desde otro punto de vista y dije ya estos tipos la traen conmigo.

Mi esposa, fíjate que no se daba cuenta de los problemas porque ella acababa de tener el 25 de diciembre y dije yo la voy a preocupar mucho. Y mi esposa y los padres de mi esposa son gente muy religiosa, son personas bien temerosos, no les gustan los problemas, son gente bien apartada del mal y todo eso. Entonces dije no, yo lo mantengo así, voy a tratar cómo me les esquivo. Pues así, así, me les esquivaba y vengo y empiezo a crancar cómo escapar de ellos. Digo, si no me voy de los trailers, estos tipos siempre me van a contactar, porque los trailers siempre pasaban por San Pedro, por Ceiba, y esa gente están en todos lados, siempre se van a dar cuenta y donde me encuentren me van a amagar, me van matar, porque van a pensar que los estoy traicionando.

Me *asquió* tanto que vine y no hallaba qué hacer, y como en la casa de mi esposa, o sea, donde mis suegros, hay wifi y siempre pasaba yo ahí con el teléfono, y tenía yo un taxi y siempre pasaba con el taxi investigando cosas o algo así, escudriñando en Facebook, en una de ésas llamo a mi tía Maleni. Le

digo cómo estás, tía. Pues por ahí por ahí. Y me surge la idea: me voy, ésta es la única salida. Y le empiezo a platicar: tía, cómo están las cosas por el Norte. Ella está cerca de Canadá, cruzando todo Estados Unidos, colindando con Canadá. Ella siempre me dice unas partes y a mí no se me queda dónde, se me confunden las partes. Y le digo fíjese, tía, que me quiero ir, mire que aquí no hago nada. No le dije a ella los problemas. Simplemente le estoy pidiendo ayuda deirme, dinero, que me ayuden. Y me dice, mira, aquí las cosas están feas, pero habla con tu tío Alex, con tu primo Ilde. Y contacto con todos ellos y me dicen sí, vente. Venite *pa* la frontera y ahí te vamos a poner un coyote *pa* que te traiga hasta acá. Tres mil quinientos dólares cobran, dice.

La mera verdad es que este viaje yo sabía que era un gran reto que iba a tomar, porque da la casualidad que hice otro intento. En 2005 hice un intento y sí llegué hasta arriba. Me tiré por la frontera de Laredo. Allá la hice. Fíjese que entré, pero me deportaron rápido. Me la miré en chino. Ésa es otra historia, *usté*, y es una historia bien larga y bien conflictiva. En ese tiempo sí andaba loqueando bien yo. Y en ese tiempo, cuando yo me vine, en los tiempos de octubre aquí en México, en octubre, el frío, el agua, ay, santo cielo, aquí es cosa seria. Esa vez pienso y considero que sufrí más que hoy.

Lo peor del viaje pienso yo que es andar ilegal. Todo es temor, todo es aprovechamiento, desvelos. Se dan muchas cosas bien feas en este camino. Lo mejor es que conoce otra cultura, otros lados, otra gente, y como que eso le da como más fuerzas a uno. Por ejemplo, digo yo y me pregunto: soy ilegal, no tengo papeles, no tengo efectivo y estas personas que tienen papeles pueden irse de aquí a la frontera sin tener un problema y no se van. Imagínese Tenosique [TABASCO, MÉXICO]. Esa gente tiene documento mexicano, pueden tomar un bus y en tres días están en la frontera, y no se van. Son personas conformistas, son personas que se sienten bien, son felices y no aspiran como yo a irse a otro lugar. Como el que tiene la oportunidad de agarrar mucho y no agarra.

Yo ahora estoy tramitando papeles porque me ha gustado mucho México. Cuando uno sale de su país, sale con otro objetivo, otra mente, dice Estados Unidos, Estados Unidos, Estados Unidos. Pero en el transcurso del camino veo que México es un país muy desarrollado y veo que hay partes que hay oportunidad, como en el caso mío, que puedo manejar un trailer, un bus, una volqueta. Y veo que siempre hay trabajo aquí de eso y que es como menos difícil conseguirlo. Entonces decidí pelear un caso aquí [A TRAVÉS DEL CAM], a ver si me sale. Pero la he visto muy fea, muy en chino para llegar aquí. Estando aquí [EN EL CAM] todo bien, todo tranquilo, todo amable, pero para llegar...

Oiga, esto es como una prueba.

Ahorita salí el mero primero de febrero, de este año 2017, y el 3 de febrero estaba entrando a México. Pues al principio las fronteras son bien difíciles, todas las fronteras. Me vine por El Naranjo, que es Guatemala, y vine a salir a un lugar que no me acuerdo bien si se llama Corrosal o Pedregal. Y de ahí para acá las empecé a ver en chino. Ser migrante acá, uy, es como querer nadar un río en contra. Así merito.

Caigo a este otro lado. Se empiezan a aprovechar de uno en Guatemala. Que doscientos quetzales *pa* pasarte el río. Santo cielo, estamos hablando de seiscientos pesos hondureños. Ah, pues te pasan el río, y cuando caigo del río, te piden otros doscientos pesos para llevarte y son treinta minutos de carro. Cayendo ahí, pues resulta que acababa de pasar Migración y que escóndanse, escóndanse. Pues nos escondimos. Pasó Migración y que les digo, oiga, quiero llegar a Tenosique. No, nadie te recoge porque eres migrante. Nadie te recoge. Y *pa* caminar es un día completo, de ahí. Pero me dicen mira, aquí hay un muchacho que se llama Pancho y es el único que se arriesga con ustedes los migrantes, pero sí, te la va a cobrar cuatrocientos, quinientos pesos mexicanos. Pero bueno, yo los andaba, hasta ahí yo los andaba y dije, hombre, no importa, es llegar a Tenosique y ahí está el tren, de ahí como sea la hacemos. Pues sí, contacto al Pancho y lo espero todo un día, hasta las cuatro de la tarde, que venía de la mamá, de la esposa, él también, y ahí platicando le digo cuánto me cobras. Te vale cuatrocientos pesos. Híjole, por qué tan caro. No es lo caro, me dice, sino lo prohibido que es manejar con migrantes. A mí me encuentran aquí y me van a multar con ciento cincuenta mil, me van a quitar la licencia y que no sé qué. Bueno, pues, vámonos. No, tampoco es hoy, sólo es una vez al día, a las cinco de la mañana, porque a esa hora no están los de Migración. Híjole. Pues allá me quedo durmiendo en una hamaca. Yo quería irme *pa* Tenosique, que está colindando prácticamente con la frontera con México, porque ahí se agarra el tren y hay Casa de Migrante también. Bueno, arreglo con el tipo, le doy los cuatrocientos pesos y al otro día a las cinco de la mañana me despierta, me sube a la combi y RUN, sin problema, a las ocho de la mañana ya estábamos en Tenosique. Caigo yo a Tenosique y le digo a un tipo que andaba en mototaxi, óigame, necesito que me lleve a la Casa del Migrante. Óigame, a ese tipo no se le puede decir que uno es migrante. Que cincuenta pesos cobrándome aquel tipo, cuando a veces cobran diez pesos. No, pues uno es migrante, todavía los ando, no importa. Le di los cincuenta pesos y me lleva a la Casa del Migrante. Llego y me atienden y todo, me dan una llamada y ya empiezo a escuchar a mi familia. Y de ahí para allá a esperar el tren.

Hay bastante gente ahí esperando agarrar el tren. Cuando ya escuchan el tren –TUUU...–, todo el mundo sale y lo va agarrar. O lo va a agarrar o lo agarran, porque también está la Migración esperando. El tren pasa y uno corre y se agarra. Uno no se cae cuando va lento, estamos hablando de unos veinte kilómetros, no, menos, diez kilómetros por hora. Pues lo agarramos. A las cuatro de la tarde, como a las cuatro, cinco, ya estaba el sol cayendo, y cuando pasó esa vez, agarramos el tren y nos vamos, todo mundo ahí agarrado. RRR... Ah, pero resulta que más adelantito está la Migración. Híjole. A todo mundo nos correataron, todo mundo se tiró de aquel tren. A tirarse y a correr, que no lo agarre la Migración. La idea que yo llevaba es la siguiente: lo que hay que hacer es salir unas cuerdas al lado y de ahí tratar de rodear para poder salirle adelante al tren y volverlo a agarrar. Pero lamentablemente se dan casos que no se puede hacer esa operación porque hay bastantes policías. Entonces ya nos bajaron y entonces ya perdimos el tren. Fue como a las siete de la noche. Nos escondimos hasta que se fue la Migración.

Quedó libre el paso y ahí, cansados y todo, decimos a Palenque, a caminar. Y caminamos y caminamos y caminamos. Sin comer. Pedimos agua y nos dan. Llegamos como a las once, doce de la noche y ahí nos pegó sueño y nos quedamos en la línea del tren. Un basurero bárbaro. En el suelo, simplemente con la idea de que no lo agarre a uno el tren, pero que cuando llegue lo despierte a uno, por si viene en la noche. Pues da la casualidad que pasa el tren en la noche. Pasó como a las cuatro de la mañana y ahí lo agarramos.

En Palenque se para un poquito y nos dice un individuo, allá adelante están haciendo retén. Y nosotros veníamos con miedo. Hay gente que lo hace por meter temor, por hacerle miedo. En este camino es raro alguien que le diga la verdad a uno. Dicen mira, ahí está Migración, y son mentiras, y uno como tiene miedo, se echa a correr y hace un montón de estupideces.

Pues llegamos a la Casa del Migrante de Palenque. Nos quedamos cansados. Ahí nos dieron comida y empezamos a agarrar energías y todo eso. Llamo a mi familia. Llamo a mi tío, ahí en Estados Unidos, y le digo mira, tío, ya no tengo ni un peso y necesito dinero. Ah, pues, me dice, ahí te voy a mandar cien dólares. ¿Te funcionan? Sí, hombre, le digo. Le digo a la Casa [DEL MIGRANTE], ahí los depositan y me los dan.

Mil novecientos pesos mexicanos. Y digo no, yo no me voy en tren, yo me voy en bus. Y pago un bus y luego pago otro autobús y PUM.

En una de éstas me voy a una Casa del Migrante y ahí conozco a dos chavos. Se llamaba Omar uno de ellos y el otro se llamaba..., se me escapa el nombre de ese Chelito. El punto es que ese Chelito y ese Omar se iban a ir en bus y les digo ah, pues vámonos en autobús. Llegué a Coatzacoalcos y ahí los conocí. Y yo les doy mi estrategia mía: lo que vamos a hacer es ir en autobús, pero no los buses directos, sino los buses que van de pueblito en pueblito. Sólo tenemos que buscar un mapa y conocer a dónde van, para que pasemos Migración. Y así la hacíamos.

Se lo voy a ilustrar. Aquí está Palenque, aquí está Coatzacoalcos. Agarramos un bus a Chontalpa, de ahí agarramos a otro pueblito y de ahí a Coatzacoalcos. Un bus de éstos que van parando. Claro, los de Migración a esos autobuses no los paran. ¿Por qué? Porque son camiones que nunca se imaginan que ahí van a ir migrantes. Entonces nosotros les pasamos en las narices a Migración.

De Coatzacoalcos seguimos agarrando buses, buses, buses y uh, subimos bastante, llegamos en tres días. Así la hacíamos. Yo les conté la táctica a ellos y dicen, ah, me gusta mucho. Así nos vamos. De Coatzacoalcos nos vamos a agarrar buses, buses, buses. Subimos bastante, llegamos en tres días.

¿Pues no viene que en una de esas cometemos un error?

Yo he sido una persona que soy bien franco, bien seguro de mí mismo. Siempre que me subía a un autobús yo le decía, mira, yo soy migrante. Ya les mostraba mi cédula de Honduras y les decía, quiero saber si me puedes ayudar. Si hay Migración, ¿me bajas antes, por favor? O tú verás. Y pues fíjese que se portaron bien con nosotros. Antes de entrar a México uno viene con aquella psicosis. Por ejemplo, en Guatemala uno sabe que no va a tener problemas, uno anda como tranquilo, pero ya

entrando a México, como que ya le empieza aquella inseguridad, aquel temor, uno piensa cualquiera me puede...

Siempre he sido seguro de mí mismo. Creo que es nato. Yo pienso que en la seguridad de la persona está todo. Yo creo que es algo del ámbito familiar en que he vivido. Fíjese que desde que murió mi abuelo, desde los once años que yo tenía cuando él murió, yo me empecé a hacer hombrecito psicológicamente, empecé a trabajar. Ya a los catorce años ya sabía cuánto valía el recibo de luz, cuánto tenía que pagar de agua, cuánto tenía que comprar de jabón y todo eso. Y entonces va agarrando como seguridad uno.

Y después de todo, cuando estaba jovencito, como de 17 años, me metí a rollos más gruesos. Me metí con una banda de narcotraficantes y estuve así de morirme, ¿ve? Pues la verdad, es que ésa fue la razón de que me vine la primera vez *pal* norte, huyendo de esa gente. Todas esas cosas uno las va conociendo y le van dando seguridad a uno. Y va aprendiendo muchas cosas de la vida. Mire, la vida es todo psicológico.

Cuando entro a México, vengo y hago un análisis y digo una cosa: yo entiendo a muchas personas. Por ejemplo, yo entiendo a Migración, a Migración le pagan para hacer su trabajo. Incluso considero yo y pienso –psicológicamente, ¿verdad?, hipótesis– que hay personas de Migración que ni lo quieren agarrar a uno, pero lo tienen que agarrar porque de ahí viven. Entonces yo digo una cosa: no todo el mundo es malo, sólo hay que saber a qué persona escoger. Sencillo.

Cuando yo me subo a un autobús, yo analizo a la persona: cómo habla, cómo se expresa hacia uno, y ahí mismo puedo sacar una conclusión, decir ah, este tipo tiene problema con los migrantes, o este individuo, pues no hay problema. Según mis análisis de las personas me daban como la seguridad. Yo le decía, por ejemplo, a un motorista: Mira, yo soy de Honduras, ando de paso en tu país –y le hablaba con aquella seguridad–, y créeme algo, me han deportado de aquí y ya no quiero que me regresen. Tú sabes si me puedes ayudar o no me puedes ayudar. Entonces aquel individuo decía, no, qué bueno que me dijiste, y llamaba a otros compañeros. Oye, ¿has visto Migración? ¿Ah, no? Mira, carnal, no hay Migración. Qué bien, gracias. Y así la hacía con todos los motoristas. Hablando. Uno de los motoristas me dijo yo no sabía que tú eras migrante, tú la haces de mexicano, si tú no me dices, yo no hubiera calculado que eras migrante.

El temor es lo que hace a las personas fracasar. Incluso voy a recitar un pensamiento que leí en un libro, que dice el temor es el principio del fracaso de cualquier objetivo. Ese pensamiento es muy correcto. Cuando uno tiene temor, uno fracasa. Uno tiene que ser decidido. Tiene que ser confiable en sí mismo y tiene... cómo le llaman a estas personas, cuando está estable, cuando él se decide y no tambalea en sus decisiones. Así lo hice también la vez pasada. Vengo bien en el camino, hasta ahí. Y todo mundo me decía, mira que Migración por acá, que Migración por allá, pero no, tranquilo.

Pero me subo a un autobús de Puebla hacia México con otros muchachos y le digo al motorista: Disculpe, yo soy inmigrante. Le enseño mi cédula, me la mira. Soy hondureño. Necesito su

ayuda, ¿Usted sabe si me puede ayudar con Migración? Ah qué bien, siéntate. Llama a un compañero. ¿Anda Migración? Y dice el compañero que sí, está ahí Migración, está en la garita. ¿Están subiendo? Fíjate que a veces suben y a veces no. Pues me llama. Ven para acá, y yo voy. Y dice, pues me acaba de decir el compañero que ahí están en la garita, pero a veces se suben y a veces no, decide tú. Voy y les digo a los compañeros y dice un amigo que mejor bajémonos, pero les digo no. Mejor déjenos unas dos cuadras antes. Nos bajamos. Cuando nos bajamos estaba un señor ahí. Nosotros miramos que pasa el autobús y que no lo paran, entonces creemos que el señor nos ha mentado. ¡Que ese señor nos mintió, mira, no paró el bus! [RISA] ¡Mira, allá va! ¡Sí, qué barbaridad! ¡Y nos dijo que ahí estaban! Entonces le pregunta uno de mis compañeros al señor que estaba ahí: oiga, ¿no ha visto a Migración para acá? Y dice aquel señor no, pues acá no hay Migración, no sé quién les dijo. Bueno, pues no vamos caminando. Óigame: ¡nos vamos caminando y no es que nos vamos a chocar con Migración! Es muy difícil saber quién le dice la verdad a uno y quién no le dice la verdad. Le creí porque el señor me dio opciones, me está diciendo honestamente si me bajo o no me bajo, que lo deja a decisión mía, pero, como a veces uno, ensanchado...

Cuando miro Migración, digo no, aquí no hay de otra. Váyanse atrás de mí. Vengo y me voy con aquella seguridad con mi maletín en las manos –andaba con unas botas de tacón alto– y que paso cerca de Migración ¡y los saludo! [CARCAJADA] Buenos días, le digo. Buenos días, dice y paso. ¡Y nada! Pero aquellos dos la han regado. Uno de ellos era Chelito, no la pasaba de mexicano. Y cuando los quedan viendo y yo me voy, me paro a tomar un café y a aquellos dos los agarran. A mí también me agarraron. Vienen y me preguntan ¿y tu identificación? Y aquel tipo bien seguro me mira y yo saco mi cartera y le doy mi licencia y después mi cédula, que es hondureña. [CARCAJADA] Me dicen ¿no tienes permiso para andar aquí? No, le digo. Ah, pues te tengo que llevar, me dice. Lo siento mucho pero te tengo que llevar. No, no hay problema. Y ahí aquellos tipos empiezan a correrse y se le han ido a los de Migración. Yo no me corro por las botas. Me llevan adentro y cuando me llevan adentro a mí solo para la prisión, me dice uno de ellos Óyeme, ¿por qué tú no corriste? No te debo nada ni a ti ni a tu país, le digo, por qué te voy a tener temor, por qué voy a correr. No te he hecho nada. Sólo soy un inmigrante, no soy un asesino, ni soy un ladrón ni nada, le digo. No, pues tienes razón, me dice, hasta ahí tienes razón. Y qué, me dice, ¿no te da dolor ni pesar que te hemos agarrado aquí? No, le digo, simplemente ustedes tienen que hacer su trabajo. Yo, le digo, ya voy a hacer mi trabajo cuando me deporten otra vez. [CARCAJADA] Y se echa a reír el *güey* ese. Y me llevaron preso. Pero por suerte caí ahí un viernes y un domingo me deportaron, porque traía mi cédula.

Eso fue la vez anterior. Me tiran y vuelvo *pa* delante. Pero digo, hoy no me voy en autobús. Puro tren, porque el autobús, digo yo, es muy arriesgado. ¡Óigame, pero hacerla en tren está bien en chino!

Volvimos a Tenosique otra vez, pero ya me sabía las pasadas. Caigo a mi país y llamo a mi hermano. Hermano, necesito dinero. Disculpame, ahí te lo pago cuando gane en Norteamérica. Y me

manda mi hermano cuatro mil pesos hondureños y sigo *pa* delante otra vez. Vengo haciendo las mismas pasadas. TAP TAP TAP. Ya no me asaltaron de Tenosique para acá.

Después fue Palenque. A Palenque, digo, voy en tren, pero me dice un amigo, yo conozco el camino, pero tenemos que caminar seis, siete horas para que no nos agarre el retén. No, yo voy decidido, le digo. Pues al otro día salimos tempranito y vamos caminando, caminando, caminando. Óigame, si eran las seis de la mañana y llegamos a las tres de la tarde. Todo el día caminando y sin parar, y con aquellas botas de tacón. No, pues es que llegué matado. Gracias a Dios que esas botas eran buenas porque los pies no se me lllagaron y caminé duramente. Bueno, cuando dejé de caminar ya sentía yo que los pies se me dormían. Llegamos al punto exacto y ¿no es que el tren viene llegando? Y cuando viene el tren, sólo a subirnos y digo yo, pucha, por qué caminamos. Pero no, valió la pena, ¿No es que hicieron dos retenes atrás y bajaron un montón de gente y los poquitos que cruzaron iban raspados? No, es que hubieron dos retenes. ¿Cómo? Sí. Qué barbaridad. No, pues gracias a Dios nosotros caminamos, dije yo, valió la pena caminar.

Así *los* venimos en tren. Y después, que nos asaltan. Salen unos mentados Zetas. A mí, gracias a Dios, no me quitaron nada, pero sí a unos individuos que venían adelante les quitaron mochilas, les quitaron dinero, les quitaron un montón de cosas, pero yo, como venía atrasito, miré que los pararon allá y entonces me hice el tonto, me hice como que estaba desaguando. Yo siempre he sido activo, porque he estado en malos momentos y entonces, uno ya no es de confiarse. Cualquier movimiento, yo no me confío, me paro y miro. Miro cómo están asaltando. Y lo que nos salvó a los de atrás fue que los que iban adelante llevaban una muchacha, y resulta que la muchacha les caía bien a aquellos tipos. Yo no sé a qué andar aquí con mujeres, viera, pobrecitas, la mayoría se quieren aprovechar de ellas. Entonces aquel tipo le dice como que quiere tener relaciones con ella y el marido le dice que es el marido. Entonces el tipo saca un arma y que les hace tres tiros. Y todo el mundo se ha perdido. Todo mundo se corrió. Pero no lo hizo a pegar, honestamente, yo miré que lo hizo al suelo, como asustando. Todo mundo se asustó y eso fue lo que nos salvó, que nos asaltaron. Todo el mundo se corrió *pal* monte. Se perdieron, se perdieron. Pues ahí cuando estamos corriendo, que viene otra vez el tren. Vaya, que viene el tren, pero ya se habían quitado esos tipos. Yo estaba escondidito cerca de la línea del tren, porque yo soy de este sistema: soy una persona que analiza la situación y cuando me tiré al monte, vi un gran palo y me escondí atrás del palo. Dije, si estos tipos vienen, no me van a ver por este palo. Pues ahí me quedé. La mayoría se metió hasta el centro [DEL MONTE] pero cuando se escuchó el tren volvió a salir.

Lo agarramos al tren otra vez. Nos fuimos. Llegamos a, cómo se llama, a Coatzacoalcos en puro tren. En Coatzacoalcos cuando llegamos y decimos, con temor, pues... Mire, es complicado el tren. En la noche, uno como que se siente más con confianza, porque tiene opciones más de esconderse, pero cuando es de día, a las dos de la tarde, tres de la tarde, y va llegando a una gran *suidad* y va a la vista de todo mundo, le da como aquel temorcito que de repente vaya Migración a la parte de

uno, porque llegando a Coatzacoalcos, la línea del tren va por la carretera y se mete –es increíble por dónde se mete– se mete por donde está el peaje. Y, óigame, en el peaje está hasta Migración, pero ellos están como deteniendo los carros, no le paran bola al tren en ese momento. Y uno cuando ya pasa, va buscar el albergue y ahí va a descansar un poquito. Cuando uno va a descansar ahí, al otro día todo mundo dice no se suban al tren, que están asaltando, que andan robando adelante, que están secuestrando y un montón de cosas que le mete la gente. Y mire, en ese albergue mucha gente se decide a regresarse *patrás*. Viene mucha gente y anda Migración y dicen no, yo me quiero entregar. Se entregan hasta seis, siete personas. A pesar de todo lo que han sufrido, ahí se regresan *patrás*. Yo venía bien determinado y decidido. La gente me decía, cuando yo decía cómo es eso, me decían están asaltando, te cobran cien dólares. ¿En serio?, ¿y cómo es eso de cien dólares? Estos tipos se suben con la arma, te la ponen en la cabeza y te dicen dame los cien dólares, y si no le das cien dólares, te bajan del tren. Y dije yo ah, pero no me matan. Entonces eso es lo que voy a hacer. Me voy a subir, si me ponen la pistola y me dice bájate, me voy a bajar. Así de sencillo, le dije yo. No, pues yo me voy. No, que no te vayas. Yo me voy, no sé qué hacen ustedes aquí. Y agarro el tren y que nos van a asaltar otra vez los tipos. [RISA]

De ésa no me salvé, lo único que me salvé es que sólo llevaba nomás treinta pesos. Entonces, cuando caigo al tren –el tren, el tren, TUTUTUTUTU–, que se suben unos tipos encapuchados, con armas. Entonces yo les digo, tranquilo, mira, hermano, pues te voy a tener una mala noticia, la mala noticia es que no traigo dinero, y para que mires que soy una persona que te está diciendo la verdad, aquí está mi cartera, revisa, aquí está mi mochila, revisa, revisa, aquí están mis zapatos, me quito los zapatos. Y el tipo me mira con aquella gran confianza, y entonces –me imagino– diría, este tipo me está diciendo la verdad. Pero sí traía yo doscientos pesos, pero esos doscientos pesos no me los miraron porque resulta que yo los traía aquí, en el pretal de aquí [SE TOCA EL INTERIOR DE LA CINTURA DEL PANTALÓN, DEL JEAN, POR LA ESPALDA]. Le hago un agujerito ahí con una *yilé* [GILLETTE], los doblo bien y CHUCUCHUCU, los mezclo ahí y entonces los tipos me revisan, me quitan los zapatos, me revisan y me dicen no, vete, *güey*, no hay falla con la Mara y que no sé qué. A otros tipos los asaltaron, les quitaron los celulares. Y nos dejaron pasar, fijesé.

Entonces fue cuando caímos a Tierra Blanca, sin pisto, sin nada, y nos fuimos al albergue otra vez. De ahí de Tierra Blanca para acá, ahí sí que estaba bien fea la cosa. Pues yo llegué cansado y cuando llego a un albergue me quedo uno o dos días, dependiendo cómo esté de fuerzas, si es más necesario, me estoy más tiempo. Entonces resulta que yo llegué matado, desvelado, mal dormido, mal comido, y dije, no, voy a estarme unos dos días ahí. Llegamos a las seis de la mañana y me dice un amigo que andaba como con tres más –hasta el de la muchacha, me acuerdo que andaba ahí–, no, que nosotros *los vamos*, que ahorita sale un tren. No, yo me quedo. Ustedes vayan, no hay problema, váyanse. Me meto en el albergue y estos tipos se van, y que al ratito llegan ahí todos arruñados, que les han pegado una carrereada los de Migración... Nombre, les digo, yo hasta mañana me voy. Intentan de

nuevo en la tarde, y ¿no es que ahí andaba Migración otra vez? Y no los dejaban pasar y que agarraban gente y que un solo descontrol... Santo cielo.

No, dije yo, aquí hay otro problema. Pues vengo y yo no tengo ni un pesito. Llamo a otro de mis tíos, llamo a mi tía Maleni. Tía Maleni, ¿sí?, mira tía, no tengo ni un pesito. ¿Cuánto querés? ¿Te mando unos cien dólares? No, mucho pisto. Mandáme unos cincuenta dólares, nomás los cincuenta dólares, mil pesos mexicanos. Ahí en las Casas del Migrante hay una persona con un nombre y el nombre del lugar donde es, y ella los va a reclamar y me los dan a mí. En las Casas del Migrante no me cobraban, pero yo siempre les daba *pa* refresco. Yo sólo voy a rodear Tierra Blanca, ahí agarro el tren. Vengo y agarro el autobús.

Es que, mire, yo soy bien seguro de mí mismo, soy una persona que no me da temor. Porque le voy a explicar algo, uno es migrante, no soy un asesino, hombre. Óigame, si me he chocado con la policía y me dicen a dónde vas y les digo no, ando buscando un lugar ahí, y no hay problema. Pero la gente cuando mira la policía, se corre. Otra astucia que tiene la policía es la siguiente: que *usté* los mira y le hacen ¡BUUU!, a ver qué reacción siente *usté*. El que tiene miedo dice ¡aquí me voy! Entonces yo, cuando la policía hace BUUU, no le paro bola, y yo me he metido al centro y todo eso. Pues cuando voy yo ahí y me encuentro con el de Migración, hasta lo saludo. ¿No le digo que uno me preguntó y tú por qué no corriste y le digo no te debo nada, no soy ningún delincuente? Sólo los delincuentes corren. Tus compañeros corrieron. Pues allá ellos.

Pues mire que vengo y empiezo a cranear. Salgo de la Casa del Migrante con mis cincuenta dólares y paro un taxi. Disculpe, le digo, necesito un favor suyo. Qué pasa, me dice. No, pues soy migrante. ¿Ah sos migrante? Vaya, no creí que fueras migrante. Necesito que lleve a un autobús que me rodee Migración allá. Ah, yo conozco uno, con ése no vas a tener ningún problema. Y dije yo mmm, puede ser cierto pues, bato, pero bueno, el que no arriesga no gana. Pues lléveme, le digo, y me lleva. Y resulta que en el bus yo iba a rodear ahí nomás, sólo iba a pagar hasta rodear Tierra Blanca, pero resulta que el bus va a llegar hasta... Se me escapa el nombre de ese lugarcito. Pero el punto es que el bus siguió más adelante y que me lleva sin problemas, y digo no, pues de perdida le pago hasta allá. Eran las cinco de la tarde y le digo, Disculpe, ¿hay bus para Orizaba? Sí, hay bus. ¿Cuánto tiempo de aquí a Orizaba? Una hora, máximo. Ah, pues no hay problema, le pago otra vez el autobús. Dije yo, aquí en Orizaba voy a agarrar el tren. Que me voy caminando a buscando el tren. La gente me dice, no, el tren está por acá.

Como a las siete de la noche me paso por donde está un gran autobús y aquel autobús dice “para México” a las nueve de la noche. ¿A qué hora sale este bus? A las nueve. Y me paro y le digo disculpe, cuánto vale. Ciento cincuenta. ¿En serio? Y le digo, venga. Yo soy migrante, le digo, ¿me puede llevar? No, pues claro, me dice, no hay problema. Si vos no contás que nosotros te llevamos, no hay falla. Le pago ciento cincuenta al *güey* y me quedan otros cien pesos y le digo tómese las aguas. Ah, gracias, pues. Y que me mete atrás y me dice, mira, si se para el autobús, yo te voy a hacer señas, y

cuando te haga señas, te metes al baño y trancas. Y si por X razón te abren la puerta, tú te haces el que estás desahogando. Ah, OK, no hay problema. Pero no, nada de Migración, y que estoy llegando a las cinco de la mañana a México, a la capital. [CARCAJADA] Ni yo lo creía. Digo, hombre, si ayer estaba en Tierra Blanca y ahora estoy en México.

Y digo, hombre, si he llegado hasta aquí, por qué no agarro otro autobús, y agarro otro autobús. Me vine así de pueblito en pueblito. Pues que llego a Bojai, y ahí en Bojai agarro el tren y de ahí ya me vine en tren. Hasta Celaya llegué en tren. De ahí de Celaya iba a agarrar un autobús para Irapuato, y digo que me agarre Migración y qué, pero ya no ando dinero. Así que voy a agarrar el tren y que no me dejan agarrar el tren los garroteros, los que cuidan el tren, de policía privada, les dicen. Y entonces, cuando eso sucede, digo hay que buscar la forma y la manera, y digo voy a ir a pie un jaloncito.

Y que me voy caminando y preguntando. Les digo dónde está la salida a Guadalajara, dónde se paran los carros. Pues sí, llego a una llantera y sí, se paraban carros. No, que no voy para allá. No, que no voy para Guadalajara. Cuando se para un tráiler le digo, Óigame... –A esto ya son las ocho de la noche, desde las dos de la tarde hasta las ocho que nadie me sube, y en esas llego a la salida a Guadalajara y me dice la lógica, busca una llantera, ahí alguien me va a dar jalón, o aventón– ¡Ah pues, *yeab!* Bien alegre el amigo ése. *What You do?* No, que necesito un aventón. ¿Andas armado? No, no ando armado. Levántate la camisa. Me la levanto. ¿Tu maleta? Y le enseño mi maletín. Ah, pues súbete, pues, *güey*. Y que me sube y que me trae para Guadalajara el tipo. Y cuando llegamos me dice, no, no te voy a llevar ahorita *pa* la Casa del Migrante, te voy a ir a enseñar Guadalajara. [RISA] Y me ha enseñado, no todo, ¿verdad? pero sí la mayoría. Pero aquel tipo como que se ha encariñado conmigo, porque como toda la vida anda solo, dice, y ahí andar a alguien, como que se sintió bien. Ya cuando nos despedimos, pues lo sentí un poco malito.

Ahora de aquí, ¿qué voy a hacer? Pues mire, resulta que en el transcurso del camino he venido conociendo a la gente de México. Y en la gente de México se encuentra gente mala, que tienen grupos organizados de maldad, pero yo creo y en lo personal, desde mi punto de vista, la mayoría de la gente mexicana es buena y es unida. Yo no tengo nada en contra de los mexicanos porque todo al que le pedí ayuda me la brindó y nadie me correteó, en el sentido de que me echó a la Migración o a la policía. No sé si fue mi misma seguridad o no sé qué pasó, o tal vez tengo un parentesco con los mexicanos, como muchos me dijeron, pero el punto es que yo he tenido un buen trato de parte de México. De ahí para acá me la he visto bien, la gente me ha ayudado, incluso ese muchacho, ese amigo mío –el trailerero, pues, que me dio jalón–, me dio muchos consejos y me dio cien pesos, y después el amigo me trajo hasta aquí, y acá me dijo, mira, vamos a estar en contacto. Me dio su teléfono y yo conseguí un teléfono, un chip de acá. Pues sí, tenemos el número y todo eso. Pues mire que estoy aquí y traigo un mapa en mi cartera, lo extiendo y miro Guadalajara y digo: Estoy en la mitad de donde yo quiero llegar, pero al ver las personas, el trato, al ver las oportunidades que siempre he querido, he visto personas que dicen

necesito un motorista, y yo, ay, pucha, si yo tuviera papeles y todo eso. Cuando caigo aquí, empiezan con COMAR [COMISIÓN MEXICANA DE AYUDA A REFUGIADOS] y empiezan a decirme que puedo tramitar un permiso. Pero yo digo, no, mi objetivo es Estados Unidos, mi objetivo es Estados Unidos y yo estoy en mi objetivo. No, muchas gracias, me voy. Me dice la licenciada Eli –Eli Guerra, de aquí, una pelirroja– mire, me dice, piénselo bien, usted aplica –por el caso que le conté de que me habían corrido los mareros y todo eso–, usted puede aplicar. Le doy hasta mañana para que lo piense, me dice. Y yo ese mismo día me fui. No, que agarro el tren.

Por qué sigo aquí en Guadalajara, ahora le voy a contar. Yo caí aquí el 2 de marzo aquí y estamos ya a 9, tengo siete días de estar aquí. Pues fíjese que ese día me voy y le digo, no, que yo voy con la güevonada y que yo voy a agarrar el tren y que no se qué. Pues sí, me salgo y empiezo a caminar para agarrar el tren de las once. No lo agarré. Me voy caminando más allá, por un puente. No lo agarré. Me dicen camínate hora y media más allá y pasa desconectado aquel tren. Después, al otro día, pasó otro como a las ocho. No lo pude agarrar, muy rápido. Y digo yo, no –yo soy bien práctico para hacer análisis– esto no se puede agarrar aquí, es mentira, aquí no se agarra el tren. Me regresé. Me vine caminando por toda la línea, como tres horas. Llegué acá, toqué la puerta al día siguiente y les digo ¿Está la licenciada Eli? No, que tengo que contestarle una pregunta. No, dígame que sí acepto. [RISAS]

Ahorita me hicieron unas preguntas de cómo está todo para poder presentarlo ante COMAR, a ver si me solucionan algo. Lo más seguro es que me quede aquí, porque fíjese que el amigo trailerero ése me dice que él me consigue trabajo y que pagan bien, seis mil, siete mil pesos a la semana. Como yo sé mucho de tráilers, entonces eso como que me motivó más. Y resulta que el amigo ése, el otro día, cuando me voy de acá, lo llamo y me dice, pucha, amigo, no te imaginás cuántas llamadas te hice. No, le digo, es que entré yo ahí a la Casa del Migrante y no me permiten prender el teléfono. Mira, me mandaron para Culiacán, me dice. ¿Te imaginas, me dice, qué jalonazo te hubiera dado de aquí hasta allá? Híjole, sí, de aquí queda lejísimos, pero bueno, santo cielo, Dios sabrá por qué pasó, le digo, pero fíjate que estoy aquí arreglando unos papeles, le digo, y voy a ver si me quedo. Ah, pues te felicito. Ahí cuando arregles algo, me llamas y yo te consigo un trabajo, me dice. Entonces, en ese proceso estoy. Vamos a ver si me sale. Dentro de unos tres, cinco meses, si me sale algo, pues voy a entrarle a la traileada aquí. Y no sé, si de repente veo la oportunidad de darle al otro lado, también le doy.

Fíjese que cuando salgo de acá, llamo a mi tío. Tío, ¿cómo están las cosas allá? Mira, me dice, no quiero... como quitarme la intención, pero mira, aquí las cosas están bien rojo. Vieras cómo están al rojo vivo, vieras cómo están haciendo redadas. No te quiero quitar la intención, pero pensalo muy bien. Yo, estando ahí, te puedo pagar el coyote, pero imagínate que sólo cruzas y te agarran. Medítalo muy bien. Yo lo que te sugiero es que te estés ahí unos dos meses, a ver cómo siguen las cosas. Y como que me motivó más a seguir acá. Digo yo, todo lo que he sufrido, porque he sufrido mucho en ese camino, he dormido afuera, me han picado los zancudos –bueno, aquí llegué con una gran fiebre, me picaron todo aquí, lleno de picaduras de zancudo; qué no mira uno en este camino– y entonces digo: No vale la

pena irme y agarrarme y que me devuelvan a mi país, y cómo están las cosas. Y más que todo, lo que pienso es la familia. Quiero sacrificarme por ella. A veces es nomás tener un poquito de paciencia, perder un minuto en la vida y no la vida en un minuto. Y eso es lo que me ha motivado a estar aquí, peleando el caso, a ver si me resuelven mi problema.

Antes de la comida, usted hizo una oración, un discurso de agradecimiento largo, como de predicador. ¿Es muy religioso?

Pues mire, que le voy a contar algo. No soy religioso y no visito ninguna congregación, lo único que hago yo es que leo la Biblia. Allá la tengo, en la mochila. Le voy a contar la historia. Fíjese que yo soy bien espontáneo, soy una persona que no tengo nada en contra de nadie, ni negritos, ni blancos, ni nada, no tengo nada en contra de que sea católico, cristiano, mormón, lo que sea. Yo desde que aprendí una frase de un señor de aquí, que dice el derecho ajeno de toda persona es la paz [Benito Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz”], yo he aprendido que cada quien vive en su mundo y que uno no es nadie para hacerlo cambiar o creer lo que uno quiera. Entonces resulta que yo tengo mi ideología y digo qué raro es Dios, no Dios, sino las personas. Existe un solo Dios y hay miles de religiones, pero, digo yo, cada quien tiene su forma de pensar. Entonces resulta que una vez me encontré, me he encontrado muchas religiones, pero una vez me encontré unas personas que andaban predicando, que les dicen los Testigos de Jehová, y empiezo a preguntarles y ellos me dicen que me van a dar una Biblia. Y me la dan y empiezo a escudriñarla y resulta que me va gustando lo bíblico y entonces digo, hombre, gracias a Dios, y pues le voy entendiendo muchas cositas de la Biblia. No soy religioso, tal vez de repente Dios tiene un objetivo para mí, no sé qué gran cristiano voy a ser en el futuro, pero sí, me he dado cuenta de que todo, todo depende de Dios y no hay que sofocarse, a veces Dios sabe lo que hace. El problema de uno es que uno se sofoca y quiere hacer la voluntad de uno, y digo no, pues que Dios decida. Por eso es que hago esas oraciones. Todo lo que he dicho ahí es porque lo he aprendido. Y sé muchas cosas, bíblicamente, lo que pasa es que muchas veces no las digo ahí por el tiempo, o digo yo, tal vez no me van a entender. Entonces lo poco que sé, pues lo expreso ahí.

En lo personal, siempre me gustó la lectura. Me gustan mucho los libros, me gusta conocer. Estudié la primaria con mucho esfuerzo, porque yo nací en un lugar y crecí en un lugar superhumilde y superpobre. Había escuela, pero lo que pasaba en ese tiempo es que mi familia era un poco ignorante, no les gustaban las escuelas, eran como más trabajadores en el campo. Las personas de ese tiempo decían que para sobrevivir en la vida no se necesitaba estudio, lo que se necesitaba era trabajar fuertemente en el campo. Era bien complicado, porque mis abuelos maternos como que no compartían eso de estudiar. Entonces yo estudié contra, por la misma fuerza de querer saber y aprender, y era de un sistema: cuando alguien me escuchaba leer y yo no podía, me sentía como que me quedaba atrás, y nunca me ha gustado quedarme atrás. Entonces yo me metí una cosa en la cabeza y decía yo voy a aprender a leer y ése era mi objetivo. Y entonces yo le decía a mi madre, madre, yo quiero aprender a leer. Y entonces bien chiquito, recuerdo bien, y no es por exagerarle y no es que sea el mejor, *verdá*, pero

yo me acuerdo que en mi escuela yo era responsabilísimo, yo sacaba buenas notas a pesar de mi pobreza, a pesar de cómo me trataban. Mi mamá me apoyaba, pero mi abuelita materna y mi abuelito paterno, ah, era un problema ese señor. No, que trabajá, no, que *pa* qué, mirá que el que nace *pa* tonto no necesita escuelas. Estamos hablando de cuando yo tenía seis años, siete, del 94, 92, por ahí. Pero mi abuelito nos mantenía, porque mi papá ha sido un irresponsable que nunca se hizo cargo de nosotros. Él vive y todo y no tengo nada en contra de él, gracias a Dios no soy rencoroso, pero él no se hizo responsable. Entonces me gustó mucho el estudio, sacaba buenas notas, yo era bueno en la escuela, me gustaba leer, aprendí a leer, aprendí a dividir, aprendí muchas cosas, pero cuando ya era el último año, sexto grado, mi abuelito falleció, falleció en septiembre, y él era el que nos mantenía. Entonces ya la miramos más difícil. A pesar de la pobreza y todo, él pagaba la luz, el agua y todo eso. Y usted sabe, cuando muere alguien de esa forma, le deja un gran vacío a uno en el corazón y económicamente también, ya la mira desde otro punto de vista.

Entonces yo me acuerdo que digo, caramba, esto está bien feo. Entonces vine yo y fui a pedir trabajo a una hacienda de un señor que se llama –se llamaba, porque murió, lamentablemente– Salomón Mejía. Pues sí, mi primer trabajo fue enjear ternero. Cuando van a ordeñar, venía yo con dos lazos, le pasaba el lazo por el cuello al ternero y ahí lo perdogaba a la pierna de la vaca, le echaba agua a la ubre de la vaca, le pasaba una toalla y el ordeñador ya iba listo a hacer su trabajo. Pasaba por las cuatro tetas, pero yo era una persona que tenía mucha curiosidad y les decía a los muchachos, óyeme, yo quiero aprender a ordeñar. Ah, bueno, está bien, mira, esa vaca siempre la vas a ordeñar tú, porque es más blandita. Ahí, pues sí, la enrejaba y CHUCHUCHU y aprendí a ordeñar. Con el tiempo, resulta que la misma persona que me consiguió el trabajito ahí se iba a meter a la milicia, como que había una oportunidad en la milicia y que iba a dejar la ordeñada. Entonces fue mi oportunidad, ascendí a ordeñador, ganaba más. Imagínese usted, yo me acuerdo biencito que mi paga en ese tiempo era ciento cincuenta pesos hondureños a la quincena ¿Se imagina mantener una familia con ciento cincuenta pesos? Óigame, yo tenía que jugármela. Una, tenía que robar leche, porque robaba leche, una porque hacíamos cuajada, la otra porque nos alimentábamos con ella. Y los ciento cincuenta pesos, eso servía para la luz, para el agua. ¿Y para lo demás? Entonces yo me preocupé de conseguir más trabajo. Cuando ya fui ordeñador, ganaba setecientos pesos a la quincena, y me acuerdo biencito que cuando eso sucedió, el señor ése quería trabajadores con machete. Y le digo ¿cuánto paga por ese potrero, don Salomón? No, que doy trescientos pesos. Pues yo se lo hago. Yo salía de ordeñar a las ocho de la mañana. ¿En serio, vas a ordeñar y vas a machetear? Pues, si podés... Y que le entro a la macheteada.

Y quedé curado con esos trabajos. Yo no puedo ver un ternero ahora, no puedo ver una vaca, ni me enseñe un machete. Ésos fueron mis primeros trabajos y le queda una psicosis a uno. A mí si me dice alguien ahora andá chapear allá, mejor le digo no, yo mejor te pago y chapeás, pero yo no. Pero ésos fueron los primeros trabajos que yo ejercí.

Cuando eso pasó, lo que le estoy contando, a la escuela ya la estaba dejando. Llegaron unas maestras a mi casa y ya les conté la situación. Nombre, Arnaldo, que lamentable por tu abuelo. No, que voy a dejar la escuela. Mira, sólo te faltan dos meses *pa* terminar –dos meses, imagínese– y el título de primaria es importante. Te vamos a ayudar. Vamos a hacer una cosa: te vamos a regalar esos exámenes que pasaron y sólo vas a hacer este otro examen, y mira, para que veas que te queremos ayudar, ya te traemos todo resumido, sólo tú estudias. No, pues si está así la cosa... Pues las profesoras me ayudan en ese aspecto y mira que yo no era tan tonto, no era tan dejado. Que paso mi sexto grado. No celebré ni nada, pero pasé mi sexto. [CARCAJADA] Me dieron mi título.

Cuando yo me gradúo –y estoy hablándole ya de once, doce años, porque cumplo el 29 de diciembre– que cumplo los doce años, y cuando eso sucede es que ya me canso de trabajar en el campo, es que digo yo no soy del monte.

Vengo y que una vez que voy al super a comprar víveres para mi casa, pregunto: Disculpe, ¿quién es el dueño de este super? No, que mira, que el señor aquél que está allá, se llama Juan Ramón Ramos, Supermercado Ramos. ¿Él es el dueño? Y que llego y lo toco y le digo, disculpe, señor. Sí, qué pasó, me dice. No, mire, mi nombre es Arnaldo y fíjese pues que yo ando buscando una oportunidad de trabajo. –Fíjese que yo siempre tuve esa ética de hablar y, claro, el carisma y todo eso, y fíjese que en la escuela me enseñaron bien, porque como que se me pegaban las cosas. Me decían, el respeto, el respeto.– Y entonces vengo y que le digo no, que yo necesito trabajo, y que se me queda viendo el señor y dice ¿tú cuántos años tienes? Tengo doce. Y me dice óyeme, ¿no sabes que eso es prohibido aquí? No, yo sé que sí, pero resulta que en mi casa yo soy el que mantengo a la familia. Y viene el señor y se me queda viendo y me dice, bueno, vamos a ver, y llama al segundo de ahí, que era don Heriberto. ¡Heril! Vení para acá. Sí. Ve a la bodega y quiero que me digas si necesitamos un bodeguero. Pues sí, que necesitaba un bodeguero. Y mi primer prueba a que me lleva ese señor es arreglar esa bodega, porque no hay bodeguero. Así que como anillo al dedo. La única sorpresa es que mi mamá cree que yo ando comprando cosas –porque me voy como a las ocho de la mañana y me quedo todo el día– y se empieza a preocupar, porque el señor me dice ven mañana y le digo no, para qué mañana, empiezo ahora mismo si quiere. Y me dice ah, ¿andás disponible? Pues vete para allá. El señor me mira la intención. Y cuando llego me dice Heriberto, mira, aquí no hay bodeguero, necesitamos bodeguero, pero tenés que pasar la prueba, son tres días de prueba. Y qué hay que hacer, le digo. Tienes que clasificar todo. Ah y resulta que yo ni sabía qué era clasificar, hombre. Todavía en la escuela me lo habían dicho pero tampoco le paré bola a esa palabra. Y le digo, disculpe, no lo vaya a tomar a mal, pero qué es clasificar. Santo cielo, mira: galletas, galletas, aquí; azúcar, azúcar, aquí, y mira esto y esto. ¿En serio? Mira, aquí en la bodega, vos sos el encargado y vos tenés que saber cómo tenés las cosas. Qué sucede, que cuando Juan Ramón te pregunte cuántas cajas de galletas hay de tal y tal, tú ya sabes cuántas tenés y eso es lo que necesita Juan Ramón, alguien que le administre la bodega. ¿Así es la cosa? Sí. Tráeme un cuaderno y un lápiz. OK. Y empiezo a ordenar y ordenar y a apuntar ahí, tantas de galletas y tanto por acá, y tanto de

manteca y tanto de café y tanto por allá. No, cuando aquel señor llegó a la bodega y empieza a mirar todo arreglado, me pregunta ¿sabés lo que hay aquí? Sí, pregúnteme. Y ya le digo, no, hay tanto, pero sacamos tanto hoy para exhibir ahí. Al señor le parece bien la idea. OK, me dice, venite mañana. Llego al otro día y me dice, bueno, ya arreglaste acá, ahora vas a arreglar acá afuera. Que un relajo de cajas de frescos, ¡hijo de su fregada! Qué ¿las clasifico también? Sí, vas a clasificar, exactamente es lo que vas a hacer. Y empiezo. El punto, y *pa* no cansarla, es que le hice dos años de trabajo al señor, y tiempo más. Nunca tuve problemas, fui responsable en mi trabajo, ganaba bien.

Ah, pero el señor me dice a los tres días, mira, te voy a dar trabajo pero quiero que llames a tu mamá o que le llesves a tu mamá estas páginas y que me firme aquí, donde se hace constar de que no nos responsabilizamos porque eres menor de edad. Ah, está bien. Se lo llevo a mi mamá, me la firma. Ah, pues mi mamá, la sorpresa cuando le digo que tengo trabajo. Nombre, sí que eres loco, me dice, y qué vas a hacer con el trabajo de la ganadería. No, ahorita voy a llamar al señor a decir que no voy a ir a la ganadería. Y así fue que fui escalando. El punto es que yo logré mi primaria y trabajé ahí más de dos años, casi los tres.

Me salí de ahí y me fui a los buses como ayudante y ahí empezó otra trayectoria. Entré a los buses y empecé a salir, a salir, a salir, y me empecé a hacer andariego, pero nunca se me olvidó la responsabilidad con mi familia. Y lo otro que yo tuve es que siempre me gustó la lectura. Siempre lo tuve. Yo siempre quise estudiar, siempre buscaba el momento, el lugar, y siempre hacía intentos con la secundaria, pero no podía porque en Honduras lo explotan mucho a uno. Trabaja catorce, quince horas diarias, *usté*, y no le pagan ni el salario mínimo. Entonces, cuando yo entraba al colegio nocturno, pero salía a las siete de la noche, no podía. O de repente entraba los sábados y los domingos, pero resulta que yo trabajaba los sábados y los domingos, no podía. El punto es que no podía, no podía, hasta que dije no, no voy a poder estudiar aunque yo quiera. Y me dediqué a los buses, a los buses, a los buses.

Cuando uno está joven y es un poco irrazonable, como que el dinero es el que manda en la mente de uno. Yo estaba acostumbrado a que nadie me daba nada. Nunca me dijeron mira, aquí está un pantalón, un par de zapatos. Yo de los once empecé a ganarlo yo. Entonces yo me metí con esa estupidez de que nadie me da nada, lo que yo tengo es porque yo lo consigo. Ése era mi rollo. Pues mire, soy busero, trabajo de Olanchito a San Pedro. De ahí de Olanchito me tiro para Trujillo. De Trujillo me paso a Bonito Oriental. En Trujillo cambié tres empresas. Ahí ya estaba cayendo a una edad como de diecisiete años. Ahí es donde me empiezo a desatar en otro aspecto.

Pero lo que le quiero contar es lo siguiente: En la trayectoria de los buses, he caído en el mundo de la drogadicción, de la bebida, y he caído en el mundo de la locura, prácticamente, porque resulta que cuando yo tenía catorce, quince años, yo me metí a burdeles, con cédulas falsas, porque no me permitían al ser menor. Tomaba cerveza, pero como en la mayoría de los buseros eran drogadictos, yo caí en el mundo de la cocaína. Pero cómo se lo logro explicar: nunca tuve una adicción. Era una

persona que si no tenía, amén, y si había, también empujaba. Tomaba cerveza y consumía. Me sentía bien, relajado y todo.

Y eso fue lo que me llevó a lo siguiente. Cuando yo caigo en la parte de Bonito –Bonito Oriental es un lugar donde la mayoría son narcos, la mayoría consume droga y la mayoría vende droga–, pues yo llego y empiezo a tomar cerveza y todo eso, pero un día se da que una persona que está ahí me escucha que yo no ando dinero. Me quiere tirar una el... cómo se llama, el muchacho que reparte la cerveza, y le digo no, yo no tengo dinero, me voy a ir a acostar. Entonces se me acerca la persona y me dice oye, yo ando dinero, yo te invito, ¿quieres tomar? ¡No, le digo, regalado, hasta las malas miradas! Pues viene y el tipo me empieza a tirar ¿Y le pones también, me dice? Y se saca una bolsita y le digo, ¡santo cielo, dónde estabas perdido, güey! [RISAS] Y que le empezamos a tomar cerveza y a zamparle al polvo, y aquel tipo me dice, mira, no sé por qué, pero tú me has caído bien. Dime de dónde eres. Ya le empecé a decir que yo soy de Olanchito, ¿Qué haces? No, que soy ayudante de buses. Ah qué bien. ¿Y tú? No, pues por aquí vivo, me dijo. Cuando tengo dinero, pisteo. ¿Tienes teléfono? Sí. Le doy el número telefónico y él me da el mío [EL SUYO]. ¿Te parece si te vuelvo a llamar para que salgamos a pistear? No, le digo, pues no tengo bebé en la casa. Pues resulta que el tipo al siguiente día me llama. Y yo no había llegado de los buses, llegaba como a las siete de la noche, y le digo mira, voy en camino, voy por Tocoa, en una hora estoy ahí. Te espero.

Y que empezamos a tomar y que este tipo se la agarra conmigo a tomar y que casi todos los días tomamos y nos drogábamos, pero vengo yo y me cae el veinte y digo yo, este tipo de dónde saca pisto. Yo miraba que andaba hasta dólares. Ah, pues se llamaba Neldin Cardona. Entonces –la curiosidad– yo le digo, óyeme, ¿y tú de dónde consigues tanta plata? No, tengo un trabajo que me da bastante plata. Le digo me gustaría ese trabajo, me gusta el dinero. ¿Te gusta el pisto? Ah, pues ya te va a llegar tu hora. Tranquilízate. Permíteme una semana que te conozca y yo te meto más al rollo. Entonces ya empecé a sospechar, al rollo. Pues no, que el tipo me va conociendo y que el tipo viene y me dice, te voy a presentar un amigo tal día ¿te parece?, pero eso sí, quiero saber algo: ¿eres decidido? No, pues yo soy decidido. ¿A lo que venga?, me dice. A lo que venga. Ah, listo. Que me presenta otro que también se llamaba Neldin, con la diferencia que éste es Neldin Guevara. Era chaparro, tenía casi el estilo Chapín.⁹ Este individuo hace dinero así, me dijo. Este tipo jala droga. ¿Cómo así?, le digo. No, él es encargado de jalar paquetes. ¿En serio? Y cuánto gana. Pues mira, te voy a hablar en español, me dice: treinta mil pesos hondureños. ¡Santo cielo, me olvidé de los problemas y de todo! ¿Cómo, en serio? ¿Cómo, mensual, semanal? No, cada viaje. [CARCAJADA] ¡Imagínese, ganar treinta mil pesos en ese tiempo!

Ah, pues ahí va la pasada. Que viene el tipo y en serio ya me presenta, ya viene el mentado Neldin y ya mucho gusto, cómo te dicen. No, me dicen Turco. Ah, qué bien. Yo soy Neldin Guevara.

⁹ <http://www.elheraldo.hn/sucesos/620094-219/narco-guatemalteco-extraditado-por-honduras-es-condenado-a-25-anos-de-prision>

Mira, el jale está así: yo trabajo para un hombre poderoso, pero con ese hombre poderoso, tienes dos opciones, o te mueres o vas a la cárcel, si lo conoces. Si tú trabajas conmigo, sólo me vas a conocer a mí y vas a ganar bien. Esto sucede así: este señor trae droga de Colombia. La descargamos en el mar y de acá la vamos a traer a Tocoa, y de ahí de Tocoa, nosotros no tenemos que saber nada, nada. Cuando ya llegues a Tocoa, se te paga. ¿Y cuánto te vamos a pagar? Treinta mil pesos. ¿En serio?, le digo, Yo todavía no lo podía creer. ¿Sólo por hacer eso? Sí, me dijo, sólo por hacer eso. ¿Y cuántos viajes son? Mira, a veces, al mes, dos, o uno al mes. Óigame, ¡uno al mes! A mí ya me brillaron los ojos, a mí me gustaba el billete. ¿Y cuándo empezamos? No, tú me vas a dar tu teléfono y cuando yo te llame, te listas. Y que esto es confidencial y que no se qué. Pues me enseña todo el tejemaneje. Mira, se va a ir un banderín adelante. Este banderín nos va a ir avisando dónde hay retén y donde hay retén nosotros vamos a rodear. Yo te espero en el carro. El guía, porque nos daba un guía, nos va a avisar y entonces así hacemos, pero vamos a pasar el retén sin problema. Así hacíamos. Entonces nos traíamos de Las Flores, Colón, a Tocoa, Colón. Era largo, bien larguito.

Pues que nos montan en una mochila diez paquetes como a cinco o cuatro individuos y la jalamos. Y cuando caemos a Tocoa, treinta mil pesos en mis manos, que yo no hallaba qué hacer con esos treinta mil pesos. [CARCAJADA] ¡Yo estaba esbirro! Y empiezo a buscar cerveza, a buscar mujeres y a buscar droga. Y digo esto es para mi mamá, esto es para mi ahorro y esto es para acá. Y a botar pisto.

Pero viene Neldin y me dice, mira, pero hay un problema. Ahora tú te tienes que salir de donde trabajas. Y ahora tú tienes que ver cómo poner un negocio o algo que te haga fingir que estás trabajando. Ah, pues vine yo y alquilé un lugar y puse una pulperíita sólo para fingir. Compré y invertí en una pulperíita toda malhechita. [CARCAJADA] Sólo vendía café y azúcar, y churros, pero yo aparentaba que ya no tenía que trabajar.

Lo único bueno que yo tuve en ese trayecto es que, fíjese, nunca he sido aficionado al oro ni a la plata. A mí me gusta mucho el dinero pero no me gustan las alhajas. Yo no sé en qué consiste, si es algún gene humilde que tengo, pero fíjese que esto, esto que traigo [SACA UNA CADENA DE LA CAMISETA], esto no vale nada, esto a mí me costó trescientos pesos. Esto se llama acero inoxidable y esto me gusta. Pero el oro y la plata a mí no me gusta, lo miro como feo. Y entonces tuve dinero y no compré. Pues resulta que mis compañeros usaron buenos anillos de oro, puras cadenas de oro y mira, Turco, que compra. No, es que no me gusta. Y yo compraba y ahí los tenía y no los usaba. No me gusta el oro ni la plata.

Pues que estamos trabajando y pues que el Neldin Cardona, resulta que a ese tipo yo no lo miraba jalar nada, pero lo miraba que aparecía con plata, con dinero, piteando y todo. Una vida bien descontrolada. Y saliendo *pa* todos lados. Pues mire, la vida me gustaba, me encantaba aquella vida y yo estaba joven, pues, y no estaba casado, no tenía novia ni nada. Diecisiete años, ya caí a los dieciocho. Pues todo bien ahí, ¿verdad? Y yo empiezo a escudriñar, pues ya me tenían como confianza. Y el Neldin Guevara me confiaba ya cualquier cosita, pues ya sabía yo soy una persona que no hablaba,

porque yo soy muy discreto [NO PARECE]. Mira, andas bien, si tú te portas bien vas a llegar a un rango grande. A mi jefe le gusta la gente como tú, discreta. Y empiezan ahí a darme elogios. Ah, no hay problema, dile que yo estoy disponible. Pero al Neldin Cardona nunca lo miraba jalar un paquete, nada, simplemente se aparecía aquel tipo con plata. Y yo todavía, con aquella curiosidad, yo le decía óyeme, Neldin Guevara ¿Y Neldin Cardona, de dónde hace plata? Yo no puedo hablar nada del hombre, pregúntale a él y él te contestará, si quiere, ¿verdad? Pues yo la curiosidad me mataba, y en una de esas, Cardona, mira, tú y yo somos amigos, qué haces tú *pa* ganar dinero. Yo no te miro jalar un paquete, *güey*. Me dice, mira, tú estás bien chavalito, yo tengo treinta y cinco años y tú estás bien chavalito *pa* que te metas mucho al rollo, pero como yo miro que eres curioso, en una de esas te va a cargar la fregada. No, pues yo sí quiero saber. Pues te voy a decir cuál es mi trabajo. Mi trabajo, dice, es asesinar personas. Soy el encargado de mantenerle la seguridad a mi jefe. Yo pongo los guardias de él, yo soy el mero jefe. Yo soy el segundo y la mano derecha de mi jefe, pero también, cuando alguien se tiene que morir, mi jefe sólo me manda una foto y ése es problema arreglado. Y por cada cabeza, el tipo me da hasta cincuenta mil pesos. Va dependiendo del rango, me dice. He llegado a ganar, me dice, hasta diez mil dólares. Oiga bien, por una cabeza. Óigame, diez mil dólares *pa* treinta mil pesos. Yo sólo ganaba como mil quinientos dólares y él ganaba diez mil de un solo. Y el tipo éste hacía trabajos bien lejos. Venía a hacer trabajos a México, venía a hacer trabajos a Guatemala, a Colombia. O sea que la mafia es un cartel organizado. *Onde* yo trabajaba, en Honduras, lo pasaba *pa* Guatemala, lo pasaba a México y todo eso era una conexión. Pero resulta que en esas conexiones habían unos tipos que se pasaban de la raya. A veces le robaban al jefe o a veces le quedaban debiendo, y a esos que le quedaban debiendo y le robaban, el jefe los mandaba... [CHASQUEA LA LENGUA] a seguetear. Sí, era estricto. Una historia que cuando yo la vivía, ni yo lo creía, porque no lo hacía yo, pero me contaba el *güey* ése. Y te cuento porque yo miro que vos sos bien centrado y yo te miro y te veo un gran futuro en este negocio. Y yo: *juepucha* ¿en este negocio un gran futuro? Claro, a mi jefe le gusta la gente como vos. Te puede mandar a un país con todo, me decía, te puede comprar una empresa de millones a nombre tuyo y vos sólo le estás administrando la droga. Ya me empezaba a picar el gusanito. Hombre, ¿yo dueño de una gran empresa? Y empezaba a hacerme ilusiones y decía, no, me voy a portar bien. Pues sí, todo bien, todo bien.

Pero lo que le quiero contar es que el tipo ése, el mentado Nelvin Guevara, como a los tres, cuatro viajes, que nos agarraba diez mil pesos. Nos daba treinta mil y después nos estaba dando veinte. No, que el jefe mandó sólo veinte mil y eso es lo que les tengo que dar. No, pues vengo yo y digo, no soy una persona muy ambicionada, ganarse veinte mil pesos en tres días, no cualquiera. Ah, pues dámelos, no hay problema, pero él se agarraba los otros diez, él era más ambicionado. Y éramos cinco, cuatro, tres, imagine, por diez mil, cincuenta mil le quedaban a él solo, aparte de su pago. Él era el guía. Pues sí, OK, todo pasó. Entonces resulta que yo era burrero. Burrero es el que jala, que se pone una mochila y jala. Yo no tenía un cargo grande ahí dentro de la organización ésa, que era muy poderosa, pero me podían ascender, eso dependía de mí, de cómo me portara. Pues todo iba bien, yo no tenía

problemas. Decía no, pues jalo aquí y no tengo problema, si el mentado Neldin asesina personas, allá él con su rollo, pero yo aquí estoy bien.

Pero mire, el narcotráfico es una bomba que está activada y que de pronto, ¡PUM!, explota, y cuando explota es cuando se viene todo en contra de uno. Pues resulta que viene el mentado Cardona, y el Cardona estaba acostumbrado a matar gente y estaba acostumbrado a hacer muchos desmadres. Viene y me llama. Fíjese que él tenía visa *pa* México y *pa* casi todos los países. El tipo se subía a un avión y se iba a hacer los desmadres, entraba y volvía. Era increíble la vida de ese *güey*, cómo vivía él, como de película, como esas películas donde se van a un país a matar. Venía el jefe y le decía, mira, te vas a ir a México y te vas a Guadalajara a tal dirección y le das corte de chaleco a este tipo que nos debe. Y ya agarraba un avión de Honduras, agarraba un carro y PUM PUM y se volvía a ir. De ahí lo mandaban a Colombia, a Guatemala, al Salvador. Sólo pasaba así y al tipo eso le gustaba.

Pues me llama y me dice, mira, me acabo de caer de México, me acuerdo biencito. ¿En serio? Sí. ¿Qué quieres? No, quiero que pistemos. ¿Estás disponible? Sí. Mira, mañana sábado voy a pasar por tí como a las cinco, seis de la tarde. Te alistas. OK, listo, no hay problema. Pues como yo no trabajaba – yo vivía sólo de la drogadicción, sólo tenía una pulperíita bien hechita después que le invertí más y con eso la apantallaba–, cuando me tocaba salir, ni me importaba dejar cerrado y me iba a hacer mis movimientos. [RISA] Viene el tipo y que pasa como a las seis de la tarde. No, pues yo estoy bien pulidito, con mis botas. Siempre me ha gustado las botas. Las botas y todo. Sin cadenas ni nada, sólo con mi reloj. Otra cosa, nunca me han gustado los relojes que brillen y eso, me gustan los más humildes, me siento como más tranquilo. Le digo, es como un gen humilde que tengo, que no me gusta jactarme ni nada de eso. Pues viene el tipo, me levanta y *los* vamos para un lugar que se llama Limón, en Colón. Ahí en Limón hay bastantes lugares donde tomar y también colinda el mar. Ahí en Limón nosotros también habíamos tenido oportunidad de bajar droga. En yates la bajábamos, la subíamos al carro y ahí la traíamos. Entonces yo tenía una idea de donde era Limón, ¿verdad? Pues me dice vamos a ir. Listo. Pues nos vamos él y tres amigos de él más. RRRUUUN.

Llegamos a un lugar donde hay fiesta, música, cerveza, y llevábamos polvo para zamparnos a discreción. Llegamos, nos bajamos y que estamos adentro y la estamos pasando bien y estamos poniendo música perrona ahí. Había una música que a mí me gustaba mucho, que se llamaba *Nariz de a gramo*, que era mexicana. Nos encantaba esa canción. Y resulta que llegan unos individuos en un carro, tres tipos, y cuando entran, yo lo miré como raro a Neldin, y dice ya vengo, voy a echarme un narizazo. Se va *pal* baño y ahí miro que los otros dos compañeros van atrás. Y yo los miré como raro, me entiende, pues estos tipos, siempre cuando va uno, pues se queda otro acá y no van juntos, pero esta vez fueron juntos. Cuando salen, los otros tipos están tomando allá en la barra del bar, y cuando salen estos tipos ya vienen con el arma en la mano y encabronados y sólo se van al pecho de aquellos tipos y TU TU TU y que los matan a los tres. Cardona y los otros tres que andaban con nosotros, que matan a aquellos tipos en mis narices. Y a mí me agarra el *choc* [*shock*] y que me paniqueo y que no me puedo

parar porque me agarró una temblazón que nunca en mi vida la he sen... la he experimentado como esa vez. Me sentía flojo. Y entonces Cardona TU TU TU y aquí un bombazo y aquí a fumazones, *usté*. Yo los miraba cómo caían y aquéllos intentaban sacar pistola y los mataba y los remataba TU TU TU, y yo en *choc* y aquellos tipos tranquilitos y todo mundo sale como loco ¡UYUYUY! y se viene aquel tipo y me queda viendo y me dice ¡Eh, Turco, vámonos! Y que me le quedo viendo a la vista al tipo, pero yo estoy en *choc*. Nunca había visto matar una persona. Yo estoy en *choc*, pero más que todo, yo me metí al rollo de que me iba a matar a mí también, o sea, se me vino como esa idea. Dije yo, si este tipo mató a tres, a mí me mata para no haber evidencia. ¿Me comprende? Tal vez sería por la droga, por la cerveza, no sé, pero el punto es que yo me metí al rollo de que me iba a matar a mí, porque él tiene la pistola aquí y me está viendo. Me dice ¿*Los* vamos, Turco? Y yo no le hallo qué contestar, estoy ahí, me le quedo viendo a la vista así y me dice ¡Turco, Turco, despierta! Y me acuerdo que me pega dos cachetadas, PAS PAS. ¡Despierta y reacciona, vámonos de aquí, *güey*! Y yo intento pararme y que no puedo. Se me aflojaron las piernas aquí, mire. Esa experiencia nunca la he tenido en mi vida. Se me aflojaron las piernas, así ¿ve? Y me levanto con fuerza y que empiezo a agarrar pasitos [RISAS], así del miedo, y que me voy y me subo al carro asustado. Y yo voy en *choc* y no decía ni una palabra. Y él muy tranquilo y los otros dos que también mataron. Y ya eran como las diez y yo que voy en aquella camioneta, una Runner Toyota, y voy en la parte de atrás calladito y aquellos tipos con Neldin van hablando de la muerte, y le decía uno al otro ¿viste cómo cayó aquel *güey*?, y ni se tocó la pistola. Hablando del desmadre y mira y viste y *verdá* que te dije que yo lo iba a matar primero y que van hablando como que nada, normal, para ellos, pero yo iba en *choc*. Y me queda viendo y me dice uno de ellos, Mira, Turco, eso es lo que pasa cuando tú andas en pasos chuecos. En este negocio, me decía, tú puedes durar años, pero nunca te vayas a tirar de vivo, porque el que se tira de vivo, mira lo que pasa, muere, pero si tú andas cabal en este negocio, no tenés broncas. Y yo no le contestaba, yo estaba callado [RISAS]. Yo estaba en *choc*. Nunca en mi vida había visto morir una persona de esa forma y que lo remataran así de esa forma, *usté*. Y entonces de repente viene y me sacan la bolsita y dice, ponte. Y vengo yo aquí todo tembloroso, SNF SNF, y de repente como que empiezo a reaccionar y como que me va pasando aquello, me siento más libre. ¿Por qué hiciste eso?, le digo. Mira, me dice, primero, recibí una orden, y segundo, yo no te tengo que dar explicaciones. Sólo recibí una orden. No sé si este tipo le quedó debiendo a mi jefe, no sé si le quedó mal, si le cayó mal, no sé si le enamoraba a su vieja. Yo sólo recibí una orden y en este trabajo, yo sólo recibo una orden. Ahorita, en mi número de cuenta, ya debe estar el cheque que me depositó mi jefe. Ahorita me voy *pa* tal país a pistear. Imagínese, así de sencillo para ellos. Y yo cómo, y entonces qué pasa. No, todo está normal, tranquilo, aquí no ha pasado nada, Turco. Y yo, está bien, está bien, me voy a tranquilizar.

Pues me tranquilicé un poco y que me dejan en Bonito Oriental y que me voy desveladito como a las doce de la mañana, como a la una. Y que voy desveladito con ganas de dormir y no podía dormir. Es como cuando *usté* está cansada pero no puede dormir porque la mente está activa, quisiera

tener una pastilla como que le dominara el cerebro. Pero, claro, mucha droga, cerveza, normal. Me he venido a dormir como a las dos de la mañana, acordándome de la tiroteada que le habían pegado a esos tipos. Y que me dormí y me levanto al otro día como a las doce de la mañana. Me levanto, me baño. Yo tenía un arma, una nueve milímetros, pero no la usaba mucho, porque ahí, en ese Bonito, es bien complicado el que anda armas, sólo por la arma lo matan. Entonces decía yo: no, la arma en la casa, que ahí se quede.

Otro día llego donde unos amigos que ya me conocían y me dicen, óyeme, Turco, aquí pasaron unos individuos preguntando por ti. ¿Cómo? Y cómo eran. Y si no me equivoco, eran narcos, me dice. Por qué. Por la forma en que vestían, me dice. Vestían bien y andaban armados. Y cómo que era por mí, le digo, si yo no tengo amigos aquí. Pues no, no era por ti, pero, según las características, era por ti. ¿En serio? ¿Y qué te dijeron? No, buscamos uno delgado, que no es de aquí, alto, pelo negro. ¿En serio?, le digo. Y tú qué les dijiste. No, pues que no te conocía, ni modo que le haya dicho allá vive en la esquina. [RISA] No, pues hiciste bien, *güey*. Ya estoy yo como arisco y empiezo a llamarle al Neldin. Pues el mentado Neldin no contestaba y yo, *juepucha*, qué pasará. Al ratito me devuelve la llamada. RRR... ¿Ajá? Qué pasa, Turco. ¿No será que me andarán buscando ustedes? Nombre, *güey*, nosotros tenemos tu número, te llamamos. Esos tipos deben ser aquéllos, los contrarios. Mira, agarra tu arma, cárgala y máталos, me dijo. Óigame, el tipo estaba acostumbrado a hacer eso, pero yo no. Y le digo pero yo no estoy acostumbrado a eso, y me dice, mira, en estas vueltas hay broncas más serias. Eso que te está pasando a ti, eso es de niños. Mira, me dice, hay momentos en que estás en una plena guerra, pero éstos te dan ventaja de que vos los matés. Y yo, *jueputa*... Mira, yo voy *pa* tal país, me dice, y después vuelvo. Ahí estamos en comunicación. Y que se va y me deja solo con la bronca.

Pues yo no le paré mucha bola. Tal vez estoy equivocado, dije, tal vez no sean ellos. Y que resulta que en la tarde, como a las siete de la noche, que me voy caminado de mi lugar –porque me gustaba mucho la vagancia, me encantaba conocer bonitos lugares– y entonces voy a un lugar y que voy a cenar y que me voy a mi casa y tenía que caminar unas doce, trece cuadras. Pues cuando yo doblo –gracias a Dios, porque iba en carretera así y luego doblaba a una que era calle, pero no era pavimentada– que un carro se para y dicen oye, ¿es aquél? Y volteo a verlos y miro como cuatro, y miro a ver si hay alguien más, pero no hay nadie. Eran como las nueve de la noche y digo ¡No! Estos tipos vienen por mí. Y dice uno de ellos ¡Ey, tú, párate ahí!, me dice y me empieza a insultar y miro que se baja con la pistola en la mano. Digo aquí voy. Y yo con botas. ¡Y tú, tú...! Y que me disparan, y cuando me disparan, del primer tiro me va a creer que me resbalé. No sé si fue del susto, a saber. Que me resbalo y cuando me resbalo, yo estoy sintiendo que me han pegado y que me doy vuelta –lo bueno es que yo siempre he sido delgado–, me doy vuelta en la tierra y me toco y me siento que no tengo ni un tiro y me levanto y me tiro por una cuadra, y estaba una casa que la estaban haciendo y me tiro por esa casa, y me va a creer que me tiran y uno de los tiros pegó en un bloque y brotó parte del bloque y me cayó en la cara, fíjese. Eso me asustó y dije pucha, si no hubiera sido por el bloque, me hubiera pegado

a mí. Y que me tiro por ahí. Pero ya no me tiro por donde yo vivo, sino que yo me tiro por un monte y voy a caer donde hay vacas, corral, y me tiro por encima de aquellas vacas –me acuerdo biencito porque el toro se levantó y me ha levantado y me vuelvo a salir– y aquellos tipos detrás de mí y que párate y que párate, insultándome, y que puto, hijueputa y que te vas a morir y que no sé qué, y yo que me tiro por el monte, asustado, *usté*, y que no me dejaban de corretear aquellos tipos. Y que caigo a una carretera, pero era oscura, no había luz eléctrica, y esa carretera lo llevaba a uno a un río, como a unas cinco cuadras, pero era un lugar donde había zacate por acá y zacate por allá, o sea, era como una hacienda. Vengo y me tiro a agarrar *pal* río. Lo bueno es que yo conocía. Y fíjese que le voy a contar algo, yo siempre, algo me decía que iba a tener problemas, porque cuando tenía tiempo libre me iba a conocer y decía voy a conocer todo Bonito Oriental, todas las salidas y las entradas, por si algún día me toca salir a la carrera. Pues ese lugar iba a dar a un río. Vengo yo –era carretera, aquí eran potreros y aquí eran potreros– y digo, si estos tipos ven, van a creer que me tiré al río, mejor lo voy a rodear. Pues así fue. Los *rodié* y entonces me los encontré. Ellos iban para acá y yo venía, sólo que yo venía por el monte. Cuando escucho que van cerca de mí, vengo y me tiro al monte, al zacate, y me quedo viendo para arriba al cielo –habían estrellas, me acuerdo– y escucho *onde* ellos pasan, TU TU TU TU TU, y llegan al río y yo los estoy escuchando ahí, porque el río estaba aproximadamente unos cincuenta metros y los escucho: Mira, este *güey* ya cruzó este río. ¿Lo seguimos? No, este *güey* a saber por dónde irá, ya no lo alcanzamos, nos mojamos. Déjalo. Mañana lo encontramos y mañana no se la acaba este *güey*. Y yo ahí escondidito. Y yo que no ando mi arma. Si yo hubiera andado mi arma, creo que de repente..., pero a saber, o los hubiera matado o me hubieran matado, porque yo el arma ya la podía usar. Yo siempre me iba a una hacienda y me iba a tirar con la arma, siempre, por la precaución de los problemas. Y que me regreso por ahí y que siento que vienen otra vez. Vienen y escucho que pasan. Pasaron, pasaron, pasaron y allá, como a los minutos, escucho que encienden el carro. TRRRR... y escucho donde se va

Quando se van los tipos yo salgo del monte y me voy atrás de ellos. Salgo y cuando miro el reloj, que iban a ser la una de la mañana. ¡Santo cielo! Llego como loco a mi cuarto, saco la pistola, la cargo, agarro una mochilita, meto ropita y saco unos miles de pesos que tenía ahí y los meto y el que se va de aquí soy yo, para Estados Unidos. Le estoy hablando que fue como en septiembre de 2014.

Y cuando llego a México, ahí sí me la vi en chino, ahí fue muy difícil.

Pues mire que llego a San Pedro, ah, pues me conocían los de Esmirna, como yo había sido ayudante de buses, y me dicen ajá, Turco, qué pasa. No, que voy a visitar a mi familia en Copan y que no sé qué. Yo iba para Corinto. Agarré un bus para Impala, otro de Impala a Corinto y me vine.

Ahí empezó el calvario otra vez. La miré bien fea, creo que la miré más difícil que ahora, imagínese. Resulta que me agarraban en México, me deportaban. [LA VOZ JOVIAL SE APAGA, AHORA ES DE MIGRANTE VÍCTIMA], caía de allá y volvía para arriba. Pues fíjese que la pistola, en el camino la vendí, porque dije yo, esto me va a meter a un problema, me va a dar un compromiso. Entonces me

acuerdo que le dije a un hombre, oye, cuánto me das por esta pistola. No, que mil pesos mexicanos. Dámelos. ¿En serio?, dice el *güey* aquel. [RISAS] ¡Claro! si no tiene papeles. Dámelos. Y ya con eso me sirvió para andar aquí. Oiga, me deportaron seis veces de México. Y mire, a uno lo agarran porque yo venía muy acelerado, venía muy rápido, venía con temor. Por eso esta vez que yo me vine, ya sabía más o menos lo que es cruzar México. Pero esta vez venía más relajado, porque esta vez no me corrían.

Resulta que me deportan seis veces y a la séptima vez ya la hago de una sola *pa* Norteamérica. En el transcurso del camino llamo a un tío, viene mi tío Vane y ya cuando estoy en la frontera, que me pone un coyote y me lleva allá a Houston. En Houston estoy trabajando aproximadamente tres meses, trabajando en pintura de carro. Un tipo compraba allá unos carros viejos medios achatados, los pintaba y después los revendía. Había unos cuartos abajo y arriba. Yo vivía en la parte de abajo. Un día –un sábado, me recuerdo–, que cae la policía en motos. y UUUHHH, y un helicóptero, BRRR, y, hombre, ¿será que aquí hay un narco escondido y no nos damos cuenta? Resulta que dos tipos se agarraron a golpes arriba y por eso llegó toda la policía y el escándalo y nos van a pedir documentos. Cuáles documentos. Que me deportan. Me deportaron *ya pa* caer a diciembre, en 2005.

Caigo en el 2005 a Honduras. Yo quiero venirme otra vez, por el problema, pero no tengo ni un número de nadie, excepto de un amigo que se llama Marco, que ese Marco era banderín. Y digo lo voy a llamar –pero a todo esto ya habían pasado como seis meses– y llamo a Marco y el Marco viene y me contesta. Óyeme, cómo están las cosas, No, todo bien. Óyeme, qué te pasó que te nos perdiste, anoheciste y no amaneciste. No, pues tuve una bronca y tuve que irme. ¿Y Neldin? Pues aquí tengo el número de él. Pásamelo. Y me da el número y llamo al Neldin y que me contesta el Neldin Cardona. Sí, quién habla. Turco. ¡Ey, Turco, yo creí que los habías matado ahí...! No, mira, esto y esto y que me fui *pal* Norte. Nombre, te hubieras controlado, no te hubieras acelerado. Pues me dice, mira, te tengo una buena noticia: los tipos que te buscaban ya están muertos. ¿Cómo? Pues sí, ya los maté, me dice. Esos tipos trabajaban para aquel tipo y como nosotros los matamos, nos andaban buscando, así que antes de que nos encontrarán, nosotros los madrugamos, Ya están muertos. Podés volver si querés. ¡Nooo...!, le digo, ¡ya no quiero saber nada de eso, hombre, por favor! Nombre, no te preocupés, me dice, si vos estabas bien, vos no tenés problemas con la mafia, vos no tenés ningún problema con el patrón. No, le digo, ya sé que no tengo ningún problema, pero yo no quiero saber nada de ustedes. No me lo tomés a mal pero yo no quiero saber nada de ustedes. Pues viene el Neldin y me dice si no quieres volver, no hay problema. Tú no tienes bronca, tú no conociste al jefe, tú no tienes mucha información. Es decisión tuya.

Pues fíjese que hasta ahí llegamos. Y al Neldin Guevara, ¿no es que lo mataron? Como siempre les quitaba pisto a la gente, resulta que llevaron uno que jalaba armas y cuando le quitó diez mil y le dio veinte mil, le metió un plomazo en la frente, por andar de muy ambicionado. Y el Cardona se perdió, como que se hizo humo de la faz de la tierra. Ése como que anoheció y no amaneció, también. Me dijo Marco que ése se fue de la mafia. No se sabe si lo mataron o es que se fue.

Ya tengo doce años fuera de eso. [NO SALE LA CUENTA, SON MENOS AÑOS] Cuando viene el Cardona y dice que ha matado aquellos tipos, vengo y digo, bueno, ya no tengo enemigos. Por qué irme *pa* Estados Unidos, mejor me quedo aquí y empiezo la motoreada y a hacer mi vida normalmente. De ahí para acá sólo fue el trabajo mi vida, los desvelos, los tráilers, todo eso. Pero ya cuando me decían de droga –como que eso me curó–, decía no, ya tuve una experiencia muy fuerte y si me salvé de alitas de cucaracha, de esta otra no me salvo. Entonces tuve un poquito de conocimiento de eso y ya no me volví a meter a problemas. Cuando alguien me decía, mira, llévame esto, ¡No, hermano! Lo siento mucho, no quiero broncas. ¿Tenés miedo? No, no es miedo. Ya sé cómo funciona eso. Ésa fue mi vida, ésa fue mi experiencia.

Ahora tengo un objetivo que es la familia. Las dos niñas que tengo y mi esposa Ircenia. Mi esposa se llama Ircenia Dayani Velázquez, la niña grande se llama Carol Yasmín y la pequeña Ara Zoé. Mi idea ahora es sacarlas adelante a ellas. No por el lado negativo, buscando malas compañías, sino trabajando, buscando mejor posición como sea. Y como le digo, si tengo de repente la oportunidad de llegar al Norte y ganar más dinero, pues también lo puedo hacer, porque el objetivo es la familia ahora, pero ya no quiero salirme a rollos porque quien va a salir afectada es mi familia.

El narcotráfico siempre se va con los débiles. El narcotráfico es increíble, en cuanto más fuerte es la persona, menos se meten con ella. El narcotráfico siempre se va a tocarle el punto más débil a uno y el punto más débil son los hijos, la esposa. Si ellos se metieran con uno, no hay problema, porque uno sabe a lo que se metió y está dispuesto hasta morir a veces. El problema es que pagan inocentes por uno. Ésa fue una experiencia que la viví en carne propia y ya no quiero saber nada de pandillas ni nada de eso. Ya ahora tengo otra forma de pensar.

Tengo treinta años, todavía tengo edad para vivir. A veces yo digo que la falta de paternidad, eso me afectó mucho. Pero a veces yo digo que si hubiera tenido padre, que está vivo, pero se hubiera ocupado de mí, porque lo tengo pero no se ocupó de mí, no hubiera salido a los trece años, no hubiera empezado a trabajar desde los once, porque no había quién nos mantuviera. Y como yo empecé a agarrar rienda suelta, ya me sentí como hombrecito, como responsable, como el protector, y todo eso me llevó a todas esas cosas.

Creo que Dios me ha protegido de muchas cosas en muchos aspectos y en muchas oportunidades. A veces digo cuál será el objetivo de Dios para mí. Muchos no tuvieron esa suerte. A David Cardona, hermano de Juan, lo mataron. A muchos que conocí, que eran del narcotráfico, los mataban. Y yo sobreviví. Marcos, él no tenía mucho problema porque él simplemente era banderín; perdí comunicación con Marco y no sé si estará vivo el hombre. No volví a poner un pie en Bonito Oriental, desde esa vez no lo he vuelto a poner.

Y ésa es toda la historia, una historia muy increíble que la viví en carne propia y que aprendí mucho, y creo que todo lo que he vivido me ha hecho una persona de experiencia. A mí no me pueden hablar de prostitución porque yo la viví con las mujeres, de droga, porque consumí mucha droga, de

armas, porque junté muchas armas, de narcotráfico, me di cuenta cómo es y nadie me puede contar nada. Entonces, gracias a la experiencia, pues soy una persona, yo pienso que supermadura, porque ya no me llama la atención nada de eso.

Mi objetivo es, más que todo, hacer una casa propia, tal vez en mi país o tal vez aquí, no sé. Poder ejecutar lo que no ejecutaron conmigo, enseñarlos, apoyarlos tanto físicamente, moralmente, económicamente, que no se sientan como yo me sentí, que yo me sentí abandonado, porque nadie me decía, mira, aquí hay dinero *pa* tu pantalón. No, tenía que ver cómo lo sacaba de mi pago. Mi mamá, nunca permití que trabajara, porque mi mamá se encargaba de mi abuelito y de mí y de mi hermanito. Y resulta que después mi mamá, a los años pasados que yo estuve volando, ¿no es que resulta que se volvió a meter con mi papá y tuvimos un hermanita? Tengo una hermanita de once años. Y resulta que el hombre no la pela y se va también. Qué irresponsabilidad. Entonces mi mamá, mi abuelita y mi hermanita dependen de mí y de mi hermano menor. Ahorita que yo no estoy, mi hermano se está haciendo cargo, pero cuando yo empiece a trabajar, ya a mí me toca. Pero sí me gustaría ver a mi familia, más que todo a mis hijas –porque son solas, son mujeres– realizadas, con un título, y mejor que nada, creo que casadas. Si las miro casadas, con un hogar y todo, creo que voy a estar en paz. Voy a estar tranquilo, voy a dejar de luchar y voy a tener un ratito sólo para vivir. Pero por el momento me siento con una gran fuerza para luchar

Ser extranjero, lo puedo decir por mí en gran parte y lo puedo decir por otras personas que he observado, se siente con temor, a veces también se siente como sobrepasada la persona. También he observado compañeros de mi país que vienen a hacer cosas que no son debidas, como por ejemplo, veo personas que vienen a tomar acá, veo personas que vienen a drogarse con marihuana acá y yo pienso que no es correcto. Ser inmigrante es caminar contra el agua de un río. Todo, todo viene contra. Al principio, cuando entramos, las personas no le dan un jalón, no lo suben a uno a un autobús aunque uno les pague, lo miran en cualquier esquina y le tiran Migración y entonces uno se mira como un blanco ante la sociedad mexicana, un blanco de tiro de un francotirador. Como también hay personas que lo apoyan. Se mira como en la mira uno, que cualquier cosita, a uno le cae. Entonces yo pienso que el temor, pienso a veces que como la nostalgia, porque hay momentos en que yo he tenido ganas de salir para atrás y de ir a ver a mi familia, pero digo, son kilómetros los que he caminado, no puedo hacer eso. Pero sí me pega aquella nostalgia, como decir cómo quisiera abrazar a mi esposa o como quisiera besar a la bebé, por ejemplo, cuando dormía con ella, que se me ponía... Oiga, cuando me pongo a pensar en eso, me pega aquella nostalgia y me dan ganas como de salir corriendo y estar en unos segunditos ahí cerca de ella, pero digo, no, he pasado días para llegar aquí, no puedo hacer así.

Al ser inmigrante, yo pienso que es muy difícil, tanto físicamente, como psicológicamente y económicamente, porque aquí hay mucha gente que la mira muy fea. Tiene que charolear, como dicen ellos, o sea, andar pidiendo dinero para poder vivir. Y que aquí todo está contra usted, la policía estatal, la municipal, la Migración y a veces hasta las mismas personas. Sufre mucho uno.

Gracias a Dios, se dan estas personas con estos albergues, que de repente pues lo entienden a uno, pues no sé si del todo, ¿verdad?, pero lo ayudan de una gran manera y eso como que lo hace a uno recapacitar y seguir adelante.

BIBLIOGRAFÍA

ARFUCH, Leonor (2010), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. 1ª ed. 3ª reimpr. Bs.As., FCE.

ARENDT, Hannah (1996): *La condición humana*, Paidós, Barcelona.

BAJTÍN, Mijaíl ([1975] 1978), *Théorie et esthétique du roman*, París, Gallimard

BAJTÍN, Mijaíl (1991) *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.

BAJTÍN, Mijaíl ([1979] 1982), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.

BAJTÍN, Mijaíl (1982), *The dialogical imagination*, Austin, University of Texas Press.

BAJTÍN, Mijaíl (1987) *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza.

BAJTÍN, Mijaíl (1987] 1988), *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, FCE.

BENVENISTE, Émile (1969) : *Le vocabulaire des institutions indo-européennes. 1. Économie, parenté, société*, Editions de Minuit, Paris.

BLANCHOT, Maurice, ([1959] 1993), “Le journal intime et le récit”, en *Le livre à venir*, París, Gallimard.

BLANCHOT, Maurice, (1999): *La comunidad inconfesable*, Arena, Madrid.

DE LAURENTIS, Teresa ([1984] 1992) , *Alicia y yo*, Madrid, Cátedra.

DE MAN, Paul, (1984) “Authobiography as De-facement”, en *The Retic of romanticism*, Nueva York, Columbia University Press.

DE PERETTI (1989): *Texto y Deconstrucción*, Antrhopos, Barcelona.

DERRIDA, Jacques (1986): “Admiration de Nelson Mandela ou les lois de la réflexion” dans *Pour Nelson Mandela*, Gallimard, Paris.

DERRIDA, Jacques (1989): *La escritura y la diferencia*, trad. P. Peñalver, Antrhopos, Barcelona. [(1967): *L'écriture et la différence*, Seuil, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1992): *El otro cabo. La democracia, para otro día*, trad. P. Peñalver, Ediciones del Serbal, Barcelona. [(1991): *L'Autre Cap*, Éditions de Minuit, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1993): “Le sacrifice”, *La Métaphore* (Revue) núm.1, printemps, Éditions de la Différence, Théâtre National Lille Tourcoing Région Nord-Pas de Calais. (e.d) Edición digital disponible en www.jacquesderrida.com.ar

DERRIDA, Jacques (1994): “La democracia como promesa”, entrevista realizada por Elena

Fernández, *Jornal de Letras, Artes e Ideias*. Edición digital disponible en www.jacquesderrida.com.ar

DERRIDA, Jacques (1995a) : *Dar el tiempo. I. La moneda falsa*, trad. de C. de Peretti, Paidós, Barcelona. [(1991): *Donner le temps. 1. La fausse monnaie*, Éditions Galilée, Paris.]

Derrida, Jacques (1995b): *Espectros de Marx. El estado de la deuda y la nueva Internacional*, trad. J.M. Alarcón y C. de Peretti, Trotta, Valladolid. [(1993): *Spectres de Marx*, Éditions Galilée, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1995c): *Khóra*, trad. de Diego Tatián, Alción Editora, Córdoba, Argentina. (e.d.) Edición digital disponible en www.jacquesderrida.com.ar [(1993): *Khóra*, Éditions Galilée, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1995d): *Mal de archivo. una impresión freudiana* [*Mal d'archive. Une impression freudienne*], Paris: Galilée, 1995.

DERRIDA, Jacques (1997a): *Cosmopolites de tous les pays, encore un effort!*, Galilée, Paris.

DERRIDA, Jacques (1997b): *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*, trad. De H. Pons, Manantial, Buenos Aires. [(1996): *Le monoliguisme de l'autre*, Galilée, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1997c): *Fuerza de Ley. El fundamento místico de la autoridad*, trad. de Adolfo Barberá y Patricio Peñalver, Tecnos, Madrid. [(1994): *Force de loi*, Éditions Galilée, Paris.]

DERRIDA, Jacques (1998): *Políticas de la amistad*, trad. P. Peñalver y P. Vidarte, Trotta, Madrid. [(1994): *Politiques de l'amitié*, Editions Galilée, Paris.]

DERRIDA, Jacques (2000a) *Dar la muerte*, trad. de C. de Peretti y P. Vidarte, Paidós, Barcelona. [(1999): *Donner la mort*, Galilée, Paris.]

DELEUZE, Gilles & GUATTARI (2002), Félix, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Málaga.

DERRIDA, Jacques (2004b): “La bête et le souverain” en *La Démocratie a venir. Autour de Jacques Derrida*, Marie-Louise Mallet (dir.), Galilée, Paris.

DERRIDA, Jacques (2005b) : “‘Hay que comer’ o el cálculo del sujeto” entrevista realizada a Jacques

DERRIDA, Jacques & Duffourmantelle, Anne (2000): *La Hospitalidad*, trad. M. Segoviano, de la Flor, Buenos Aires. [(1997): *De l'hospitalité*, Editions Calmann-Lévy, Paris.]

DERRIDA, Jacques & Roudinesco, Élisabeth (2009): *Y mañana, qué...*, trad. de V. Goldstein, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. [(2001): *De quoi demain. Dialogue*, Galilée, Paris.]

ELÍAS, Norbert ([1977-1979] 1987), *El proceso de civilización*. México, FCE.

FERRATER MORA, José (1999), *Diccionario de Filosofía*, Ariel, Barcelona.

FOUCAULT , Michael, ([1998] 1999), *Tecnologías del yo*, México, Barcelona, Paidós.

- GADAMER, Hans, ([1975] 1977), *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- GIARDINELLI, Mempo ([1981] 2014), *El cielo con las manos*, Edhasa, Buenos Aires.
- GLISSANT, Édouard (1981), *Le discours antillais*, París, Seuil.
- HABERMAS, Jürgen ([1962] 1992) (prólogo de 1994) *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- KRISTEVA, Julia (1988): *Étrangers à nous-mêmes*, Gallimard, París.
- LÉVINAS, Emmanuel ([1979] 1983), *Le temp el l'autre*, París, Quaridge/ Press Universitaires de France, *El tiempo y el otro*, Barcelona, Paidós Ibérica..
- MOLLOY, Silvia ([1991] 1996), *Acto de presencia*, México, FCE.
- PENCHASZADEH, Ana Paula (2009) “Hospitalidad y soberanía. Reflexiones políticas en torno de la filosofía de Jacques Derrida”, *ISEGORÍA. Revista de Filosofía Moral y Política*, ISSN: 1130-2097, núm. 40, enero-junio, 177-190, España.
- PENCHASZADEH, Ana Paula (2014) *Política y hospitalidad. Disquisiciones urgentes sobre la figura del extranjero*. Eudeba, Buenos Aires.
- PENCHASZADEH, Ana Paula (2017): “Hospitalidad con y sin papeles”, *REMHU, Rev. Interdiscip. Mobil. Hum.*, Brasilia, vol. 25, núm. 50, ago. 2017, pp. 47-64.
- PROUST, Marcel, *Por el camino de Swan* (Proust: e.d.)
<http://bibliotecadigital.tamaulipas.gob.mx/archivos/descargas/31000000781.PDF>)
- RICOEUR, Paul (1991), *Soi même comme un autre*, París, Seuil, [Trad. cast. (1996), *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI.
- RONIGER, Luis (2014), *Destierro y exilio en América Latina. Nuevos estudios y avances teóricos*, Eudeba, Buenos Aires.
- SIMMEL, Georg (1989), “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad*, Barcelona, Península.